

The background is an abstract painting with a textured, expressive style. It features a central figure in shades of pink and red, surrounded by darker, more muted tones of purple, blue, and brown. The overall composition is dynamic and somewhat somber.

K a t e A t k i n s o n



ENTRE BASTIDORES

Lectulandia

Rubí Lennox fue concebida por Bunty a regañadientes y nació mientras su padre, George, estaba en el Dog and Haré, en Doncaster, diciéndole a una mujer, vestida de verde esmeralda, que no estaba casado. Bunty nunca quiso casarse con George, pero era lo único que quedaba. En realidad, quería ser Vivien Leigh o Celia Johnson, deseaba que un héroe romántico la secuestrase y se la llevase a América. Pero ahí estaba, varada en un piso sobre la tienda de animales en una antigua calle junto a la catedral de York, con la sensata e irónica Patricia, de cinco años, la glotona y revoltosa Gillian, que se negaba a ser ignorada. Rubí cuenta la historia de su familia desde el día, a finales del siglo XIX, en que un fotógrafo ambulante francés captura a la frágil y hermosa Alice y a sus hijos, como flores en ámbar, hasta los sobrecogedores, divertidos y memorables acontecimientos en la vida de la propia Rubí.

Lectulandia

Kate Atkinson

Entre bastidores

ePub r1.0

Ablewhite 30.03.16

Título original: *Behind the scenes at the museum*

Kate Atkinson, 1995

Traducción: Victoria Simó Perales

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Eve y Helen

Con agradecimiento
a mi amiga Fiona Robertson
por toda su ayuda

Capítulo 1

1951

Concepción

¡Existo! Soy concebida al son de las campanadas de media noche. El reloj que descansa sobre la repisa de la chimenea, en la sala, frente al vestíbulo, da las doce. Ese reloj perteneció en otro tiempo a mi bisabuela (una mujer llamada Alice), y su cansado repique cuenta mi entrada en el mundo. Mi llegada comienza con la primera campanada y termina con la última, cuando mi padre rueda a un lado para apartarse de mi madre y se hunde en un reposo sin sueños, gracias a las cinco pintas de John Smith's Best Bitter que ha bebido en la bolera con sus amigos, Walter y Bernard Belling. En el instante en que he pasado de la nada al ser, mi madre fingía dormir — como hace a menudo en esos momentos. Mi padre, sin embargo, es duro de pelar y no se amilana por eso.

Mi padre se llama George y le lleva diez años largos a mi madre, que ahora ronca en la almohada de al lado. Mi madre se llama Benerice pero siempre la han llamado Bunty.

Bunty no me parece un nombre muy apropiado para un adulto; ¿me llevaría mejor con una madre que se llamara de otro modo? ¿Un sencillo Jane, un maternal Mary? ¿O algo romántico, que sonara al clásico nombre de las fotonovelas femeninas, Aurora o Camille? Demasiado tarde. El nombre de Bunty será «mamá» durante algunos años, por supuesto, pero transcurrido un tiempo no habrá ni una sola denominación materna (mamá, mami, mama, mamita, mamaíta, madre, mamuchi) que me parezca adecuada y más o menos dejaré de llamarla de ningún modo. Pobre Bunty.

Vivimos en un lugar llamado «sobre la tienda», una descripción algo inexacta pues tanto la cocina como el comedor están al mismo nivel que la propia tienda y la topografía incluye también la zona satélite del patio trasero. La tienda (una tienda de animales) está en una de las antiguas calles que se encogen bajo la majestuosa amenaza de la catedral de York. En esta calle vivieron los primeros impresores y los vidrieros artesanos que llenaron de luces coloreadas las ventanas de la ciudad. La Novena Legión Hispana marchó arriba y abajo de nuestra calle, la *via praetoria* de su fuerte principal, antes de desvanecerse en el aire. Guy Fawkes nació aquí, a Dick Turpin lo colgaron a pocas calles y Robinson Crusoe, ese otro gran héroe, es también natural de esta ciudad. ¿Quién se atreve a decir cuáles fueron reales y cuáles de ficción?

Por estas calles fluye la historia. El edificio que alberga la tienda se remonta a

siglos de antigüedad. Los muros se ladean y los suelos se inclinan como si de una casa magnética medieval se tratase. En este lugar se yergue un edificio desde la época de los romanos y, como es de suponer, posee su cuota de los incorpóreos ocupantes de rigor, que se enroscan en las instalaciones y en los paramentos y flotan tristemente a nuestras espaldas. Nuestros fantasmas adquieren mayor densidad en las escaleras, y las tenemos en cantidad. Tienen mucho que comentar. Si permaneces a la escucha, puedes oírlos, el chapoteo de los remos vikingos en el agua, la partida «¡A por el zorro!» de los cazadores de Harrogate traqueteando sobre el empedrado, antiguos pies que se arrastran en algún baile del Assembly Rooms y el *ris-ris* de la pluma del reverendo Sterne.

Al igual que una ubicación geográfica, «sobre la tienda» es también un reino autosuficiente en ebullición, con sus propias reglas autóctonas y dos rivales contendiendo por la corona, George y Bunty.

La concepción ha dejado a Bunty de mal humor, emoción con la que está muy familiarizada, y solo tras mucho agitarse y revolverse se rinde a un dormir inquieto, poblado de sueños. Con toda libertad para elegir en el catálogo que el reino de los sueños le ofrece en esta su primera noche como mi madre, Bunty ha escogido los cubos de basura.

En el sueño de la basura, se esfuerza por mover dos pesados cubos por el patio trasero. De tanto en tanto, un malintencionado golpe de viento le emplasta el pelo sobre los ojos y la boca. Desconfía de un cubo de basura en particular; sospecha que está empezando a desarrollar una personalidad... una personalidad que tiene un inquietante parecido con la de George.

De repente, mientras se esfuerza por arrastrar uno de los cubos, pierde el control y lo deja caer entre un estruendo de metal galvanizado —¡CRASH PLAM KLUNG!— arrojando su contenido sobre la superficie asfaltada del patio. Desechos, la mayoría procedentes de la tienda, quedan esparcidos por todas partes —bolsas vacías de pienso compuesto Wilson, paquetes de Trill aplastados, latas de Kit-e-Kat y Chappie, cuidadosamente rellenas de pieles de patata y cascaras de huevo, por no mencionar los misteriosos envoltorios de papel de periódico que, por su aspecto, podrían contener miembros de bebé amputados. A pesar del desastre, la soñadora Bunty experimenta un sentimiento de satisfacción al ver el aspecto tan aseado que ofrece su basura. Cuando se inclina y empieza a recogerlo todo, se da cuenta de que algo se mueve tras ella. ¡Oh, no! Aun sin darse la vuelta sabe que se trata del cubo de basura George, transformado en un pesado gigante que ahora se cierne sobre ella, con la intención de absorberla al interior de sus mugrientas profundidades metálicas...

Por alguna razón, no puedo evitar presentir que este sueño no supone un buen augurio para mi futuro. Preferiría una madre que tuviera otro tipo de sueños. Sueños de nubes como bolas de helado, arco iris como algodones de azúcar, soles como carros dorados que atraviesan el cielo... pero bueno, no importa, es el principio de una nueva era. Estamos a 3 de mayo. Hoy mismo, algo más tarde, el Rey presidirá la

ceremonia inaugural del festival de Gran Bretaña y, tras la ventana, un coro del alba anuncia mi llegada.

A la fanfarria del pájaro en el jardín se une pronto el graznido del loro procedente de la tienda de animales, en el piso de abajo, y entonces... ¡¡DRRRRRRRRRRIING!! El despertador suena y Bunty se despierta con un gritito, bajando el botón del reloj de un manotazo. Permanece tumbada aún un minuto, escuchando los sonidos de la casa. Pronto la Bóveda del Descubrimiento se hará eco de los exultantes gritos de ingleses regocijados que se prometen un futuro repleto de esperanza, pero nuestra casa permanece en silencio, aparte de los ocasionales trinos y gorjeos de los pájaros. Incluso nuestros fantasmas duermen, aovillados en los rincones y extendidos a lo largo de los rieles de las cortinas.

El silencio se rompe cuando George, de repente, resopla en sueños. El bufido despierta una parte primitiva de su cerebro. De un manotazo, aprisiona a Bunty contra la cama, y empieza a explorar en qué parte ha ido a aterrizar (una parte nada seductora del diafragma, pero aquella que alberga mi propio ser, mi bóveda del descubrimiento particular). Bunty se las arregla para, deslizándose, apartarse del abrazo de George —ya ha tenido que soportar el acto sexual una vez en las últimas doce horas (¡yo!), más de una vez al día sería antinatural. Se dirige al lavabo, donde la dura luz del techo rebota contra los azulejos blancos y negros y los accesorios cromados y golpea la matinal piel de Bunty en el espejo, formando espantosas lagunas y sombras. Un minuto antes tenía el aspecto de una calavera, al siguiente el de su propia madre. No puede maquillar su mente, lo que es aún peor.

Se cepilla los dientes con bastante energía para alejar el gusto a tabaco que el bigote ahumado de George ha dejado en su boca y después —para guardar las apariencias (un concepto importante para Bunty, aunque no está del todo segura de para quién las está guardando)— se perfila una sonrisa rojo rubí y muestra los dientes al espejo, con los labios retirados, para comprobar si le han quedado manchas de su maltrecho pintalabios. El reflejo le devuelve una sonrisa espantosa pero, en el ensueño diurno de Bunty a 35 mm, se ha transformado en una figura con la apariencia de Vivien Leigh haciendo piruetas ante un espejo mágico.

Ahora está preparada para enfrentarse a su primer día como mi madre. Baja las escaleras, peldaño a crujiendo peldaño (en el mundo de su ensueño diurno, la gran escalera curvada de una hacienda. —Bunty, lo estoy descubriendo, pasa mucho tiempo en el mundo alternativo de sus ensueños—). Lleva mucho cuidado pues no quiere que nadie más se despierte aún, Gillian en particular. Gillian es muy exigente. Es mi hermana. Tiene casi tres años y se va a llevar una gran sorpresa cuando se entere de mi existencia.

Bunty se prepara una taza de té en la cocina, detrás de la tienda, saboreando esos breves instantes de soledad matutina. Dentro de un minuto, le llevará a George una taza de té a la cama —no por razones altruistas sino para mantenerlo alejado un rato más. Para mi pobre madre, el matrimonio ha sido motivo de gran decepción, no ha

cambiado su vida en ningún aspecto, excepto para peor. Si presto atención a sus ondas herzianas, puedo oír el interminable monólogo que acompaña sus quehaceres domésticos «¿Por qué nadie me dijo lo que esto significaba? ¡Cocinar! ¡Limpiar! ¡Trabajar!». Me gustaría que se olvidara del asunto y siguiera soñando despierta, pero ella continúa incansable «y en cuanto a los niños, bueno... levantarse a media noche, las peleas de pareja... ¡los dolores de parto!». Se dirige al hornillo derecho de la cocina que tiene ante ella, balanceando la cabeza de un lado a otro, de un modo bastante parecido a como lo hace el loro en la tienda. *Al menos, ya he acabado con...* (¡Sorpresa!).

El hervidor silba y Bunty vierte el agua en una teterita marrón. Descansa apoyada contra la cocina mientras espera a que el té esté listo, con el ceño algo fruncido mientras trata de recordar por qué demonios, para empezar, se casó con George.

George y Bunty se conocieron en 1944. No fue él su primera elección, sino Buck, un sargento americano (mi abuela se esforzó por casarse durante la guerra de un modo similar), pero Buck perdió un pie haciendo el tonto en un campo minado («Esos yanquis son capaces de cualquier cosa con tal de divertirse», observó Clifford, el hermano de Bunty, con aversión) y lo embarcaron de vuelta a casa, en Kansas. Bunty pasó un tiempo considerable esperando que Buck le escribiera y la invitara a compartir su vida en Kansas, pero nunca volvió a saber de él. De modo que George se hizo con la dama. Al final, Bunty decidió que George con dos pies sería mejor partido que Buck con uno, pero ahora ya no está tan segura. (¡Buck y Bunty! Qué hermosa pareja sonora hubieran formado... me los puedo imaginar).

Si Buck se hubiera llevado a Bunty a Kansas, ¡imaginad lo diferentes que hubieran sido nuestras vidas! Sobre todo la mía. En 1945 murió el padre de George, atropellado por un tranvía durante una excursión a Leeds, y George tomó a su cargo el negocio familiar: las mascotas. Se casó con Bunty, pensando que la chica supondría una gran ayuda en la tienda (pues ella había trabajado en una anteriormente), sin saber que Bunty no tenía la menor intención de trabajar después de su matrimonio. El desacuerdo irá a más.

El té está listo. Bunty remueve el interior de la teterita marrón con una cuchara y se sirve una taza. Mi primera taza de té. Se sienta a la mesa de la cocina y empieza a soñar despierta otra vez, dejando atrás su decepción por lo de Kansas y su boda de medio pelo con George para trasladarse a un lugar donde la brisa estival agita un diáfano velo, tras del cual está Bunty, luciendo un vestido de organdí, con una cintura de avispa y una nariz diferente. El hombre que está junto a ella es increíblemente guapo, con un gran parecido a Gary Cooper, mientras que la propia Bunty tiene un ligero aire a Celia Johnson. Una lluvia de hojas y flores en tonos naranja se precipita sobre ellos mientras se abrazan y besan apasionadamente... y de repente, una inoportuna nota de realidad interrumpe nuestro ensueño, alguien estira la bata de Bunty y gimotea en un tono no demasiado agradable.

¡Aquí está! ¡Aquí está mi hermana! Saltando al regazo de Bunty, toda

gordezuelos brazos y piernas y dulces olores de cama, trepando al Eiger del cuerpo materno y apretando su carita adormilada contra el helado cuello de Bunty. Ella afloja los pequeños puños que la han agarrado del pelo y devuelve a Gillian al suelo.

—Baja —ordena Bunty—. Mamá está pensando.

(Aunque lo que mamá está haciendo, en realidad, es preguntarse qué pasaría si toda su familia desapareciera y pudiera empezar de nuevo). ¡Pobre Gillian!

Gillian no permite que se la ignore mucho tiempo —no es de esa clase de niños— y apenas hemos tenido tiempo de tomar nuestro primer sorbo de té antes de vernos obligadas a atender las necesidades de Gillian. Para desayunar, Bunty prepara gachas de avena, hace tostadas y hierva huevos. George no puede sufrir las gachas; le gusta tomar bacon y salchichas con pan frito, pero el estómago de Bunty está algo delicado esta mañana (tengo acceso a toda la información interna).

—Y si quiere, que se lo prepare él mismo —murmura, llenando un tazón de gachas de avena (con bastantes grumos) para Gillian. Después se sirve un segundo tazón para ella —cree que podrá soportar unas pocas gachas— y un tercero. ¿Para quién será? ¿Para Goldilocks? No creo que sea para mí. No, claro que no... sorpresa, sorpresa... ¡tengo otra hermana! Eso sí que son buenas noticias, aun cuando tenga un aspecto algo melancólico. Ya se ha lavado, se ha puesto el uniforme escolar e incluso se ha cepillado el cabello —que lleva recto, a lo chico, un corte que no le sienta demasiado bien. Solo tiene cinco años y se llama Patricia. Su carita vulgar adquiere cierto aire sombrío cuando examina las gachas de su tazón. Y es que odia las gachas de avena. Gillian está engullendo las suyas como el pato de su libro infantil *El pato glotón*.

—No me gustan las gachas de avena —se permite comentar Patricia a Bunty. Es la primera vez que intenta abordar de manera directa el tema de las gachas, normalmente se limita a removerlas una y otra vez con una cuchara hasta que se ha hecho demasiado tarde para comerlas.

—¿Perdona? —dice Bunty, dejando caer las palabras como carámbanos en el linóleo del suelo de la cocina (la verdad es que nuestra madre no es una persona mañanera).

—No me gustan las gachas —dice Patricia, esta vez menos convencida.

Rápida como una serpiente, Bunty silba en respuesta:

—Bueno, a mí no me gustan los niños, así que peor para ti.

Está bromeando, por supuesto. ¿O no?

¿Y por qué tengo esta extraña sensación, como si llevara la sombra cosida a la espalda, casi como si hubiera alguien más aquí conmigo? ¿Estaré hechizada por mi propio fantasma embrionario?

—¡Atiende la tienda, Bunt!

(¿Bunt? Eso es aún peor).

Y se va. ¡Así, tan tranquilo! Bunty echa pestes para sí. —*Como mínimo, podría preguntar. ¿Te importaría, Bunty, atender la tienda por mí? Y claro que me importaría, muchísimo. Pero aun así tendría que hacerlo, ¿a que sí? «Atender». ¿Por qué se le llama «atender»? ¿Qué clase de atención se necesita para estar tras el mostrador de una tienda?*

A Bunty no le gusta la promiscuidad que supone despachar a los clientes. Tiene la sensación de que, en realidad, no está vendiendo comida para perros y gatos, periquitos de vez en cuando, sino que se está vendiendo a sí misma. Como mínimo, piensa, cuando trabajaba para el señor Simón («Modelia - Moda femenina de calidad») la faena consistía en vender cosas prácticas, vestidos, corsés y sombreros. ¿Pero qué tenía de práctico un periquito? Y, lo que es más, tener que ser educado con todo el mundo, en todo momento, no era *normal*. (George, en cambio, ha nacido para eso, para charlar con la gente, hacer el mismo comentario sobre el tiempo veinte veces en una mañana, arrastrarse, humillarse y sonreír y, después, arrancarse la máscara nada más salir de escena. Los hijos de los vendedores —yo y Chekhov, por ejemplo— cargan con un estigma por haber sido testigos de cómo sus padres se degradaban de un modo tan penoso).

Bunty decide que debería tener unas palabras con George, dado que ella es esposa y madre, no una ayudante de tienda. Y otra cosa, ¿adónde se va todo el tiempo? Siempre está «marchándose un momento» a hacer misteriosos recados. Van a cambiar mucho las cosas si Bunty se harta. Se sienta tras el mostrador, entrechocando las agujas del nueve, como si estuviera tejiendo la guillotina de George, cuando debería estar tejiendo mi futuro —cositas diminutas, diáfanos chales y chaquetitas de lana con cintas rosas ensartadas. Encantadoras botitas de lana roja para lucirme en mis salidas. El gato de la tienda —una gorda gata carey que se pasa los días sentada en el mostrador con malevolencia— salta a su regazo, pero ella la arroja al suelo de inmediato. A veces Bunty se siente como si el mundo entero tratara de subírsele encima.

—¡Buenas!

George ha vuelto. Los periquitos se sobresaltan y aletean en sus jaulas.

¿Buenas? ¿Por qué «buenas»? George y Bunty siempre dicen eso cuando entran en la tienda —pero se supone que son los clientes quienes deben decir eso, no el vendedor. ¿Es un adjetivo que califica a los animales (¡Buenas mascotas!) o lo substantivan para referirse a ellas? ¿Tratan de infundirles aliento? ¿O de alentarse a sí mismos sobre su calidad? ¿Intentan hacerse pasar por clientes? ¿Pero por qué hacerte pasar por algo que detestas? ¡Buenas! Me temo que esto, al igual que su significado, constituirá un eterno misterio existencial.

Pero ahora hemos sido liberadas de nuestra esclavitud tras el mostrador (Bunty acaba de vender el gato de la tienda, pero no se lo menciona a George. Pobre gato.) y podemos ir a descubrir el mundo exterior, más allá de la tienda. Primero debemos proceder al ritual de vestir a Gillian, para que pueda sobrevivir en el ignoto ambiente

externo. Bunty desconfía del mes de mayo, de modo que Gillian deberá llevar una camiseta bien ceñida a su flamante piel de querubín. Y también una enagua, un grueso jersey de lana rojo tejido por los incansables dedos de Bunty, una falda escocesa Royal Stewart y calcetines largos de algodón que le llegan a la mitad de sus gordezuelas piernas. Para terminar, le pone su abrigo azul claro ahumado con el cuello de terciopelo blanco y un gorrito de lana blanco atado con cintas que le parten la papada en dos. Yo, por mi parte, floto en libertad, desnuda y sin galas. No hay manoplas ni gorros para mí aún, tan solo el interior de Bunty, cálido y acogedor, ignorante todavía del valioso equipaje que acarrea.

George, a toda prisa, ya se ha llevado a Patricia, sin gachas de avena que valgan, carretera arriba, a la escuela. Hace de eso un par de horas. En este momento, mi hermana mayor está en el patio del colegio bebiéndose su botellita de leche, repasando la tabla del cuatro (es muy cerebral) y preguntándose por qué nadie la invita nunca a saltar a la comba con el resto. ¡Solo cinco años y ya marginada! Tres quintas partes de la familia caminan ahora por Blake Street hacia los Jardines del Museo; o, más bien, Bunty camina, yo floto y Gillian monta en su recién estrenado triciclo Triang, que ha insistido en llevarse. Bunty piensa que los parques son, en cierto modo, un desperdicio: agujeros en la existencia rellenos de nada excepto aire, luz y pájaros. ¿No deberían esos ratos emplearse para algo útil, como el trabajo doméstico?

El trabajo doméstico debe hacerse. Por otra parte, se supone que los niños han de jugar en los parques —Bunty lo ha leído en la sección dedicada al cuidado de los niños en su libro *Todo desde dentro* (Criar a los niños), allí lo dice. Hay que proporcionarles un tiempo de esparcimiento para que tomen el aire, de modo que Bunty paga una preciosa moneda de cinco peniques en la puerta de los Jardines del Museo, garantizando así que nuestro aire fresco será exclusivo.

¡Mi primer día! Han brotado hojas de todos los árboles del Museo y, sobre la cabeza de Bunty, en lo alto, el cielo es de un azul intenso; si alargara la mano (cosa que no hará) podría tocarlo. Nubes blancas, esponjosas como corderos, se amontonan unas sobre otras. Estamos en el cielo del Quattrocento. Los pájaros descienden piando, ejecutando una danza exaltada sobre nuestras cabezas, sus pequeños músculos de vuelo a toda marcha —¡ángeles de la Anunciación en miniatura, Gabrieles avícolas, venid a proclamar mi llegada! ¡Aleluya!

Bunty no repara en nada. Está mirando a Gillian, que pedalea por todos los recodos y curvas del sendero, siguiendo una especie de tantra mágico que recita para sí. Me preocupa que Gillian quede atrapada en los lechos de flores. Más allá de la verja se atisba un ancho río tranquilo y frente a nosotras yacen las claras ruinas caladas del monasterio de Santa María. Un pavo real chilla, se suelta de los barrotes que constituyen su punto de apoyo y salta a la hierba, a nuestros pies. ¡Qué fantástico nuevo mundo, que alberga criaturas como estas!

Dos hombres, a los que llamaremos Bert y Alf, trabajan recortando la hierba del

parque. Al ver a Gillian suspenden su labor y, apoyándose en sus enormes cortacéspedes unos instantes, contemplan el avance de la niña con genuino placer. Bert y Alf lucharon en el mismo regimiento durante la guerra, bailaron al son de Al Bowlly en las mismas fiestas, persiguieron a las chicas (chicas muy parecidas a Bunty) juntos y juntos cortan la hierba ahora. Piensan que tal vez haya cierta injusticia en el rumbo que han tomado sus vidas pero, de algún modo, la visión de Gillian los reconcilia con la existencia. (Tierna, inocente, radiante y guapa, pues Gillian nació el día del Sabbath y aún conservaba algunas de esas cualidades en 1951. Por desgracia, pronto las perdió). Limpia como una patena y flamante como una pastilla de jabón sin estrenar, representa todo aquello por lo que lucharon en la guerra —nuestra Gillian, la promesa del futuro. (No demasiado futuro, según resultaría después, cuando la atropello un Hillman Husky azul claro en 1959, ¿pero cómo íbamos a saberlo entonces ninguno de nosotros? Nuestra familia padece una predisposición genética a los accidentes —los atropellos y las explosiones son los dos más frecuentes).

La atención que prestan Bert y Alf irrita a Bunty (nuestra madre, la flor del género femenino inglés). ¿Posee realmente alguna otra emoción? ¿*Por qué no se dedican a cortar la maldita hierba?*, piensa, disfrazando sus pensamientos con una amplia y artificial sonrisa.

¡Hora de irse! Bunty considera que ya está bien de holgazanear, ahora toca ir a comprar a las tiendas de otras personas. Se prepara para una escena con Gillian, pues no hay duda de que Gillian hará una escena. Se las arregla para liberarla de los lechos de flores y devolverla al buen camino, pero Gillian, inconsciente de estar malgastando un tiempo precioso, sigue pedaleando con parsimonia, parándose a admirar las flores, a recoger piedras, a hacer preguntas. Bunty mantiene una beatífica expresión de serenidad, y guarda silencio tanto tiempo como puede antes de que su impaciencia se desborde y tire del manillar del triciclo para hacerlo avanzar más rápido. Su acción tiene consecuencias desastrosas: Gillian cae sobre la hierba, donde aterriza en un exquisito montón azul y blanco, conteniendo la respiración y gritando al mismo tiempo. Estoy consternada... ¿tendré que aprender a hacer eso?

Bunty tira de ella para ponerla en pie, fingiendo no advertir que se ha arañado las rodillas y las tiernas palmitas. (La actitud de Bunty hacia el dolor o, de hecho, hacia cualquier clase de emoción es comportarse como si se debiera a un trastorno de la personalidad). Bunty, totalmente consciente de que Bert y Alf nos están observando, esboza una sonrisa de «no es para tanto» y le susurra a Gillian al oído que le comprará golosinas si deja de llorar. Gillian, de inmediato, se embucha el puño en la boca. ¿Será una buena hermana? ¿Es esto una buena madre?

Bunty se aleja del parque con la cabeza alta, arrastrando a Gillian con una mano y el triciclo con la otra. Bert y Alf reanudan su trabajo en silencio. Una suave brisa agita las hojas recién brotadas y sacude un periódico matutino que ha quedado abandonado en un banco. La torre Skylon, foto de portada, revolotea como si

reclamara atención —parece una ciudad del futuro, un país de Oz de ciencia ficción. No despierta mi interés —me estoy revolviendo incómoda en un baño de química malsana, liberada por Bunty a consecuencia de la rabieta del triciclo.

—Muy bien, querida, ¿qué le pongo?

La voz del carnicero retumba en toda la tienda.

—¿Un buen trozo de carne roja, eh?

Le lanza a mi madre un guiño salaz, pero ella finge sordera. El resto de la clientela ríe con disimulo. Walter gusta a sus clientes, se comporta como lo haría un carnicero en una comedia de Ealing, una exagerada parodia de sí mismo, con su teñido azulado, su delantal blanco y su canotier de paja. Es un cockney y solo eso ya constituye una amenaza para nosotros, habitantes del espiritual corazón de Yorkshire. En el léxico animal privado de Bunty (todos los hombres son bestias) es un cerdo, con esa piel suave y brillante, tensa sobre su carne rolliza y grasienta. Bunty, la primera de la cola, pide ternera y riñón en su tono de voz más neutro, pero aun así el carnicero suelta la carcajada, como si hubiera dicho algo de lo más indecente.

—Algo pa que el tipo funcione, ¿eh? —ruge.

Bunty se agacha para jugar con el cordón del zapato de Gillian y evitar así que alguien pueda advertir cómo el embarazo enciende sus mejillas.

—Para ti, preciosa, lo que quieras.

Walter la mira con impudicia y de repente, por sorpresa, saca un cuchillo de alguna parte y empieza a afilarlo sin apartar los ojos de Bunty. Ella permanece agachada junto a Gillian tanto tiempo como puede, simulando conversar con ella, sonriendo y asintiendo, como si las palabras de Gillian fueran tremendamente interesantes. (En realidad, ella nunca prestaba atención a nada de lo que decíamos, claro... excepto cuando eran impertinencias).

El carnicero empieza a silbar la canción del Toreador de Carmen, muy alto, y se embarca en una dramática representación sujetando un riñón pesado y viscoso.

—Deberías ser actor, Walter —declara una voz procedente del fondo de la tienda, y el resto de los clientes murmura con aprobación. A Bunty, ahora de nuevo vertical, la invade un pensamiento, inquietante —el riñón, que Walter se pasa de una mano a otra, tiene cierto parecido con un par de testículos. («Testículos» no es una palabra con la que Bunty esté muy familiarizada, por supuesto, pertenece a una generación de mujeres que nunca estuvo demasiado *aufait* con el legítimo vocabulario anatómico).

Walter lanza el riñón a la tabla y lo corta, manejando el cuchillo con una destreza sorprendente. Su admirada audiencia lanza un suspiro colectivo.

Si le fuera posible, Bunty iría a otra carnicería, pero la tienda de Walter está cerca de nuestra casa y no solo por eso la trata bien, también es amigo de George, aunque poco más que un conocido de Bunty. A ella le gusta la palabra «conocido», suena elegante y, a diferencia de «amigo», no posee connotaciones de tiempo transcurrido. Conocido o no, Walter resulta difícil de mantener a raya, como Bunty ha comprobado a su pesar el par de ocasiones en que este la ha acorralado tras la máquina de

salchichas, en la trastienda. George y Walter se hacen «favores». —Walter le está haciendo uno ahora, a la vista de todos, escamoteando un filete que proporcionará a Bunty mucha más carne de la que le toca en su cupón de racionamiento. Walter tiene también fama de conquistador, así que a Bunty no le hace ninguna gracia que George y él salgan juntos. George *dice* que ese tipo de cosas le parecen repugnantes, pero Bunty sospecha que no lo encuentra repugnante en absoluto. Prefiere al otro tendero amigo de George, Bernard Belling, que tiene un negocio de materiales de fontanería y, a diferencia de Walter, no mantiene conversaciones cargadas de indirectas en público.

Bunty toma el blando envoltorio de carne, evitando la mirada de Walter y lanzando, en su lugar, una sonrisa forzada a la cavidad interior del cordero muerto que hay tras el hombro izquierdo del carnicero. Sale sin decir nada, pero sintiendo una rabia silenciosa y Escarlata en su interior, meneando la cabeza con indignación. Con un remolino de falda, abandona furiosa la carnicería, maldiciendo al tipo.

Tras la visita a Walter nos dirigimos a la panadería de Richardson y compramos una gran barra de pan blanco, pero pasteles no, pues Bunty considera los pasteles comprados signo de negligencia doméstica. Después vamos a la tienda de Hannon a por manzanas, coles y patatas, a Border's a por café, queso y mantequilla, que el tendero toma de un tubo e iguala después. A estas alturas, creo que estamos algo fatigadas, y Bunty tiene que regañar a Gillian para que pedalee por Gillygate, y a lo largo de Clarence Street, hacia nuestra última escala. Gillian ha adquirido un extraño color langosta y tiene todo el aspecto de estar maldiciendo el momento en que se le ocurrió preguntar si podía llevarse el triciclo. Se ve obligada a pedalear con furia para mantenerse a la altura de Bunty, quien está cada vez más enojada (puedo asegurarlo).

Por último, llegamos a Lowther Street, a la apretujada casa pareada que constituye el domicilio de Nell. Nell es mi abuela, la madre de Bunty, la hija de Alice. Toda su vida está definida por sus relaciones con otras personas:

Madre de: Clifford, Babs, Bunty, Betty, Ted.

Hija de: Alice.

Hijastra de: Rachel.

Hermana de: Ada (muerta), Lawrence (presuntamente muerto), Tom, Albert (muerto), Lillian (como si estuviera muerta).

Mujer de: Frank (muerto).

Abuela de: Adrian, Margarita, Rosa, Patricia, Gillian, Ewan, Hope, Tim y ahora... ¡YO! El estómago de Bunty truena en mis oídos; es casi hora de comer, pero la sola idea le revuelve el estómago. Mi nueva abuela le ofrece a Gillian un vaso de chispeante naranjada Kia-ora y a nosotras nos sirve galletas de arrurruz y café Camp que calienta con leche esterilizada en una cazuela. Bunty tiene ganas de vomitar. El olor a serrín y carne pasada de la carnicería parece haberse impregnado en su piel.

—¿Todo bien, madre?

Bunty pregunta sin esperar respuesta. Nell es pequeña y, de algún modo, bidimensional. No causa una gran impresión entre sus allegados.

Bunty advierte que una mosca avanza despacio hacia las galletas de arrurruz. Moviéndose muy lentamente, coge el matamoscas que mi abuela siempre tiene a mano y, con gran habilidad, la machaca. Un segundo antes esa mosca estaba viva, y ahora está muerta. Ayer yo no existía, y hoy sí. ¿No es asombrosa la vida?

La presencia de Bunty está sacando de quicio a Nell, que, incómoda, cambia constantemente de postura en las profundidades de su sillón, mientras se pregunta cuándo nos iremos para poder escuchar la radio en paz. Bunty está experimentando una oleada de náusea debido a mi inesperada llegada. Gillian ya se ha bebido su Kia-ora y ahora se venga del mundo. Está jugando con la caja de botones de la abuela; escoge un botón, rosa, transparente, en forma de flor [ver *nota al pie (I)*] y, con cuidado, deliberadamente, se lo traga. Es lo más parecido que ha podido encontrar a los dulces que nuestra olvidadiza madre le había prometido en los Jardines del Museo.

—¡Maldito loro!

George levanta el dedo mordido para inspeccionarlo. Bunty, indiferente, le quita importancia. (Las heridas, como ya he dicho, no son su fuerte). Va manchada de grasa y harina hasta los codos y el estómago le molesta otra vez. Contempla a George con disgusto cuando este toma una de las magdalenas que hemos pasado media tarde haciendo y se la traga de un bocado, sin ni siquiera mirarla.

La tarde ha sido algo decepcionante. Hemos vuelto a ir de compras, pero solo hemos adquirido algo de lana color arena en una tienda cuya tímida vendedora me ha hecho apreciar las técnicas histriónicas de Walter como tendero. Tenía la esperanza de que fuéramos a una floristería para celebrar mi llegada con flores, una guirnalda o dos, un ramo de rosas o alegría, pero no. Sigo olvidando que nadie conoce mi existencia.

Hemos ido a recoger a Patricia a la escuela, pero tampoco eso ha resultado muy interesante; por lo visto, ha pasado un día bastante aburrido, a saber:

—¿Qué has hecho hoy?

—Nada. (Dicho encogiéndose de hombros).

—¿Qué has comido?

—No me acuerdo. (Vuelve a encogerse de hombros).

—¿Has jugado con tus amigos?

—No.

—¡No te encojas tanto de hombros, Patricia!

Bunty pica el riñón sanguinolento, sin que la idea de los testículos se aleje de su mente. Odia cocinar, se parece mucho a mostrarse amable con la gente. A la carga de

nuevo «*me paso la vida cocinando, soy una esclava del hogar... encadenada a la cocina... todas esas comidas, día tras día, ¿y qué hacen con ellas? ¡Se las comen, eso es lo que hacen, sin una palabra de agradecimiento!*». A veces, cuando Bunty está ante la cocina, el corazón empieza a golpearle el pecho y se siente como si su coronilla fuera a abrirse y un ciclón fuera a arrancarle el cerebro arrastrándolo todo a su alrededor. (Menos mal que no fue a Kansas). No comprende por qué se siente así [Pregúntale a Alice; volver a consultar *nota al pie (I)*] pero le está sucediendo ahora. Por eso, cuando George vuelve a rondar por la cocina, coge otra magdalena y anuncia que debe ir a ver a un hombre para un asunto de un perro (dándose golpecitos en la nariz mientras lo hace —cada vez más, empiezo a sentirme como si estuviéramos todos atrapados en alguna película infecta en blanco y negro), Bunty vuelve el rostro hacia él, deformado por una expresión asesina, y levanta el cuchillo como si estuviera considerando la idea de apuñalarle. ¿Se trata de una antorcha a punto de ser lanzada a la gran ciudad de Atlanta?

—Tengo cosas que hacer —dice George precipitadamente, y Bunty se lo piensa mejor y apuñala el filete en su lugar—. Por el amor de Dios, ¿qué te pasa, qué crees que voy a hacer, encontrarme con otra mujer y pasarme toda la noche de juerga? (Una pregunta inteligente, desde luego, ya que esas son exactamente las intenciones de mi padre de un día).

¿Estallará la guerra civil en la cocina? ¿Arderá Atlanta? Espero conteniendo la respiración.

No, estamos a salvo un día más. Fiuuu, como diría Ted, el hermano de Bunty, si estuviese aquí; pero no está. Está en la marina mercante, sacudido por las olas del mar Meridional de China en este momento. Bunty pierde interés en la escaramuza y devuelve su atención al filete y al *pudding* de riñón.

Bueno, mi primer día casi ha llegado a su fin, gracias a Dios. Ha sido un día muy fatigoso para algunos de nosotros, para mí y, sobre todo, para Bunty. George aún no ha llegado a casa pero Bunty, Gillian y Patricia están completamente dormidas. Bunty vuelve a hallarse en el país de los sueños, soñando con Walter, que toquetea sus botones con pezuñas de cerdo y le soba las carnes con unos dedos que parecen salchichas. Gillian ronca en sueños, en medio de una pesadilla sisífrica en la que debe pedalear sin descanso, cuesta arriba, en su triciclo. Patricia duerme profundamente, con su panda apretado contra el pecho; su pálido rostro refleja cansancio. Las espectrales presencias deambulan por la casa, haciendo débiles esfuerzos por crear desorden doméstico... cortando la leche y rociando de polvo los estantes.

Yo también estoy totalmente despierta, dando volteretas y flotando en el océano de Bunty. Entrechoco mis diminutos talones desnudos tres veces y pienso que en ningún lugar se está como en casa.

A la mañana siguiente, George está de un buen humor poco frecuente (su noche

de juerga —con Walter— resultó satisfactoria) y sacude a mi madre, dormida, para despertarla.

—¿Te gustaría desayunar en la cama, Bunt?

Bunty gruñe.

—¿Qué tal unas salchichas? ¿Morcilla?

Bunty gime, lo que George toma por un «sí» y se larga tranquilamente a la cocina, mientras Bunty tiene que salir disparada al lavabo. Durante un segundo le parece ver a Escarlata sonriendo en el espejo del baño, en tecnicolor, pero la imagen se esfuma cuando vomita. Al apoyar la frente, ardiente y escocida, contra las frías baldosas, una terrible idea asalta la mente de Bunty: ¡está embarazada! (Pobre Bunty, vomitando día tras día en cada uno de sus embarazos. Está claro por qué nos decía siempre que la poníamos enferma). Se deja caer sobre el retrete y articula un silencioso grito tipo Munch: no puede ser (¡sí, sí, sí, Bunty va a tener un bebé! ¡Yo!). Arroja lo primero que encuentra a mano (un zapato rojo) al cristal, que se rompe en un millón de fragmentos astillados.

Estoy pendiente de un hilo, como un botón rosa transparente. Socorro. ¿Dónde están mis hermanas? (Dormidas). ¿Mi padre? (Preparando el desayuno). ¿Dónde está mi madre?

Pero bueno, no importa; el sol brilla en el cielo y de nuevo vamos a tener un precioso día. Las multitudes se congregarán en las salas de la Exposición y en la Bóveda del Descubrimiento, estirando el cuello hacia Skylon y la reluciente ciudad esmeralda del mañana. El futuro es como un armario lleno de luz, basta con encontrar la llave que abre la puerta. Los azulejos vuelan en lo alto, cantando. ¡Es un mundo maravilloso!

Nota al pie (I) - Idilio campestre

La fotografía está en un marco plateado, forrado de terciopelo rojo, con un cristal ovalado en el centro, tras el cual mi bisabuela contempla el mundo con expresión ambigua.

Está de pie, muy tiesa, con una mano —adornada por la alianza— apoyada en el respaldo de una *chaise longue*. El decorado a sus espaldas es el típico telón de fondo de la época, en el que un vago paisaje de colinas mediterráneas queda distanciado por el *trompe-l'oeil* de la escalera con balaustrada que ocupa el primer plano. Mi bisabuela va peinada con la raya al medio y una corona de trenzas le rodea la cabeza. La parte superior de su vestido de satén es un corpiño de cuello alto, que parece bordado y relleno como un cojín. Lleva un pequeño medallón al cuello y sus labios están entreabiertos, da la sensación de estar esperando algo. Inclina la cabeza hacia atrás, ligeramente, pero mira directo a la cámara (o al fotógrafo). En la fotografía, sus ojos parecen oscuros y muestran una expresión insondable. Parece a punto de decir

algo, aunque no tengo ni la menor idea de lo que pudiera ser.

Nunca antes había visto esta foto. Bunty la hizo aparecer un día como por arte de magia. Su tío Tom acababa de morir en la residencia y ella acudió a recoger sus pocas pertenencias, todas las cuales cabían en una caja de cartón. Sacó la fotografía de la caja y, cuando le pregunté quién era, me dijo que se trataba de su abuela, mi bisabuela.

—Cambió mucho, ¿no? —dije, trazando el contorno del rostro de mi abuela en el cristal—. Está fea y gorda en la foto que tú tienes, la que se hizo en el patio trasero de Lowther Street con toda la familia.

Me refería a una foto que tenía Bunty, en la que ponía «1914, Lowther Street» al dorso, con tinta de un azul desleído, y que muestra a mi bisabuela con toda la familia a su alrededor.

Está sentada, grande y cuadrada, en el centro de un banco de madera. Junto a ella, se ve a Nell (la madre de Bunty) a un lado y a Lillian (la hermana de Nell) al otro. De pie, tras ellas, está Tom y en cuclillas, a los pies de Rachel, el hermano menor, Albert. El sol brilla y las flores crecen en el muro del fondo.

—Oh, no —dijo Bunty sin darle importancia—. La mujer que sale en la foto de Lowther Street es Rachel... la madrastra, no la *auténtica* madre. Era una prima o algo así.

La mujer del marco forrado —la madre auténtica, la verdadera novia— contempla el mundo exterior a través del tiempo con expresión inescrutable.

—¿Cómo se llamaba?

Bunty tuvo que pensarlo un instante.

—Alice —declaró finalmente—. Alice Barker.

Mi recién descubierta bisabuela, al parecer, murió al dar a luz a Nell, y poco después mi casquivano bisabuelo se casó con Rachel (la madre apócrifa, la novia postiza). Bunty conservaba el vago recuerdo de que Rachel había acudido a cuidar de los niños y se había comportado como un ama de llaves pobre.

—Seis niños sin madre —explicó, con voz de madre de Bambi agonizante—. El pobre tenía que casarse con alguien.

—¿Por qué nunca me lo habías explicado?

—Se me olvidó —dijo Bunty desafiante.

La olvidada Alice miraba directo al frente. Con cuidado, saqué la foto del marco y pude distinguir más detalles de ese mundo artificial en sepia, una gran palmera de interior en un cacharro de latón, una gruesa cortina colgada en una esquina del decorado. Al dorso de la fotografía, en caligrafía impresa, pone *J. P. Armand. Fotógrafo ambulante*. Y debajo, en lápiz desvaído, la fecha: *20 de junio de 1888*.

—Veinte de junio de 1888 —le dije a Bunty, que me arrebató la foto y la escrutó con atención.

—Nadie lo diría, ¿verdad? El modo en que está colocada tras ese diván lo oculta.

—¿Qué? ¿Decir qué? ¿Qué oculta?

—Mi madre nació en 1888. El treinta de julio. Alice está embarazada de ocho meses en esta foto. De mi madre, Nell.

¿Explica eso su mirada impenetrable? ¿Siente acaso cómo se aproxima su muerte, husmeando entre sus faldones sepia, acariciando su cabello sepia? Bunty seguía inspeccionando la fotografía.

—Es idéntica a ti —dijo en tono acusador, como si la difunta Alice y yo estuviéramos confabuladas en una conspiración, decididas a crear problemas.

Quiero rescatar a esa mujer perdida de lo que le espera (tiempo). Sumergida en el retrato, la rescato.

Descripción de la escena:

Cien años atrás. Una casa de campo, con la puerta abierta, en un caluroso día de verano. En el jardín, dos niños se pelean en el polvo mientras una hermosa niña de unos nueve años, mayor que los chicos, está sentada en el escalón de la puerta trasera, al parecer ajena al ruido que hacen sus hermanos. Es Ada. Su cabello, largo y dorado, sujeto por una cinta que ha cedido con el calor, cae por su espalda en una cascada de rizos. Unos cuantos pollos picotean sin propósito a su alrededor. Le canturrea a la muñeca que acuna en sus brazos, y su cara ha adquirido una expresión piadosa que, excepto en Navidad, raras veces se ve. Un perro de granja duerme a la sombra del granero que hay en el parque, y un gato negro, sentado sobre un arado de madera, lengüetea el calor sofocante y, de tanto en tanto, se lava de un modo inconsciente y perezoso. Más allá de la valla se divisan los campos, en unos pastan vacas, en otros corderos. Algunos están vacíos. Al sur de la casa hay un huerto, excavado en el gredoso y avaro suelo, donde se ven hileras de zanahorias y exiguas calabazas, marchitándose en la tierra seca. Junto a la puerta de la casa, caléndulas y amapolas se mustian al cegador brillo del sol.

El conjunto produce un efecto extraño, como si alguien hubiera tomado una idílica escena rural y la hubiera interpretado algo desafinada; el sol calienta demasiado, la luz es demasiado brillante, los campos son demasiado áridos, los animales demasiado delgados. La casa de campo, aunque deliciosamente pastoril desde el exterior, posee un dudoso aroma a pan de jengibre y bastón de caramelo. ¿Quién sabe lo que hay dentro?

De repente, sin modificar en absoluto su beatífica expresión, la niña coge una piedra y se la tira a sus hermanos, golpeando al más pequeño, Tom, en la cabeza. Se apartan de un salto, en estado de auténtica conmoción y huyen entre alaridos al campo, unidos en común desagrado por la actitud de su hermana. Ada permanece impassible, volviendo a mirar a su muñeca bebé. El sol está en mediodía, de un blanco ardiente, rabioso. En la cocina de la casa, una mujer hace pan, arrojando la masa contra una mesa de madera, recogiénola, volviendo a lanzarla, recogiénola, lanzándola. El niño que aún no había hecho aparición, de sexo indeterminado, está

sentado bajo la mesa, golpeando piezas de madera con un martillo también de madera. (De modo que probablemente sea un chico). Posee los mismos rizos angelicales que su hermana mayor.

La mujer, sofocada por el calor que desprende el fogón de la cocina, se para a cada momento para estirar la espalda y pasarse la mano por la frente. Se masajea la zona de los riñones con el puño. Le duelen las muelas. Su estómago, abultado con su próximo hijo, obstaculiza sus maniobras para hacer el pan.

Esta mujer es Alice, mi bisabuela. Esta mujer está perdida en el tiempo. Tiene un hermoso cabello claro que lleva cardado y recogido en un moño sudoroso. Esta mujer ya no puede más. Está a punto de renunciar a la vida. Uno de esos curiosos susurros genéticos que prevalecen a través del tiempo ordena que, en momentos de estrés, todas nosotras (Nell, Bunty, mis hermanas, yo) nos pasemos la mano por la frente, exactamente el mismo gesto que Alice acaba de hacer. Una mancha de harina le empolva la nariz.

Alice tiene treinta y un años y está embarazada de su séptimo hijo (ya ha perdido uno, William, el gemelo de Ada, muerto de alguna fiebre desconocida a los tres meses). Alice es original de York. Su madre, Sophie, se casó con un hombre mucho mayor que ella, y el padre de esta estaba encantado con el buen negocio que había hecho, sobre todo porque su hermana mayor, Hannah, había provocado un penoso escándalo al fugarse con un desertor de la marina. En aquella época, la suerte de sus hijas no podía ser más distinta: la una viviendo entre riqueza y privilegios, la otra miserable y deshonrada. El dinero del marido de Sophie procedía de especular con tierras del ferrocarril, dilatados beneficios hechos con rapidez y, como se vería después (antes de que se colgara), de modo fraudulento. Así que, aunque Alice había nacido en una elegante mansión de Micklegate, con un soleado cuarto de los niños y más criados de lo necesario, para cuando cumplió catorce años la fortuna familiar se había esfumado y el nombre de la familia había quedado deshonrado. Alice fue hija única, idolatrada por su madre, pero Sophie nunca se recuperó del escándalo provocado por la muerte de su marido, perdió la razón y acabó tomando tanto láudano que se suicidó accidentalmente.

Pobre Alice, educada para estar hermosa y tocar el piano, era huérfana ahora; aún peor, maestra a la edad de dieciocho años y sin blanca, con el reloj de su madre y un medallón de plata que le había regalado su abuelo al nacer como únicas pertenencias.

Tenía veintiún años cuando conoció a su marido. Llevaba casi un año en el pueblo de Rosedale, donde había alcanzado el puesto de directora en la escuela local. Se trataba de una pequeña escuela rural con otro maestro y una gran estufa de leña. Los niños acudían desde las granjas de los alrededores. La mayoría de sus padres eran labriegos y la asistencia era escasa, pues a menudo se requería a los niños para trabajar en los campos. Alice odiaba enseñar y añoraba los encantos urbanos de York, tan diferentes a los verdes valles. Había empezado a sumirse en un estado melancólico cuando el destino se precipitó sobre ella un sábado por la tarde.

Corría el mes de mayo. Mi bisabuela había salido a pasear por las veredas campestres. El día había comenzado hermoso, las lilas salvajes y el espino que se alineaban a lo largo del camino acababan de florecer, y la envolvía un aroma fresco y tierno —cuyo único efecto era el de sumergirla aún más en la pesadumbre. Entonces, como para armonizar con su estado de ánimo, un trueno estalló procedente de la nada. Mi abuela, equipada solo con sus recias botas y sin paraguas, se hallaba lamentablemente desprotegida de la lluvia. Estaba casi empapada cuando Frederick Barker apareció en su carretón y se ofreció a llevarla de vuelta al colegio.

El hombre tenía una pequeña granja en los alrededores, un terreno fértil y llano a un extremo del valle de Rosedale con una bonita casa color miel, un rebaño de vacas Devon Reds y un huerto donde su padre, William, había plantado melocotoneros a lo largo del muro, aunque sus frutas eran duras y agrias. La necia de mi bisabuela estaba encantada, pero nunca sabremos de qué a ciencia cierta —las bromas fáciles del hombre quizá, o su sólida granja, o sus melocotoneros. Tenía doce años más que ella y la cortejó sin descanso un año entero, con toda clase de cosas, desde requesón y mermelada de melocotón hasta troncos para la estufa de leña. Llegó un momento, durante la primavera del año siguiente, en que no pudo prolongar la decisión por más tiempo —seguir enseñando (lo que aborrecía) o aceptar la oferta de matrimonio de Frederick. Escogió la segunda posibilidad y al cabo de un año dio a luz a los gemelos, Ada y William.

Durante la época del cortejo, Frederick se esforzó por mostrar solo lo mejor de sí mismo, pero una vez que el matrimonio hubo consolidado la relación se sintió a sus anchas para revelar los aspectos más amargos de su carácter. Cuando llevaron a William en su diminuta cuna-ataúd al cementerio, Alice ya estaba al corriente de lo que todo el mundo en Rosedale sabía desde hacía años (y que nunca habían considerado oportuno decirle): que su marido eran un borracho malhumorado, con una avidez por el juego insaciable, no solo caballos, sino peleas de perros, peleas de gallos, a cuántos conejos podía disparar en una hora, a cuántos cuervos podía espantar de un campo, en qué lugar de la habitación se posaría una mosca. Cualquier cosa.

Finalmente, y como era inevitable, perdió la granja, tierra que había pertenecido a su familia durante doscientos años, y se llevó a Alice y los niños —Ada, Lawrence y el recién nacido Tom— a Seadedale, donde consiguió un trabajo de guardabosques. En el intervalo habían nacido otros dos niños y un tercero estaba en camino. No pasaba ni un solo día en que Alice no imaginara cómo habría sido su vida de no haberse casado con Frederick Barker.

Alice divide la masa, le da forma, la coloca en los moldes, cubre los moldes con paños húmedos y los pone a reposar para que la masa se expanda. No tardará mucho con este tiempo. Bajo el delantal blanco, lleva un grueso sayal gris oscuro y una blusa rosa desvaído con botones de cristal rosa en forma de flor. Margaritas. Nota el sudor goteando por su piel, bajo la blusa. Alice tiene ojeras azul oscuro y le zumba la

cabeza.

Se quita el delantal, se vuelve a frotar la espalda y se mueve adormilada hacia la puerta abierta. Apoyándose en el umbral, alarga una mano hacia su hija, Ada, y le acaricia el cabello con dulzura. Ada agita la cabeza como si una mosca se hubiera posado en ella —odia que la toquen— y vuelve a acunar a la muñeca reanudando su desafinada nana, mientras el auténtico bebé, Nell, empieza a empujar a Alice desde el interior. Alice, junto a la puerta trasera, deja reposar su desenfocada mirada en las caléndulas. Y entonces —y esta es la parte realmente interesante en la historia de mi bisabuela— le sucede algo extraño. Está a punto de sumergirse en su ensueño privado cuando, de repente, nota que está siendo atraída hacia las caléndulas, siguiendo una trayectoria rápida y directa; se trata de algo automático y por completo fuera de su control. No le da tiempo a pensar mientras es absorbida en un vertiginoso viaje hacia el corazón de una flor que parece el sol. Conforme se va acercando, más y más rápido, cada uno de los detalles de la flor se hace más nítido —las capas de los alargados pétalos ovales, el acerico granate de los estambres centrales, el verde áspero de los tallos vellosos— todo se precipita hacia ella y después la engulle. Ahora puede sentir la asombrosamente aterciopelada textura de los pétalos en su piel y oler el ácido perfume de la savia.

Pero entonces, justo cuando el mundo entero empieza a silbar y a zumbar de un modo alarmante, la pesadilla floral termina. Alice nota una ráfaga de aire fresco en el rostro y cuando, con gran esfuerzo, abre los ojos, se encuentra flotando en un cielo azul nomeolvides, a unos treinta pies por encima de la granja.

Lo más fantástico es el silencio —puede ver cómo Lawrence y Tom se gritan desde esquinas opuestas del campo, pero ningún ruido se eleva hasta ella. Puede ver cómo Ada le canta a su muñeca, pero ninguna melodía surge de los labios de la niña y, lo más extraño de todo, se puede ver a sí misma —todavía junto a la puerta de la casa— hablando con Ada pero, aunque sin duda articula palabras, su boca no emite ningún sonido. Los pájaros —golondrinas, vencejos, una alondra, dos palomas torcaces, un gavián— guardan silencio también. Las vacas, allá abajo, están mudas, al igual que las ovejas esparcidas por los campos. En el aire, visiblemente, rebullen insectos de todo tipo, pero sus alas permanecen silenciosas.

Lo que el aire ha perdido en sonido, lo ha ganado en textura, y Alice flota a través de un paisaje argénteo y vibrante donde los colores, antes apagados por el sol, han sido restaurados con una vivida, casi antinatural intensidad. Los campos se han convertido en una colcha afelpada, esmeralda y oro, y escaramujos, milenrama, ortigas y madreSelva brotan en los setos que los dividen. La mixtura de perfumes se eleva hacia Alice, la embriagadora fragancia la alcanza y la envía hacia un río que fluye como plata entre márgenes de árboles verde oscuro.

Alice disfruta, flotando como un vilano al viento, mecida por el aire de un lado a otro —un instante envuelta en el humo de su propia casa, al siguiente suspendida sobre la granja y maravillándose al contemplar el broncíneo plumaje del gallo. Mire

adonde mire, el mundo se expande y germina. El goce inunda el corazón de Alice. Mirando a la Alice corpórea, abandonada abajo, un pensamiento toma forma en su mente:

«¿Por qué, piensa mi flotante bisabuela, he estado llevando una vida equivocada?».

Al formular estas palabras mágicas, acelera otra vez, lejos de la tierra, arriba, a través del aire diáfano y brillante, hacia donde se oscurece hasta alcanzar un tono índigo.

Entonces, de repente, el mundo recupera el sonido. Un ruido irrumpe en la conciencia de Alice. Es el rítmico *crek-crek* de un viejo carromato y los cascos de un caballo avanzando lentamente por el reseco camino. A los pocos segundos el origen del ruido se hace visible y un caballo y un carro, cargado con objetos de misteriosas formas, entran lentamente en el campo visual de Alice. El carro se destaca como una extemporánea silueta en la cresta de la colina y Alice, irritada, estudia el movimiento de este carromato móvil y bidimensional. Este sigue trazando su determinado curso por el camino de la colina, un trayecto que, inevitablemente, le llevará a la casa.

En efecto, deja atrás la cima de la colina y avanza por el sendero, hacia la casa. El campo empieza ya a perder su colorido. Los hijos de Alice también han visto el carro y el caballo y permanecen tranquilos, mirando cómo pasa de largo la granja y se dirige hacia la casa, inexorable. El conductor del carro se toca el sombrero a modo de saludo al pasar junto a los chicos en el prado, pero ellos responden al gesto frunciendo el ceño. El carro atraviesa la puerta de la valla y gira hacia el patio. Ada está de pie, medio asustada medio excitada, y la muñeca bebé cae al suelo olvidada.

Alice reconoce una amenaza cuando la ve. Nota un tirón que la arrastra de vuelta e intenta resistirse, entornando los ojos y tratando de volver a concentrarse en el silencio cuando... el niño que estaba bajo la mesa de la cocina (al que habíamos olvidado) escoge ese preciso instante para golpearse el dedo con el martillo de madera (sí, en efecto, es un niño) y emite un espeluznante alarido que, si despertaría a los muertos en sus tumbas, tanto más traerá de vuelta a una madre de una experiencia extracorpórea.

Sus hermanos se precipitan en la casa gritando para ver si hay sangre, el perro que está en el patio se despierta y empieza a ladrar como un loco y el bebé de la cuna, en una esquina de la cocina, del que ni tan solo habíamos advertido su presencia, se despierta sobresaltado y suma sus aullidos al caos.

La pobre e hipomaniaca Alice se ve aspirada de nuevo a la vida, a través del cielo azulejo y el oro líquido de las caléndulas, hasta ser arrojada de vuelta contra la jamba de la puerta de la cocina. ¡Plam! Nell, el bebé invisible, alborota solidario con el niño que brama bajo la mesa quien, cuando Alice lo toma en sus brazos para tratar de consolarlo, le enreda los dedos en el cabello y le arranca tres botones de cristal rosa

de la blusa.

Por último, como colofón a esta cacofonía, el carro y el caballo llegan al jardín de la casa poniendo histérico al perro. Un tipo desgarbado con pinta de forastero, de nariz aguileña y cierto aire a Edgar Allan Poe —levita pasada de moda, manos lánguidas— se apea y se aproxima a la puerta abierta. Con gesto teatral, se quita el sombrero y se inclina haciendo una reverencia.

—Madame —declara volviendo a erguirse—. Jean Paul Armand a su servicio.

Era un artista, por supuesto, las misteriosas formas de su carro no eran más que su extraño atrezo; el telón de fondo mediterráneo, la ornada maceta de latón con una palmera de rígidas hojas de algodón, las cortinas de terciopelo, la insólita cámara fotográfica... solo la *chaise-longue* no formaba parte de su equipo; Ada y Lawrence la habían sacado a rastras al jardín trasero.

—La luz es mejor aquí —explicó.

«No hay que pagar nada hasta que vuelva con las fotos». Así fue como enredó a Alice quien, en una desacostumbrada explosión de optimismo, creyó que se las arreglaría para conseguir el dinero en el intervalo. Así que cepilló y restregó a los niños hasta dejarlos, en términos generales, transformados. El señor Armand aplacó las lágrimas de Albert (el niño de debajo de la mesa) dándole un bastón de azúcar candi —siempre llevaba un puñado para persuadir a sus modelos infantiles, más reacios. Tomó fotografías de los hijos de Alice en distintas permutaciones —Ada con Albert en las rodillas; Albert, Tom y Lawrence juntos; Ada sujetando al bebé auténtico, Lillian (el niño descuidado en la cuna) en lugar de a su muñeca, etc. Lillian aún no ha celebrado su primer cumpleaños y apenas tendrá tiempo de deslizarse en este cuando su madre desaparezca de su vida para siempre.

Alice ha embutido su henchida figura en su mejor vestido para el señor Armand, se ha cepillado el pelo y se lo ha recogido en dos trenzas. El tiempo es demasiado caluroso para el vestido y tiene que permanecer mucho rato expuesta al sol mientras él se entretiene bajo el toldo negro, que recuerda a Alice el caparazón de un escarabajo. Quizás su enigmática expresión se deba solo al calor, a la espera, a la emoción. El señor Armand piensa que es hermosa, una inesperada Virgen rural. Cuando vuelva con las fotografías, piensa, le pedirá que se fugue con él (es un excéntrico).

¡Flash! Una explosión de química y mi bisabuela ha quedado sepultada en la eternidad.

—¡Maravilloso! —dice el señor Armand con el lenguaje de los fotógrafos a lo largo de la historia.

El destino de los tres botones de cristal fue el siguiente:

Ada encontró el primero aquella misma mañana y se lo metió en el bolsillo de su delantalito. Antes de que lavaran el delantal, lo trasladó a su cajita de tesoros y

chucherías (una cinta roja, un trozo de alambre de oro encontrado de camino al colegio). Cuando al fin Alice partió para siempre, Ada sacó el botón de la caja de chucherías, lo ensartó en una cinta de seda y se lo puso alrededor del cuello. Meses después, la malvada madrastra Rachel arrancaría el ofensivo botón del cuello de Ada, furiosa ante la visión de su desafiante rostro bañado en lágrimas. Tras buscar el botón en vano, pasó la noche llorando a lágrima viva, como si hubiera perdido a su madre por segunda vez.

Tom encontró el segundo botón, y, durante una semana, lo llevó en el bolsillo de un lado a otro, junto con una castaña y una canica, con la intención de devolvérselo a su madre, pero antes de hacerlo lo perdió en alguna parte y lo olvidó por completo.

El tercero lo encontró Rachel, durante una enérgica sesión de limpieza no mucho después de trasladarse a la casa. Lo desencajó de entre las dos baldosas en las que había quedado alojado y lo colocó en su caja de botones, de donde, muchos años después, sería traspasado a la caja de botones de mi abuela —una lata de chocolatinas Rowntree— y de allí al estómago de Gillian, por supuesto, y de allí... ¿quién sabe? En cuanto al destino de los niños, Lawrence se marchó de casa a los catorce años y nadie volvió a verle nunca, Tom se casó con una chica llamada Mabel y se hizo procurador, y Albert murió en la Primera Guerra Mundial. La pobre Ada murió de difteria a los doce años. Lillian llevó una larga vida, bastante extraña y Nell —que aún no ha nacido en este cálido día estival y tiene toda la vida por delante— se convertirá algún día en mi abuela y tendrá toda la vida por detrás sin ni siquiera saber cómo ha sucedido (otra mujer perdida en el tiempo).

Capítulo 2

1952

Nacimiento

Esto no me gusta. Esto no me gusta ni un pelo. Que alguien me saque de aquí, ¡rápido! Mi esqueleto, pequeño y frágil, está siendo comprimido como una cascara de nuez a punto de quebrarse. Mi delicada piel, hasta ahora preservada de cualquier ambiente terreno, está siendo brutalmente maltratada en este procedimiento de embutir salchichas. (¿Seguro que es un proceso natural?). Cualquier nube de gloria que yo pudiera arrastrar ha quedado extinguida en este lugar hediondo y sanguinolento.

—¡Espabila, mujer! —retumba una voz airada, como una sirena amortiguada—. ¡Esta noche tengo que ir a una maldita fiesta!

La réplica de Bunty es confusa e inarticulada, pero tengo la sensación de que, en esencia, significa que está tan ansiosa de sacarse todo el asunto de encima como nuestro amable ginecólogo. ¿El doctor Torquemada, supongo? El ángel-comadrona enviado a presidir mi nacimiento cruje entre almidón. Increpa:

—¡EMPUJA! ¡EMPUJA AHORA!

—¡Mierda, estoy empujando! —aúlla Bunty en respuesta.

Suda y gruñe, sin dejar de estrujar algo que parece un pequeño y ajado trozo de mamífero, un peludo dije que lleva alrededor del cuello [ver *nota al pie (II)*]. Es una pata de conejo de la suerte. Al conejo no le trajo mucha suerte, claro, pero mi madre le atribuye cierto poder como amuleto. Ya no me cae tan bien. Bunty, quiero decir, no el conejo. Nueve meses prisionera en su interior no ha sido la más fantástica de las experiencias. Y últimamente no había ningún espacio en absoluto. No me importa lo que haya fuera, sin duda será mejor que esto.

—¡EMPUJA, MUJER! ¡EMPUJA AHORA!

Bunty lanza un grito concluyente y entonces, de repente, todo ha terminado, y yo me deslizo con tanta facilidad como un pez que se deja arrastrar por la corriente. Incluso el doctor Torquemada está sorprendido.

—¿Hola, qué tenemos aquí? —dice, como si no me esperara en absoluto.

La comadrona ríe y dice:

—¡Bingo!

Están a punto de mandarme al nido cuando alguien sugiere que tal vez a Bunty le gustaría echarme un vistazo. Me lanza una mirada rápida y emite su veredicto.

—Parece un trozo de carne. Llévenselo —añade, haciendo un gesto expeditivo con la mano.

Supongo que está cansada y tensa. No ha especificado qué clase de carne. ¿Pechuga rebozada? ¿Cordero lechal? Pies de cerdo, quizá, o algo sin nombre, crudo y sanguinolento. Bueno, qué más da... ya nada me sorprende. Después de todo, no soy una novedad —ya ha sacado a la pálida Patricia y a la gruñona Gillian de sus entrañas, y yo me porto muy bien en comparación con esta última. Gillian nació furiosa, agitándose para salir del útero, sacudiendo rabiosa pequeños brazos y piernas, gritando nada más sacar la cabeza, por si nadie había advertido su presencia. ¡Difícil!

Por si os lo estáis preguntando, mi padre, ausente, está en el Dog and Hare, en Doncaster, donde acaba de tener un día muy satisfactorio en las carreras. Tiene delante una pinta de cerveza y le está diciendo a una mujer, vestida de verde esmeralda y copa en «D» talla 100, que no está casado. No tiene ni idea de mi llegada o estaría aquí. ¿No? De hecho, mi gestación ha comprendido hábilmente lo antiguo y lo nuevo, pues he llegado justo tras la muerte del Rey, lo que me convierte en uno de los primeros bebés nacidos bajo el nuevo reinado. ¡Una nueva isabelina! Me sorprende que no me hayan llamado Elisabeth. No me han llamado de ningún modo. Soy el «bebé Lennox», eso es lo que pone en mi etiqueta, en cualquier caso. La comadrona, que es pelirroja y parece muy cansada, me lleva al nido y me deposita en una cuna.

El nido está muy oscuro. Muy oscuro y también muy silencioso. Una tenue luz azul brilla en una esquina, pero la mayoría de cunas son solo formas negras, semejantes a ataúdes. La oscuridad se extiende hasta el infinito. Ráfagas de vientos espaciales azotan el gélido espacio interestelar. Si alargase estos dedos diminutos y arrugados, parecidos a camarones hervidos, tocaría... nada. Y después, nada tampoco. ¿Y después de eso? Nada. No creí que esto fuera a ser así. No es que yo esperase una fiesta o algo parecido —serpentinatas, globos, pancartas de bienvenida desplegadas—, con una sonrisa me habría conformado.

La comadrona se aleja, el delicado taconeo de sus zapatos con cordones negros sobre el linóleo del pasillo se va desvaneciendo gradualmente, y nosotros nos quedamos solos. Estamos tendidos en nuestras cunas, arrebujados en nuestras mantas de algodón, como promesas, como capullos, esperando eclosionar convertidos en otra cosa. O como pequeños paquetes-bebé. ¿Qué pasaría si los pequeños paquetes-bebé perdieran sus etiquetas y se mezclasen? ¿Reconocerían las madres a sus hijos si tuviesen que localizarlos en un popurrí de bebés?

Un crujido de alas almidonadas y la enfermera pelirroja reaparece con otro paquete-bebé y lo deposita en la cuna vacía que está junto a la mía. Le engancha una etiqueta en el paño. El nuevo bebé duerme como un ángel, su labio superior se curva a cada pequeña inhalación.

No hay más bebés esta noche. El nido surca la fría noche invernal custodiando su valioso cargamento. Un vapor lechoso flota sobre los bebés dormidos. Pronto nos vence el sueño, los gatos se deslizarán hasta nosotros y nos succionarán el aliento,

arrebatándonoslo.

Voy a desaparecer en esta oscuridad. Voy a extinguirme antes de empezar. Ráfagas de aguanieve salpican el frío cristal de la ventana del nido. Estoy sola. Completamente sola. No puedo soportarlo... ¿dónde está mi madre? ¡BUAA! ¡BUAA! ¡¡¡BUAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!!!

—El pequeño bastardo los va a despertar a todos.

Lo ha dicho la enfermera pelirroja, creo que es irlandesa. Me va a salvar, me va a llevar con mi madre. ¿No? No. Me traslada a un cuarto accesorio, dejado de la mano de Dios. Una especie de armario, en realidad. Paso mi primera noche en el mundo dentro de un armario.

El techo de la sala de maternidad, allá en lo alto, está pintado de verde manzana brillante. La mitad superior de los muros es color magnolia y la mitad inferior parece champiñones picados. Preferiría un techo celestial, azul y oro, nubes de abotargados contornos. Y entre las nubes, asomados, quiero querubines, rosados, gordos y sonrientes.

Bunty se siente a sus anchas en la sala de maternidad. Todas las madres están apoltronadas en sus lechos, quejándose todo el tiempo, casi siempre de sus bebés. A casi todos nos alimentan con biberón, existe la impresión tácita de que dar el pecho tiene algo de repugnante. Nos alimentan puntualmente, cada cuatro horas, nada en el intervalo, no importa el escándalo que armes. De hecho, cuanto más te quejas más probabilidades tienes de que te releguen al interior de un armario, en alguna parte. Es probable que el lugar esté lleno de bebés olvidados.

Nos alimentan a la hora exacta, para que no nos volvamos consentidos y exigentes. Las madres comparten el sentimiento de que los niños conspiran contra ellas (si al menos lo hiciésemos). Podemos gritar hasta caer rendidos, eso no supondrá ninguna, diferencia en el ceremonial de la comida, momento en que los bebés son alimentados, fajados, cambiados, devueltos a sus cunas y, de nuevo, ignorados.

Ya tengo casi una semana y sigo sin nombre, aunque ahora, por fin, parece que despierto en Bunty cierta curiosidad. Pero nunca me habla y sus ojos me evitan, se deslizan sobre mí tan pronto como entro en su campo de visión. Ahora que no estoy dentro de mi madre, es difícil saber lo que está pensando (y tampoco comparto ya los secretos del prolífico mundo interior de sus ensueños diurnos). Las noches siguen siendo el peor momento, cada ocasión supone un oscuro viaje a la incertidumbre. No creo que Bunty sea mi verdadera madre. Mi verdadera madre vaga por un universo paralelo, en algún lugar, rebosante de leche materna color crema Devon. Recorre los pasillos del hospital buscándome, su fiera y ardiente respiración de leona empaña las frías ventanas. Mi verdadera madre es la reina de la noche, una enorme figura galáctica que cruza la Vía Láctea en busca de su niña perdida.

A veces mi abuela, Nell, viene de visita por la tarde. Los hospitales la ponen nerviosa, le recuerdan la muerte, y piensa que esa idea, a su edad, no le hace ninguna falta. Se sienta incómoda en el borde de la dura silla de las visitas como un achacoso periquito en una tienda de animales. Ya tiene muchos nietos que se le parecen, así que no puedo culparla si no muestra mucho interés por mí. George trae a Gillian y a Patricia. Gillian me contempla desde el lateral de la cuna, con expresión inescrutable. George no tiene mucho que decir. Pero Patricia, la buena de Patricia, me toca con un dedo muy receloso y dice:

—Hola, bebé.

Y yo la premio con una sonrisa.

—Mira, me está sonriendo —dice Patricia, su vocecita ahogada por el asombro.

—¡Qué tontería! —dice Bunty sin hacer mucho caso.

No estoy muy contenta, pero he decidido tomarme las cosas lo mejor posible. Me ha tocado la madre incorrecta y estoy en peligro de emprender la vida equivocada, pero confío en que todo se arregle y pueda reunirme con mi auténtica madre —la que derramó sangre roja rubí en un pañuelo blanco como la nieve y deseaba una pequeña con el cabello negro azabache, brillante como ala de cuervo. Mientras tanto me conformaré con Bunty.

La hermana de Bunty, Babs, viene de visita con sus gemelas, Rosa y Margarita. Han hecho un largo camino desde Dewsbury. Rosa y Margarita son un año mayores que Gillian e inmaculadas como una tacita de plata. Son idénticas, ni un pelo ni una uña las diferencia. Es extraordinario, casi escalofriante. Están sentadas en completo silencio, sus exquisitas piernecitas cuelgan sobre el linóleo verde bilis. Bunty permanece tumbada, con regia magnificencia, bajo las sábanas blanco lirio y el cubrecama rosa salmón. El pelo de Rosa y Margarita es color gotas de limón.

Bunty hace punto sin descanso, incluso cuando tiene visitas. Teje mi futuro en los colores de las almendras garrapiñadas.

—¿Elisabeth? —sugiere tía Babs.

Bunty hace una mueca.

—¿Margaret? —Intenta tía Babs—. ¿Anne?

Podrían llamarme «Dorothy», o «Miranda», son nombres bonitos. «Eve» tendría cierta resonancia. Los ojos lanzallamas de Bunty examinan el techo. Aspira una profunda y decisiva bocanada de aire y pronuncia el nombre. Mi nombre.

—Rubí.

—¿Rubí? —repite tía Babs, dudosa.

—Rubí —confirma Bunty, resuelta.

Me llamo Rubí. Soy una piedra preciosa. Soy una gota de sangre. Soy Rubí Lennox.

Nota al pie (II) - La vida sigue

Esta es la historia de los constantes y frustrados intentos de mi abuela por contraer matrimonio. Cuando tenía veinticuatro años, Nell se prometió a un policía, Percy Sievewright, un tipo alto y guapo, y un entusiasta futbolista *amateur*. En los partidos sabatinos, jugaba en el mismo equipo que el hermano de Nell, Albert, y fue este quien los presentó. Cuando Percy se le declaró, con una rodilla en el suelo y en tono muy solemne, el corazón de Nell dio un vuelco de felicidad y alivio —por fin sería la persona más importante en la vida de alguien.

Por desgracia, el apéndice de Percy reventó y murió de peritonitis no mucho después de que acordaran la fecha de la boda. Tenía solo veintiséis años y el funeral fue uno de esos que avivan el dolor en lugar de aliviarlo. Era hijo único y su padre había fallecido, de modo que su madre estaba fuera de sí; perdió el conocimiento junto a la sepultura. Nell, Albert y otro hombre se apresuraron a levantarla de la hierba empapada —llevaba dos días lloviendo y la tierra se había convertido en barro—; y después Albert y el otro hombre permanecieron junto a ella, uno a cada lado, como pilares y soportes, durante el resto de la ceremonia. Las gotas de lluvia adheridas a la negra red del velo de la señora Sievewright temblaban como pequeños diamantes cada vez que su cuerpo se crispaba atormentado. Nell sentía que su pena palidecía comparada con la de la señora Sievewright. Los muchachos del equipo de fútbol cargaron el ataúd, y el cuerpo de policía, colegas de Percy, formó una guardia de honor. Era la primera vez que Nell veía rodar lágrimas por los rostros de hombres adultos y encontraba especialmente horrible ver llorar a un policía de uniforme. Más tarde, todo el mundo empezó a insistir en lo estupendo que era Percy, y Nell deseó que dejaran de hacerlo pues eso la hacía sentir aún peor si cabe —saber que era un tipo estupendo y ser solo su prometida, no su viuda. Entendía que eso no debería suponer ninguna diferencia, pero así era. Lillian se sentó junto a ella en el té del funeral y no cesó de apretarle la mano, enfundada en un guante negro, con muda y horrible condolencia.

Nell pensó que ya no volvería a levantar cabeza pero, a pesar de todo y para su sorpresa, la vida siguió adelante sin muchos cambios. Al terminar la escuela, se había colocado de aprendiz en una sombrerería, y pasaba el tiempo rizando plumas y cortando gasa como si nada hubiera sucedido. En casa igual; se suponía que debía seguir fregando pucheros y zurciendo medias mientras Rachel, su madrastra, la contemplaba desde la mecedora, para la que empezaba a estar demasiado gorda, y decía cosas del tipo: «El trabajo es el remedio para los males del espíritu», epígrafe de su libro *Remedios caseros para todos*. Nell mantenía la vista apartada de su madrastra e intentaba no escuchar porque temía que, de hacerlo, acabaría por golpearla con la gran cacerola de hierro fundido. Ahora que no tenía a Percy para rescatarla le parecía haber quedado atrapada para siempre en la casita de Lowther Street. Si se hubiese convertido en «la señora de Percy Sievewright» habría adquirido una consistencia y una identidad que parecían negadas a la simple Nell Barker.

Nell se sintió sorprendida por lo rápido que Percy había desaparecido de su vida

cotidiana. Adquirió la costumbre de visitar a la señora Sievewright cada viernes por la tarde, sabiendo que ella era la única persona que, sin duda, nunca olvidaría a Percy, y las dos se sentaban ante una tetera y una bandeja de sándwiches de paté de arenque ahumado, hablando de Percy como si siguiera vivo, figurándose una vida que ya nunca acontecería: *Imagínate lo que Percy hubiera dicho de esto... A Percy siempre le gustó Scarborough... A Percy le hubiera encantado tener hijos...* pero sus conjuras no le traerían de vuelta, por mucho que se empeñasen.

Con timidez, tal vez por temor a que su hermana lo encontrase una tontería, Albert llamó un domingo al dormitorio de Nell, entró y le dio una fotografía del equipo, tomada el año anterior, cuando habían estado a punto de ganar la copa de la liga.

—Y lo habríamos conseguido si Frank Cook no hubiera fallado aquel tiro, el muy gilipollas, disculpa el lenguaje. Jack Keech le había enviado un chute cruzado perfecto, era un gol clarísimo —dijo Albert meneando la cabeza con incredulidad todavía entonces, un año después.

Nell preguntó:

—¿Y cuál de ellos era Frank?

Y Albert le dijo los nombres de todos los jugadores y se detuvo bruscamente al llegar a Percy. Finalmente dijo: «La muerte es horrible cuando se lleva a una persona joven», algo que había oído decir en el funeral, pero que no pensaba en absoluto, pues Albert, en el fondo, no creía en la muerte. Los muertos solo se habían marchado a otra parte y volverían antes o después; permanecían a la espera en un lugar umbroso, cuya puerta no podía ser vista, presididos por su madre, que con toda seguridad a esas alturas se habría convertido ya en un ángel. Albert era incapaz de recordar el aspecto de su madre, por mucho que apretase los ojos y se concentrase. Pero eso no aliviaba su nostalgia, aun cuando tenía casi treinta años. Alice, Ada, Percy, el perro de caza que un día había poseído y que murió atropellado por un coche... todos ellos saltarían un día al exterior de la sala de espera y sorprenderían a Albert.

—Bueno, buenas noches, Nelly —dijo al fin, porque advirtió, por el modo en que esta contemplaba la foto, que para su hermana los muertos se habían ido para siempre y no estaban escondidos en ninguna parte.

Nell se sentía extraña contemplando a Percy en la fotografía, porque en vida le había parecido tan característico y distinto a cualquier otro, pero ahí tenía los mismos rasgos vagos y ligeramente desenfocados que el resto del equipo.

—Gracias —le dijo Nell a Albert, pero él ya había abandonado la habitación.

Frank Cook tenía el mismo aspecto que todos los demás, de pie en el centro de la fila trasera, pero a Jack Keech se le reconocía, era el único en cuclillas, al frente, con la pelota. Nell sabía que era un buen camarada de Albert, pero solo cuando llegó a casa una tarde y los encontró juntos en el patio trasero, identificó a Jack Keech como el hombre que les había ayudado con la madre de Percy Sievewright cuando esta se

había desmayado en el cementerio.

El sol que caía sobre el patio trasero de Lowther Street era sofocante, aunque solo estaban en mayo, y Nell se detuvo un instante en el porche, sintiendo el calor en su rostro.

—Ahí llega Nell —dijo Albert, como si ambos la estuvieran esperando—. Prepara el té, sé buena moza... Jack está reparando el banco.

Tras arrancar un clavo, Jack Keech alzó la vista, sonrió y dijo:

—Un té sería estupendo, Nell.

Nell le devolvió la sonrisa, entró en casa sin decir nada y llenó la tetera.

Puso el agua a hervir, se dirigió hacia el fregadero de piedra que estaba junto a la ventana, apoyó las manos en el reborde y miró a Albert y a Jack Keech a través del cristal. Mientras esperaba que el agua estuviese lista se balanceó subiendo y bajando la punta de los pies, en el interior de las botas, sintiendo el movimiento de su caja torácica como si estuviera respirando, y cuando se tocó las mejillas con el dorso de las manos pudo notar que le ardían.

El banco era un viejo asiento de madera que siempre había estado en el patio trasero, desde que se trasladaron a la casa. Faltaban varios listones del respaldo y el brazo empezaba a desprenderse. Jack Keech estaba arrodillado sobre el enlosado del patio, serrando un tablón de madera nueva y limpia con un serrucho, y por la puerta abierta se colaba el olor a resina de pino. Sobre la frente de Jack caía un mechón de su espeso y negro cabello. Albert estaba de pie junto a él, riendo. Albert siempre reía. No había perdido sus angelicales rizos rubios, y sus ojos azules, como los de un bebé, se veían casi demasiado grandes bajo la pluma de sus pestañas oro pálido, de modo que seguía sin tener aspecto de adulto. Era duro pensar que dejaría de parecer un chico y empezaría a parecer un viejo, no importa los años transcurridos en el intervalo.

Había siempre un tropel de chicas tras de Albert, pero él nunca mostró preferencia por ninguna. Su hermano Tom estaba casado y había dejado la casa pero Albert decía que no creía llegar a casarse nunca. Lillian y Nell convenían que eso era una tontería, pues cualquiera podía darse cuenta de que sería un marido estupendo y, en privado, estaban de acuerdo en que, si no fuese su hermano, se casarían con él ellas mismas.

En cualquier caso, tal y como iban las cosas, probablemente acabasen sus días juntos. Ni Nell ni Lillian parecían capaces de cazar marido. Ambas habían visto truncados sus compromisos, el de Nell a causa del fallecimiento y el de Lillian por un acto de traición, y algún día Rachel moriría y los dejaría solos. «Ojalá...», decía Lillian mientras trenzaba su cabello por la noche, y Nell, apretando su rostro contra la almohada, se preguntaba, por millonésima vez, por qué su madre les había sido arrebatada y les habían dado a Rachel en su lugar.

Nell enjuagó la tetera con agua caliente del hervidor, haciéndola girar en el interior antes de vaciarla en la pila. Jack Keech se había bajado los tirantes, que ahora

colgaban alrededor de su talle, y se había enrollado las mangas blancas de la camisa, dejando a la vista los músculos de su antebrazo, que se flexionaban mientras serraba la madera. La piel de sus brazos tenía el lustroso tono nuez que se adquiere al trabajar al aire libre. Albert parecía un ángel de la guarda, de pie junto a él, y Nell permaneció allí, contemplándolos, sujetando la tetera contra su pecho y deseando que ese momento se prolongase el mayor tiempo posible.

Cuando volvió a salir con la bandeja del té y una fuente con pan y mantequilla, Jack estaba marcando con un lápiz una pieza de madera y, haciendo un tremendo esfuerzo, Nell dijo tímidamente:

—Es muy amable de tu parte reparar el banco.

Y él alzó la vista, esbozó una amplia sonrisa y dijo:

—No tiene importancia, Nell.

A continuación se enderezó un instante y, frotándose la zona de los riñones, dijo:

—Tenéis un bonito patio, aquí.

Albert y Nell miraron a su alrededor sorprendidos, pues ninguno de los dos había pensado nunca que el patio trasero de Lowther Street fuera «bonito»; pero ahora, al decirlo Jack, se fijaron en lo luminoso que se veía, y Nell se preguntó cómo era posible que hubieran vivido allí cinco años sin advertir nunca la clemátide rosa arena que trepaba por los muros y la puerta trasera.

—Jack es carpintero —dijo Albert con admiración (aunque Albert era maquinista de tren, lo que tanto Nell como Lillian consideraban una ocupación encantadora).

Jack volvió a arrodillarse y se puso a martillar un clavo, y Nell halló el valor para permanecer allí y contemplarlo durante casi un minuto, concentrada en sus pómulos, tan marcados, semejantes a conchas de almeja.

Jack no abandonó la tarea para beberse el té hasta que hubo terminado, y para entonces ya se había enfriado. Nell se ofreció a preparar otra tetera, pero Albert dijo que le apetecía una cerveza y sugirió que fueran al Golden Fleece. Jack esbozó una sonrisa de disculpa y le dijo a Nell: «Otro día quizás», y ella pudo sentir cómo se ruborizaba del pecho a las mejillas, viéndose obligada a desviar la mirada rápidamente mientras Albert ayudaba a Jack a guardar sus herramientas.

Nell tuvo que hacer frente sola a Rachel cuando esta volvió de una reunión de la liga antialcohólica, en la iglesia. Estaba de un humor terrible, pues nadie había preparado la cena, y acabaron tomando pan con mantequilla en silencio. Lillian llegó algo más tarde y dijo que se había visto obligada a hacer el último turno (trabajaba en la fábrica Rowntree), pero Nell sabía que no era verdad. Albert no se presentó hasta pasada la medianoche; le oyó detenerse y quitarse las botas sentado al pie de la escalera, para no despertar a nadie, y subir después de puntillas a su habitación.

Nell vio de nuevo a Jack pocos domingos después, cuando él y Frank pasaron a recoger a Albert para la excursión anual del equipo de fútbol. Frank se había puesto una gorra de *tweed* y llevaba una caña de pescar (iban a Scarborough). Frank era ayudante de pañero pero ni Albert ni Jack fingieron nunca ante Frank que

considerasen eso un buen empleo, sobre todo porque sabían que él ya se daba cuenta sin que nadie se lo dijese.

Jack se apoyó contra el muro del jardín y esbozó una sonrisa indolente en dirección a nadie en particular. Llevaba un canotier de paja. Albert rio y dijo:

—La verdad es que parece un señorito, ¿eh, Nelly?

Y le hizo un guiño, haciendo que ella no supiese adónde mirar. Jack se había engominado el cabello hacia atrás, bajo el sombrero, dejando la frente al descubierto, y se había afeitado con tanto esmero que a Nell le entraron ganas de alargar la mano y tocar su piel, justo por encima de donde lindaba con la blancura del cuello. No lo hizo, por supuesto, apenas se atrevía a mirarlo mientras permanecían en el jardín, esperando a Albert.

—Si no se da prisa, perderemos el tren —dijo Frank.

Y Lillian dijo: «Ahí viene», cuando oyeron las botas de su hermano golpear las escaleras al bajar. Después Lillian sonrió a Jack con sus almendrados ojos verde gato y le dio a Nell un disimulado empujón en la espalda al tiempo que susurraba: «Vamos, Nellie... dile algo», pues sabía lo mucho que Jack gustaba a su hermana.

Pero en ese momento salió Albert y dijo:

—Vamos, o llegaremos tarde.

Y los tres se dieron la vuelta para marcharse. Ya habían recorrido la mitad del camino que daba a la puerta trasera del patio antes de que Nell o Lillian recordaran la comida que habían empaquetado para ellos. Lillian gritó: «¡Esperad!» tan alto que la ventana de un piso superior se abrió de golpe, haciendo vibrar el marco, y la señora Harding se asomó para ver a qué venía tanto escándalo. Nell volvió corriendo a la cocina, agarró la vieja mochila de Tom de encima de la mesa y se apresuró a volver al camino.

El paquete de comida había sido objeto de muchas discusiones entre Lillian y Nell, porque en principio iban a preparar solo la suficiente para Albert, pero entonces recordaron que Frank no tenía familia, por lo que tal vez no fuese capaz de prepararse una buena comida —si es que se hacía alguna—, y después pensaron en Jack, y decidieron que no estaría bien dejarlo excluido. Tras eso, Lillian se echó a reír y dijo que acabarían preparando comida para todo el equipo, si no llevaban cuidado. Al final, en el interior de la vieja mochila de Tom había: una docena de bocadillos de jamón envueltos en servilletas limpias, seis huevos duros con cascara, un gran trozo de Wensleydale, una loncha de carne ahumada, un saquito de melcocha, tres manzanas y tres botellas de cerveza de jengibre (aunque sabían que los muchachos llevarían varios cajones de cerveza). Ni que decir tiene que Rachel no se enteró de tanta esplendidez.

Jack se separó de los otros dos, caminó de vuelta hacia Nell y, tomando la mochila de sus manos, dijo:

—Gracias Nell, habéis sido muy amables las dos, pensaremos en nosotras cuando estemos sentados junto al Front, dando cuenta de la comida.

Entonces esbozó su juvenil y descarada sonrisa y dijo:

—¿Te gustaría dar una vuelta conmigo una tarde, la semana que viene?

Nell asintió, sonrió y se hubiera dado de cabezazos, pues él debía de pensar que era lerda o sordomuda ya que nunca le respondía. Al final, se las arregló para decir: «Sí, me gustaría», con un proyecto de sonrisa temblorosa.

Casi corrió hacia Lillian, que seguía junto a la puerta, y las dos permanecieron allí, enmarcadas por clemátides rosas, viendo cómo los tres hombres alcanzaban el final del camino de guijarros, donde se dieron la vuelta y agitaron la mano en su dirección. El sol estaba tras ellos, así que no podían ver sus rostros, pero Lillian imaginó sus sonrisas y tuvo que llevarse la mano a la boca y parpadear para alejar las lágrimas que se habían agolpado en sus ojos, pues estaba pensando que eran tres jóvenes estupendos y en lo mucho que temía por ellos, pero todo lo que dijo fue:

—Espero que tengan cuidado, si salen en bote.

Nell no dijo nada, meditaba sobre lo triste que se habría sentido la madre de Percy Sievewright si hubiera estado allí en aquel momento, viendo a los tres muchachos alejarse hacia Scarborough y sabiendo que Percy no podría ir con ellos.

* * *

Nell no sabía si es que nunca había amado realmente a Percy o si solo no podía recordar cuáles fueron sus sentimientos pero, en cualquier caso, lo que ahora sentía por Jack no se parecía a nada que hubiera experimentado anteriormente. El mero recuerdo de Jack la hacía sentirse acalorada y radiante, y cada noche rezaba para ser capaz de conservarlo hasta la noche de bodas.

Continuó visitando a la madre de Percy, aunque cambió la visita a los lunes porque ahora veía a Jack los viernes por la noche. No le contó a la madre de Percy que estaba enamorada de otro hombre pues apenas había transcurrido un año de la muerte de Percy, y seguían hablando de él ante interminables tazas de té —pero ahora tenía la sensación de que no se referían a un hombre de carne y hueso en otro tiempo, le parecía hablar de una persona que, entre las dos, hubiesen inventado. Si contemplaba la fotografía del equipo de fútbol la invadía un sentimiento de culpa; sus ojos pasaban rozando el exánime rostro de Percy y se clavaban en la atrevida sonrisa de Jack.

Albert fue el primero en alistarse. Les dijo a sus hermanas que sería «la mar de divertido» y una oportunidad de ver mundo.

—Algo de Bélgica, más bien —dijo Jack con sarcasmo, pero nada hubiera hecho cambiar de idea a Albert, y apenas tuvieron tiempo de despedirse como es debido antes de que se pusiera en camino hacia el cuartel de Fuldord para unirse a la primera división de Yorkshire del este y pasase de ser maquinista a ser artillero. De todos

modos, tenían una fotografía, idea de Tom.

—Una foto de toda la familia —dijo, presintiendo tal vez que nunca se presentaría otra ocasión. Tom tenía un amigo —un tal señor Matock—, fotógrafo aficionado. Acudió una tarde soleada y los colocó a todos en el jardín trasero: Rachel, Lillian y Nell sentadas en el banco antes mencionado, Tom de pie tras ellas y Albert agachado en el centro, a los pies de Rachel, igual que Jack en la fotografía del equipo. Tom dijo que era una pena que Lawrence no estuviera con ellos y Rachel dijo:

—Por lo que sabemos, debe de estar muerto.

Si se mira la foto de cerca, se ve la clemátide extendida por la parte superior del muro, como una guirnalda.

Frank se alistó el día que Albert cruzó el canal —Frank sabía que era un cobarde y estaba aterrorizado de que la gente lo averiguase también, así que debía enrolarse lo antes posible, antes de que nadie se diese cuenta. Estaba tan asustado que su mano no dejó de temblar mientras firmaba los papeles, y el sargento de regimiento se echó a reír y dijo:

—Espero que tu pulso sea más firme cuando te toque disparar a los boches, chaval.

Jack estaba de pie, detrás de Frank. Lo último que Jack deseaba hacer era luchar en la guerra, particularmente la consideraba un gran disparate, pero no le parecía bien dejar que Frank se marchara solo, de modo que le acompañó y firmó con una rúbrica.

—Bien hecho, chaval —dijo el sargento.

Lillian y Nell fueron a la estación a despedirles, pero había tanta gente apiñada en el andén engalanado que apenas entrevieron a Frank en el último minuto, agitando la mano desde la ventana de un vagón en dirección a nadie en particular, mientras el tren pasaba bajo los arcos catedralicios de la estación. Nell se hubiera echado a llorar, tal fue su decepción al no ver a Jack entre ese tumulto de banderas ondeantes y maletas, y solo la reconfortaba haberle dado una pata de conejo de la suerte, la noche anterior, cuando se habían despedido tiernos y afligidos. Aferrada a su brazo se había echado a llorar, y Rachel, enternecida a su pesar, dijo:

—Deja de hacer ese ruido.

E, introduciendo la patita de conejo en su mano, añadió:

—Aquí tienes un amuleto de la suerte, dáselo.

Jack estalló en carcajadas y dijo:

—Debería formar parte del equipo de reglamento, ¿eh?

Y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Recibieron cartas, nunca habían recibido tantas en su vida —cartas de Albert, cariñosas misivas donde les explicaba lo estupendos que eran sus compañeros y lo ocupados que los mantenían.

—Dice que añora la comida de casa y que está aprendiendo algo de dialecto —

leyó Lillian en voz alta para que Rachel pudiese oírlo, porque Albert no le envió ni una sola carta, aunque ella iba por ahí diciendo que «su hijo» había sido uno de los primeros en alistarse de los Groves, lo que sorprendió a Lillian y a Nell pues, si a Rachel le desagradaban todos sus hijastros, Albert era quien más la disgustaba.

Nell recibió cartas de Jack, por supuesto, no tan cariñosas como las de Albert, ni tan largas tampoco; de hecho, Jack no era muy aficionado a las cartas y, por lo general, nunca pasaba de: «Pienso en ti y gracias por tus cartas» en su abrupta caligrafía. Incluso recibieron cartas de Frank porque «no tiene a quién escribir, claro», dijo Nell. Sus cartas eran las mejores. Les contaba toda clase de nimiedades acerca de sus camaradas y de la rutina diaria. A menudo reían en voz alta cuando leían sus divertidos garabatos semejantes a patitas de araña. Sorprendentemente, ninguno de ellos —Frank, Jack o Albert— hacía muchas referencias a la guerra en sí, y las batallas y escaramuzas parecían sucederse sin que, al parecer, ninguno de ellos se viera demasiado implicado. «La batalla de Ypres ya ha terminado —escribió Albert crípticamente—, y estamos todos muy contentos».

Nell y Lillian dedicaban mucho tiempo a responder a esas cartas. Se sentaban cada noche bajo la lámpara bordeada de cuentas a la mesa de la sala frontal, ambas tejiendo mantas para los refugiados belgas o escribiendo en un papel especial lila que habían comprado. Lillian desarrolló una atípica pasión por las postales sensibleras y compraba series enteras del tipo «El beso del adiós» que enviaba indiscriminadamente a cualquiera de los tres, de modo que ninguno de ellos tenía una serie completa. Y también preparaban paquetes para enviar, con pastillas de menta, bufandas de lana y latas a diez peniques y medio de polvo antiséptico para los pies de Coverdales, en Parliament Street. Los domingos, a menudo hacían a pie todo el camino hasta Leeman Road y visitaban el campo de concentración que se había erigido para albergar a los extranjeros, y Lillian solía llevar manzanas que arrojaba a través del alambre porque sentía gran compasión por ellos.

—Son personas como nosotros —decía con tristeza, y como uno de ellos era Max Brechner, el carnicero de Haxby Road, Nell suponía que Lillian estaba en lo cierto, pero le parecía extraño llevar fruta a un enemigo que trataba de matar a su propio hermano —aunque a Max Brechner, que tenía por lo menos sesenta años y perdía el aliento cuando caminaba unas pocas yardas, difícilmente se le podía considerar un enemigo.

El primero en volver a casa de permiso fue Bill Monroe de Emerald Street. Le siguió un chico de Park Grove Street y otro de la zona de Eldon Terrace, lo que parecía injusto, pues Albert se había alistado antes que ninguno de ellos.

Un día hubo un lío tremendo, porque Bill Monroe no se presentó cuando le tocaba y enviaron policía militar para llevarlo de vuelta. Su madre atrancó la puerta frontal con un palo de escoba y los policías militares tuvieron que arrastrar a la mujer, uno de

cada codo, para apartarla; a la mente de Nell, que en esos momentos caminaba por Emerald Street al volver del trabajo a casa, acudió el recuerdo del funeral de Percy.

Tuvo un sobresalto aún mayor cuando un policía civil apareció de la nada. Por un momento, Nell pensó que se trataba de Percy. Durante ese absurdo instante se imaginó que habría regresado para preguntarle por qué llevaba un pequeño anillo de perlas y granates en el dedo de compromiso en lugar de la lasca de zafiro que le había regalado y que ahora guardaba, envuelta en papel de seda al fondo de un cajón.

Finalmente Bill Monroe fue sacado a rastras y Nell no se demoró en la calle. Sentía vergüenza ajena por haber visto la expresión aterrorizada del chico y pensó lo horrible que debía ser saberse tan cobarde... y tan antipatriótico también. Le sorprendió la cantidad de mujeres que se acercaban a la señora Monroe, quien rabiaba, gritaba y lloraba en el escalón frontal, y le decían que había hecho lo correcto.

* * *

Frank regresó a casa tras la segunda batalla de Ypres; había estado ingresado en el hospital de Southport con el pie infectado y le habían dado unos pocos días de permiso antes de volver al frente. Resultaba extraño, porque antes de la guerra casi no le conocían y ahora les parecía un viejo amigo. Cuando llamó a la puerta trasera ambas le abrazaron y le hicieron quedarse a tomar el té. Nell se apresuró a salir a comprar arenques, Lillian cortó pan y sacó la mermelada e incluso Rachel le preguntó cómo le iba. Pero cuando estaban todos sentados a la mesa redonda, bebiendo té con el mejor servicio, ese que tenía rebordes dorados y pequeños nomeolvides azules, Frank se dio cuenta de que las palabras no acudían a sus labios. Había creído tener un montón de cosas que contarles acerca de la guerra pero se sintió sorprendido al descubrir que los delicados triángulos de pan con jamón y el encanto de los pequeños nomeolvides azules le impedían, por alguna razón, hablar de trincheras y ratas, y no digamos de las distintas formas de muerte que había presenciado. El olor de la muerte, estaba claro, no tenía cabida en el salón de Lowther Street, con su níveo mantel en la mesa, su lámpara orlada de cuentas de cristal y las dos hermanas, de cabello tan suave y atrayente que Frank ansiaba enterrar su rostro en él. Pensaba en todas esas cosas mientras masticaba el pan y trataba desesperadamente de encontrar algo que decir, hasta que tras un nervioso sorbo de oro y nomeolvides comentó:

—Es un brebaje estupendo, tendríais que probar el té que nos dan.

Y les habló del agua clorada de las trincheras. Cuando vio la expresión horrorizada en sus rostros se avergonzó de haber ni tan siquiera pensado en hablar de la muerte.

Ellas, por turnos, le hablaron de Billy Monroe y él hizo gestos de desaprobación en los momentos oportunos, pero en secreto deseó tener una madre que, de algún modo —de cualquier modo—, pudiese impedir su vuelta al frente, porque Frank

sabía que iba a morir si volvía a la guerra. Escuchó con educación los relatos de las jóvenes —le enseñaron el punto—, habían dejado de tejer para los belgas y ahora tejían calcetines para los soldados. Nell le habló de su nuevo trabajo, haciendo uniformes, donde acababan de ascenderla a capataz a causa de su experiencia con los sombreros; Lillian trabajaba como cobradora de tranvía, y Frank alzó las cejas y dijo: «¡No es posible!», porque no podía imaginar a una mujer haciendo de cobradora, y Lillian sofocó una risilla. Las dos hermanas estaban tan llenas de vida que al final la guerra quedó más o menos obviada, excepto, por supuesto, para decir que Jack estaba bien y enviaba su amor y que no había visto a Albert en absoluto pero que se encontraba mucho más a salvo tras los cañones de artillería de lo que él se hallaría en las trincheras.

Y Rachel, la acechante araña silenciosa, alzó la voz inesperadamente y dijo:

—Debe de ser horrible estar en esas trincheras.

Pero Frank se encogió de hombros, sonrió y dijo:

—Bueno, en realidad no es tan malo, señora Barker.

Y tomó otro sorbo de su taza nomeolvides.

Frank pasó casi todo su permiso con una u otra de las chicas. Llevó a Nelly al *music-hall* en el Empire y acompañó a Lillian a una reunión del Centro Educativo, pero esto último fue demasiado para él. Estaba lleno de cuáqueros, objetores y socialistas que insistían en negociar el fin de la guerra. Frank pensó que eran un montón de pusilánimes y se alegró de haber acudido de uniforme.

—¿No crees que no deberías mezclarte con esa clase de tipos? —le dijo a Lillian mientras caminaban de vuelta a casa, pero ella se limitó a mirarle y a decir: «¡Frank!» y se echó a reír. Se divirtieron mucho más cuando fueron los tres a ver *Jane Shore* al New Picture House, en Coney Street, un cine recién inaugurado y realmente estupendo con sus mil asientos abatibles.

Cuando tuvo que regresar al frente se sintió aún peor que la primera vez y apenas podía afrontar la idea de dejar a Nell y a Lillian.

Lillian y Nell siguieron muy ocupadas tras la partida de Frank. Trabajaban largas horas, y sus tiendas con Rachel no habían cesado, aunque ni siquiera esta les inspiraba tanto temor como los zeppelines. Compraron holandeta azul oscuro para las ventanas en Leak and Thorp y las obsesionaba ocultar la luz al exterior, sobre todo después de que la pobre Minnie Havis, su vecina de al lado, tuviera que presentarse ante los jueces por dejar una luz a la vista. Tom las visitaba regularmente, aunque casi nunca traía consigo a su reciente esposa, Mabel. Lillian decía que Mabel era una pava, pero a Nell le caía bastante bien. Alguien les preguntó si su hermano era un gallina y ellas lo tomaron como una ofensa, pero Nell, en secreto, pensaba que Tom no demostraba mucho valor aceptando su exención tan tranquilo. Lillian preguntó si no bastaba con que uno de sus hermanos estuviera en peligro de muerte, y Nell le arrojó un cojín porque ella nunca, nunca consideraba la idea de que Albert pudiera morir y le parecía tremendamente agorero decir algo así. Tom las ayudó a fijar las

persianas de holandeta a las ventanas y se rio ante la idea de un ataque de zeppelin. Pero acabó creyendo en ellos, cuando una mano le fue arrebatada. Ellas iban a visitarlo al hospital y por fin ya nadie podía acusarlo de ser un gallina, no con una mano menos. Nell estaba a punto de escribir una carta a Albert para narrarle tantas emociones cuando este se adelantó y las sorprendió al topar con ellas en el escalón de entrada justo cuando se disponían a salir. Todo lo que Rachel dijo fue: «Más bocas que alimentar» pero, al fin y al cabo, Albert nunca había sido santo de su devoción.

Al verle, afirmaron convencidas que Albert había crecido; ninguna le recordaba tan alto. Tenía finas arrugas alrededor de los ojos y, si le hubieran dejado, se habría pasado todo el permiso durmiendo. Cuando le hacían preguntas acerca de la guerra él se limitaba a hacer alguna broma y nunca respondía. Ávidas de Albert, deseaban pasar con él cada minuto, solo mirándole. Se sentían felices de tenerle en casa. Albert siempre las había cuidado y ahora ellas querían ocuparse de él, se colgaban de su cuello y le frotaban el pelo como si fuera un bebé y no su fornido hermano mayor. Cuando se marchó, agitaron la mano en la estación, y seguían allí, de pie, mirando los raíles vacíos, diez minutos después de su partida. Todo ese rato, mientras permanecían en el andén, inmóviles, se sentían como si estuviesen prolongando su presencia, y tuvieron que arrancarse a sí mismas del sitio para volver a casa, donde Rachel dijo:

—¿Y qué, ya se ha ido, la luz de vuestra vida?

Frank pensó que fue probablemente el ruido lo que acabó por trastornar a Jack. Durante tres días y tres noches la artillería no cesó ni un instante, y mientras las salvas parecían cada vez más ruidosas, Jack se iba tornando más y más silencioso, aunque no se volvió loco como algunos tipos, solo estaba demasiado callado. Curiosamente, el ruido ya no molestaba a Frank. Él lo achacó a que se había acostumbrado al constante estampido de los obuses pero, en realidad, se había quedado sordo del oído derecho.

No era el ruido lo que angustiaba a Frank en cualquier caso... era la muerte o, más bien, el modo en que iba a morir lo que le preocupaba. Estaba claro que iba a morir; al fin y al cabo, llevaba ya casi dos años allí fuera y las probabilidades en su contra se acumulaban a esas alturas. Frank se pasaba el día rezando. Ya no rezaba para no morir, solo rezaba para ver llegar la muerte. Le aterrorizaba morir sin previo aviso y rogaba que, en el último momento, pudiera ver el mortero aproximarse y tener tiempo así de prepararse. O ser capaz de prever, de algún modo mágico, la bala del francotirador que se llevaría su cerebro antes de que su cuerpo reparase en ello. Y Dios, por favor, imploraba, no dejes que me gaseen. Solo una semana antes, en una trinchera, un batallón camarada, de una fábrica de Nottingham, que marchaba paralelo al suyo había sido eliminado casi al completo por una nube de gas de bajo nivel que los había envuelto antes de que pudiesen advertir lo que estaba sucediendo.

Ahora todos aguardaban una callada muerte por asfixia en algún hospital de campaña.

La noche anterior al ataque nadie podía dormir. Eran las cuatro de la mañana y ya había luz en el cielo. Frank y Jack estaban retrepados contra el muro de sacos de la trinchera mientras Frank liaba un cigarrillo para cada uno y otro para Alf Simmonds, que hacía guardia arriba, agazapado sobre el escalón de fuego. Entonces Jack dio una calada a su filiforme cigarrillo y, sin mirar a Frank, dijo:

—Yo no voy. Y Frank preguntó:

—¿No vas adónde?

Jack se echó a reír y, señalando a la tierra de nadie, dijo:

—Allí, por supuesto... No voy a salir.

Alf Simmonds rio también y dijo:

—No te lo reprocho, chaval.

Lo había tomado a broma, pero Frank se mareó porque sabía que no lo era.

Se hizo el silencio antes de que llegara la orden. Los disparos se habían detenido, ya no se oían risas ni bromas de ningún tipo, solo el mutismo de la espera. Frank contempló las nubes que transitaban por el cielo azul, allá en lo alto, pompones blancos que sobrevolaban la tierra de nadie como si fuera cualquier otro campo y no el lugar donde morirían en breve. El nuevo teniente se había puesto tan verde como la hierba que ya no crecía en aquel lugar. Gotas de sudor, tan grandes como gotas de lluvia, se deslizaban por su frente. Nunca habían tenido un teniente que se mostrase tan nervioso como este. Ni tan mezquino. Frank sospechaba que no pasaría mucho tiempo antes de que un francotirador acabase con el tipo, y no del enemigo necesariamente. Los hombres todavía echaban de menos a Malcolm Innes-Ward, quien había permanecido seis meses con ellos antes de que le atravesaran el ojo de un disparo. Estaba sacando a rastras un herido de la tierra de nadie cuando un francotirador le alcanzó. El soldado que le ayudaba fue asesinado también y el herido murió de gangrena igualmente, así que todo había sido en vano.

Jack se llevaba bien con Malcolm Innes-Ward, pasaban largas horas en su refugio subterráneo de oficial hablando de política y de la vida, y a Jack su muerte le había afectado mucho. Innes-Ward y el ruido, eso fue lo que acabó por trastornar a Jack, decidió Frank.

La orden de avance supuso más un alivio que otra cosa y todo el mundo trepó por las escalas y saltó el parapeto hasta que solo quedaron tres abajo: Frank, Jack y el nuevo teniente. Frank no sabía por qué no se había movido, en realidad fue solo un titubeo momentáneo —quería asegurarse de que Jack le siguiera— y entonces el nuevo teniente empezó a gritarles y a agitar su arma, diciendo que les dispararía si no salían de allí, pero Jack dijo, con toda tranquilidad:

—Los oficiales acostumbra a marchar al frente, señor.

Y antes de que Frank comprendiese lo que estaba pasando se encontró mirando el cañón del Lee-Enfield del nuevo teniente. Entonces Jack dijo:

—No es necesario que lo haga, señor, ya vamos.

Y medio arrastró a Frank hasta la cima, y antes de que hubieran saltado el parapeto Jack le aulló:

—¡Corre!

Frank lo hizo así, porque ahora el pánico a que el rifle del nuevo teniente le disparase por la espalda era mayor que su miedo a que el enemigo le hiciera saltar por los aires.

Frank estaba decidido a no perder de vista a Jack, convencido, por alguna razón, de que si conseguía seguir junto a él aumentarían sus probabilidades de supervivencia. Fijó la vista en la insignia reglamentaria que llevaba en la espalda de su chaqueta y en sus vestigios de material, atados con tanto esmero como si la cincha que los asía fuese la cinta que sujetara el cabello de una muchacha, pero a los pocos segundos Jack había desaparecido y Frank se encontró avanzando solo a través de lo que parecía un lienzo de niebla, aunque era en realidad el humo de los cañones que habían empezado a disparar de nuevo. La niebla parecía no terminar nunca, pero Frank siguió caminando —aun cuando no divisaba a Frank, ni a ningún otro soldado... ni vivo ni muerto.

Transcurrió mucho rato antes de que comprendiese lo que había sucedido. Estaba muerto. Debió de ocurrir al principio de todo, cuando había perdido de vista a Jack, probablemente le hubiese matado la bala de un francotirador, y ahora no estaba avanzando por tierra de nadie sino que caminaba a través del infierno, y así sería el infierno de Frank: un penoso avance por tierra de nadie hacia las trincheras del enemigo.

Justo cuando Frank trataba de adaptar su pensamiento a esta nueva idea dio un traspies y se encontró medio cayendo medio resbalando por la pendiente de un fangoso cráter, sujetando el rifle por encima de su cabeza y gritando a todo pulmón, pues había caído en uno de los fosos del infierno, que no tendría fondo.

Pero entonces dejó de caer, deslizarse y gritar y se dio cuenta de que se había detenido a algo como dos tercios del fondo de un enorme cráter. Abajo se veía un agua espesa, de un marrón lodoso, y en el agua flotaba un cuerpo boca abajo. Una rata nadaba alrededor del cuerpo, trazando círculos lentos y perezosos, y Frank recordó de repente cómo él y Albert habían aprendido a nadar un día de calor sofocante. Hacía muchos años de eso, en realidad bien podría haber sucedido en otra vida. Fueron a Clifton Ings y el río Ouse tenía el mismo color turbio que el agua del agujero de obús. Jack tenía el sarampión; aquel día estaban los dos solos. Frank cerró los ojos, se echó hacia atrás y, apoyándose en el blando lodo del lateral del cráter, decidió que el pasado constituía ahora su mejor refugio.

Frank se concentró con fuerza hasta que pudo sentir el sol de su infancia calentando sus flacos hombros de nueve años y oler el pasto de las vacas y el espino que crecían a orillas del Ouse. Ahora podía evocar la emoción de adentrarse en el agua, la impresión producida por el frío y la extraña sensación de sus talones hundiéndose en el barro del fondo. Y podía sentir la picazón de la cuerda de cáñamo,

anudada al cuerpo del otro, que sujetaban por turnos —uno chapoteaba en el río mientras el otro permanecía de guardia, listo para tirar de él si se hundía. Y el sauce llorón, rebosante de hojas de un verde plateado que se derramaban sobre el agua como el cabello de una chica.

Frank permaneció varias horas en el cráter, recreando su primera lección de nado con Albert hasta el momento en que, hacia el atardecer, ambos podían alcanzar nadando casi la mitad del río. Exhaustos pero eufóricos, se tumbaron sobre la tierra dura y reseca, bajo el sauce, hasta que el agua se hubo evaporado de su piel, y Frank recordaba que llevaba monedas en el bolsillo de su chaqueta (la excursión tuvo lugar antes de que su madre muriera). Se sentaron y comieron aplastadas rebanadas de pan con mermelada de fresa. Cuando terminaron, Albert volvió su cara manchada de mermelada hacia Albert y dijo:

—Hoy hemos tenido un gran día, ¿eh, Frank?

Pensó que debía de haberse dormido porque de repente miró hacia arriba y observó que la niebla de la artillería se había disipado y podía ver el cielo azul claro. De pie sobre él, al borde del cráter, estaba Albert, sonriendo, y el primer pensamiento de Frank fue lo mucho que Albert recordaba a un ángel, incluso vestido de caqui y con sus rizos rubios embutidos bajo la gorra. Una fina línea de sangre y grasa le atravesaba la dorada piel de la mejilla, y sus ojos eran tan azules como el cielo que los cubría, más azules que el nomeolvides del servicio de té en el salón frontal de Lowther Street.

Frank intentó decir algo pero no pudo conseguir que sus labios articularan palabra alguna. Estar muerto era exactamente igual a hallarse atrapado en un sueño. Entonces Albert levantó la mano como si hiciera un gesto de despedida, se dio media vuelta y desapareció, hundiéndose en el horizonte del cráter. Frank sintió una desesperación terrible cuando perdió a Albert de vista, como si algo le hubiera sido arrebatado, y empezó a temblar de frío. Al cabo de un rato decidió que lo mejor sería tratar de encontrar a Albert, salió a rastras del cráter y enfiló en dirección al lugar por donde este había desaparecido. Cuando, algo más tarde, entró tambaleándose en un puesto de socorro y le anunció a una enfermera que estaba muerto, esta se limitó a decir:

—Entonces vaya y siéntese en ese rincón, junto al teniente.

Y Frank se dirigió a un muro de sacos de arena donde estaba apoyado un subalterno con muletas, mirando la nada con un solo ojo —llevaba el otro vendado. Frank se metió la mano en el bolsillo y, para su sorpresa, descubrió que aún conservaba el tabaco, así que lio dos cigarrillos y le dio uno al teniente. Tras ayudarlo a encenderlo (la visión monocular estaba causando terribles problemas al joven subalterno) los dos hombres muertos permanecieron en silencio, aspirando sus cigarrillos con un placer confuso mientras la noche caía sobre el primer día de la batalla del Somme.

Lillian estaba cobrando billetes en un tranvía, en medio de Blossom Street, cuando un súbito escalofrío le atravesó el cuerpo, aun cuando hacía calor. Sin pararse a pensar, se quitó la máquina de billetes por encima de la cabeza y la dejó en un asiento, tocó la campana y se bajó del tranvía, para sorpresa de los pasajeros. Subió por Blossom Street y bajó por Milkegate. Echó a correr antes de alcanzar el puente del Ouse, volaba como si los muertos le pisaran los talones cuando al fin giró por Lowther Street y vio a Nell esperándola, sentada en el escalón frontal. Le habían caído todas las horquillas del cabello y grandes manchas de sudor húmedo empapaban su blusa. Se agarró a la pequeña puerta frontal de madera, apoyándose con todo su peso y boqueando para tomar aire, pero Nell seguía sentada, sin moverse, reclinada contra la jamba, con el rostro vuelto hacia el sol. No había regresado corriendo a casa, había dejado el polvoriento y sofocante sótano donde se cosían uniformes durante todo el día y había deambulado lentamente por el Monkgate, como si hubiera salido a dar un paseo dominical. No podían entrar en casa porque Rachel estaba de compras y ninguna de las dos se acordaba nunca de coger la llave, y se quedaron mirándose unos instantes, asombradas por la intensidad de su querencia.

Fue Lillian quien rompió el silencio.

—Ha muerto, ¿verdad? —jadeó, empujando la puerta a sus espaldas para cerrarla tras ella. Caminó después lentamente por el sendero hasta dejarse caer en el escalón, junto a Nell. Tras un largo rato, cuando el sol ya había sobrepasado el tejado y se dirigía a la calle siguiente, dijo:

—Estará en el cielo ahora.

Nell alzó la vista hacia el aire diáfano y brillante, como si Albert fuera a dejarse ver entre una congregación de ángeles, pero no había nada, ni siquiera una nube, ni tan solo una golondrina planeando en una plácida corriente térmica.

Para cuando abrieron el telegrama, que Lillian leyó a Rachel en voz alta, «Sentimos informarles de que Albert Barker fue muerto en combate el 1 de julio de 1916. La junta militar les envía sus más sentidas condolencias», tanto Lillian como Nell llevaban ya una semana de luto.

Un obús había destruido el emplazamiento de artillería de Albert, el proyectil había aterrizado en la cumbre del pesado cañón haciendo volar los cuerpos de los artilleros, que aterrizaron en forma de estrella alrededor de los restos de su batería. La única señal que quedó en el cuerpo de Albert fue una línea de grasa y sangre en su bronceada mejilla. Tenía una beatífica sonrisa en el rostro, como un niño que acabara de ver a su madre entre una multitud, y uno se habría preguntado de qué había muerto hasta que lo hubiera levantado y hubiese visto que le faltaba la parte trasera de la cabeza.

A Frank le resultaba extraño pensar que Albert, casi intacto a simple vista, hubiese muerto y que Jack, cubierto de sangre de los pies a la cabeza, tanto que

recordaba a un mártir en los orígenes de la Iglesia, hubiese sobrevivido. No le extrañó en absoluto que los tres hubieran ido a parar al mismo puesto de socorro ese día —la coincidencia era, después de todo, menos sorprendente que el hecho de que el único cadáver que vio ese día (aparte del soldado al fondo del cráter lodoso, que llevaba allí varios días) fuese el de Albert. Jack no habló con Frank; de hecho Jack pasó ante el fallecido Frank sin verle; la sangre aún corría por su rostro.

Cuando Frank cayó en el cráter, Jack seguía en realidad a pocas yardas frente a él. Jack se había limitado a seguir caminando; recorrió todo el trayecto a través de la tierra de nadie con los obuses estallando a su alrededor y las balas de fusil pasando sobre su cabeza hasta que —con gran sorpresa por su parte— se encontró ante la barrera de alambre de espino que marcaba el principio de las trincheras alemanas. Ni siquiera entonces se detuvo, se limitó a atravesar la valla como si estuviera anestesiado y siguió andando hasta llegar al siguiente alambre de espino. Ni siquiera le sorprendió la visión de todo ese alambre, aun cuando llevaban varios días lanzando obuses para destruirlo. De repente, inesperadamente, Jack se encontró en una trinchera alemana y continuó su avance hasta que llegó a un refugio subterráneo, pequeño y agradable, y pensó lo bien construido que estaba comparado con el refugio de Malcolm Innes-Ward. Jack había olvidado que Innes-Ward estaba muerto y casi esperaba toparse con él de un momento a otro. Sin pararse a pensar, entró en el refugio y, apelotonados en su interior, vio a tres jóvenes soldados alemanes. Uno era muy rubio, otro muy alto y el tercero bastante rechoncho, y Jack rio porque le recordaban un número de *music-hall* que había visto en el Empire antes de que comenzara la guerra, donde tres jóvenes, de aspecto idéntico al de los soldados alemanes, bailaban y cantaban una canción que Jack no podía recordar en ese momento. Habían representado un número cómico en el que se iban pasando un sombrero de copa de una cabeza a otra, y al público le había encantado. ¿De qué canción se trataba? A Jack le hubiera gustado poder recordarlo. Se quedó allí, riendo, esperando a medias que uno de ellos hiciera aparecer un sombrero de copa, pero nadie se movía, así que al final Jack alzó su Lee-Enfield y apretó el gatillo. Por turnos, cada uno de los soldados echó la cabeza hacia atrás antes de caer, deslizándose por la pared de sacos del refugio, y el último tenía tal expresión de sorpresa en el rostro que Jack se echó a reír de nuevo y pensó que aquel número no había estado mal tampoco. Se dio media vuelta y se alejó del lugar, sabiendo que ya nunca recordaría la canción.

Jack obtuvo un permiso tras la batalla del Somme, era la primera vez que iba a casa en casi dos años. Sus heridas estaban casi curadas, se trataba de laceraciones sorprendentemente superficiales y sus manos y rostro estaban ahora cubiertos de finas cicatrices, semejantes a hebras de hilo, que llenaron de orgullo a Nell, pues sin duda no se trataba de las marcas de un cobarde. De hecho, otorgaron una medalla a Jack

por la valentía que había demostrado al matar a los tres alemanes. A Nell le disgustaba que no la llevara puesta cuando salía con ella. Lo importunó unas cuantas veces con el tema, hasta que él se volvió y le lanzó una mirada tan extraña que casi la asustó.

Estuvo imposible todo el tiempo que duró su permiso. Visitaba la casa de Lowther Street cada día, pero casi nunca decía nada, solo se sentaba a la mesa, hosco y taciturno, tanto que Nell estuvo a punto de mandarle a paseo por mostrarse tan desconsiderado con ella. Con Lillian sí hablaba, sin embargo. Lillian se había unido a la sección local de Defensa Urbana Municipal y asistía a todo tipo de conferencias. Rachel le dijo a Jack que Lillian era una amante de los extranjeros, igual que Arnold Rowntree, pero Jack se limitó a reír. Jack y Lillian parecían estar de acuerdo en la mayoría de los temas y Jack llegó a decir que los objetores le parecían unos valientes, haciendo que a Nell casi se le escapara la taza de té de las manos. La irritaba verlos juntos, sentados con las cabezas unidas, hablando de Dios sabe qué. Por primera vez en la vida, Nell sintió antipatía por su hermana.

Nell y Jack casi se casan durante ese permiso; estuvieron hablando de adquirir una licencia especial. Jack había venido solo para una semana y, de algún modo, los días pasaron más rápido de lo esperado. Jack se mostraba reticente —no porque no la amase, dijo, sino porque no quería dejarla viuda. Nell no se atrevió a decir que prefería ser viuda a una prometida afligida por segunda vez, de modo que no discutió.

Justo antes de que Jack partiera de vuelta al frente fueron a ver *La batalla del Somme* al Electric Cinema, en Fossgate. Nell buscó a Albert, convencida de que su rostro sonriente aparecería de repente en la pantalla, aun cuando le hubiera supuesto un trance terrible de haber sido así. Todos los soldados sonreían y reían, como si la guerra fuera una gran broma. «Una tomadura de pelo», eso había dicho Albert. Pero claro, sonreían a la cámara, casi se podía oír al cámara diciendo: «¡Una sonrisa, muchachos!», mientras las columnas avanzaban penosamente ante él, camino del frente. Todos se volvían, saludaban y sonreían, como si el Somme no fuera más que una excursión de un día. La película mostraba todos los preparativos —las tropas en movimiento, las barreras de artillería. Se podían ver los fusiles disparando y, a distancia, podían observarse pequeñas humaredas parecidas a nubes. Como no había sonido, la batalla del Somme parecía muy pacífica. Nell vio cómo hombres en mangas de camisa y tirantes cargaban los cañones, y se le hizo un nudo en la garganta al recordar el día en que Jack había reparado el banco en el patio.

Después salían varios planos de prisioneros alemanes a quienes los soldados británicos ofrecían cigarrillos, y de los heridos de ambos bandos que podían caminar, cojeando a través de las trincheras, pero, en medio de todo eso, no se mostraba mucho de la batalla en sí. Una secuencia mostraba cómo unos hombres recibían la orden de traspasar el parapeto; todos lo hacían excepto uno, que trepaba hasta la cima y, poco a poco, se deslizaba hacia abajo otra vez. Salió un plano de caballos muertos y el comentarista se refirió a los dos amigos mudos que habían hecho el sacrificio

final, pero en conjunto no parecía haber muchos muertos en la batalla del Somme, y uno se quedaba preguntándose dónde estaban. (Lo que, por supuesto, reflejaba en cierto modo la experiencia de Frank en el Somme).

Incluso a Nell le pareció un relato incompleto y cuando las luces se encendieron y la gente empezó a levantarse lentamente de sus asientos, tanto Jack como Nell se quedaron sentados un poco más, y Jack se inclinó y dijo, con una voz muy pausada:

—No fue así, Nell.

Y Nell dijo:

—No, ya me imagino que no.

Tras eso, Jack se fue, no al frente sino a Shoeburyness. Frank quedó perplejo — de un modo u otro, Jack se las había arreglado para formar parte de la nueva escuela de adiestramiento canina local y se iba a convertir en entrenador del Cuerpo de Perros Mensajeros.

Jack no volvió a oír el sonido de los disparos. Seguían allí, solo que ya no los oía. Por la noche se tumbaba con Betsy a sus pies y descubrió que, oyendo la regular respiración de la perrita, le resultaba más fácil conciliar el sueño. Dormir con los perros iba contra todas las normas, se suponía que por la noche debían permanecer confinados en sus perreras, pero Jack descubrió que, en esos tiempos, cuanto menos caso hicieras a las normas más fáciles resultaban de romper. Betsy era su favorita, una devota perrita welsh terrier que hubiera atravesado el fuego del infierno por él. También les tenía cariño a los otros dos, pero no los quería tanto como a Betsy. Bruno eran un pastor alemán, un perro grande y flemático. Jack y Bruno se llevaban bien, los dos sabían que iban a morir y, en consecuencia, mantenían una mutua y respetuosa distancia entre ambos. En algunos de sus momentos menos lúcidos, Jack se sorprendía a sí mismo creyendo que el espíritu de Malcolm Innes-Ward había regresado bajo la forma de Bruno. A veces, por la noche, se sentaba en el suelo, en la parte exterior de la perrera, con Bruno, del mismo modo que solía sentarse con Innes Ward, y debía contenerse para no liar un cigarrillo y pasárselo al cortés perrazo.

Su tercer perro era Pep, un pequeño jack russell, el más rápido y mejor mensajero de todos. Pep disfrutaba en sus carreras; la guerra le parecía un juego; corría como una bala para traer un mensaje en la canastilla que llevaba alrededor del cuello. «En tal y cual trinchera necesitan más munición» o lo que fuera. Saltaba y rodaba, tocando apenas el suelo con sus pequeños pies, esquivando cráteres de obús, brincando sobre los obstáculos, a menudo haciendo volteretas completas, girando patas arriba y volviendo a levantarse, avanzando directamente hacia los brazos de Jack y trepando de un salto a la altura de sus hombros. Pep había sido la mascota de alguien. Jack había visto la carta que lo acompañaba —«Hemos dejado marchar a papá para luchar contra el Kaiser, ahora enviamos a Pep para que haga su parte. Con amor, Flora». Muchos de los perros habían sido mascotas. Jack los había visto llegar

a Shoeburyness en la furgoneta de carga tras la llamada inicial. Algunos procedían de la perrera, saturada de perros abandonados a causa del racionamiento. Pero otros provenían directamente de las familias. Jack se preguntaba qué habrían pensado esas familias si hubieran visto el modo en que se seleccionaba a los perros para el entrenamiento. Incluso a él le había parecido difícil de digerir. Los perros solo eran alimentados una vez al día —se les dejaba ver la comida esparcida para ellos pero, justo antes de ser liberados de sus jaulas, los entrenadores debían arrojar granadas en un foso cercano. Las granadas, como es natural, hacían un estrépito terrorífico y al principio ni un solo perro se atrevía a salir en busca de comida. Al tercer o cuarto día, los perros estaban muertos de hambre y los más osados, los que más tarde irían al frente, avanzaban furtivamente por su propia versión de la tierra de nadie hasta las escudillas, y engullían la comida tan rápido como podían antes de precipitarse de vuelta a la seguridad de sus jaulas. Y lo extraño fue que, en cuestión de pocos días, esos perros estaban tirando de sus traíllas para salir nada más oír el estampido de la primera granada.

A veces, los perros no aptos eran desechados. A los afortunados se los enviaba de vuelta a la perrera o a sus dueños, pero lo más frecuente era que acabasen con un simple disparo. Jack había pasado algunas noches en blanco pensando en esos perros —aún le rondaba la imagen de una perrita, una bonita spaniel color castaño llamada Jenny a quien las granadas dejaban petrificada y que había acabado muerta de un disparo tras la plaza de armas. Incluso ahora, en el frente, Jack podía ver los grandes y dulces ojos del perro vueltos hacia él, sin poder creer lo que le estaba sucediendo. Cuando recordaba a Jenny alargaba la mano para sentir el cálido abrigo de Betsy y esta, misericordiosa, se revolvía y apretaba el húmedo hocico contra su mano.

Jack sabía que Frank se sentía traicionado. Los perros eran un buen chollo, las perreras estaban lo bastante alejadas de las líneas de fuego como para resultar seguras, al menos mucho más seguras que la trinchera, una opinión con frecuencia pregonada a viva voz por Frank a cualquiera que quisiera escucharle. Se preguntaba a menudo cómo se las habría arreglado Jack, hasta que Jack le explicó que había sido el hermano de Innes-Ward quien le había conseguido el destino.

—Eres un suertudo de mierda —dijo Frank un día que se encontró con Jack. Frank estaba en una trinchera de apoyo pero había acompañado a Jack a la trinchera de fuego donde Bruno debía colaborar en la extensión de una línea telefónica. El perro llevaba el carrete del cable amarrado a la espalda y trotaba por todas partes con las orejas levantadas y agitando el rabo, como si estuviera dando su paseo diario por el parque. Parte de la línea debía atravesar una esquina de la tierra de nadie y Jack estaba tumbado sobre el vientre, atravesado en el parapeto, silbando para animar a Bruno y tratando al mismo tiempo de ignorar a Frank, que no callaba.

—Voy a morir —le decía Frank una y otra vez.

Frank acababa de resucitar y no podía dejar de preocuparse por la muerte. Su fe en la inminencia de la muerte era ahora inquebrantable.

—Voy a saltar hecho pedazos mientras tú y ese maldito perro quedaréis a salvo. Después volverás a casa, te casarás con Nell y todo te irá estupendamente, y yo estaré entre frío cieno bajo tierra. ¿Sabes por qué? Porque tú eres un suertudo de mierda y yo no.

Jack estaba concentrado en los movimientos del perrazo, mientras este se apresuraba a recorrer las pocas yardas que lo separaban de él.

—Lo lamentarías más si un francotirador le diera a ese maldito perro que si me alcanzara a mí —susurró Frank cuando el pesado perro saltó el parapeto.

Jack se encogió de hombros y dijo:

—Buen chico, Bruno —al tiempo que sacaba comida de su bolsillo y se la daba.

Jack no respondió a Frank; no había nada que decir, pues tenía razón. Bruno significaba para él más que Frank.

Frank continuó importunando a Jack, esperando que este dijera algo que le hiciera sentir mejor. Pero lo único que podía aliviar a Frank era la certeza de que no iba a morir, y no había mucho que Jack pudiera hacer a este respecto. Tomó el carrete de cable de la espalda de Bruno y lo metió en su mochila. Después alzó la solapa del bolsillo de su chaqueta, sacó algo pequeño y de extraña forma y se lo puso a Frank en la mano. Por un instante Frank pensó que se trataba de una pata de perro, hasta que la miró y vio que era demasiado pequeña para pertenecer a un perro.

—Una pata de conejo —dijo Jack—. Da buena suerte.

Después se dio media vuelta y dijo:

—Bruno.

Perro y hombre ya habían salido de la trinchera y girado a la derecha antes de que Frank hubiera encontrado algo que decir.

Jack pensó mucho en lo que Frank había dicho; una parte de sí mismo se avergonzaba de su indiferencia hacia el resto del mundo y otra parte se sentía liberada por la certeza de la muerte. La idea de volver a casa y casarse con Nell, ser padre, envejecer, era tan absurda, tan improbable que le hacía reír. Podía imaginarlo — volver a casa del trabajo, Nell trajinando con el delantal puesto, sirviendo el té en la mesa, cavar el huerto en las tardes de verano, llevar a sus hijos a un partido de fútbol — podía representárselo a la perfección, pero eso no le iba a suceder a él. En cualquier caso, no concebía la vida con Nell; le había gustado al principio por ser tan dulce —dulce, tranquila y amable— pero ahora esa dulzura le parecía más bien estupidez. Si pensaba en alguna mujer ahora, era en Lillian. Lillian era algo más vital —con sus encantadores ojos rasgados, como un gato, y ese aire de que, en el fondo, se reía de todo, como si supiera que el mundo no es más que un gran disparate. Pensaba también en otras personas, claro, cuando yacía despierto en la oscuridad. Pensaba en Malcolm Innes-Ward y en la perrita Jenny, en la perplejidad que había reflejado la mirada de sus ojos confiados. Pero, por encima de todo, pensaba en Albert.

Pensaba en Albert y en un cálido día, largo tiempo atrás, cuando habían estado

nadando en el Ouse. Albert se dejó caer sobre el estómago, en la orilla, reluciente como un pez, y dijo:

—Frank y yo aprendimos a nadar aquí, justo en este lugar.

Jack se sentó y miró la piel de la espalda de Albert, más hermosa que la de ninguna mujer. Albert lanzó una risa ahogada, porque tenía la cara enterrada entre los brazos. Jack dijo: «¿De qué te ríes?», mientras miraba los paletillas de Albert agitarse entre risas.

Resultaba fácil imaginar que, de un momento a otro, pequeñas alas atravesarían la satinada piel de sus omóplatos. Jack tuvo que reprimirse para no inclinarse sobre Albert y acariciar los huesos de donde brotarían las alas, y volvió a decir:

—¿De qué te ríes?

Pero él se levantó de un brinco y volvió a sumergirse en el río y Jack nunca averiguó el motivo de su risa. Quizá fuese solo felicidad. Albert tenía una extraordinaria capacidad para la felicidad. Cuando se separaron, Albert para subir por Park Grove Street, Jack para continuar por Huntington Road, Albert gritó a sus espaldas:

—Hemos pasado un día estupendo, ¿a que sí?

Al final, tras la muerte de Albert, Jack se dio cuenta de que su amigo coleccionaba días buenos del mismo modo que otras personas coleccionan monedas o series de postales.

A Frank ni siquiera le sorprendió saber que Jack había muerto. Oyó toda la historia de boca de un compañero que había visto cómo había sucedido. Pep, el pequeño jack russell, había regresado con un mensaje de una trinchera en la línea del frente donde decía que necesitaban más munición para los fusiles Lewis, y allí se había dirigido brincando como de costumbre, botando con su paso saltarín, todo su cuerpo agitado por el meneo del rabito, cuando lo alcanzaron en pleno salto, en la cúspide del arco. Cayó a tierra, con la pata trasera astillada por la metralla, emitiendo un horrible gañido y sin dejar de escarbar para tratar de incorporarse y echar a correr de nuevo. Jack gritaba y aullaba, llamando a Pep para hacerlo volver, pero el pobre perrito estaba demasiado malherido. Según las informaciones, había una auténtica lluvia de balas sobre sus cabezas, pero Jack salió a rastras hacia el perro, sin dejar de lanzarle gritos de aliento. Quizás pensaba en la pequeña Flora, que había enviado su perro para que hiciera su parte. No había llegado hasta Pep cuando una granada de mano estalló tras él, haciéndolo pedazos mientras el perro aullaba frenético. Afortunadamente, uno de los soldados ingleses se las arregló para disparar al perrito. El soldado era Georgy Masón, quien le contó la historia a Frank, y dijo que si ese perro hubiera aullado un minuto más, se habría metido él mismo una bala en los sesos.

Frank no supo qué había sido de Bruno, pero Betsy acabó mal. No quería trabajar con ningún otro entrenador y durante un tiempo se pasaba las horas corriendo hasta la línea del frente y regresando a la perrera, correteando en busca de Jack. Pasados unos

días, se limitaba a merodear cabizbaja o a tenderse abatida en el suelo, haciendo que todo el mundo tropezara con ella y la maldijera. Al final, un teniente se la llevó y la mató de un disparo, pues nadie podía soportar la visión de sus ojos tristes por más tiempo.

Frank llevó una buena vida tras adquirir la pata de conejo y no tuvo más problemas con la muerte hasta 1942. Regresó a casa después del armisticio y se casó con Nell, que ya había guardado su anillo de perla y granate junto a las lascas de zafiro de Percy. En realidad, nunca volvió a mirarlos hasta que, treinta años después, se los regalara a las gemelas, Rosa y Margarita, como regalo de bautismo.

La boda se celebró en una pequeña iglesia. Nell iba de lila y Lillian de gris, y a Frank, al verlas juntas, le hicieron pensar en pálidas y aleteantes mariposas, con sus guantes abotonados con perlas y sus grandes sombreros de flotante velo. Deseó poder casarse con las dos, no porque amase a Lillian (era demasiado inteligente, demasiado burlona), sino solo para poder mantenerla también a salvo. Parecía importante mantener a salvo a todos los que quedaban. Cuando Nell y él se asomaron por la ventana del vagón de ferrocarril que, entre vapores, los alejaba hacia su luna de miel (iban a los Lagos, por alguna razón ninguno de los dos podía enfrentarse a Scarborough). Frank miró la pequeña comitiva nupcial que, de pie en el andén, hacía gestos de despedida (Rachel, Lillian, Tom, Mabel y la madre de Percy Sievewright) y le pareció ver a su viejo amigo muerto flotando al fondo. Sin saber por qué pensó que había venido en busca de Lillian. Más tarde, claro, supo que había vuelto a por Rachel, quien cayó muerta nada más tomar el tren la primera curva.

Frank parecía haber dejado atrás la Gran Guerra con bastante facilidad. Estaba determinado a llevar una vida lo menos dramática y lo más vulgar posible, donde los únicos problemas fueran la dentadura de los niños o las moscas verdes en la enredadera de rosas que imaginaba creciendo en la puerta frontal de la casa de Lowther Street. Los recuerdos de la guerra no tenían cabida en su idea de armonía doméstica. Hubo un momento sin embargo, poco después del nacimiento de Bárbara, su primera hija, cuando Nell le pidió que le buscara un alfiler, en que, revolviendo por una gaveta de la cómoda, dio con la fotografía del equipo de fútbol. Sintió un escalofrío, como si agua helada bajara por su espina dorsal, porque tras mirar sucesivamente a cada uno de los miembros del equipo advirtió que, de todo el grupo, solo quedaba uno con vida, él. Miró a Percy y casi se echa a reír —la muerte de Percy les había parecido algo tan trágico, y ahora consideraba la muerte algo normal y corriente. Frank rompió a trocitos la fotografía y la tiró, pues sabía que, cada vez que la mirase, los rostros de Albert y Jack le recordarían que eran ellos quienes debían haber sobrevivido, no él. Cuando volvió al piso de abajo y Nell observó que había

olvidado el alfiler por completo, se irritó, pero intentó no demostrarlo. Encontrar y conservar un marido había resultado una tarea muy ardua y no quería verse obligada a emprenderla de nuevo.

Frank y Nell tuvieron cinco hijos en total: Clifford, Babs, Bunty, Betty y Ted. Cuando Clifford nació, ya tenía un primo. El hijo de Lillian, Edmund, nació en la primavera de 1917. Lillian nunca reveló la identidad del padre, aunque Rachel intentó, sin éxito, echarla de casa. Por un tiempo, Nell temió que el bebé naciera con cabello negro y espeso y mejillas como conchas de almeja. Eso ya hubiera sido bastante malo, pero resultó aún peor cuando apareció con sus rizos dorados como los de un ángel y ojos color nomeolvides.

Capítulo 3

1953

Coronación

Con su gran vestido blanco la reina parece un globo a punto de salir flotando hacia el tejado de la abadía de Westminster, para quedarse allí fluctuando entre los arcos dorados y las claves de bóveda. Para evitar que esto suceda la gente no deja de lastrarla con mantos y togas, orbes y cetros, y al final pesa tanto que los obispos y los arzobispos deben ayudarla a propulsarse de un lado a otro. Me recuerda a la muñeca de cuerda que tío Ted le ha traído a Patricia de Hong-Kong —las dos se deslizan sobre la alfombra con los pies ocultos y una expresión de solemne serenidad en el rostro. La diferencia entre ambas es que la muñeca de cuerda no tiene pies, solo ruedecillas, mientras que, es de suponer, los pies constituyen el medio de locomoción de nuestra nueva y flamante reina cuando avanza por la gruesa alfombra carmesí. El color de la alfombra de la Coronación es también una suposición, claro, pues el pequeño aparato Ferguson, colocado en una esquina del salón «sobre la tienda», nos ofrece la ceremonia en miniatura, mostrando solo una variada gama de grises.

El televisor es un regalo de George a Bunty, premio de consolación por haber tenido que criar a su familia «sobre la tienda» y no en una casa normal. No podemos presumir de ser los primeros de la calle en haber adquirido un televisor, este honor le corresponde a la señorita Portello, de Hapland, la tienda de ropa infantil. Pero somos los subcampeones y, lo que es más importante, los vencedores de la familia, pues ninguno de nuestros parientes, ni por parte de George ni por parte de Bunty, se ha hecho todavía con el más deseable de los objetos.

Bunty experimenta sentimientos encontrados: como es natural, está orgullosa del televisor y debe lucirlo, ¿qué mejor ocasión que una coronación? Al mismo tiempo no puede soportar la idea de tener a toda esa gente en casa. ¡Los bocadillos! ¡Las teteras! ¿Acabará algún día? Está untando bollos con mantequilla en la cocina, apilándolos como un empedrado. Ha estado reservando la ración de mantequilla durante semanas para la hornada de la coronación, almacenándola en la nevera, aparte de lo que ha conseguido sacarles a su madre, Nell, y a su cuñada, la tía Gladys. Ha preparado un conjunto de artículos bien exótico, porque «El buen cocinero sabe que nada probará su maestría tanto como los pasteles bien presentados, ya sea un pastel de fantasía o un simple dulce de nuez al horno»; esto de acuerdo con la Biblia de Bunty, *Cocina perfecta*, «el libro de Parkinson para la cocina de gas».

Además de los bollos, ha preparado bandejas de sándwiches de jamón (el jamón cortesía de Walter, el carnicero lujurioso), «magdalenas de coco», «lamingtons» y

«pequeños dulces al caramelo» (*¡muy especiales!*), por no mencionar los «negritos» (*de Australia*) y las «pastas dago» —es de imaginar que estos dos últimos en honor a nuestros amigos de la Commonwealth. Todos tienen cierto regusto rancio a mantequilla que lleva demasiado tiempo almacenada en la nueva nevera Frigidaire de Bunty (*¡Nada tan pequeño es tan grande!*), otro premio de consolación de George. Ha preparado también rollitos de salchichas. Tía Gladys ha traído un enorme pastel de cerdo y tía Babs ha colaborado con dos tartas de fruta, tan grandes como ruedas de carro, una cubierta de melocotón en lata y cerezas al marrasquino; la otra de peras en conserva Barlett y uvas. Esto provoca mucha emoción y envidia. Bunty considera que poca faena tendrá su hermana si puede perder tiempo en preparar unos círculos tan perfectos y uniformes, sin un solo defecto. Debería probar a tener tantos hijos como ella, piensa, añadiendo un último bollo al montón. Bunty tiene tantos hijos que no sabe qué hacer.

—Aquello parece el agujero negro de Calcuta —le dice a George cuando este entra en la cocina, buscando más cerveza negra—. Y hay demasiados niños —añade, como si hubiera un cupo para tales eventos.

La verdad es que somos muchos. Yo soy uno de ellos, serpenteando entre piernas adultas como un perro en una prueba de destreza. Aquí, allá y en todas partes, no sé cómo puedo moverme tan rápido —un instante de pie ante el televisor, al siguiente recorriendo el pasillo como un rayo, hacia la cocina. Si uno parpadease varias veces, casi pensaría que hay dos en lugar de una. Quizá voy sobre ruedas, como la muñeca china, pero entonces estaría muy adelantada para mi edad. La gente siempre está observándome con recelo y diciéndole a Bunty: «Está muy adelantada para su edad, ¿verdad?». «¿Esta? Es más inteligente de lo que le conviene», confirma Bunty.

Nuestra lista de invitados a la Coronación no es tan larga como la de la reina. Para empezar, no tenemos amigos de la Commonwealth a quienes invitar, aunque se dice que tía Eliza mantiene buenas relaciones con una pareja de Jamaica —uno de los muchos temas tabú detallados en una lista aparte confeccionada por George (la tía Eliza es la cuñada de George, casada con su hermano, Bill). También tenemos prohibido, entre otras cosas, hablar de la operación de tía Mabel, de la mano de tío Tom y de la afeminación de Adrian. El tío Tom no es nuestro tío, es el tío de Bunty y tía Babs, y le han invitado porque no tiene otro sitio adónde ir —tía Mabel está en el hospital padeciendo la operación innombrable. (La mano de tío Tom es una réplica de madera de la que perdió tiempo atrás). Adrian es nuestro primo, hijo único de tío Clifford y tía Gladys, y no estamos seguras de si es o no afeminado pues no conocemos a ningún otro niño de diez años para comparar. Se ha traído su *boxer*, Dandy, y creo que el tamaño de los prietos testículos que asoman por sus patas traseras es también un tema prohibido. Dandy tiene el tamaño justo para derribarme, lo que hace con regularidad, haciendo que Gillian y Lucy-Vida se desternillen de risa.

Lucy-Vida es nuestra prima. La hija de tía Eliza y tío Bill. (Bunty preferiría no tener que invitar a esta parte de la familia). Tía Babs se ha traído también a su

marido, tío Sydney, un tipo cariñoso al que casi nunca vemos. El auditorio de la Coronación se divide constantemente en distintos partidos y facciones, siendo la alineación más común la favorita a esa edad: hombres y mujeres. Todos guardan alguna clase de parentesco (desgraciadamente) excepto Dandy el perro y la señora Havis, la vecina de Nell, que no tiene familia (¡qué suerte!).

Gillian está en su elemento: una audiencia predispuesta, cautiva y acomodada en la sala de estar. Su único rival es el propio televisor, así que pasa mucho tiempo tratando de eclipsarlo bailando frente a él y enseñando las bragas bajo su vestido de una pieza, todo lleno de enaguas y volantes, adquirido directamente del escaparate de Hapland. Nuestra prima, Lucy-Vida, la de pelo lacio y largas piernas de palillo, trata a Gillian como a una mascota, y cuando molesta demasiado a los adultos le dice cosas del tipo: «Ven aquí, mi niña», con su fuerte acento de Doncaster. Lucy-Vida es la heroína de Gillian porque toma clases de baile. Tiene pies mágicos que, simplemente, *no pueden dejar* de zapatear, de modo que su presencia nunca pasa desapercibida, como si de una niñita ciega se tratase.

El público en la sala da muestras de cierta irritación (excepto tío Ted, que siente debilidad por las niñas pequeñas, sobre todo cuando enseñan las bragas) cuando Gillian se lanza a «*The good Ship Lollipop*» (difícil de creer pero cierto. La palabra «mono» adquiere en ella un nuevo sentido). Es la única de mi generación que ha heredado los genes angelicales de Albert y Ada, de su cabeza brotan miríadas de borbollantes rizos rubios. Aún no sabe que el precio a pagar por este resplandor extraterreno es, en términos generales, una muerte prematura. ¡Pobre Gillian!

Se premia a Lucy-Vida con un toffee por llevarse a Gillian al recibidor y enseñarle las cinco posiciones básicas de *ballet*. Mientras tanto, en la televisión, se «bendice con la espada» a la joven reina mientras Patricia, amablemente, se encarga de matizar los reverentes comentarios de Richard Dimpleby con retazos de su «*Libro ilustrado de los rituales de la Coronación para niños y niñas*». Nos enteramos de que ese acto «está cargado de hermoso simbolismo, el poder del Estado puesto al servicio de Dios». Su aguda vocecita se atasca al llegar a la palabra «simbolismo» —después de todo, solo tiene siete años, aunque es la primera de la clase en lectura y se la suele premiar por su precoz aprendizaje— pero se recupera y nos dice que «la espada enjoyada» fue realizada para la coronación de Jorge IV, ante lo que parte de los adultos se embarca en una discusión sobre la posición de Jorge IV en el orden cronológico de los reyes —está claro que va detrás de Jorge primero, segundo y tercero pero ¿había algún rey en medio? Alguien propone a la reina Ana como eslabón entre Jorge tercero y cuarto, pero entonces entra en juego un nuevo tema de discusión: ¿quién *fue* exactamente Jorge IV?, «cuando estaba en casa» al menos. El tío Bill proclama que fue «el bobalicón que construyó Brighton», mientras tío Clifford se mantiene firme en que fue «el que perdió América». (Deberían preguntar a nuestros fantasmas caseros, para ellos es como si todo hubiese sucedido ayer mismo).

Se requiere la intervención de Patricia para que actúe de arbitro —demasiada responsabilidad para una niña tan pequeña, me temo— pero es una ferviente monárquica y ya se sabe de memoria la mitad del árbol genealógico completo de la realeza, empezando por Egberto (827-39). Por desgracia, solo ha llegado hasta Eduardo II y no puede disipar las dudas acerca del misterioso Jorge.

Otros miembros del grupo (Nell, la señora Havis y tía Gladys) la han emprendido ya con los Jorges que quedan (quinto y sexto), y la aparición de un libro de Bunty, *Jorge V: setenta años gloriosos*, junto con el descubrimiento de que el *Libro ilustrado* de Patricia, publicado forzosamente antes de la Coronación actual, está en realidad lleno de fotografías de la coronación de Jorge IV provoca una orgía de nostalgia. «El viejo rey», lo llaman todos, como si Inglaterra fuese en realidad un gran país de las hadas, lleno de doncellas encantadas, reinas perversas y viejos reyes que succionan sus pipas y calzan pantuflas ataviados con sus coronas doradas.

La facción «Jorge primero a cuarto» es también la pandilla de la cerveza negra; una conspiración de maridos partidarios de la cerveza Watneys compuesta por tío Sidney, tío Clifford, tío Bill y George, además de un soltero testimonial, tío Ted.

Empiezan a aparecer *souvenirs* de la Coronación por todas partes: la jarra Eduardo VII de mi padre, objeto conmemorativo de un acontecimiento que nunca tuvo lugar, lo que le otorga un curioso valor filosófico, por no mencionar la cuchara de té de Ena Tetley, recuerdo de la Coronación de Jorge VI, ahora en posesión de Bunty, fruto, en lenguaje técnico, de una apropiación indebida de bienes ajenos [ver *nota al pie (III)*].

Patricia, aun siendo una niña en edad escolar, es quien ha pescado el botín mejor y más grande, y la arrastran al centro de la escena para que, tímida pero orgullosamente muestre sus: 1) jarrita de la Coronación, 2) monedas de la Coronación en una cartera de plástico, 3) medalla de la Coronación (idéntica a la que la nueva reina prenderá al pequeño pecho del príncipe Carlos más avanzado el día), 4) toffees de la Coronación, en una espléndida lata púrpura y plata, 5) el ya mencionado *Libro ilustrado de los rituales de la Coronación para niños y niñas* y, por último, aunque no por ello menos importante, 6) un banderín de la Union Jack. Por razones patrióticas, luce su uniforme escolar: vestido de vichy marrón y amarillo, chaqueta marrón y boina también marrón. Al igual que Gillian, de blanco coronación, yo llevo asimismo mi mejor vestido para el acontecimiento, de tafetán color limón, cuello Peter Pan y mangas cortas abombadas. Lucy-Vida luce una de las extrañas creaciones caseras de tía Gladys. Aunque Lucy-Vida procede de inhóspitos parajes al sur de Yorkshire, siempre parece ataviada para acudir a una fiesta de disfraces. La veloz aguja de tía Eliza cose para ella modelos exclusivos, siempre profusamente adornados con tules, encajes, volantes y puntillas, de modo que Lucy-Vida parece un flor exótica abierta sobre el tallo de sus piernas larguiruchas y azotada por el viento, por supuesto.

Ya sabemos que tía Eliza es «vulgar», vulgar hasta la médula, según Bunty.

Estamos al tanto de que las raíces negro carbón de su pelo rubio guardan relación con el asunto, al igual que esos inmensos pendientes de brillantes falsos, y también concierne, o al menos lo sospechamos, a la cuestión de que —incluso el día de la Coronación— no oculte sus piernas flácidas y manchadas bajo unas medias y muestre descaradamente sus venas de queso azul. (Aparte, claro está, de que es bienvenida en la sección «Jorge primero a cuarto», donde desparrama su estridente risa entre los hombres y los reconcilia con la existencia de las mujeres). Las manos de tía Eliza parecen siempre ocupadas con bebidas y cigarrillos, y si en algún momento hace un descanso es, por lo general, para, agarrar a un niño que pasa por su lado y plantarle en la mejilla un beso húmedo y pegajoso —un comportamiento poco frecuente entre los miembros de mi familia, por no decir algo peor.

Tía Eliza ha traído un regalo para todas las niñas: diademas de flores de papel pinocho hechas a mano, exactas a las que llevan las damas de honor de la reina. Incluso organiza una pequeña ceremonia de coronación para nosotras, alineándonos escaleras arriba donde nos prende las coronitas a la cabeza con molestas horquillas. Me invade una extraña emoción ante el acontecimiento y, aunque las horquillas me laceran el cuero cabelludo, el dolor se ve atenuado en seguida por la contribución de tía Eliza a la festividad: una pegajosa bolsa de papel con frutas confitadas de Barker and Dobson. El pobre Adrian parece desilusionado a pesar de la fruta que le abulta la mejilla, infeliz de que nuestro reinado de flores de papel le haya sido negado a causa de su sexo.

—No te preocupes, chaval —dice Lucy-Vida, solícita—. Te enseñaré a hacer el espagat si quieres.

Y Adrian se anima considerablemente.

En general nos gusta bastante tía Eliza —incluso la sobria Patricia se sienta en sus rodillas y le confía algunos de sus secretos menos importantes (su asignatura favorita, su comida escolar favorita, qué quiere ser de mayor; respuestas: mates, ninguna, veterinaria).

Rosa y Margarita no participan en nada; pequeñas y perfectas, constituyen un mundo autosuficiente. Sus ropas son idénticas, terminan las frases de la otra (o sea, cuando se dignan a hablar, pues poseen un lenguaje propio, privado y secreto) y te observan con esa mirada, fría e inexpresiva, que les habría valido un papel secundario en *Los invasores de Marte*.

Adrian es demasiado joven para el grupo de la cerveza negra y no demasiado bienvenido en la tertulia que rinde culto al «viejo rey», a la que ahora se ha unido tía Babs. Están embarcadas en un ardiente homenaje a la reina madre («la vieja reina», es de imaginar, pero nadie la llama así). «La reina madre»; una expresión interesante, ¿verdad? La reina de las madres, la madre de todas las reinas. A Bunty le gustaría ser una reina madre. «La reina Bunty, la reina madre». En ese caso yo sería la princesa Rubí, lo que suena de maravilla, ¿no? Sin duda, mucho más resonante que la princesa Gillian o la princesa Lucy-Vida.

Las reinas madres están tomando jerez, oscuro y meloso como un asqueroso jarabe para la tos. Tía Babs le lleva uno a Bunty, que está untando con leche el fondo de una bandeja para rollitos de salchichas en el piso de abajo.

—Oh, pensaba que os habíais olvidado de mí —dice Bunty resentida, tomando el jerez y dándole un delicado sorbo.

—Te estás perdiendo la coronación —le dice tía Babs, pero Bunty le lanza una de sus miradas favoritas, la que significa: «¿Y quién si no va a ser el guapo que cargue con la faena?».

Y es capaz de decirlo sin ni siquiera mover los labios.

—¡Es la unción con el aceite bendito! —chilla excitada la voz de Patricia desde el piso superior, y tía Babs consigue convencer a Bunty de que deje los rollitos de salchichas sin ungir y vaya al piso de arriba para contemplar lo que constituye, en palabras del *Libro ilustrado de los rituales* «sin duda la parte más solemne e importante de la ceremonia». Tan solemne e importante que la reina desaparece entre una melé de obispos y la unción no puede ser presenciada «sobre la tienda».

—Es un televisor maravilloso —le dice tía Gladys complacida a Bunty cuando Babs la trae de vuelta a la habitación, y Bunty se sonroja ligeramente esbozando una sonrisa afectada.

—Gracias.

Como si hubiera sido la ayudante de Logie Baird en otra vida.

—Un buen tocho de nueces —dice tío Tom, y todos murmuran su acuerdo.

—Llevas un vestido precioso —dice tío Bill de repente, y Bunty se encoge ligeramente porque no le gusta Bill (una antipatía basada por entero en el hecho de que es el hermano de George) y si a su cuñado le parece «un vestido precioso» —un hombre sin ninguna clase de gusto (en eso tiene razón)— algo malo tendrá el vestido, piensa Bunty. En realidad, se trata de una prenda espantosa: un diseño muy peculiar, realizado a base de retales marrones y amarillos unidos por un pespunte de lúrex transparente, que le da el aspecto de una avispa vestida de fiesta.

—Este es el momento que todo el mundo británico, tanto la Commonwealth como el Imperio, estaba esperando —lee Patricia.

—El momento supremo —dice el tío Ted escudriñando por detrás de su hombro.

Ha depositado la mano sobre la parte trasera de su chaqueta escolar, con un gesto que se diría familiar, pero también se diría que el gesto de la otra mano sin duda no lo es. En cualquier caso, ha escogido a la persona equivocada, pues Patricia no puede soportar que la toquen y al momento se retuerce hasta conseguir liberarse.

Gillian salta al interior de la habitación en ese momento, desesperada por mostrar a alguien sus piruetas. Se precipita delante de la pantalla justo cuando están colocando la corona sobre la cabeza de la reina, de modo que, junto a la sonora exclamación de «¡Dios salve a la reina!» se oye un «¡Mierda, Gillian, quita de en medio!». Hace pucheros y le empieza a temblar el labio, sus rizos angelicales se estremecen de pena, y Lucy-Vida extiende una mano maternal y dice:

—Vamos, cariño, ven conmigo.

A continuación, las dos se alejan altivas para atender importantes asuntos concernientes a sus muñecas. Ni Patricia ni yo tenemos muñecas. A Patricia no le gustan, aunque a menudo toma prestadas las de Gillian para jugar a colegios. Patricia juega a colegios a menudo y es una maestra muy estricta —lo sé porque, de vez en cuando, me toca a mí hacer el papel de la muñeca.

Debo admitirlo, me gustaría mucho tener una muñeca, aunque todas parecen tener el pelo duro, esculpido en plástico, y la expresión huraña. Las muñecas de Gillian tienen nombres como «Jemima» o «Arabella». Patricia tiene un oso panda («Panda», nuestra Patricia no es muy imaginativa en su nomenclatura), de quien está muy encariñada, y yo tengo un oso de peluche («Teddy»), que me comprende mejor que cualquiera de mi familia. Ya tengo una lista de vocabulario increíblemente madura, de diez palabras: «Teddy» está en mi lista de vocabulario, junto con «mamá», «papá», «Pash». (Patricia), «Gug». (Gillian), «yaya». (Nell), «adiós», «¡buenas!», «guti» (una palabra todo-terreno que abarca todo lo demás) y —la palabra más importante de todas— «Mobo».

Instintivamente, sé dónde está Mobo en este momento: en el patio trasero. Bunty ha vuelto a la cocina, está metiendo los rollos de salchichas en el horno, y cuando Teddy y yo nos tambaleamos en dirección a la puerta de atrás, ella, amablemente, nos deja salir. Inspiro profundamente y... ¡allí está! ¡La luz de mi vida! El caballo Mobo es quizás la más hermosa criatura fabricada nunca por la mano del hombre.

De cinco manos y media hasta la cruz, está hecho de lata moteada en gris y blanco, con la crin permanentemente trenzada y la cola empenachada. Sus ojos son amistosos, su lomo firme, y tiene una silla escarlata, riendas escarlatas y pedales escarlatas (también de lata). Al sol del patio trasero (nos está haciendo un tiempo mucho mejor que a la pobre reina) tiene un aspecto imponente, casi se le puede ver resoplar y piafar. Patricia, con su amabilidad habitual y su celo conmemorativo, lo ha engalanado con cintas de tartán y tiene un aspecto tan espléndido como cualquiera de los caballos que hayan trotado por el Paseo ese día.

Pertenece a Gillian (fue su regalo de consolación por tener que aguantarme), pero Gillian, ahora, es demasiado mayor para montarlo y yo soy su jinete oficial. De todas formas, eso no supone ninguna diferencia para Gillian, que lo vigila con uñas y dientes y nunca me permite acercarme a no ser que la obliguen a ello. Pero Gillian está dentro, con Lucy-Vida, y aquí está mi corcel, deambulando por el patio trasero, sin vigilancia, accesible por unos breves instantes en el espacio y en el tiempo... ¡todo mío!

Mediante un continuo e implacable ensalmo —«¡GutigutigutigutigitigitigitutiMOBO!»— consigo que Bunty me ayude a montar en el objeto de mi deseo y, rebotante de felicidad, me pongo en camino a medio galope por el patio trasero. Bueno, hablando con propiedad, no es un galope exactamente. El medio locomotor de Mobo son los pedales. Cuando te sientas, impulsas los pies hacia abajo

con fuerza y él avanza con un estilo torpe y desigual. Yo pedaleo, empujo, doy tumbos e imagino que voy montada en una carroza de oro durante por lo menos diez minutos antes de que nuestra némesis haga aparición.

De repente, una corriente de aire frío invade el ambiente cuando la puerta de la cocina se abre dramáticamente y una sombra oscura se cierne sobre el patio trasero. La sombra no solo es oscura, posee la pátina del odio, la envidia y los deseos asesinos... ¡sí, es nuestra Gillian! Avanza como un bamboleante torpedo por el patio, obcecada en su objetivo, sin dejar de acelerar de modo que, cuando al fin llega hasta Mobo no puede detener su avance... nos derriba a ambos, dando una vuelta de campana hacia atrás y aterrizando sobre su trasero, cubierto por unas bragas de volantes, en las duras losas del pavimento. Mobo se aleja patinando por el patio, y en sus flancos metálicos quedan muescas de profundos y antiestéticos arañazos. Yace sobre el costado, jadeando, mientras yo sigo tendida, mirando el cielo de junio y preguntándome si estaré muerta. Una contusión palpita en la parte trasera de mi cráneo, pero estoy demasiado conmocionada para llorar.

No así nuestra Gillian, quien lanza unos gritos capaces de despertar a los muertos e incluso hacen salir a Bunty para comprobar qué ha pasado. La sentida respuesta de Gillian casi despierta compasión en Bunty.

—Deberías tener más cuidado —le dice (lo que quizás no suene muy compasivo, pero es incapaz de nada más aproximado).

Lucy-Vida llega zumbando, ejecutando un lúgubre tap tap-tap TAP, tap-tap-TAP, y ayuda a Gillian a ponerse en pie, sin dejar de lamentarse por el estado de su vestido —en efecto, manchas de sangre roja coronación han mancillado la prístina blancura de Gillian, y la corona, desgarrada y despedazada, le rodea el cuello como una florida cuerda de horca.

—Eh, pobre niñita —se compadece Lucy-Vida con su exagerada pronunciación—. Ven conmigo, te limpiaremos.

Y se van de la mano, mientras Mobo y yo quedamos a merced de los cuidados de Dandy, que nos lame y nos lava lo mejor que puede. Su aliento perruno, cálido y baboso, huele vagamente a rollitos de salchicha robados.

El resto del día es algo confuso —creo que he sufrido una conmoción cerebral. Lo cierto es que, a continuación, recuerdo haber deambulado hasta la sala de estar para encontrarme con un espectáculo refinadamente libertino. El grupo de la cerveza negra está borracho a ojos vista y juega al póker en una esquina de la habitación. La Union Jack de Patricia ha emigrado a un listón, sobre sus cabezas, donde cuelga sobre nuestras Polifotos, treinta y seis fotos en blanco y negro en cada marco —treinta y seis de Patricia, treinta y seis de Gillian y, por alguna razón, setenta y dos más, lo que da la sensación de que Bunty, en efecto, tenga demasiados hijos, cientos de niñas en miniatura, todas devorándola con ojos maliciosos.

Tío Tom se ha unido a la camarilla de la reina madre. Todos llevan sombreros de papel que han sacado de vete a saber dónde y se entregan a sus recuerdos del día de la Victoria, y las fiestas en la calle; y de la tía Betty, tan lejos, al otro lado del Atlántico, que nos recuerda su existencia enviándonos paquetes de comida. La camarilla de la reina madre ha trabado también buenas relaciones con la botella de jerez a estas alturas, y los deberes de Bunty como anfitriona la han obligado a tomar la iniciativa, ponerse un sombrero de pirata en la cabeza y organizar un juego de «veo-veo» que tiene a sus participantes fuera de sí. Adrian y Dandy están en el patio trasero jugando a lanzar un palo y recogerlo, aunque quién hace qué no está del todo claro. Tío Ted está en el piso superior jugando con Lucy-Vida y Gillian a un juego llamado «¡Sorpresa!». El nivel de alcohol «sobre la tienda» está alcanzando cotas críticas y me siento bastante aliviada cuando Bunty me mira, se lleva la mano a la boca horrorizada y dice:

—¡Todavía no se han acostado!

De todas formas, me temo que nuestra madre ha hecho bajar demasiado la cuba de jerez como para tomar cartas en el asunto; el sombrero de pirata le tapa un ojo y tiene que apoyarse en las anchas espaldas de tía Gladys para no resbalar por el brazo del sofá.

Tía Eliza cloquea como una versión adulta de Lucy-Vida y, abandonando el «veo-veo» («veo-veo una cosita que empieza por la letra T», respuesta —ya lo habréis adivinado— «televisor») reúne a los niños como un perro pastor y los sube en manada por la escalera para meterlos en la cama. La disciplina de tía Eliza a la hora de mandarte a la cama es más relajada que la de Bunty. Con Bunty, debemos alinearnos en el lavabo al modo de un regimiento y restregar, cepillar y raspar hasta casi desgastarnos, pero una pasada rápida con una manopla por las partes más mugrientas parece bastar a tía Eliza antes de despacharnos a nuestras iluminadas camas estivales. Lucy-Vida y Gillian comparten una cama, pies contra cabeza como sardinas en lata. Las gemelas han aterrizado en la cama de George y Bunty —solo Dios sabe lo que opinará Bunty de eso cuando abandone la cubierta de su corbeta pirata y haga esos hasta la cama. Adrian está acostado abajo, en una perrera que hay en alguna parte, con Dandy. Parece que el mundo entero va a dormir en la tienda esta noche. Nadie se ofrece a compartir la cama de Patricia —incluso a los siete años, sus ansias de intimidad son tan firmes que desalientan a cualquiera. Quizás se cuelga boca abajo, como un murciélago, con su panda agarrado bajo el ala.

Horas más tarde, me despierto de repente, me incorporo en la cama con un respingo y recuerdo que Teddy está abajo, en alguna parte del patio trasero, abandonado a su suerte a raíz del desastre equino.

Mi dormitorio da al patio así que me acerco a la ventana para ver si puedo localizarlo. El cielo es de un azul oscuro mágico, poblado de estrellas semejantes a

los pendientes de tía Eliza, y (considerando lo avanzado de la hora) en el patio hay una actividad sorprendente. Mobo sigue tumbado, tal vez se haya dormido —así lo espero, aunque la diadema de Patricia colocada en su cabeza tiene un sospechoso parecido con una corona mortuoria. Teddy está en el lecho de caléndulas que se extiende a lo largo del muro, despatarrado de brazos y piernas como un soldado muerto. Junto a él hace guardia Dandy, cuyos ojos negros brillan en la oscuridad.

Apoyado contra la puerta trasera está George, en una postura desmañada, entregado a un violento abrazo con una mujer invisible, sus pantalones a la indecorosa altura de los tobillos. Una pierna desnuda, sin media, asoma por detrás, y con una risilla ronca dice:

—Vamos, cariño, por ahí vas bien.

Supongo que deberé dejar a Teddy en esa dudosa compañía y rescatar por la mañana su cuerpo salpicado de rocío.

Se oye el ruido de un taconeo procedente de la habitación de Gillian. Tal vez Lucy-Vida zapatee dormida.

Patricia está sentada en su angosta camita y lee a la luz de Bambi y Tambor en forma de lamparilla. Ya ha terminado el último capítulo, capítulo VII del *Libro ilustrado de los rituales de la Coronación para niños y niñas*, el que se titula «La nueva era isabelina». Este capítulo subraya los deberes de todos los niños y niñas que «algún día se convertirán en hombres y mujeres, ciudadanos de una nueva era isabelina» en un país que sigue siendo «el líder de la civilización occidental». Los consejos de este capítulo no caerán en saco roto. Patricia se unirá a las *Brownies* y tratará de obtener tantas menciones como sea posible antes de pasar a formar parte de las *Girl Guides*; irá a la escuela dominical; trabajará duro en el colegio (a pesar de tanta actividad en grupo y aunque parezca raro, seguirá sin tener amigos). Y defenderá sus principios. El cianotipo del *Libro ilustrado* para el futuro no puede, en cualquier caso, ayudar a Patricia con el doble lastre de enajenación y desaliento que forma parte de su ADN, pero se trata de un texto inspirado, con nobles exhortaciones:

«Te harás mayor y, cuando hayas dejado atrás la infancia, deberás comportarte como un hombre o mujer responsable. Tal vez esto te suene inquietante, pero tú sabes tan bien como yo que aunque nuestra nación ha cometido algunos fallos, nunca nos ha faltado valor».

¡Qué orgullosos nos sentimos todos en este día! Cómo anhelamos nuestro mágico viaje hacia el futuro, como ciudadanos de un bizarro nuevo mundo. Patricia se duerme, con la bendición real en sus labios. «Dios salve a la reina», murmura, «y Dios bendiga a todos los hombres y mujeres del Reino Unido», y el murmullo de un eco, procedente de los fantasmas domésticos, vibra en el aire nocturno. Están celebrando su propia fiesta fantasmal, a la luz de negruzcas antorchas y grasientos candelabros. Bailan espectrales minuetos y gavotas: «*The York Maggot*» y «*Mrs Cartwright's Delight*», aprendidos quizá del señor Rochefort, el maestro de ceremonias en los salones superiores del Sycamore Tree. Han presenciado muchos

acontecimientos tras los muros de esta antigua ciudad, asedios y ataques aéreos, incendios y masacres, el esplendor y la caída de imperios. Han sido testigos de la coronación de Constantino, el emperador romano, a un tiro de piedra de aquí, y de la degradación del gran rey del ferrocarril, George Hudson. Han visto la cabeza del pobre Ricardo de York empalada a las puertas de la ciudad y a monárquicos incondicionales sitiados tras ellas.

Todavía ahora reúnen sus fuerzas para unirse a Patricia en un último vítor, andrajoso pero aún denodado: los vasos se levantan en un brindis, se alza la gran águila de la Novena Legión y suenan las cornetas. *¡Dios nos bendiga a todos!*

Nota al pie (III) - Los asuntos de costumbre

Para Bunty, la Segunda Guerra Mundial no fue tanto un asunto de cazar marido como de adquirir una personalidad.

Al estallar la guerra, Bunty trabajaba en una tienda llamada «Modelia - Moda femenina de calidad». Llevaba allí desde que terminó la escuela, hacía dos años, y se sentía muy a gusto sumida en la imperturbable rutina diaria, aunque disfrutaba soñando despierta en todas las cosas emocionantes que le sucederían en un futuro — como ese hombre, encantador e increíblemente guapo, que aparecería un día de la nada y la arrastraría a una vida de cócteles, cruceros y abrigos de pieles.

La tienda pertenecía al señor Simón, pero la señora Carter era la encargada. El señor Simón se refería a la señora Carter como su «administradora» y el padre de Bunty decía que nunca había oído llamar así a *eso*. Bunty no estaba del todo segura de a qué se refería, aunque no había duda de que algún asunto turbio se cocía entre sus jefes. Para empezar, el señor Simón era extranjero, húngaro nada menos, aunque cuando estalló la guerra se volvió muy elocuente acerca de su nacionalidad británica. Era bajo, tenía el cráneo calvo y brillante y vestía siempre de un modo impecable, con un gran reloj de faltriquera prendido al chaleco.

—El chaval es judío, ¿no? —preguntó Clifford, el hermano de Bunty, cuando esta consiguió el trabajo.

Frank asintió y se rozó el pulgar con los dedos.

Bunty no podía soportar a Clifford ni sus opiniones. Era un bocazas y esto y lo otro, convenían Bunty y Betty a sus espaldas. «Chaval judío» era una expresión que en absoluto podía aplicarse al señor Simón —ni era tacaño ni, por supuesto, un chaval y, si acaso, a Bunty le hacía pensar en una foca bien vestida.

El señor Simón adoraba a la señora Carter, o Dolly, como la llamaba cuando no había clientes en la tienda, y la cantidad de besos en la mano y miraditas que se sucedían sin descanso hacían sentir a Bunty bastante incómoda a veces. Lo único que recordaba haber visto hacer a sus padres era rozarse la mejilla con un suave besito. Clifford decía que el señor Simón tenía una esposa «encerrada en el loquero», y que por ese motivo no se casaba con la señora Carter, aunque «las piernas se abrían más»

en el piso de la señora Carter sobre la tienda (según Clifford) que en la casa de al lado, donde se oía a unos recién casados, Maurice y Ena Tetley, practicar sus ejercicios de cama a través de la pared de la habitación que Bunty compartía con Betty. Bunty y Betty discutían a menudo en susurros, avanzada la noche, acerca de qué sería exactamente lo que Maurice podía estar haciéndole a Ena para producir un ruido semejante.

A Bunty le gustaban tanto el señor Simón como la señora Carter, sobre todo la señora Carter, una mujer alta, aproximadamente de la edad de su madre, pero sin esa pátina cenicienta que Nell había adquirido con el paso de los años. La señora Carter era rubia —muy rubia— llevaba el pelo en grandes bucles y se ponía el maquillaje «con una toalla», según Frank. También poseía un pecho enorme, que tenía el aspecto de ir a estallar si uno lo pinchaba con una aguja. Sin embargo, con Bunty se comportaba como una auténtica gallina clueca, cacareando a su alrededor, diciendo cosas como: «¿Cómo está hoy nuestra pequeña Bunty?», y lanzándole discretas indirectas sobre su apariencia, de modo que Bunty dejó de llevar calcetines y zapatos planos, renunció al pelo corto —que había llevado desde los cinco años hasta los quince— y se puso al día en cuanto a tacones, medias e incluso pintalabios.

—Nuestra joven dama —dijo el señor Simón con aprobación cuando la señora Carter le pidió a Bunty que hiciera una pirueta ante él para mostrarle su primer vestido de adulta.

Nell no acogía bien los cumplidos, no le gustaba la gente engreída. Había adoptado la filosofía de que, en general, las cosas tendían a ir a peor más que a mejor. Esta actitud pesimista le proporcionaba un consuelo considerable —después de todo, uno siempre podía contar con la infelicidad, mientras que de la felicidad no se podía decir lo mismo. Nell prefería los extremos de su familia —el mayor y el más joven, Clifford y Ted—, sobre todo a Ted, lo que resultaba extraño, convenían Bunty y Betty, porque era la más repugnante comadreja que jamás hubiera existido. Babs se las había arreglado para adquirir cierto prestigio en la familia por ser la mayor de las chicas, además de una persona práctica y juiciosa, y Betty se había hecho un hueco como la nena de papá, pero la pobre Bunty había quedado encajonada en medio, sin ningún distintivo que la hiciese especial.

—¿Dónde está nuestra pequeña Bunty?

—Estoy en la trastienda, señor Simón, preparando el té. ¿Uno para usted?

—Sí, por favor, querida.

Por aquel entonces Bunty estaba ensayando un carácter basado en Deanna Durbin, lo que implicaba adoptar una personalidad dulce y amable, aunque decidida. Funcionaba a la perfección con la señora Carter y el señor Simón, pero en casa pasaba totalmente desapercibida.

—¡Tengo aquí el azúcar, Bunty!

Cuando trataba de gritar, el vulgar acento de Yorkshire invadía la cuidadosa pronunciación de la señora Carter.

—¡Vale! —gritó Bunty en respuesta.

La tienda estaba desierta. Era domingo y Bunty se había ofrecido a acudir para ayudar con el inventario. Estaban sentados alrededor de la radio con las tazas y los platillos en equilibrio sobre el regazo, escuchando un programa llamado «Cómo sacar el máximo provecho de la comida enlatada» mientras esperaban a que el Primer Ministro pronunciara su «mensaje de importancia nacional». Cuando el señor Chamberlain dijo: «*Me veo obligado a anunciarles que no hemos llegado a ningún acuerdo y, en consecuencia, este país está en guerra con Alemania*», un ligero estremecimiento recorrió el espinazo de Bunty. La señora Carter lanzó un ruidoso suspiro; había perdido a su marido en la Gran Guerra y su hijo, Dick, tenía la edad exacta para morir en esta.

—Bien, en ese caso —dijo el señor Simón alzando su taza y soltando una tosecilla— creo que deberíamos brindar.

—¿Brindar? —repitió la señora Carter, dudosa.

—Sí... por el espíritu luchador del valiente pueblo inglés. Los británicos nunca serán esclavos, de modo que ¡a paseo el señor Adolf Hitler!

—¡Bien dicho! ¡Bien dicho! —corearon la señora Carter y Bunty (Bunty la más entusiasta de las dos) alzando sus tazas de té.

—¡Gran Bretaña al poder! —añadió Bunty en su tono más decidido.

Bunty tenía grandes esperanzas puestas en la guerra. El modo en que acababa con cualquier certeza tenía algo de sugerente, abría nuevas posibilidades. Betty dijo que era como lanzar monedas al aire y preguntarse de qué lado aterrizarían —y aumentaba las probabilidades de que algo emocionante le sucediese a Bunty; en realidad no importaba si se trataba del hombre increíblemente guapo o de una bomba... todo significaría un cambio, en un sentido u otro.

Clifford fue llamado a filas y Frank iba por casa saludándole y llamándole «Soldado Cook»; parecía haber olvidado por completo lo desagradable que puede ser una guerra. Clifford presumía mucho del asunto. Sidney, el prometido de Babs, recibió sus papeles de alistamiento al mismo tiempo que Clifford y la boda se preparó con una precipitación que, antes de la guerra, se hubiera considerado indecorosa.

Cuando la pareja nupcial salió de la iglesia, la señora Carter y el señor Simón esperaban en las escaleras entre los que aguardaban para felicitarles, y la señora Carter entregó a Babs un manojo de brezo blanco que esta tomó con una expresión de ligera aversión, y Bunty oyó que Clifford decía:

—¿Qué hace aquí esa fulana pintarrajeada?

Bunty se puso de todos los colores. Miró al señor Simón para ver si lo había oído, pero este seguía sonriendo tranquilamente a todo al mundo, y cuando divisó a Bunty le hizo un gesto de saludo con la mano.

La recepción tuvo lugar en la misma sala de la iglesia que la señora Sievewright

había escogido para el funeral de Percy y consistió básicamente en un montón de hombres emborrachándose con cerveza negra que procedía sin duda de la trastienda de alguien, aunque, al parecer, nadie sabía de quién.

—¡Punto en boca! —dijo Sidney, por lo general tranquilo y sobrio, antes de beberse una pinta de un trago, mientras los invitados lanzaban grandes exclamaciones de aliento. Babs estaba furiosa.

—No seas dura con nosotros —rio Frank, apoyándose con fuerza en Sidney, aunque Sidney estaba tan borracho que solo de milagro se mantenía vertical.

—¿Por qué? —ladró Babs con su mejor tono de matrona.

Babs tenía solo dieciocho años, pero mostraba algunas conductas increíblemente maduras.

—Porque —dijo Frank sombrío— todos vamos a morir.

—Tú no, viejo estúpido —le susurró Babs, y Bunty pensó que si *ella* le hubiera dicho eso a su padre, la hubiera abofeteado al instante.

Panocha Havis, su vecino de al lado, se acercó e intentó sacarla a bailar, pero ella se apartó airada y dijo:

—Mejor baila con Bunty, yo tengo mejores cosas que hacer.

Y se alejó en dirección a Clifford, intentando en vano obligarle a imponer sobriedad en la reunión.

—¿Qué dices tú, Bunty?

A Bunty le gustaba Panocha Havis; de pequeña solía empujarla en el cochecito y su modo de ser, tan abierto y cariñoso, le granjeaba las simpatías de todo el mundo. No era guapo en absoluto, más bien al contrario; tenía los ojos azules y saltones como un sapo y una ridícula melena pelirroja, de ahí su apodo —su verdadero nombre era Erik. Embarcó a Bunty en un enérgico dos pasos —un gramófono a cuerda y la ecléctica colección de discos de Sidney proporcionaban la música. A Bunty, Panocha siempre le había recordado a un perro bonachón —de confianza, leal y entrañablemente ansioso por complacer—, así que era algo desconcertante verse envuelta en la nube de su aliento, que apestaba a cerveza, y sorprenderlo intentando mordisquear diversas partes de su anatomía —y todo eso en una pista de baile improvisada, a sesenta millas por hora.

Cuando el disco terminó Bunty sudaba de agotamiento e intentó por todos los medios sacar a Panocha de la pista antes de que la música volviera a empezar. Malinterpretando sus empujones y sus tirones, él rodeó firmemente la cintura de Bunty con un brazo y empezó a recorrer sus costillas con el otro, arriba y abajo, moviendo los dedos como si ella fuera un piano. Cuando Bunty se las arregló para empujarlo hasta el pasillo que se extendía por un lateral del atrio, ya no había quien lo parase, estaba lanzado en su interpretación a las costillas y no dejaba de decir:

—¿Reconoces esta canción, Bunty? ¿Eh, eh?

—No, Panocha, no la reconozco —dijo Bunty con firmeza, tratando de librarse de sus dedos tamborileros. Era sorprendentemente fuerte, Bunty recordó que había sido

campeón de natación en la escuela.

—Vamos, adivínalo, vamos —la urgió.

—¿«*Putting on the Ritz*»? ¿«El Danubio azul»? ¿«El camino amarillo»? —dijo Bunty al azar.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —gritó Panocha.

Panocha estaba de permiso de la Marina Mercante y, aunque Bunty no lo sabía, se había jurado a sí mismo hacerse con una mujer antes de volver al barco al día siguiente, de modo que no le quedaba mucho tiempo.

—Es la boda de mi hermana —dijo Bunty indignada cuando Panocha le metió la lengua en la oreja.

—Estamos en el atrio de una iglesia —volvió a intentar cuando él empezó a investigar su ingle con la rodilla. Al final, le golpeó la mano, muy fuerte. Él retrocedió de un salto, atónito, y agitando la mano como para aliviarse, la miró con admiración y declaró:

—¡Vaya tigresa!

Bunty corrió de vuelta al encendido alboroto de la fiesta, pero las palabras habían calado en su mente. Le gustaba la idea de ser una «tigresa» e incluso ensayó un rugido en voz baja para sí. Su personalidad cambió de marcha, de Deanna Durbin a Escarlata O'Hara.

Algo más tarde, los remanentes de la fiesta se habían retirado a la casa de Lowther Street. Para entonces, Bunty, a hurtadillas, se había bebido tres medias pintas de cerveza, esforzándose por ponerse a tono con el ambiente de la celebración, y se sorprendió al encontrarse —como por arte de magia— cortando pan en la cocina. Dos brazos musculosos se deslizaron alrededor de su talle. Bunty había planeado hacer un movimiento brusco y un mohín la próxima vez que Panocha intentase algo (de acuerdo con su nuevo personaje), pero cuando este dijo:

—Hola, Bun, mi dulce chica Bum —y le dio un toque en la espalda por si no había cogido la broma, ella soltó una risilla y Panocha dijo:

—Dios, Bunty, estás cuba —lo que la hizo reír aún más. No pasó mucho rato antes de que la convenciera para que saliesen al patio y la empujara contra el muro trasero de la casa. Era como estar a merced de un pulpo, había manos por todas partes, y Bunty no dejaba de recitar débilmente:

—Esto está mal.

Hasta que Panocha, bastante desesperado, dijo:

—Te quiero, Bunty, siempre te he querido... nos casaremos en mi próximo permiso.

Y Bunty, al instante, confundiendo eso con el amor verdadero (lo que sucede a menudo), mordió el polvo, consolándose con el pensamiento de que tal vez fuese su último regalo antes de morir y contemplando las mustias clemátides al otro lado del jardín para distraer su mente.

—¡Qué mujer! —dijo Panocha, tras alcanzar un clímax rápido y bastante indigno.

A Bunty, todo el asunto le pareció de lo más repugnante, sobre todo cuando él le golpeó la cabeza contra un tubo de desagüe en medio de su excitación, pero al fin se había hecho una idea bastante aproximada de lo que Maurice Tetley hacía en sus ejercicios de cama. («¡No es verdad!», dijo Betty abriendo mucho los ojos cuando Bunty se lo explicó).

1942 fue el año más memorable en la guerra de Bunty. Ya había dejado Modelia por aquel entonces —la señora Carter y el señor Simón le prodigaron numerosas muestras de afecto en su emotiva despedida y dijeron que no sabían lo que harían sin su pequeña Bunty. La señora Carter le regaló un par de medias y el señor Simón le dio cinco libras y un abrazo que la hizo ruborizarse. Las cosas no andaban muy bien para ellos —el racionamiento había hecho caer el negocio y a la señora Carter le habían notificado que su hijo estaba oficialmente desaparecido.

Al igual que Babs, que rellenaba granadas con explosivos en la planta de Rowntree, donde antes se habían fabricado inocentes dulces y caramelos, Bunty se había puesto al servicio de la guerra. Su nueva ocupación era en una fábrica de instrumentos técnicos; antes de la guerra hacían microscopios y cosas así, pero ahora producían otro tipo de artículos, por ejemplo miras telescópicas. El trabajo de Bunty consistía en comprobar el foco una vez que todas las piezas habían sido ensambladas, y al principio solía simular que disparaba a los alemanes, *bang bang bang*, pero al poco tiempo la novedad perdió su encanto y debía esforzarse para no bizarrear al finalizar el día.

A principios de 1942 Bunty estaba harta de la guerra. Le daban asco el doctor Zanahoria, las patatas Pete y la señorita Remendona, hubiera dado cualquier cosa por una gran caja de bombones y un abrigo nuevo, y si por casualidad se hubiera encontrado al Bicho Manirroto por la calle, contra el que tanta propaganda se hacía, se habría ofrecido a acompañarle personalmente por todas las tiendas de York. No estaba concienciada en absoluto.

Tampoco la animaba la promesa de algún romance. Panocha Havis volvió de permiso en febrero. Bunty había permanecido fiel a su aciago compromiso solo porque nadie más se había interesado en ella. Lo vio regresar a casa, con su talego colgado al hombro, silbando alegremente mientras empujaba la puerta del patio trasero de los Havis, y tuvo que esconderse bajo el alféizar de la ventana para que no la viese. Le pareció aún más feo que la última vez que lo había visto y le ponía la carne de gallina pensar en lo que le había permitido hacer el día de la boda de Babs.

Panocha, que surcaba el inmenso y gris Atlántico en los convoyes, se sintió muy desconcertado ante la actitud distante de Bunty. Al igual que Frank antes que él, Panocha estaba convencido de que sus posibilidades de sobrevivir eran escasas. A diferencia de Frank, tenía razón, y tres semanas después de embarcarse tras el permiso su buque se hundió con toda la tripulación y un cargamento de carne de

cerdo en conserva. La señora Havis, como es natural, estaba destrozada y Bunty se sintió muy mal también. Betty se echó a llorar al oír las noticias, pues era «tan buen chico» y Nell dijo:

—Todos lo son.

La casa de Lowther Street quedó así flanqueada por dos manantiales de dolor, pues solo una semana después de que recibieran las noticias de Panocha, Ena Tetley, la otra vecina, perdió a su mando, Maurice. Tenía un bebé por aquel entonces, Spencer, de seis meses. Se volvió muy rara tras la muerte de Maurice. Frank decía que había perdido la razón y la evitaba, pero Nell creyó su deber visitarla cada día, al igual que hacía con Minnie Havis.

Ena no perdía de vista al bebé ni un instante; de hecho, las cosas iban tan mal que ni siquiera lo sentaba en su cochecito, ni lo acostaba en la cuna. No permitía que nadie lo tocara; se limitaba a llevarlo todo el día en brazos y a meterse con él en la cama por la noche. Pasaba mucho tiempo en el patio trasero, contemplando el cielo, esperando que el padre de Spencer volviera a casa (Maurice había sido tripulante de un Wellington), lo que, si ya era bastante nefasto de día, resultaba escalofriante de noche, cuando seguía allí, en la oscuridad, el bebé llorando y tosiendo atacado por el frío aire primaveral, y alguien debía acercarse y convencerla de que volviera adentro. Incluso la abatida señora Havis se vio obligada a comentar que uno debía controlar un poco su aflicción.

Nell, incapaz de soportarlo más tiempo, delegó sus funciones en Bunty (Babs vivía con sus suegros en Burton Stone Lane), y esta tenía que acudir cada mañana a casa de Ena antes del trabajo, hacerle una taza de té y tomar una cucharada de leche en polvo para el biberón de Spencer. Spencer era un niño de lo más desagradable, siempre vociferando furioso y con el culito escaldado. Tenía llagas rojas alrededor de la boca y la nariz permanentemente obturada con mocos espesos y amarillos. Además olía mal y su pañal era asqueroso. Nell le dijo a Bunty que lo cambiara si estaba húmedo, pero *siempre* estaba húmedo; a Bunty, la sola idea le provocaba náuseas e ignoró las instrucciones de su madre. Bunty se juró que *nunca jamás* tendría un bebé. Era deprimente comenzar el día sentándose junto a Ena y sus ojos húmedos, al lado de Spencer y sus aullidos. A veces, en el trabajo, Bunty se imaginaba que los tenía en su punto de mira, *bang bang*.

Hacía meses que no veía a la señora Carter pero decidió visitarla y pedirle consejo acerca de Ena, entre otras cosas. Sin embargo, la tienda estaba desierta y arriba, en el pequeño piso de la señora Carter, las cortinas permanecían echadas. Llamó una y otra vez pero no obtuvo respuesta y, cuando volvió a bajar, el barbero de enfrente le dijo:

—Creo que se ha ido... Mataron a su hijo, sabes.

Y Bunty sintió un repentino estremecimiento, pues había conocido a Dick Carter. Era un chico muy guapo, con una deslumbrante sonrisa capaz de ruborizar a Bunty, que entonces tenía quince años, hasta los tobillos. De modo que allí no hallaría

consuelo.

Eso fue a mediados de abril. A finales de abril, un martes, Bunty había ido al cine Clifton con su amiga Vi Linwood a ver *Así acaba nuestra noche*, con Frederic March, y las dos se mostraron de acuerdo en que la película no era nada del otro jueves y que lo habían pasado mucho mejor en el Electric, cuando fueron a ver *Hellzapoppin*. Caminaron de vuelta a casa atravesando el Bootham Park seguidas por una brillante luna fría.

—La luna de los bombarderos —dijo Vi.

Y Bunty se estremeció y dijo:

—No digas eso, Vi.

La sirena hizo saltar a Betty de la cama como un gato escaldado. Casi al mismo tiempo, un extraño y grave estruendo sacudió la casa y Bunty abrió los ojos para ver una brillante luz blanca. Por un instante, pensó que se trataba de la luna pero en seguida se dio cuenta de que por todas partes caían fogaradas. En menos de un minuto se cobijaron bajo el refugio Morrison de la sala. Ted sujetaba su gato rubio, Totty. La señora Havis, con el pelo envuelto en una redecilla, acudió precipitadamente para unirse a ellos, acompañada por su scotty, Rex, al que todo el mundo odiaba porque era un perro faldero.

—Un ataque Baedeker —dijo Ted, y todo el mundo susurró: «Calla», como si los bombarderos que sobrevolaban sus cabezas pudieran oírles.

—Heinkels —dijo Ted.

Y Nell dijo:

—¡Ted!

—Probablemente son un par de Junkers que se han alejado del frente. Llamados los lápices voladores porque...

Betty le golpeó.

—Alguien debería ir a buscar a Ena —dijo Nell, pero entonces las bombas empezaron a estallar *realmente* y ya tenían bastante trabajo tratando de no perder los nervios, apiñados como estaban en el Morrison. Hubo un terrible BANG que más tarde resultarían ser las puertas saltando de sus goznes, y después otro ¡¡BANG!!, aún más fuerte, que constituiría el sacrificio final de Ena y Spencer.

Salieron al alba, cuando sonó el fin de la alerta, y Frank dijo:

—Bueno, jamás en mi vida he agradecido tanto un sonido.

San Martin-le-Grand destruido, el tejado del antiguo Guildhall reducido a cenizas. Los almacenes a orillas del río, las oficinas del *Evening Press*, la galería de arte, la escuela de ciegos... todo en llamas. Ni una hoja de vidrio quedaba en el magnífico tejado arqueado de la estación del ferrocarril. Los vagones de carga destruidos, los trenes averiados, casas y escuelas destrozadas... cinco monjas muertas en la Bar Convent School, el depósito de emergencia de Kent Street lleno casi hasta los topes.

Bunty recorrió Bootham de camino al trabajo, la misma ruta que había tomado la noche anterior para ir al cine. Ni una sola ventana quedaba en ninguna de las grandes

casas georgianas y solo se oía el horrible sonido producido por toneladas de cristales rotos al ser recogidos. Pero al final de Bootham podían verse los juzgados, intactos, y tras el edificio se erguía la gran mole de la catedral, que los nazis no habían alcanzado. Bunty sintió cómo su corazón se henchía de orgullo al tiempo que la invadía la conciencia de la guerra, y su personalidad experimentó otra metamorfosis, transformándose en una muy semejante a la de Greer Garson en *La señora Miniver*.

Un cráter había cortado la avenida. Bunty se desvió por la calle donde se hallaba Modelia y sufrió un gran sobresalto al ver que la fachada de la pequeña tienda —y la del piso superior— habían desaparecido, dejando la vivienda a la vista, como una casa de muñecas. Pudo ver la cocina de gas y los estantes, donde estaban expuestos los platos Worcester de la señora Carter, y abajo, en la tienda, se veían un maniquí, sin cabeza y sin piernas, solo el torso, y un par de vestidos colgados de un riel, mecidos por la suave brisa.

—El lugar estaba vacío, no estaban allí —dijo el barbero, barriendo enérgicamente el vidrio de la acera.

El mástil blanco y rojo colgaba sobre la puerta, doblado y retorcido, y en el escaparate sin vidrio había colgado un cartel que decía: «El negocio sigue funcionando. Bombardeados pero no vencidos».

No sucedió lo mismo con Ena y Spencer. Los encontraron en la cama de Ena, aunque en la sala del piso inferior, pues el mueble había caído atravesando el suelo, y los de salvamento dijeron que la visión del bebé, acurrucado en los brazos de su madre, con un aspecto tan apacible (por una vez), resultaba trágica. La señora Havis, Bunty, Betty, Ted, Nell y Frank se quedaron sin habla cuando contemplaron los destrozos de la casa vecina. La sirena del fin de la alerta aún resonaba en sus oídos.

—¡Fiuuu! —dijo Ted con elocuencia.

Nell recogió una cucharilla plateada que yacía entre polvo de ladrillos en el patio trasero.

—La cucharilla de la sexta Coronación —se maravilló—. Ni siquiera se ha torcido.

Bunty se sintió bastante incómoda al recordar que ayer mismo, por la mañana, había vertido de mala gana azúcar en la taza de Ena con esa misma cuchara.

Mirar cómo sacaban los cuerpos, grises y polvorientos, de Ena y Spencer por la puerta de al lado los dejó a todos cabizbajos, y esa noche, mientras cenaban, todos se mostraron de acuerdo con Frank cuando dijo que a veces, en tiempos de guerra, el sacrificio final era necesario. Comían pastel de patatas y col del pequeño huerto que Frank cultivaba al borde del campo de fútbol, y Bunty estuvo jugueteando con la col hasta que Frank dijo en tono brusco:

—¿Pasa algo con la col, Bunty?

Bunty meneó la cabeza y se obligó a engullir un bocado de esa sustancia viscosa. No le gustaban las verduras de Frank porque, por lo general, había algo agazapado entre las hojas: una tijereta muerta o un pequeño gusano pasado por alto en el proceso

de enjuague. Ella misma había lavado la col esa noche y estaba segura de haber visto el viscoso cuerpo de un gusano, girando y girando en el agua del fregadero. Por alguna razón Bunty pensó en Panocha Havis, boqueando en las aceitosas aguas del Atlántico, intentando nadar desesperadamente para salvar la vida y después girando —una y otra vez— hacia una ignorada tumba submarina. ¿Qué pensaba la gente cuando se estaba ahogando? (Nada, en el caso de Panocha, porque se golpeó la cabeza con un cajón de carne enlatada nada más caer al agua). *Así termina la noche*, pensó Bunty.

—Pobre Ena —dijo Betty, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Malditos alemanes —dijo Ted, y Frank le dio un golpe por usar ese lenguaje. (Pobre York, indefensa, sin barreras de fuego ni artillería antiaérea, con el avión de combate más próximo a noventa minutos de allí, aun cuando los descifradores de códigos Bletchley habían informado a Churchill —en honor a quien habían bautizado a Spencer— de que los bombarderos alemanes volarían sobre York esa noche, guiados por una hermosa luna clara. *Bang bang*).

No mucho después del Gran Ataque Aéreo, Lowther Street recibió una visita sorpresa. Estaban sentados tranquilamente alrededor de la radio escuchando «*The Brains Trust*» cuando alguien llamó a la puerta y Bunty acudió a abrir.

Un joven alto, luciendo uniforme de oficial, estaba allí, su gorra de la RAF informalmente desplazada hacia el cogote, de modo que uno podía advertir lo rizado que era su cabello rubio. Sonrió a Bunty y dijo: «¿Qué hay?», una expresión poco familiar para ellos.

—Hola —dijo Bunty con la típica reserva británica, y esperó a que él explicase su presencia. Era realmente guapo, con esos ojos tan azules y un cabello encantador —demasiado bonito para un hombre (ninguno de los hijos de Nell había heredado los rizos de querubín, aunque tanto Babs como Bunty se empeñaban en conseguirlos mediante lociones de permanente y peróxido).

—Veamos —dijo sonriendo—, tú debes de ser la hija de la tía Nell.

—¿La tía Nell? —repitió Bunty, tratando de dilucidar la relación.

El hombre extendió la mano hacia ella.

—Soy tu primo, Edmund.

—¿Quién es? —gritó Frank desde la sala de estar, a coro con un: «¡Cierra esa maldita puerta!», proferido desde la calle por una vigilante.

Bunty atrajo al hombre hasta el recibidor y gritó:

—¡Es nuestro primo Edmund!

Nell salió corriendo de la salita y se quedó paralizada, pasmada a la vista del extraño. Él alargó los brazos y caminó hacia ella:

—¿Tía Nellie?

Y Nell cayó presa de un desmayo.

—¿Qué demonios ocurre aquí, ha aterrizado un boche o qué? —gruñó Frank, saliendo al recibidor.

El hombre volvió a intentarlo, extendiendo la mano para estrechar la de Frank.

—¿Tío Frank? Soy el hijo de Lillian.

—¿Edmund? —susurró Frank, con una expresión maravillada en el rostro, como si estuviese presenciando un milagro.

Edmund le estrechó la mano con fuerza, moviéndola arriba y abajo unos segundos, antes de volver su atención hacia Nell, aún postrada en tierra. Bunty y Nell la ayudaron a sentarse y su primo Edmund se acuclilló en el suelo junto a ella.

—¿Tía Nellie? —dijo, con una hermosa sonrisa—. Lillian os envía su amor.

El primo Edmund era algo como... un guapo y aguerrido copiloto estacionado en Croft y encantado de conocer a sus primos ingleses. El primo Edmund, dijo Frank, era el «vivo retrato» del hermano de Nell, Albert. Se echó a reír y dijo que, al verlo, había creído estar contemplando un fantasma que franqueaba la puerta. Hacía veinte años que Nell no tenía noticias de su hermana, Lillian, e incluso aquella vez solo recibió una crítica postal enviada desde Vancouver, donde decía: «Todo me va bien, no os preocupéis por mí». Sus palabras, naturalmente, inquietaron a Nell pues no sabía que hubiese pasado algo por lo que debiera preocuparse. No figuraba dirección alguna a la que responder y no volvió a saber de Lillian, así que se fue sintiendo cada vez más inquieta. Al final decidió que su hermana había muerto y ahora, tras descubrir que seguía viva, estaba todavía más furiosa con ella por no haber mantenido el contacto.

—Promete escribir —dijo Edmund.

Lillian, por lo visto, se había casado con un hombre llamado Pete Donner y vivía en una granja de las praderas, y Edmund tenía un «hermano chico» llamado Nathan.

—¿Nathan? —Receló Frank—. ¿Es un nombre judío?

Edmund se echó a reír y dijo:

—No lo sé, señor.

A las diez, se levantó para irse, diciendo:

—No debería perder el transporte de vuelta a la base, ¿eh?

Un «¿eh?», todos lo advirtieron, más canadiense que de Yorkshire. En realidad no pensaba volver a la base esa noche, iba al Betty's Bar donde tenía una cita con una bonita enfermera irlandesa, pero no quería decirlo delante de sus parientes ingleses. Prometió volver y hacerles una visita tan pronto como tuviera un permiso. Después se echó a reír, pero no les dijo por qué reía, pues estaba pensando que, con toda seguridad, habría muerto antes de que llegara ese permiso; ya estaba en su segundo período de servicio.

Aquella noche, Bunty y Betty mantuvieron una larga conversación en susurros acerca de Edmund. Betty declaró su intención de casarse con él, pero Bunty no acababa de fiarse de Edmund; había algo *malicioso* en su modo de mirarte con esos rientes ojos azules, como si pudiera ver tu interior y supiese que no había mucho dentro. A Bunty le hacía pensar en un león... un gran león de terciopelo dorado.

—¿De qué color dirías que son sus ojos? —preguntó Betty—. ¿Azul cielo? ¿Azul

marino?

—Azul nomeolvides —dijo Bunty, recordando el plato en el que comía Toddy, con sus nomeolvides descoloridos y sus rasguñados ribetes dorados.

Ambas se durmieron pensando en Edmund, agradecidas por tener alguien en quien proyectar sus fantasías románticas.

Edmund, por desgracia, nunca regresó, fue derribado ya en su siguiente salida.

—Mierda, qué mala suerte —dijo Ted, y todos estaban demasiado consternados como para hacerle callar.

No tan mala como la suerte de Frank. En diciembre, caminaba de vuelta a casa y tomó un atajo por un largo y angosto callejón con altos muros de ladrillo a cada lado. Justo cuando acababa de entrar, empezó a sonar la sirena e intentó apresurarse, pero perdió el resuello porque, aunque no se lo había dicho a Nell, había tenido algunos problemas con la máquina. Entonces un extraño presentimiento se apoderó de él y mientras recorría el callejón regresó, después de tantos años, a su caminata por la tierra de nadie, aquel primer día del Somme, y antes de saber lo que le estaba sucediendo sus viejos miedos se apoderaron de él. Se llevó la mano al corazón —iba a morir— y dijo en voz alta: «Dios de mi vida, haz que la vea venir», exactamente las mismas palabras que pronunciara en la trinchera tanto tiempo atrás. Deseó no haberle dado la pata de conejo a Clifford.

Había atravesado más o menos la mitad del callejón cuando oyó el sibilante sonido de un motor quejumbroso, volando raso sobre él. Y luego, de repente, allí estaba, —abrumadoramente cerca, un motor que arrojaba humo negro y grasiento... allí, en la estrecha franja de cielo que cubría el callejón, pero para entonces ya había dejado caer la bomba que envolvió a Frank en un último estallido de luz cegadora. Tuvo mala suerte, pues no apuntaban a Frank, por supuesto. Los tripulantes del Heinkel habían fallado su blanco (el depósito ferroviario) y decidieron que sería mejor descargar sus bombas antes de intentar un aterrizaje forzoso. Los derribaron antes de conseguirlo y sus cuerpos, relativamente intactos, fueron enterrados en el cementerio. A Frank también lo enterraron allí, pero en su caso el empleado de pompas fúnebres tuvo que unir los trozos lo mejor que pudo.

Sin duda, Bunty *ya* estaba harta de la guerra a esas alturas. Las cosas fueron a peor con la llegada de Babs —después de que la casa de Burton, en Stone Lane, fuera bombardeada—, pues tenía la manía de hacer las cosas a su modo, pero mejoraron bastante a raíz de su relación con un americano, llamado Buck, destinado en Grimsby. Se conocieron en un baile —Bunty y su amiga Vi tenían ahora una agitada vida social; salían todo el tiempo, a los bailes en De Grey Rooms y en la sala Clifton, y se hicieron asiduas al Betty's Bar (que no tenía nada que ver con su hermana Betty, por supuesto, bromeaba Bunty. Esa era la única broma de Bunty), donde era típico que los militares grabaran su nombre en el gran espejo. Bunty lo sentía por Edmund,

pues ni tan solo había pasado en York el tiempo suficiente para tomar algo en el Betty's, y aún menos para grabar su nombre en el espejo (se equivocaba en ambas consideraciones).

En cualquier caso, el panorama parecía mejorar. Bunty estaba siendo cortejada por Buck, un gran sargento de Kansas parecido a un oso, y Vi se había hecho con un operador de radio canadiense. Betty, con solo diecisiete años, tenía también un pretendiente canadiense y pasaba mucho tiempo en la casa de campo del tío Tom y la tía Mabel, en Elvington, porque su canadiense (Will) estaba destinado al aeródromo de Elvington. Buck no era todo lo que Bunty había soñado aunque, a diferencia de Panocha, era bastante guapo —pero no increíblemente guapo. Cada vez que la atmósfera entre ambos se calentaba, él decía cosas como: «¡Jo, cascaras!», y parecía azorado; resultó que era un baptista practicante y que había sido criado por una madre viuda que le había inculcado la buena educación y el respeto por las mujeres. Al final, tras muchas vacilaciones, le pidió a Bunty que se casara con él, le ató una pequeña hebra de hilo alrededor del dedo y dijo:

—Cuando te lleve a casa con Ma, te compraré un anillo caro de verdad.

Y organizaron una merienda para todos en Lowther Street, con motivo del compromiso.

No mucho después perdió el pie en un estúpido accidente.

—Esos yanquis son capaces de cualquier cosa, con tal de divertirse —dijo Clifford, haciendo que Betty sofocara un grito y Bunty le golpeará tan fuerte que se hizo daño. Estaba en casa de permiso, aunque, gracias a Dios, *aquella* ya no era su casa, pues se había casado con una chica llamada Gladys, que antes era ATS y ahora estaba muy embarazada de su primer y único hijo. Buck fue enviado de vuelta a los Estados Unidos con su «Ma», prometiendo que enviaría a buscar a su pequeña Bunty, pero nunca lo hizo.

Bunty conoció a George a finales de 1944; era un cabo del servicio de abastecimiento y estaba destinado en Catterick. Mantuvieron un noviazgo esporádico y se comprometieron justo antes de que acabase la guerra. Ella no acababa de estar convencida pero, en esos momentos, con la guerra llegando a su fin, las posibilidades empezaban a esfumarse y todas esas monedas tiradas al aire caían a tierra estrepitosamente al revés, en posiciones sombrías y bastante predecibles.

Aunque no para Betty; anunció que se iba a Vancouver. Betty y Bunty buscaron en el atlas el mapa de Canadá para ver dónde viviría Betty. Pero las dos sabían que Betty, en realidad, no se iba a Canadá sino a una nueva vida.

—Tú también, Bunty —le dijo, dando unos golpecitos a su anillo de compromiso, pero Bunty en el fondo no lo creía.

Clifford, ileso gracias a la pata de conejo, fue desmovilizado, y se convirtió en una persona algo más agradable bajo la influencia de Gladys. Le dio la pata de la suerte a Bunty el día de su boda. Consideró que iba a necesitar mucha suerte con un hombre como George. Babs y Sidney esperaron hasta 1948 antes de tener a las

gemelas, Rosa y Margarita.

Betty, la novia de guerra, se divorciaría de su marido veinte años después, pero se quedaría en Vancouver y solo volvería a Inglaterra de visita en una ocasión, en 1975, y, según le relató a su hija, Hope, con una vez había tenido bastante, aunque había sido agradable ver a Bunty.

Hubieron de transcurrir varios años tras el fin de la guerra antes de que Bunty supiera lo que les había sucedido a la señora Carter y el señor Simón. Cuando la tienda y el piso fueron bombardeados (el barbero se equivocó, *estaban* dentro) se fueron a casa de la hermana de la señora Carter, en Leeds, y nunca volvieron a York. Durante el terrible invierno de 1947, mientras la hermana de la señora Carter permanecía aislada en Newcastle, adonde había ido a visitar a su hija, se gasearon a sí mismos en la pequeña cocina. El señor Simón (que había sufrido mucho durante la guerra a causa de su acento) había perdido un hijo en Dachau —lo que llenó a Bunty de sorpresa, pues nunca le había mencionado— y la señora Carter, por supuesto, ya había perdido al suyo, así que Bunty podía comprender los motivos que les habían impulsado, pero deseó que no lo hubieran hecho.

Acompañaron a Betty a Liverpool para despedirla en su crucero por el Atlántico. Como casi todo el mundo que se encontraba en el muelle, Bunty lloraba mientras el gran barco se alejaba lentamente. Betty tenía un carácter despreocupado, siempre se las arreglaba para ver la parte positiva de las cosas, y Bunty no advirtió lo mucho que la iba a echar en falta hasta que la vio agitar la mano desde la cubierta.

Al final, la guerra de Bunty había resultado una decepción. Perdió algo en la guerra, pero no averiguó, hasta que fue demasiado tarde, que precisamente ahí radicaba su oportunidad de convertirse en alguien distinto.

En alguna parte, al fondo de los sueños de Bunty, siempre existirá otra guerra: una guerra en la que ella maneja reflectores y artillería antiaérea, una guerra en la que ella es ingeniosa y bella, y no digamos valiente, y donde «*String of Pearls*» suena incansable en De Grey Rooms, mientras una sucesión de oficiales increíblemente guapos arrastran a Bunty hacia otra vida.

Antes de que se casara con George, Nell dio a Bunty el medallón de plata de su madre. Había tenido la intención de cedérselo a la mayor, Babs, después de su muerte, pero Bunty parecía tan abatida, considerando que estaba a punto de casarse, que Nell decidió regalárselo a ella.

Bunty, al casarse, tomó algo más de la casa de Lowther Street. Nell había conservado la cucharilla de Ena sobre la repisa de la chimenea como un extraño y mudo *memento mori*. No pareció sorprendida cuando, la noche anterior a su boda con George, Bunty le preguntó si podía llevársela con ella a su nueva vida. Bunty pulía la cucharilla de Ena con regularidad y la conservaba tan limpia y brillante como una moneda recién acuñada.

Capítulo 4

1956

El nombre de las cosas

No creo que esto sea Kansas, Teddy. ¿Pero dónde diablos estamos? ¿Qué dices, Teddy? ¿Dewsbury? Oh, Dios, haz que se equivoque. Pero no... estamos en Dewsbury, mugrienta capital del norte.

¿Pero por qué? ¿Por qué estamos en Dewsbury? Y, aún peor, no solo en Dewsbury sino en la habitación del ático de Mirthroyd Road, número doce —la guarida, el cubil, la vaina de las malditas gemelas... ¡Rosa y Margarita!

Me miran con sus ojillos solemnes. Están encaramadas al borde de la cama doble que comparten mientras que yo estoy instalada en la esquina, junto a la ventana, en un viejo catre de campaña compuesto por una lona verde y tubos de metal oxidados, y cubierto por una oscura manta gris que apesta a naftalina. La cama de los invitados.

Pero cómo he llegado o qué hago aquí... eso es un misterio, ya que no recuerdo nada del viaje. De hecho, si trato de concentrarme —lo que resulta bastante difícil con las gemelas contemplándome— no recuerdo nada en absoluto. Intento cerciorarme de mi existencia con una creciente sensación de pánico: me llamo Rubí Lennox, tengo una madre, un padre, hermanas. Estas no son mis hermanas. Quizá Rosa y Margarita sean formas de vida extraterrestre que me han abducido a bordo de su nave espacial mientras yo, la mar de inocente, jugaba en el jardín trasero, y ahora se dispongan a poner en práctica una serie de bárbaros experimentos en mi persona. Las gemelas empiezan a despedir una extraña sombra verde...

—¡Rubí! ¿Estás bien?

Tía Babs entra como puede en la habitación —está claro que el catre de campaña ocupa un espacio precioso— y me mira dudosa. Me doy cuenta de que el único comportamiento posible por parte de un invitado en estas circunstancias es mostrarse muy educado:

—Sí, gracias, tía Babs —respondo con voz clara y firme.

—¿Por qué no jugáis con Rubí, niñas? —dice tía Babs, mirando a su descendencia.

Me retiro un poco más hacia el rincón. No veo nada claro eso de que me inicien en sus juegos. Tía Babs se vuelve hacia mí con una sonrisa resplandeciente y artificial que reconozco porque es la misma que la de Bunty. Me pregunto de dónde la han sacado [ver *nota al pie (IV)*].

—¿Ya eres capaz de distinguir las, Rubí? —me pregunta.

Quizás sean como esos entretenimientos que hay en el *Beano*, el tebeo que

compra Gillian, te muestran dos dibujos idénticos y uno debe ¡*localizar la diferencia!* Tal vez una de las gemelas tenga seis dedos, ninguna oreja y lleve una cinta en el cabello.

—Mira hacia el techo —ordena a una de ellas y señala una pequita bajo el mentón. ¿Eso es todo? ¿Localiza la diferencia? Pues vaya.

—Esta es Rosa.

Rosa contempla el techo inexpresiva hasta que tía Babs dice:

—Está bien, Rosa, puedes bajar la cabeza.

Rosa me mira tan inexpresivamente como antes contemplaba el techo. Tienen una gama muy limitada de expresiones faciales. Ya empiezo a añorar la sorprendente variedad de emociones que atraviesan el rostro de Gillian, como nubes surcando el cielo, e incluso la sombría —aunque sutil— paleta con que Patricia dibuja sus gestos.

—¿Un juego? ¿Un muñeco? —sugiere tía Babs a mis pequeñas anfitrionas.

De mala gana, Margarita se desliza de la cama y saca un *puzzle* de tela. ¿Si hago un *puzzle* con ellas me dejarán volver a casa? Tengo la sensación de que no.

He traído conmigo una pequeña maleta que contiene dos pijamas acrílicas, un cepillo de dientes y una manopla, un par de pantuflas rojo rubí, cinco bragas, un chaleco, una camiseta, dos blusas, una falda escocesa, un mandil de pana, unos pantalones de tartán, dos jerséis tejidos a mano (uno blanco y el otro crudo), una rebeca (verde botella, cuello redondo, mangas ranglán), una combinación y cuatro pares de calcetines. Aparte, claro está, de lo que llevaba puesto cuando llegué: un chaleco, una camiseta, unas bragas, un par de calcetines, una combinación, un par de zapatos, una falda de lana azul con tirantes, un jersey amarillo, un abrigo, unos guantes, una bufanda, un gorro de lana (tipo boina). Si había una cosa que se le diera bien a nuestra familia era vestirse adecuadamente para las salidas. Si examino la cantidad de ropa que he traído, parece como si hubiera venido para una larga temporada. Por otra parte, un par de pijamas no resulta excesivo... ¿Me habrán cargado en realidad con toda esa ropa solo para impresionar a tía Babs, mientras que los pijamas revelan la realidad de la cuestión? ¿Quién sabe? Yo no. ¿Y por qué estoy aquí? ¿De vacaciones? No me parecen unas vacaciones. Junto con Teddy, he traído el libro *Ladybird* de Gillian *Perritos y gatitos* que debe de haberme prestado en un acto de generosidad sin precedentes.

Ya llevo aquí casi una semana. No creo que las gemelas duerman de noche. Me parece que se limitan a quedarse tumbadas, muy, muy quietas. No puedo dormir si pienso que están despiertas y, si el sueño me vence, siempre me vuelvo a despertar aterrorizada. Me aferró a Teddy con fuerza bajo las mantas. Su cuerpecito caliente me reconforta mucho. Puedo notar cómo su pequeño pecho de peluche sube y baja al ritmo de su respiración. El edredón que cubre a Rosa y Margarita no hace el menor movimiento, en ningún momento, confirmando que sus pulmones no son normales,

no son humanos. He visto el modo en que observan a Teddy y no creo que tengan buenas intenciones.

En la oscuridad, el mobiliario adquiere un aspecto maléfico —el dormitorio está atestado de muebles—, piezas grandes y pesadas que no corresponden en absoluto a una habitación infantil, no solo la inmensidad ártica de la cama doble, tampoco el enorme armario de dos puertas y el tocador a juego, lo bastante grande como para albergar un cadáver. En la negrura de la noche, las formas de los muebles poseen la profundidad del vacío, un negro tan intenso que sugiere la antimateria.

En la otra esquina está su casa de muñecas, una mansión victoriana de cuatro plantas. Tiene cuadros no mayores que un sello de correos y sellos de correos tan pequeños como puntos; posee sillas doradas adecuadas para una reina de las hadas, lámparas de araña semejantes a pendientes de cristal y una mesa de la cocina que cruje bajo el peso del jamón de yeso y de las natillas moldeadas también en yeso.

Esta casa de muñecas es muy codiciada por Gillian, que con frecuencia trata de convencer a las gemelas para que se la cedan en su testamento. Dudo mucho que lo hagan. Si yo la heredase (lo que es aún más improbable) no la aceptaría. Hay algo misterioso en ella, con su fontanería microscópica (¡diminutos grifos de cobre!) y sus pequeñísimos libros encuadernados en piel (¡Las grandes esperanzas!). Me daría miedo —me da miedo— quedar atrapada en su interior y convertirme en una de esas niñas chiquititas, con tirabuzones y mandil, que hay en el cuarto de los niños, condenadas a jugar con muñecas diminutas durante todo el día. O, aún peor... la pobre ayudante de cocina, sentenciada a fregar los fogones por siempre.

Quizás las gemelas, con sus poderes galácticos, me miniaturicen una noche y, al día siguiente, la tía Babs entre en la habitación para encontrarse con que la cama de los invitados está vacía. Pero la cama de los invitados en la casa de muñecas (mucho más bonita que el catre de campaña) estará ocupada por una muñeca con los rasgos de Rubí Lennox aferrada a un osito de peluche del tamaño de una ameba.

Las escaleras son lo peor, tanto en la casa de muñecas como en Mirthroyd Road. La casa de tía Babs y tío Sidney me recuerda a «sobre la tienda», las mismas dimensiones altas y estrechas y la misma profusión de escaleras —aunque en Mirthroyd Road solo hay una habitación por piso y llegar a la habitación del ático supone subir una larguísima y angosta escalera oscura, llena de curvas, esquinas y recodos inesperados que ocultan miríadas de terrores desconocidos. Los amigables fantasmas de «sobre la tienda» han sido reemplazados por algo maligno que chirría.

Me mandan a la cama la primera y debo enfrentarme a este incierto viaje completamente a solas. No hay duda de que es injusto. He adoptado algunas estrategias que nos ayudan a superar esta terrible prueba. Es importante, por ejemplo, que no deje de sujetarme al pasamanos cada vez que subo las escaleras (Teddy se aferra a mi otra mano). Así, nada puede precipitarse por sorpresa escaleras abajo derribándonos y haciéndonos caer a las tinieblas infernales. Y nunca debemos mirar atrás. Nunca, ni siquiera cuando sentimos el cálido aliento de los lobos en la parte

trasera del cuello, ni cuando oímos sus zarpas, largas y afiladas, arañando la madera a ambos bordes de la alfombra de la escalera y los gruñidos que borbotean en la profundidad de sus gargantas.

Terribles imágenes apocalípticas pasan ante mis ojos mientras emprendemos el ascenso: imágenes de Teddy despedazado, desgarrado miembro a miembro y lanzado de un lobo a otro mientras grandes espumarajos de saliva cuelgan de sus mandíbulas. Y al fin, sujetan su cuerpo contra el suelo, bajo una pata hedionda y peluda, y le extraen el relleno. Él vuelve sus ojos ambarinos hacia mí, con expresión suplicante...

—¿Quién va? —espetea una voz ronca y áspera—. Estamos en el rellano que corresponde a la habitación del «abuelo», no mi abuelo (ambos alcanzaron ya su sino genético; el uno atropellado, el otro al saltar por los aires) sino el abuelo de las gemelas, el padre de Sidney, que ocupa la habitación situada bajo la nuestra.

—¡Yo Rubí! —le grito en respuesta (aunque no creo que tenga la menor idea de quién es «Yo Rubí») y reanudo mi ascenso.

Ahora hemos llegado a la parte más peliaguda: meternos en la cama.

Nos demoramos en el umbral unos instantes —los umbrales son seguros pero, por desgracia, uno no puede quedarse allí para siempre. Además, los lobos que viven en la escalera no pueden cruzarlos (de otro modo estarían por toda la casa), lo cual está muy bien, pero la cama se encuentra en la otra punta de la habitación, lo cual está muy mal. Bajo el catre de campaña viven ciertos seres. Hay un montón de cocodrilos y un dragón pequeño pero, sobre todo, abundan las criaturas sin nombre, de vaga definición y taxonomía. Sea como sea, una cosa está clara: todos los seres que viven bajo la cama, con o sin nombre, tienen dientes. Dientes que chasquearán sobre pequeños y vulnerables tobillos cuando estos intenten meterse en la cama.

La velocidad es la única estratagema válida en este caso. Preparados, Teddy... listos, Teddy... ¡Ya! Pequeños pies en zapatillas recorren el piso veloces, pequeños corazones martillean —tu-tump, tu-tump— cuando nos acercamos a la zona de peligro —a dos pies de la cama— y nos lanzamos al catre de campaña, al borde del colapso pero a salvo. A salvo, eso sí, mientras no caigamos de la cama durante la noche. Embuto a Teddy en la parte delantera de mi pijama, por si acaso.

¡Quiero irme a casa! ¡Quiero estar con Patricia! ¡Quiero ver *Watch with Mother!* En esta casa aún no tienen televisor y cada tarde siento un vacío cuando pienso que mis amigos —el mejor perro moteado del mundo, el Pequeño Weed, Rag, Tag y Bobtail— están jugando sin mí. ¡Es hora de volver a casa! ¡Rubí y Teddy hacen gestos de despedida! ¡Adiós! Ojalá.

Decido usar *Perritos* y *gatitos* como plan de fuga. ¡Aprenderé a leer! Llevo mucho tiempo intentándolo, tendré que ir al colegio después del verano y me gustaría empezar con buen pie. Me aplicaba tanto como podía cuando Patricia me obligaba a participar en sus juegos escolares (a decir verdad, no creo que sea tan buena profesora como piensa) pero aunque conozco el alfabeto del derecho y del revés, de arriba abajo y del principio al fin, nada tiene el menor sentido.

Si aprendo a leer y después a escribir —pues sé que una cosa sigue a la otra— seré capaz de enviar una carta al mundo exterior, a Patricia, y ella vendrá a rescatarme de Mirthroyd Road. Tía Babs es mi aliada involuntaria en este sentido, porque me da las viejas tarjetas del alfabeto de Rosa y Margarita para jugar —me paso todo el día «enredando entre sus pies» (no tan a sus pies como estaría si hubiese encogido al tamaño de la casa de muñecas). Las gemelas están en el colegio y a tía Babs, por lo visto, le fastidia que haya un niño en casa, sobre todo porque con cuidar del «abuelo» ya tiene bastante. Esto constituye una prueba más de que mi estancia aquí supone un terrible castigo y no unas vacaciones. Si hubiera venido de vacaciones trataría por todos los medios de que me divirtiese. Aunque, bien pensado, quizás no.

Todo funciona como un reloj en casa de tía Babs. Por ejemplo, hay turnos estrictos para el lavabo por la mañana, tía Babs la primera, después tío Sidney, las gemelas (juntas) y, por último, yo. El orden se invierte por la noche. Nada de ojos legañosos y refunfuños como los que enfangan a George, Bunty y Gillian por las mañanas. No diré que Patricia sea la alegría de la casa, más bien se muestra flemática y resignada, pero supone un alivio considerable comparada con Gillian, que ni siquiera habla por las mañanas; suele comunicarse mediante sus marionetas, el osito Sooty y el perrito Sweep, iguales a los que salen por la tele. Sooty puede llegar a mostrarse muy desagradable a la hora del desayuno.

Tía Babs es también una esclava de las tareas domésticas. Lo sé porque ella me lo dice. A menudo. Los lunes hace la colada. Tiene un anticuado caldero que debe calentar (sus aparatos domésticos son todos más primitivos que los de su hermana pequeña) y toda la casa acaba convertida en un espumoso baño turco para cuando ha terminado. Me obliga a jugar cerca del espantoso caldero porque tengo una tos de garrotillo y dice que «debería considerarme afortunada de no tener nada más grave». Tía Babs, ya lo habréis notado, posee un modo de comunicarse tan críptico como el de Bunty. Si los alemanes hubiesen utilizado a Bunty y a Babs en lugar de la máquina de codificación Enigma habrían ganado la guerra. El martes tía Babs plancha toda la ropa que lavó el lunes. El miércoles quita el polvo por encima, el jueves en profundidad. Los viernes friega las paredes y el suelo, y cepilla la alfombra con su escoba Ewbank. Los sábados hace la compra. Se trata exactamente del mismo programa que sigue su compañera de esclavitud doméstica... ¡Bunty!

Las comidas son sanas y regulares. Tío Sidney nunca se ve obligado a esperar la cena más de dos minutos cuando llega a casa por la noche. Tía Babs se enorgullece de ser buena cocinera, y no padece ninguna de las pesadumbres strindbergianas que Bunty experimenta cuando cocina (¿o tal vez ibsenianas? —puede que Bunty esté también atrapada en una casa de muñecas. Solo es una idea).

El tío Sidney supone un gran estímulo a las habilidades culinarias de tía Babs. Habla del Pudding de Yorkshire de Babs y de la Salsa de Cebollas de Babs como si fueran distinguidos miembros de la familia.

—Hombre, hombre, aquí llega el Pastelón de Patatas de Babs.

Me sorprende que no le pregunte al pastel si se ha disfrutado al finalizar la comida. Tía Babs es la «reina del postre» —uno distinto cada noche—, *pudding* de melaza y bizcocho, brazo de gitano relleno de mermelada (al que Patricia llama «bebé muerto», pero creo que será mejor no mencionarlo en la mesa de tía Babs), merengue de limón, migas de ruibarbo, arroz con leche... me pregunto qué tomaremos el domingo. ¿Qué haremos el domingo? En mi casa, el domingo no se hacen faenas domésticas, es de suponer que aquí ocurra lo mismo.

—¿Estás lista para ir a la iglesia, Rubí?

La iglesia... esto no me lo esperaba; somos una familia pagana, en su mayor parte, aunque Patricia va a la escuela dominical cada semana y con toda probabilidad hubiera acabado metiéndose monja si no se hubiera trastornado tanto. Sé cómo son las iglesias porque tía Gladys me ha llevado a la suya (la Iglesia de Inglaterra, el justo equilibrio entre imaginería y austeridad) y la idea no me parece mal. Será un paseo solo de mujeres —«el abuelo», de todas formas, casi nunca sale de su habitación y tío Sidney, los domingos, se encierra en el salón y se pasa toda la tarde escuchando discos de Gilbert and Sullivan.

La iglesia es muy distinta a la de tía Gladys. Para empezar, está en un sótano y hay que bajar una pétrea escalera de caracol y recorrer un pasillo con conductos de calefacción alineados a ambos lados antes de llegar a una puerta sobre la que un pequeño cartel anuncia: Iglesia del Espíritu. En el sótano hace mucho calor y percibo un extraño perfume almizclado que recuerda a violetas de Parma mezcladas con desinfectante Dettol. Ya hay mucha gente, charlan como si estuvieran en el teatro y les lleva mucho rato sentarse, pero al fin un pequeño órgano empieza a tocar, al tiempo que cantamos un himno. Como no puedo leer las palabras del cancionero, me veo obligada a abrir y cerrar la boca, adoptando distintas posiciones labiales en lo que, espero, constituye una imitación aceptable del canto.

A continuación, una mujer, que se presenta como Rita, invita a un hombre llamado señor Wedgewood a que suba al estrado. Tía Babs se inclina para informarme de que el señor Wedgewood es un médium que se comunica con el mundo espiritual y que hará de intermediario en nuestras conversaciones con los espíritus.

—Los muertos —aclara Rosa (puedo verle la peca, mantiene la barbilla alzada en una postura muy pía). Me mira atentamente, por debajo de la nariz, para observar mi reacción a sus informes. No consigue asustarme. Bueno, lo consigue, pero no voy a dejar que lo note. En lugar de eso me limito a alzar las cejas con silenciosa pero elocuente sorpresa. Me pregunto si los muertos tendrán algo que decirme, pero Margarita —estoy empezando a pensar que puede leerme el pensamiento— dice:

—Los muertos, sabes, no te hablan si no los conoces.

De acuerdo con este protocolo, supongo que no me hablarán, porque no he conocido a nadie que haya muerto (qué equivocada estoy).

Entonces el señor Wedgewood procede a pedir que acudan los espíritus y hablen con nosotros. Esta es la señal para que empiecen a suceder toda clase de cosas extrañas —de sopetón, empiezan a aparecer muertos por todas partes—, el marido de una mujer, muerto hace veinte años, le dice que hay una luz al final del túnel. Después se presenta el padre de una mujer que «mudó a espíritu» el año pasado y le comunica que ahora ir al cine. La madre de alguien regresa solo para decirle «cómo acabar con ese arañazo en tu mesa de café» (aceite de linaza) y a espaldas de una mujer se materializa una familia de seis miembros al completo (a ojos del señor Wedgewood, por lo menos), que resultan ser sus vecinos de al lado, fallecidos cuando se incendió su casa treinta años atrás. Está claro, no se puede escapar de los muertos. El mensaje a su exvecina es «no arredrarse», al final del túnel, se supone. El mundo espiritual me parece un lugar muy mundano, me recuerda la sala de espera de un doctor llena de gente, a ver quién dice el tópico más grande.

Estoy a punto de dormirme en el ambiente recalentado cuando advierto que el señor Wedgewood está de pie al fondo del pasillo, mirándome. Trago saliva con dificultad y contemplo mis pies sin levantar la vista, tal vez se haya dado cuenta de que en realidad no estaba cantando el himno, solo lo simulaba. Pero me sonrío con benevolencia y dice:

—Tú hermana dice que no te preocupes por ella.

Tía Babs sofoca un grito. Pero antes de que me dé tiempo a procesar la información el pequeño órgano inicia un nuevo himno idéntico al anterior (todos los himnos en la Iglesia del Espíritu son exactamente iguales —fenómeno este que, curiosamente, nadie parece advertir).

Durante el resto del día le doy vueltas a mi experiencia en la iglesia. Ni siquiera el *Roast Beef* de Babs y la Tarta de Manzana de Babs —nuestros invitados a la cena del domingo— consiguen disipar mi miedo a que Patricia o Gillian hayan muerto. Tratando de aclararlo, le menciono el tema a tía Babs —con un fondo musical de «Willow, Tit-Willow, Tit-Willow»— pero ella se limita a decir:

—No te pases de lista, Rubí... no te pega (yo creo que me pega bastante, la verdad), y rehúsa seguir hablando del tema.

Pasa otra semana. Otra semana de trabajo doméstico programado. Otra semana estudiando aplicada las tarjetas del alfabeto y el texto de *Perritos* y *gatitos*. Intento copiar las palabras del libro con las tarjetas del alfabeto, colocándolas sobre la mesa del comedor como cartas del Tarot, pero solo hay una tarjeta por letra y las frases quedan irremediabilmente incompletas: «Esto es un perrito» se convierte en «Esto un pri» y «Esto es un gatito» se convierte en «Esto un gai».

Sin apenas advertirlo he pasado a formar parte de la rutina de Mirthroyd Road, pronto me habré convertido en una de ellos. Tía Babs ya me viste con las prendas que a mis primas les van pequeñas y me corta el pelo para que me parezca a ellas. Pronto nadie podrá decir en qué nos diferenciamos y ellas habrán logrado su propósito de hacerse con un cuerpo terrestre. Si aprendiese a deletrear, trazaría S-O-C-O-R-R-O con tiza en la acera, delante de la casa. ¿Para qué me quieren en realidad? ¿Por mis poderes telúricos? ¿O por mi osito de peluche?

Lo peor de todo son las pesadillas —sueños terribles en los que me ahogo, caigo, estoy atrapada o vuelo. Las pesadillas de vuelo son las peores —nos precipitamos de cabeza desde lo alto de la escalera en un vertiginoso vuelo interminable sobre el que no poseemos ningún control. Aceleramos, cada vez más rápido, hasta que llegamos al vestíbulo de abajo y nos despertamos justo antes de estrellarnos contra los vidrios coloreados de la puerta frontal.

Los sueños ya son bastante malos cuando tienen lugar en las escaleras de Mirthroyd Road, pero aún peores cuando acontecen en la casa de muñecas. La escalera es demasiado empinada como para salvarla normalmente, y tras una noche en la casa de muñecas Teddy y yo nos levantamos con los codos llenos de rasguños y los tobillos magullados. Sean cuales sean las escaleras en las que nos encontramos, tenemos también que esquivar al Terror sin Nombre, que nos acecha en los rellanos o, aún peor... al abuelo, que nos grita como un enloquecido reloj de cuco: «¿Quién va?», y me despierto sollozando: «Soy yo, Rubí», pero ahora ya ni siquiera estoy segura de quién es «yo, Rubí».

Y después sucede algo horrible *de verdad*: empiezo a caminar en sueños. Ahora no solo sueño con las escaleras; a veces, tía Babs me sacude para despertarme, ¡y me encuentro con que estoy allí realmente! Yo, Rubí, completamente a solas excepto por el Terror sin Nombre. Una día, me despierto y me encuentro en la oscuridad como un alma en pena. Tía Babs no está —¿me habré sacudido a mí misma para despertarme? Estoy de pie ante la casa de muñecas y la tenue luz de la calle que se filtra a través de las cortinas del ático revela que las pequeñas habitaciones se hallan en el más completo destartalo, como si alguna criaturilla las hubiera registrado de arriba abajo buscando algo desesperada. ¡Horror!

Consuelo a Teddy contándole historias, cuentos en los que el rescate constituye una parte esencial: el Enano Saltarín, Blancanieves, la Bella Durmiente, detallados episodios de Robin Hood, en los que yo soy la doncella Marian, Teddy es Alan-a-Dale y tía Babs el *sheriff* de Nottingham. A veces yo soy el Llanero Solitario y Teddy hace un pasable Jay Silverheels. Otras estamos prisioneros en un barco pirata, ya oscilando sobre la plancha, cuando el barco de Simbad aparece en el horizonte. En ocasiones estamos aislados en una cabaña de troncos mientras los indios nos disparan desde el exterior, pero estamos tranquilos, seguros de que la caballería, con Patricia al frente —su pelo ondeando al viento—, nos rescatará en la última milésima de segundo. Por supuesto, ahora me doy cuenta de que escogíamos el bando equivocado;

si hubiéramos ido con los piratas o con los indios habríamos estado, con toda probabilidad, totalmente a salvo.

A veces nos sentamos en la alfombrilla de la chimenea —un diseño contemporáneo con estampados geométricos en negro, rojo y gris— y nos imaginamos que se trata de una alfombra mágica, que nos sacará de Mirthoryd Road y nos llevará a casa, pero no importa la intensidad de nuestro deseo, no conseguimos que se eleve más de un par de pulgadas por encima del suelo, donde flota indecisa unos segundos antes de posarse de nuevo en tierra.

Otra vez domingo. Vamos a la iglesia. Esta semana Rita presenta a una médium invitada llamada Myra, que se parece a Alma Cogan, aunque sin los vestidos. Myra nos da una breve charla sobre «Los animales en el mundo espiritual». Myra afirma que los animales, al igual que las personas, se transforman en espíritus al morir, lo que plantea muchos interrogantes, por ejemplo, cómo puede haber espacio suficiente para todo el mundo. Si todos los seres vivientes siguen existiendo después de la muerte, debe de haber montones y montones de plancton, amebas, bacterias, que salen disparados hacia el plano astral cada día. Si no, ¿dónde se marca la línea divisoria? ¿Solo las mascotas? ¿Nada más pequeño que un yorkshire terrier? ¿Que una avispa? ¿Y los mantienen separados —flotan los perros con los perros, las jirafas con las jirafas? ¿Pri con gai? ¿Se reúnen los pollos con los pollos? ¿Los azulejos con los azulejos (cada cual con los de su calaña)? ¿O todos los pájaros del aire juntos? ¿Y qué pasa con los ositos de peluche? ¿Hay un sector donde se acorrala a los espíritus de los ositos de peluche o se les permite vivir con los niños? Preguntas, preguntas...

Me dedico al alfabeto. Teddy y yo nos sentamos, día tras día, en la alfombra mágica, frente al fuego, y estudiamos sus mensajes arcanos: «A de Avión», «B de Bota», «C de Casa», «D de Dedo». Entiendo bien el significado, es la forma lo que se me escapa. Las tarjetas tienen dibujos —aviones, botas, casas, dedos, elefantes, faldas, gatos— símbolos herméticos que me desconciertan. La «I» es de indio, y por la noche las tribus hostiles se reúnen en las llanuras, sus ojos y sus adornos brillan en la oscuridad, sus tocados de plumas forman una barrera tras ellos que encarna el Terror sin Nombre. Las criaturas que viven bajo la cama salen a rastras y se les unen y, aquí y allá, destella un alfanje. Los sobrevolamos en nuestros imparables sueños de montaña rusa.

Tal vez las gemelas-flor, la camarilla de dos, me hayan embrujado —me hayan lanzado un hechizo de vuelo que me condena a planear, sin alas, cada noche. O quizá hayan fabricado un muñeco de cera y lo hayan deslizado a hurtadillas en el cuarto de juegos de la casita, y practiquen telequinesia con él por las noches, arrojándolo por esas escaleras diminutas y angostas mientras ellas siguen tendidas en la cama «con la mayor inocencia». Cuando me despierto por la mañana las dos siguen tumbadas, mirándome; sus ojos son precisos puntitos de oscuridad que perforan mi cráneo tratando de sondear mi cerebro. No permitiré que me lean el pensamiento. ¡Les opondré resistencia!

Hay tantas cosas que quiero preguntar y nadie conoce las respuestas. Una de las gemelas, mentón abajo para evitar su identificación, me enseña uno de sus libros de la escuela (me sorprende que se tomen molestias con el lenguaje cuando la telepatía se les da tan bien) en el que Janet y mamá hacen un pastel mientras John y papá hacen una hoguera. Y yo pienso: ¡«M» de mermelada! Una tarde, tía Babs entra en la sala de estar y nos encuentra a Teddy y a mí, sentados en la alfombra mágica, llorando —ante nosotros, en el tablero ouija de las letras ha aparecido una misteriosa palabra: P-E-R-L-A. La furia descompone tanto el rostro de tía Babs que parece un retrato de Picasso. Recoge las letras y las arroja al fuego. Qué tontos somos; «P» es de «Pri», no de «Perla».

Y así, los días vuelan gracias al alquímico solaz de la lectura y las noches se escurren entre vuelos. Mientras tanto, trato de hallar las palabras mágicas que acaben con este misterioso exilio y nos lleven de vuelta a casa. ¿Cuánto tiempo llevamos prisioneros en Mirthroyd Road? ¿Un año? ¿Cinco años? En realidad, dos semanas y media, pero parecen cien años. ¿Me reconocerá mi familia cuando vuelva? Yo no tengo una práctica peca que me marque como Rubí Lennox, aquella que los dejó hace tanto tiempo. Quizá griten: «¡Impostora!» y rehúsen volver a acogerme.

Y entonces, de repente, ¡somos libres! Entro en la cocina y allí está tía Gladys hablando en voz baja con tía Babs, que unta mantequilla en el pan para preparar un postre de Pan con Mantequilla al que nunca llegaré a conocer, porque tía Gladys me ve y dice:

—He venido a llevarte a casa, Rubí.

Mis dos tías me miran con cautela por encima del pan y la mantequilla, como si yo fuera un animal con fama de imprevisible («T» de Tigre).

¡Hogar! Dulce hogar. «En ninguna parte se está como en casa». «Que no se apague la llama del hogar». «El hogar está donde se encuentra el corazón». Mis tribulaciones han terminado por fin. Mi comité de bienvenida lo constituye Patricia, que me espera en el vestíbulo para recibirme.

—Hola, Rubí —dice con una pequeña sonrisa misericordiosa en el rostro.

En la cocina, Bunty me ofrece leche con galletas. Tiene los ojos bordeados de rojo y un ligero aire enloquecido. Me mira, o más bien mira a un punto situado a mi izquierda y, con visible esfuerzo, dice:

—Hemos decidido que intentaremos seguir adelante y dejar atrás el accidente.

Bueno, por mí estupendo, dado que no tengo idea de a qué «accidente» se refiere. De todos modos, nadie parece herido —aparte de Teddy, que tiene un pequeño corte en la pierna, donde los lobos le sacaron algo de relleno, pero Patricia lo cose hábilmente con hilo de seda. Algún día será una gran veterinaria.

Antes de irme a la cama esa noche, persigo a Patricia para que me ayude a interpretar *Perritos* y *gatitos*. Me arrepiento de haber dudado nunca de su talento

como profesora, pues, de repente, tal como lo explica ahora, todo cobra sentido y, como por arte de magia, consigo desentrañar el misterio: «Esto es un perrito, Esto es un gatito, Esto son perritos y gatitos». ¡Soy poderosa! Tengo la llave del templo del Conocimiento y estoy lanzada; cogemos tiza y trazamos letras. Ya no hay necesidad de escribir Pri y Gai, ahora hay letras suficientes para hacer tantos Perritos y Gatitos como queramos. Despacio, con una tiza roja, confecciono mi propio jeroglífico: ¡R-U-B-Í significa Rubí! Me llamo Rubí. Soy una piedra preciosa. Soy una gota de sangre. Soy Rubí Lennox.

Voy a dormir en mi cama por primera vez en lo que parece mucho tiempo. Es raro estar a solas en mi habitación y tengo la inequívoca sensación de que falta algo —o alguien. En la habitación parece haber un nuevo espacio, antes inexistente, no un vacío sino una nube invisible de tristeza que vaga a la deriva, topando con los muebles y flotando a los pies de mi cama, como si un fantasma novato se hubiera unido a los espectros caseros. A Teddy se le eriza la piel del cuello y gruñe nervioso.

Mis paseos nocturnos no terminan con mi vuelta a casa y Bunty me despierta a menudo de mi estado crítico para decirme lo furiosa que está de que la despabile con mis odiseas fantasmales. ¿Pero qué pasa cuando no me despierta? ¿Por qué tengo un sueño tan inquieto?

Algo ha cambiado «sobre la tienda». Patricia, por ejemplo, ha dado un definitivo giro a peor, hay una expresión de turbulenta perplejidad en sus ojos, bastante penosa de contemplar. La primera noche en casa, tras llegar a toda prisa al final de *Perritos y gatitos* («Los perritos y los gatitos están durmiendo»), me doy cuenta de que intenta decirme algo. Se muerde el labio sin desviar la vista del dibujo donde aparecen los perritos y los gatitos durmiendo. Entonces dice con un susurro feroz y urgente:

—¿Fue Gillian, Rubí? ¿Tuvo Gillian la culpa?

Pero yo me limito a contemplarla inexpresiva, porque no tengo la menor idea de a qué se refiere.

En cuanto a Gillian... Gillian está de lo más amable conmigo. Dice que puedo quedarme su libro de *Perritos y gatitos*, y me permite usar a Mobo tanto como quiera (lo que no es tan bueno como parece, pues he crecido demasiado para montar en él y está de camino al matadero. Sobrepasar a Mobo constituye una especie de ritual de iniciación y ahora puedo entender los sentimientos de Gillian cuando le sucedió a ella). Además me deja jugar con Sooty y Sweep; incluso me da uno a elegir y escojo a Sweep porque tiene voz. O algo parecido. Durante un tiempo, grato pero breve, Sooty y Sweep mantienen una relación amistosa, hasta que la animosidad natural de Gillian reaparece por sí sola y con un último *Risqui ras vamos allá* rompe la vara de Sooty sobre la cabeza de Sweep y lo reclama arrancándolo de mi mano con violencia. No me importa demasiado... aún tengo a Teddy, y una biblioteca alejandrina, en forma de «sección infantil de la biblioteca de York», nos espera para que descifremos sus libros.

En sueños, Teddy y yo planeamos escaleras abajo en una alfombra voladora, pero esta vez se trata de las escaleras de casa —controlamos el vuelo a la perfección. Efectuamos hábiles maniobras de aterrizaje, esquivando los lobos que, al saltar para alcanzarnos, caen a la Oscuridad Infernal y evitamos sin problemas el Terror sin Nombre (cuya denominación más común es Miedo), así como a los guerreros apaches y sioux, que nos ponen la zancadilla en un vano intento de hacernos caer. Delante de nosotros va Patricia, vestida de verde Lincoln, montando un caballo llamado Silver. ¡Yuju! Cogemos velocidad a cada curva, zum, zum, zuuuuum, zuuuuuuuuuumbando... somos poderosos. Llegamos al último tramo de escalones, el más espeluznante, pero aceleramos triunfantes y nos deslizamos por el vestíbulo del fondo como búhos supersónicos. La puerta frontal está abierta y la atravesamos volando, se convierte en un arco iris y... ¡libres! Estamos al aire libre, no en la calle sino en inmensas llanuras bajo un mar de estrellas sin fin. Teddy ríe exultante y ante nosotros el cabello de Patricia ondea al viento como una bandera de oro.

Nota al pie (IV) - Pajarillos lindos

Frederick rio al entrar en la cocina.

—Moza, tú sí que ere una buena muía —dijo, mirando con aprobación el enorme trasero de Rachel, levantado hacia él mientras esta fregaba el suelo de piedra arrodillada. Rachel se puso tan roja como la remolacha, pero no salió de su ensimismamiento. Siguió moviendo el cepillo arriba y abajo por las losas de piedra, arriba y abajo, arriba y abajo. Los músculos de sus poderosos brazos se movían como si trataran de limpiar cualquier vestigio del espíritu de Alice Barker que hubiera podido quedar en la casa.

—No tá tan mal el garito, ¿eh? —dijo Frederick.

Sujetaba un par de conejos muertos por las orejas y los dejó caer en el escurridor, dejando un fino reguero de sangre en la madera recién fregada y desinfectada.

—Lo hago lo mejor que puedo, señor Barker —dijo Rachel, notando cómo el rubor se extendía por todo su cuerpo. El señor Barker, el patrón, el amo, el marido de Alice. Alice Barker, la esposa.

—Y bien que lo hace —dijo él, y ella pudo notar una risilla disimulada en su voz.

Rachel sonrió, sin apartar los ojos de las baldosas. Pronto, él sería suyo. Ocuparía el lugar de Alice —sería la segunda mujer, o algo bastante aproximado en cualquier caso. Se haría con un hombre, sería la señora de la casa, tendría una familia ya fundada. La necesitaban, porque ella era fuerte y ellos débiles.

—Salgo a mira la trampa de Pengill Crag —dijo él.

Rachel se sentó sobre los talones y se secó el sudor de la cara con el dorso de la mano. Hizo un gesto con la cabeza señalando la mesa.

—Le he preparado un tentempié.

Frederick cogió el pan con queso envuelto en un paño.

—Ere una moza tupenda, Rachel.

Eso soy yo, pensó Rachel. Una moza estupenda, que lo pondrá todo en su lugar. Y ellos le estarían agradecidos, tanto si querían como si no. Ella era todo lo que les quedaba, ahora que la holgazana y boba de su madre se había ido. Su único pariente también, pues Rachel no era una sirvienta asalariada, sino la prima de Alice Barker. El árbol de la familia se había truncado por la mitad, se había convertido en un tronco bifurcado: la madre de Alice, Sophia, y la madre de Rachel, Hannah, fueron hermanas, pero Sophia había hecho un buen matrimonio, mientras que Hanna se había casado con un pobretón y había sido repudiada por su padre. Así que para cuando Rachel se puso a servir, a la edad de diez años, la pequeña Alice seguía cepillándose los rizos rubios y tomando lecciones de piano. ¿Y adónde la habían llevado todas sus fantasías? A un muladar mugriento, ahí la habían llevado, pensó Rachel, deteniéndose un instante para echar un vistazo a la cocina. ¿Alguna vez se habría ensuciado sus blancos dedos de maestra en este lugar? No, a juzgar por la cantidad de hollín y grasa que se acumulaba en la cocina, las paredes ennegrecidas por el humo, el polvo acumulado en el suelo, la lencería sin remendar. Ahora, el patrón se había visto forzado a traerse a Rachel de Whitby, porque, el muy descuidado, había perdido a su bonita esposa.

¡Y qué decir de los niños! Eran una desgracia, hoscos e ingobernables, ignorantes de la Biblia, con los dobladillos colgando, los pañuelos hechos un asco —si es que los llevaban, claro. La niña, Ada, tenía el pelo tan enredado que Rachel había tenido que cortarle media melena nada más llegar. Y la niña había gritado como un cerdo degollado cuando vio los rizos cayendo a sus pies. El parecido de la niña con su madre era extraordinario. Los niños tal vez protestasen ahora, pero transcurridos pocos meses le estarían agradecidos por el orden que había instaurado en sus vidas, algo de lo que la engreída y estúpida Alice Barker nunca fue capaz.

El débil quejido de un bebé se oyó en el piso de arriba, seguido del llanto más articulado de un niño algo mayor. Rachel ignoró a ambos, ya iba siendo hora de que aprendiesen que ella no estaba allí para pasarse el día pendiente de ellos. Para empezar, tenía un suelo que fregar. Algo brilló al apagado sol de noviembre y Rachel lo recogió de una juntura entre dos baldosas... un botón. De cristal rosa, de fantasía, en forma de flor —de Alice sin duda. Rachel lo deslizó en su bolsillo, lo guardaría en la caja de botones. Todo lo que Alice Barker tenía en su caja de botones era una vieja moneda de Jorge IV y un retal lila. Eso demostraba la clase de mujer que era.

Un soldadito de plomo se deslizó por las baldosas y Albert palmeó y rio. Miraba a la mujer desde el pasillo, donde estaba jugando con sus soldados y piezas de madera, atado al poste inferior de las escaleras con una rienda improvisada.

—Ja, ya puedes borrar esa sonrisa de la cara —dijo Rachel, metiéndose también el soldado en el bolsillo.

De todos los niños, Albert era quién más nerviosa la ponía, siempre tratando de

adularla, rodeándola con sus brazos y besándola. Era como una niña, el vivo retrato de su hermana y su madre.

Rachel vació el cubo de agua sucia en el jardín y dejó la puerta abierta, para que se secaran las baldosas, pero el sol ya solo era un cardenal que se ajaba tras la colina. Volvió al fregadero y cogió uno de los conejos por la pata. Estaba a punto de proceder a desollarlo y destriparlo cuando se detuvo y fue a buscar el cuchillo de carnicero que colgaba en la alacena, y cuidadosamente cortó una pata. Las patas de conejo traían buena suerte, todo el mundo lo sabía, y esa noche lanzaría una moneda de plata bajo la luna nueva y, entre unas cosas y otras, se aseguraría un buen futuro, Dios mediante. Ruidosas pisadas de chanclos sobre el empedrado del jardín anunciaron la llegada de los mayores, de vuelta a casa tras la escuela. Parecía que acabaran de salir cuando ya habían regresado de nuevo.

Los tres se detuvieron a la entrada, enmarcados por la puerta, como una fotografía sentimental. Ada puso morros y dijo:

—Lo chiquillo tán chillando, ¿no lo oye o qué?

Y, quitándose los zuecos de un puntapié, rompió la composición y avanzó por el suelo mojado. Cuando localizó a Albert atado a las escaleras, se puso como la grana y gritó a Rachel:

—¿Pero qué hace? ¡Tiene al pobre chiquillo atao como un perro! ¡E usted quien debería estar atá!

Y mientras lo desataba, no paraba de decir: «Pobre Bertie, pobre chiquitín, Addie está aquí». Cuando Rachel le dijo que lo dejara en paz, se volvió hacia ella y dijo:

—Usted no e mi madre, no pue darme ordene.

Y, acto seguido, esbozó esa sonrisa artificial que casi partía en dos su rostro como un gran luna menguante. Rachel cogió uno de los zuecos que estaban en el suelo y se lo arrojó a la cabeza, y el zueco rebotó contra los rizos esquilados de Ada. Ni siquiera eso detuvo a la niña. Permaneció allí, sosteniendo en sus brazos con dificultad a un Albert demasiado pesado para ella. Una gota de sangre, del tamaño de un botón, mancillaba su cabello, y tenía el rostro blanco del susto mientras gritaba histérica: «¡Usted no es nuestra madre!», una y otra vez, hasta que la sombra de Frederick oscureció de súbito la entrada al tiempo que bramaba:

—¡Maldito crío, basta ya!

A continuación, por turnos, les propinó un tortazo a todos y cada uno, excepto al bebé, Nelly.

—Lo niño necesitan una madre —dijo a Rachel cuando hubo terminado.

—Sí que la necesitan, señor Barker —asintió ella, intentando adoptar un aspecto tan grave e íntegro como pudo, para que él apreciase la diferencia con su prima.

Un cálido sol de septiembre inundaba la casa como un baño de miel. Rachel estaba en la cocina, salando judías, majándolas y comprimiéndolas entre capas de sal en el

interior del gran mortero de barro. Había cultivado las judías ella misma, y también las habas, que habían brotado como habichuelas de un cuento de hadas y habían trepado por el hastial sur como una enredadera de flores escarlata. Había pedido a Frederick que convirtiese las letrinas en un estercolero y ahora tenía un huerto de verdad, donde cultivaba patatas y cebollas marrones, ruibarbo, zanahorias y arrugadas berzas de Savoya verde oscuro. Nunca hasta entonces había advertido que llevase una campesina en su interior.

Aquella era ahora su cocina, su casa, su vida. Si por azar un extraño se hubiese presentado en la casa (algo bastante improbable), nunca habría notado la existencia de Alice, aunque sí se habría preguntado cómo semejante engendro se las había arreglado para producir en sus entrañas unas crías tan hermosas. Había colocado las fotos de los niños en la repisa de la chimenea, a ambos lados del reloj que —junto con los pequeños— la estúpida mujer había dejado atrás. Esas fotografías eran un misterio. Frederick nunca supo de dónde habían salido.

—El francés vino y la tomó —dijo Ada con gesto hosco, pero no se molestó en dar más detalles.

Dos de ellas estaban ya enmarcadas —por «el francés», se supone— y esas fueron las que Rachel puso en la repisa. En una se veía a los tres niños y la otra era de Lawrence y Tom con el bebé, Lillian. El resto, las que no habían sido enmarcadas, fueron a parar al fondo de una gaveta. Ninguno de los niños miraba nunca las fotos de la repisa, recordaban con demasiada claridad que habían aparecido el último día que vieron a su madre.

—Ojalá hubiera una foto de madre —se lamentó Ada un día.

Y Lawrence dijo:

—Rachel la habría tirao al fuego, si hubiera encontrao alguna.

Pero más tarde, Tom los llevó a ambos al piso de arriba y les enseñó el tesoro que había hurtado de la mesa de la cocina la mañana en que murió su madre. Los tres mayores se pasaron media hora de reloj admirando la fotografía de Alice —la hermosa (aunque ambigua) expresión en el rostro de su madre ausente y la extravagante elegancia del marco de plata y terciopelo rojo.

Los niños habían mejorado algo, si no su temperamento al menos su apariencia. Iban cepillados, limpios y con las ropas remendadas, y ahora tenían tareas asignadas. Leían la Biblia y recitaban sus oraciones, y la familia al completo acudía a la iglesia los domingos, Frederick con su elegante chaqueta cruzada y un bombín en la cabeza.

La puerta principal estaba abierta de par en par y Rachel podía ver a Albert jugando con ese estúpido animal que Frederick le había regalado. Demostraba ser más blando que la mantequilla al permitirle tener ese perro. Ada estaba sentada en la hierba junto a la valla contando historias a Lillian y Nell, gesticulando exageradamente con las manos, y Rachel sabía a la perfección qué clase de cuentos narraba. Cuando hubo salado las judías del mortero, las colocó en el estante inferior de la despensa. La despensa, fría y oscura, constituía el corazón de la nueva vida de

Rachel —los estantes estaban combados bajo el peso de su hábil trabajo doméstico, mermeladas, encurtidos y conservas, grandes jarras de frambuesas como joyas y grosellas, una gran pata de jamón, un cuenco de huevos oscuros, jarras de vino de ruibarbo, pasteles, tanto dulces como salados, envueltos en paños.

Rachel contempló sus provisiones satisfecha, dando vueltas inconscientemente al anillo de oro en su dedo, más y más vueltas, tratando de aflojarlo. Sabía, cuando Frederick se lo puso, que se trataba del anillo de Alice —con una pieza añadida para adaptarlo a su grueso dedo— pero no dijo nada; una alianza era una alianza, al fin y al cabo, no importaba cómo te hicieras con ella.

—Pa'certe respetable —había dicho Frederick cuando se lo puso en el dedo, como si solo eso ya fuera suficiente.

Rachel esperaba ahora el fruto de su propia cosecha, respetable o no, y el niño la había hinchado tanto que debía de ser un proyecto de boxeador profesional. Sería fuerte como un buey, podía sentirlo, no como esos niños larguiruchos y enfermizos, siempre uno u otro tosiendo o resfriado.

Lawrence y Tom avanzaron ruidosamente por el jardín y Albert se arrastraba tras ellos acompañado de su perro. Ninguno estaba haciendo algo útil.

—Un momento, Lawrence, no te vayas —gritó, pues al verla ambos habían dado media vuelta y se dirigían hacia el campo como una bandada de pájaros.

—Hay trabajo que hacer, los sábados no son solo para gandulear... hay que vaciar los retretes.

Lawrence volvió el rostro hacia ella, iniciado en la aspereza por el ejemplo de Ada.

—¿Ahora?

Lawrence tenía la desgracia de que, cuando bajaba las comisuras de los labios, su rostro adoptaba un gesto de desprecio espontáneo; eso enfurecía a Rachel aún más que la falsa sonrisa de Ada.

—Sí, ahora, jovencito, o te tiraré el cubo de agua sucia por encima de tu horrible cabezota.

Rachel alcanzó la correa de piel que pendía de un clavo tras la puerta y la sopesó con la mano.

—¿Vas a hacer lo que te digo? ¿O tendré que obligarte?

Avanzó hacia él y el resto de los niños se dispersó como pollos en desbandada, todos excepto Lawrence, que se quedó allí, mirándola.

Se mantuvo en sus trece aun sabiendo lo que eso significaba, y le gritó:

—¡Mierda pa ti, bruja asquerosa!

No pudo alejarse de ella porque ya el primer trallazo lo derribó y solo fue capaz de quedarse allí tendido, gritando, cubriéndose la cabeza con los brazos. Si Ada no hubiera enviado a Tom corriendo a llenar un cubo de agua para lanzársela a su madrastra, es probable que esta no se hubiese detenido hasta dejarlo inconsciente, o muerto tal vez. Sin embargo, no fue solo el agua lo que la detuvo, porque de repente,

justo cuando alzaba su enorme brazo para propinarle un tremendo puñetazo, se dobló sobre sí misma dolorida y se aferró el estómago siseando:

—El bebé, ya viene el bebé.

Frederick encerró a Lawrence y a Tom en uno de los cobertizos durante dos días y dos noches, sin agua ni comida, para que aprendieran la lección, y se perdieron la llegada de su nuevo hermano.

—Parece que el niño no quiere nacer —dijo la señora May, que había acudido desde el pueblo para ayudar en el parto—. Pero no hay camino de vuelta cuando todo ha empezado —añadió con un suspiro.

Rachel le caía bastante mal. Podían decir cuanto quisiesen de Alice Barker, y se había dicho mucho tras su partida, pero siempre tenía una palabra amable y sus partos eran sencillos, lo que resultaba estupendo para la señora May. Cuando salió de la habitación estuvo a punto de tropezar con Albert, que jugaba con sus soldados al otro lado de la puerta.

—¿Te gustaría ser soldado cuando seas mayor, Albert? —preguntó, y el niño sonrió.

—Bueno, Albert, parece que tienes un nuevo hermano —le dijo la señora May cuando se oyó un débil lloriqueo procedente de la habitación.

La señora May evocó de repente el momento en que había tomado en brazos a Albert, recién nacido, para entregárselo a Alice Barker. Podía recordarlo como si hubiese sucedido hoy mismo. Alice había alzado los brazos para recibir a Albert diciendo:

—Bienvenido, mi pajarillo lindo.

Y la señora May se había echado a reír porque era la letra de una canción popular que hablaba de un bebé nacido en el seno de una familia pobre, a la que un miembro más ocasionaba grandes trastornos.

*Bienvenido, pajarillo lindo
pero no llegas en el mejor momento.*

Y Alice Barker sonrió también, pues era uno de los bebés más guapos que había visto en su vida, como un pequeño querubín en sus brazos.

—Eso es más amarillo que la manteca —dijo Frederick, la primera vez que vio a su nuevo hijo.

—Él —dijo Rachel—. Él y se llama Samuel.

La señora May había traído golosinas para los niños y más tarde, cuando Albert se despertó y no quería volver a dormirse, Ada le dio un caramelo de toffee que tenía color de mermelada y oro. Él se sentó, satisfecho, en las rodillas de la niña, mientras esta le contaba el cuento de Blancanieves y su malvada madrastra, y muchos otros cuentos donde la madre usurpadora tenía que bailar para siempre calzando zuecos

rojos de hierro al rojo vivo.

—Y entonces su madre volvió y fueron felices para siempre jamás.

—Madre vuelve —entonó Albert alegremente.

Y Ada palpó el medallón de plata de su madre, que mantenía oculto en el bolsillo de su bata, donde podía tocarlo como un talismán, porque no creía posible que su madre se hubiese ido y los hubiera abandonado para siempre.

Rachel estaba sentada balanceando con el pie la gran cuna de madera, adelante y atrás. Tenía al niño en la cocina, junto a la despensa, como una barra de pan, pero aquella barra nunca medraría. La señora May les visitó regularmente durante el invierno, llevando consigo a otras mujeres del pueblo, quienes aportaban ideas varias sobre qué hacer con Samuel, el bebé enfermo, tan pequeño como la vieja muñeca de Ada, y casi tan exánime.

En las frías noches del primer y único invierno de Samuel, se sentaban en la cocina, Rachel a un lado con la cuna, los niños al otro, apiñados en el gran banco de roble. La lámpara arrojaba un baño de luz amarillenta entre las dos facciones, que hacía aún más negra la oscuridad. Frederick salía casi cada noche ahora, se iba a beber al pueblo. A veces Ada cogía a Nell en brazos, como a un bebé, y la niña y su madrastra se observaban a través de la cocina, enfrentadas como dos reinas rivales. Aquella noche Rachel había forzado a Ada, tras una bronca tremenda, a hacer algo útil: zurcir medias. Cada cierto tiempo, la pequeña levantaba la vista y miraba a Rachel, con la expresión de quien contemplara un espacio vacío en la cocina.

—¿Qué miras? —ladró al fin Rachel.

Ada sonrió con aquella sonrisa tan falsa que provocaba en Rachel deseos de golpearla y dijo:

—Na.

Cuando Rachel insistió, respondió maliciosa:

—Na, solo un jaro malograo.

Y Rachel, a esas alturas, sabía bastante de su estúpido y cerrado dialecto como para comprender que la estaba llamando cerda.

El año que viene, pensó Rachel, pondrían a la niña a servir, con lo que se habrían acabado ese tipo de cosas. Y supondría algo de justicia social, el que la hija de Alice Barker tuviera que tiznarse y pringarse. Rachel había llegado a odiar el lugar. En aquellas tierras verdes, se sentía aislada y fuera de su elemento: las aguas saladas. Añoraba el graznido de las gaviotas y el fuerte olor a pescado y a grasa de ballena hirviendo. Si no fuese por Samuel, habría hecho el equipaje y se habría vuelto a casa. No estaba segura de qué le desagrada más, si el marido o los hijos.

—Es hora de que os vayáis a dormir —dijo sin mirarlos.

—¿Podemo esperar a que Feyther vuelva a casa de Fox and Grapes? —preguntó Lawrence, con una voz gimoteante que irritó a Rachel.

—Si digo que es hora de irse a la cama, es hora de irse a la cama —respondió Rachel remarcando las palabras, dando énfasis a cada sílaba entre sus dientes

apretados. Un muchacho más listo que Lawrence se habría dado cuenta de que ansiaba darle una paliza.

—¿Por qué no?

Rachel apartó los pies de la cuna y se acercó, agarrando a Lawrence del pelo y arrastrándole a la zona iluminada, pero cuando lo pudo ver bien lo soltó, como si el pelo le hubiera quemado las manos, y ahogó un grito de espanto. Todos se reunieron en torno a Lawrence y lo observaban con interés; en su rostro hacían erupción perniciosas manchitas rojas.

—¿Es la peste? —preguntó Tom, alzando la vista hacia Rachel, que agitó la cabeza asqueada y dijo:

—No, grandísimo idiota... es la varicela.

Habían tapado bien el hogar del brasero y las brasas seguían rojas aun a las dos de la madrugada. Ada había oído repicar las horas y las medias en el reloj de mesa de caoba que había pertenecido a su madre ya antes de que se casara con Frederick. Su madre adoraba ese reloj. Ada se deslizó hasta la puerta y descorrió el pestillo, conteniendo la respiración por si chirriaba o crujía. Abrió la puerta de par en par, haciendo que una ráfaga de viento helado levantara el borde del tapete de ganchillo que había sobre la repisa de la chimenea e hiciera volar de la mesa un trozo de papel de azúcar azul. Pero en el exterior el aire estaba quieto y crujía de tan helado. Ada seguía acalorada y febril por la varicela y el aire frío suponía casi un alivio para su piel.

Una enorme luna fría iluminaba los campos, bañándolo todo en luz azul. La escarcha de los árboles rutilaba como chispeante azúcar de alcorza. Ada pidió a la blanca luna el único deseo que todos ellos anhelaban: que Rachel muriera y que su enorme cuerpo se pudriese y desapareciese en la tierra. Era como una gran alimaña del campo, aunque hasta eso parecía injusto, pues las alimañas del campo no pretendían hacer daño, eran criaturas de Dios, mientras que Rachel, con toda seguridad, era el mismo diablo.

Ada se sacó el pequeño medallón plateado del bolsillo y lo abrió a la luz de la luna. El cabello enrollado en su interior parecía incoloro en la oscuridad. Ella se había perdido en la noche. Los había besado por turnos, como de costumbre, y por la mañana se había ido, dejando en su lugar el pequeño medallón de plata que el fantasma de su madre había deslizado bajo la almohada de Ada. La mañana siguiente, Frederick los reunió en torno a la mesa de la cocina y les dijo que su madre había muerto. Ada tuvo que preparar la harina de avena mientras Frederick iba al pueblo para tratar de encontrar una nodriza que se ocupase del bebé, Nellie, maldiciendo mientras salía: «¡Se podía haber llevao al maldito niño con ella!». Ada no comprendía cómo su madre podía haber muerto si no había un cadáver... pero si no había muerto, ¿dónde estaba?

Ada cerró la puerta con tanto cuidado como la había abierto y se acercó de puntillas a la cuna.

—Qué Samuel, ¿t'ha gustao? Un buen aire bien fresquito que te llevará derecho a lo brazo del Señor.

El pequeño emitió un ruidillo gangoso.

—Tanto mimo y tú venga a llora.

A continuación, despacio, deliberadamente, Ada se rascó la costra de uno de sus granos de varicela para romperlo, dando una patada de tanto dolor como sentía. Aspiró una gran bocanada de aire y restregó con el dedo el pus al descubierto, y después se agachó hacia la cuna y lo frotó en la cara del bebé, como un sacerdote dando la bendición.

—¿Qué estás haciendo?

Rachel se acercaba por el pasillo, en su voluminoso camisón, como un buque de guerra a toda vela que se cerniera sobre una desventurada víctima.

Ada dio un salto atrás y, automáticamente, escondió la mano culpable detrás de la espalda.

—Na —dijo, esbozando una inmensa sonrisa.

—¡Pequeña mentirosa! ¡No te hagas la inocente conmigo... aléjate de la cuna!

Rachel alzaba la voz cada vez más, conocido preludio de sus ataques de furia.

—Si le has puesto un dedo encima a ese niño, te destrozaré, miembro por miembro, ¿me entiendes?

Samuel emitió un pequeño sollozo desde las profundidades de la cuna y Rachel agarró a Ada del brazo y la alejó de un tirón, aferrando su mano al mismo tiempo para ver qué escondía.

—¡No hay na! —gritó Ada—. Na, solo mi mano... No le estaba haciendo na... Creía que gritaba.

—Como si te importara —dijo Rachel, haciéndola girar de un lado para otro, buscando en sus bolsillos y Ada de repente recordó el medallón e hizo un frenético esfuerzo por desasirse de las manos de Rachel, que seguían hurgando.

—¿Y qué es esto, señorita? —Rachel sujetaba el medallón en alto, triunfante—. Bueno, bueno, sé quién te dio esto.

—¡Me lo dio mi madre, no tie na que ver contigo!

—Oh, sí tiene que ver —dijo Rachel, riendo mientras Ada trataba de alcanzar el medallón.

Le dio a Ada un fuerte empujón a través de la cocina, estampándola contra el banco. Rachel manoseó el medallón, buscando el mecanismo de apertura, y este se abrió de repente. Sacó el mechón de pelo rubio, cuidadosamente enrollado tras el cristal, y lo arrojó a los rescoldos, donde quedó reducido a la nada. Ada resoplaba como un gato y se preparaba para lanzarse contra Rachel sacando las uñas pero, en ese momento, entró Frederick, con expresión sombría a causa de la bebida, y Rachel descargó su ira en él.

—¡Mírate! Eres una desgracia, un borrachuzo holgazán que no sirve para nada. Ahora entiendo por qué te dejó...

Pero el enorme puño rojo de Frederick envió a paseo el resto de la frase.

El bebé llevaba solo una hora muerto, pero ya se veía ajado, se había transformado en una cosa arrugada, aunque Rachel acunaba el cadáver del niño como si siguiera vivo.

—¿Quiere que vaya a buscar un cura? —se ofreció Lawrence.

Habían permanecido sentados en un silencio inquieto y culpable durante largo rato. Ninguno se había movido, ni siquiera para colocar un tronco en el fuego.

—Yo iré —se ofreció Ada en seguida.

Avanzó, resbalando con sus zuecos por el jardín helado y siguió dando traspiés por el camino que conducía al pueblo, implorando perdón durante todo el trayecto pues, aunque el bebé había muerto de un ataque y no mostraba la menor señal de varicela, Ada no dudaba de que habían sido sus deseos asesinos los que habían puesto fin a la vida de Samuel.

* * *

Difteria. Alguien susurró la palabra al otro lado de la puerta. Era una palabra bonita... *difteria*, como un nombre de chica. Rachel había mandado llamar al viejo doctor Simpson, que sonrió a Ada tras sus barbas de mutón, le examinó la garganta y dijo: «Ajá, ya veo, ajá», cuando olió el terrible hedor de su aliento y vio, a través de su garganta, la membrana semejante a gamuza. A continuación el doctor Simpson la tomó de la mano y dijo:

—Pronto estarás corriendo por ahí de nuevo, Ada.

Y pensó en lo bonita que era la niña, igual que su madre.

Cuando abandonó la habitación, Ada pudo oír retazos de su conversación con Rachel: «Debe mantener a los otros niños alejados de ella... un rápido empeoramiento... en casos como este... habrá terminado». Rachel chilló algo, pero Ada no pudo distinguir las palabras. Después se oyeron unos pasos que bajaban las escaleras y todo quedó en silencio, solo quebrado por el tic-tac del reloj de su madre; Ada había pedido tenerlo en la habitación y Rachel, sensibilizada y arrepentida ante la perspectiva de la muerte, había accedido. Transcurridos un par de minutos, Ada oyó los cascos del gran caballo bayo del doctor Simpson alejarse por el jardín delantero. Mientras cabalgaba adentrándose en la trémula luz invernal, el médico se sorprendió pensando en los rizos de Alice Barker, un pensamiento que lo mantuvo alegre hasta que, cuando pasaban junto a la granja, el bayo respingó al cruzarse con una liebre y él estuvo a punto de caer de la silla. Ada escuchó el sonido de los cascos hacerse más y más débil, y entonces empezó a nevar.

Ada podía oír los estertores de su garganta, que muy bien podrían ser su último estertor, pues sabía que, cuando oías eso, ya no había mejora posible. La hermana de una compañera de clase había muerto de difteria el invierno pasado, y sabía lo que ocurría. La muerte no era tan espantosa cuando te aproximabas a ella. Las campanas de la iglesia tocaban un sordo repique, como si supieran que se acercaba su hora, aunque en realidad plañían por un lord local, muerto pocos días atrás, cuyo entierro se celebraba ese día. La Navidad había pasado sin que en el cuarto de la enferma se notase siquiera. El frío que había colaborado en el fin del pequeño Samuel se había intensificado y la tierra estaba tan dura como el hielo y tan fría como el plomo. Habían cavado la tumba del pequeño, pero precisarían picos para romper la tierra cuando enterrasen a Ada.

Hubo una ventisca.

—Todo está blanco —dijo Rachel, tratando de hacerle beber agua de cebada, pero le dolía demasiado la garganta para tragar. La luz que se filtraba por la ventana era deslumbrante, reflejo de la nieve, y parecía temblar y ondear como el agua. Albert, Lillian y Nell estaban jugando fuera, en la nieve, y sus fuertes voces rompían el profundo silencio que sigue a las nevadas.

Empezó a nevar de nuevo, con suavidad al principio, pero, gradualmente, los copos se fueron haciendo más y más grandes, hasta semejar delicado plumón en el pecho de suaves pájaros, o alas de ángel. Ada estaba de pie en el exterior, con los pies desnudos sobre la crujiente nieve azucarada, vistiendo solo su camisola blanca. No tenía frío. Miró a su alrededor para ver dónde estaban los pequeños, pero no pudo verlos por ninguna parte. Cuando volvió la vista hacia los árboles, observó que las ramas, vencidas por la nieve, estaban repletas de pájaros blancos y, mientras los contemplaba, todos echaron a volar al mismo tiempo, entre un gran shush shush de alas, desprendiendo plumas que flotaban a la deriva para convertirse en grandes copos de nieve somnolientos. Ada los miraba en el aire, copos de nieve que se derretían en sus mejillas, el rostro vuelto hacia el cielo. La nívea bandada se alejaba girando y volaba de vuelta. Ada podía oír el batir de alas surcando el aire y, procedente de algún lugar lejano, el sordo repique de las campanas y, más cerca, el tic-tac del reloj de su madre y los cascos del caballo bayo del doctor Simpson, trotando por el jardín.

Y entonces los pájaros trazaron grandes círculos descendentes en el aire, bajando hasta ella y, al instante siguiente, sin saber cómo había sucedido, volaba con ellos hacia un brillante sol ártico, y allí, en el corazón de la luz, estaba su madre, con los brazos extendidos para darle la bienvenida.

* * *

Lawrence desapareció dos años después, se marchó de casa una mañana de verano

para huir en dirección al mar. Tom estaba histérico, convencido de que a su hermano se lo había llevado una fuerza sobrenatural.

—El muy atontao —dijo Frederick, dándole un sopapo a un lado de la cabeza.

Tom, de todas formas, seguía creyendo que Lawrence se había desvanecido misteriosamente en el aire y acabó por contagiar la idea a los pequeños. A partir de entonces, cada vez que recordaban a Lawrence su imagen se les aparecía rodeada de un gran misterio, pues nunca volvieron a saber de él. El chico intentó escribir pero la familia ya se había trasladado para entonces. Fue a parar a Hull, con los zapatos gastados y el estómago contraído por el hambre, y estaba en medio de la Tierra del Jengibre Verde preguntándose qué clase de lugar sería ese para tener calles con semejantes nombres cuando un viejo pescador se compadeció de él y lo tomó a bordo de su vapor volandero. Durante los dos años siguientes Lawrence deambuló arriba y abajo de la costa este y atravesó el mar del Norte hasta Holanda y Alemania. Después se empleó como fogonero en un barco con rumbo a Sudamérica. Permaneció en aquel vasto continente durante quince años, antes de que la morriña lo llevara de vuelta a Inglaterra. Para cuando arribó a aguas inglesas la Gran Guerra había comenzado. Sin embargo, a su casa propiamente dicha nunca regresaría, pues una mina alemana le hizo saltar en pedazos justo cuando la costa inglesa apareció en el horizonte.

Un año más tarde, en una glacial noche de febrero, Frederick murió de hipotermia junto a la puerta de su casa —demasiado borracho para alcanzar el picaporte y entrar. Tras el suceso, Rachel decidió que ya estaba bien de vida campestre y se largó de vuelta a la civilización urbana. Ella hubiera preferido regresar a la costa, pero la cuñada del vicario le ofreció un puesto de cocinera en York y pensó que sería una tontería no aceptarlo. Al principio vivían en habitaciones alquiladas, en un tugurio de Walmgate, pero cuando pudo reorganizar las cosas consiguieron una casita decente en el Groves. Los niños iban a la iglesia, llevaban pañuelos limpios, habían perdido su fuerte acento y casi habían olvidado el campo.

Cuando Nell volvió de su luna de miel en los lagos y se enteró de que Rachel estaba muerta y enterrada («Me pareció que no valía la pena decírtelo y estropear la luna de miel», dijo Lillian con gran acierto), Lillian ya había tirado la mayoría de sus cosas, pero no el medallón de plata que sabía perteneciente a su madre pues en aquella única fotografía, la que tenía su hermano Tom, el medallón se veía con toda claridad. Lillian le dio a Nell el medallón porque, según dijo:

—Tú solo eras un bebé, ella ni siquiera llegó a abrazarte.

Y las dos lloraron, a causa del guardapelo vacío y de otras cosas también. No sabían, por supuesto, que mientras estaban sentadas en la sala de Lowther Street llorando sobre el medallón, su madre gritaba y arrojaba un jarrón a través de un dormitorio en Whitby, un jarrón que tuvo la mala suerte de golpear a *Monsieur* Jean-Paul Armand de lleno en la sien, y una camarera hubo de traerles agua caliente y compresas frías para el enorme chichón, que crecía como una flor en su cabeza.

Capítulo 5

1958

Interludio

Bunty y el loro desaparecieron la misma noche y solo más adelante, cuando ambos hubieron regresado sanos y salvos, nos dimos cuenta de que había sido una coincidencia: Bunty no se había escapado con el loro. O, para ser más exactos, el loro no se había escapado con nuestra madre, una idea firmemente arraigada en mi mente porque, hacía poco, Patricia me había estado leyendo *Los cuentos de las mil y una noches*, y yo imaginaba al loro surcando los cielos con Bunty colgando, agarrada a una de sus escamosas patas de reptil, como Simbad. La posibilidad, altamente improbable, de que Bunty, al escaparse de casa, hubiese decidido llevarse al loro de entre todas las cosas posibles, por alguna razón, no pasó por nuestras mentes infantiles.

Nos lleva algún tiempo advertir que Bunty ha desaparecido realmente. Es nuestro despertador viviente y cuando no funciona nos limitamos a seguir durmiendo. De hecho, no nos despertamos hasta las nueve y cuarto, cuando un cliente, impaciente por adquirir acondicionadores Sherley, golpea con fuerza la puerta de la tienda, despertando a todos los animales, que también se han dormido, y a una furiosa Patricia, que odia llegar tarde a ninguna parte (Patricia es de esa clase de niños que llegan al colegio antes que el vigilante). Poco a poco, la información se propaga por la casa: Patricia despierta a Gillian, Gillian me despierta a mí —botando en la parte superior de mi cuerpo dormido y gritando que le he birlado su muñeca Rosebud, Denise (Denise ha desplazado a los pobres Sooty y Sweep de sus afectos) —y yo despierto a George lanzándome al lecho conyugal deshecha en lágrimas de histeria y señalando el morado que está apareciendo en mi mejilla, donde me ha dado el pie de Gillian. Eso es demasiado para George. Aturdido, se levanta tambaleándose, coge el reloj que está junto a la cama, lo mira sin comprender, observa el espacio vacío al otro lado de la cama doble, donde Bunty debería estar, se deja caer en la cama de nuevo y murmura:

—Ve a buscar a tu madre.

La tarea no es tan sencilla. Las tres jugamos a «En busca de la madre» durante al menos media hora antes de volver junto a George y admitir nuestra irremediable ineptitud para este juego.

—¿Cómo que no la encontráis?

Ahora está de pie y se afeita con su maquinilla eléctrica, atento a la tostadora al mismo tiempo. De tanto en tanto suena el timbre de la tienda y tiene que dirigirse

hasta allí para despachar. Aunque ya se ha puesto los pantalones, sigue en camiseta y chaqueta del pijama, y hasta nosotras llegan las voces que intercambian bromas en la tienda, con su acostumbrado nivel de sofisticación: «¿Así que se ha dormido, señor Lennox? Ja, ja, ja». «Vaya, vaya George, parece que hoy tenías un buen motivo para quedarte en la cama, ¿eh?, ja, ja, ja». Esto último constituye una muestra del inconfundible humor verde —con acento del este de Londres— de Walter, que ha acudido a comprar una sepia para el perico de su madre. Incluso esta compra da pie a un chiste obsceno, pero George no está para bromas.

—¿Y qué tal Doreen? —pregunta Walter, haciendo un gesto singular, como si oprimiera un gran pecho invisible.

George masculla algo confuso sobre Bunty.

—¿Que no encuentras a tu mujer? —repite Walter con incredulidad—. Chaval, eres un maldito suertudo.

George no se considera muy «suertudo», a juzgar por su expresión, sobre todo cuando echa un vistazo a la tienda y descubre dos cosas casi al mismo tiempo: la ausencia del loro y la presencia de Rubí.

—¡Ponte algo de ropa ahora mismo! —dice George al instante, como si yo estuviera haciendo un *striptease* en lugar de permanecer allí de pie, en camisón y zapatillas, con aspecto desamparado y sosteniendo un trozo de tostada chamuscada.

—¡Pequeños bastardos! —dice Walter, hurgándose la oreja.

—¿Qué es un bastardo? —le pregunto a Patricia, que está en la cocina, carbonizando una rebanada de pan tras otra.

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —dice rencorosa, y se aparta el pelo de la cara antes de que la tostadora le arranque un grito de frustración. Gillian saca una caja de cereales del armario y se sirve un bol.

—*Bambi* —dice, rociando los cereales con dos enormes cucharadas de azúcar—, *Blancanieves*, *Cenicienta*... son películas.

La campanilla de la tienda anuncia la partida de Walter y George entra en la cocina lanzando improperios.

—¿Dónde demonios está? —pregunta, contemplándonos por turnos con ojos llameantes.

—A lo mejor ha dejado una nota —dice Patricia, apuntando con cuidado para lanzar una de las rebanadas de pan más ennegrecidas al cubo de la basura.

—¿Una nota? —repite George.

Parece atónito. La idea de que Bunty nos haya dejado, en lugar de haberse extraviado en alguna parte de la casa, no se le había ocurrido.

—Sí, una nota —dice Patricia, mientras encesta la tostada en la basura con un tiro alto (es una implacable goleadora en el equipo júnior de baloncesto de su escuela, la Queen Anne Grammar School)—. Ya sabes, una nota.

—Ya sé lo que es una maldita nota —dice George enfadado, y vuelve a salir a grandes zancadas.

Avisto la caja de cereales y la alcanzo. Caen por todas partes pero al fin algunos van a parar al bol. Patricia unta mantequilla en un trozo de tostada ardiendo y lo muerde con un regocijo casi inflexible. Comemos en la cocina, de pie, apoyadas en los mostradores que siguen despejados. Saboreamos el placer furtivo que nos proporciona habernos zafado del comedor y al final resulta un desayuno estupendo. Degustamos no solo el pan requemado y los cereales demasiado azucarados sino también algunas intrépidas tiras tostadas al huevo, cuya preparación requiere un esfuerzo conjunto alrededor de la sartén. El espíritu de cooperación no se mantiene a la hora de ir al colegio. Cuando hemos dado cuenta de nuestro pausado desayuno, Patricia cierra su mochila y dice:

—Bueno, yo me marchó.

—¿Y qué pasa conmigo? —protesta Gillian, embutiéndose rápidamente el último trozo de tostada al huevo en la boca. (Por lo general Bunty nos acompaña a Gillian y a mí en nuestra larga caminata a la escuela primaria).

—¿Qué pasa contigo? —pregunta Patricia, imprimiendo en su voz el tono exacto de desprecio que, indefectiblemente, saca de quicio a Gillian.

—¿Cómo voy a ir al colé? —grita Gillian, saltando arriba y abajo (advierdo que no dice «vamos»).

Patricia se encoge de hombros.

—No lo sé —dice inflexible—. A mí qué me cuentas... de todas formas, casi tienes diez años, ya podrías ir sola a la escuela.

Y con esa invectiva a la madurez de Gillian, se cuelga la mochila a los hombros y desaparece. La indignación está a punto de desbordar a Gillian pero la cólera vuelve a su cauce cuando Patricia, de repente, reaparece.

—Voy a buscar mi mochila —dice Gillian precipitadamente.

—No te molestes. No he regresado a por ti —dice Patricia indiferente—. Se me ha olvidado escribir una nota, eso es todo.

¿Patricia también escribe una nota?

—¿Tú también te vas de casa, Patricia? —pregunto horrorizada.

—No, tonta —gruñe—. Una nota porque llego tarde.

Arranca una página de su cuaderno de francés y escribe, falsificando a la perfección la letra de Bunty: *Querida señorita Everard, siento que Patricia llegue tarde al colegio esta mañana. Me temo que nuestro perro se ha escapado. Atentamente, Señora G. Lennox.*

—¿Qué perro? —pregunta Gillian. Estamos las dos asomadas por encima del hombro de Patricia, mirando lo que escribe—. No tenemos perro.

—Sí tenemos, tenemos montones de perros —dice Patricia, doblando la nota en cuatro con cuidado.

—Sí, pero son de la tienda —dice Gillian confusa—. Y no se ha escapado ninguno, ¿verdad?

—Gillian —dice Patricia, mirándola con incredulidad—. Tú siempre estás

mintiendo, así que no sé por qué te exaltas tanto.

Gillian está exaltada, sus mejillas han adquirido ese extraño tono rosa jaspeado — semejante al de una trucha— que se extiende por su piel cuando está a punto de tener un berrinche.

—Ahora sí que me voy —dice Patricia, ignorándola.

A continuación, se vuelve hacia mí y dice cariñosa:

—Te veo esta noche, Rubí.

Como recompensa a esta muestra de favoritismo, me acerco a la puerta trasera del patio para despedirla agitando la mano, algo que Bunty nunca hace. A lo lejos, oigo un lamento, parecido al inicio de una sirena: «¡Quiero que venga mamá!».

Bueno, «querer algo y obtenerlo son cosas distintas», como repite «mamá» a menudo. Al final no vamos al colegio, pero pasamos el día bien lejos de George, la mayor parte del tiempo en la habitación de Gillian, donde se encarga de poner en marcha un colegio alternativo; todos sus alumnos se sientan en el suelo mientras que ella se acomoda en la cama. A mí también me toca hacer codos, en un pupitre compartido con Denise. Al parecer, la principal tarea de Gillian consiste en administrar castigos, y cuando me atrevo a quejarme de que cuando jugaba con Patricia hacíamos *clase*, me manda al rincón castigada, una hora, y solo me libera para mandarme a buscar algo de comer. Pero ni con esas consigo hacerle la pelota, pues solo encuentro unas pocas galletas saladas y media barra de pan de malta Soreen. De tanto en tanto, George da un grito desde abajo y nos pregunta si todo va bien, a lo que nosotras respondemos con un sonoro: «¡Sí!». Resulta difícil imaginar lo que haría si algo fuera mal.

—¿Os habéis pasado aquí todo el día? —pregunta Patricia sorprendida cuando vuelve de la escuela.

—Sí.

—¿Y mamá no ha dado señales de vida? (Esa denominación materna está al borde de la extinción en el vocabulario de Patricia... pero la rescata para esta crisis).

—No.

Ha desaparecido sin dejar rastro, ni un pelo ni una uña. Quizá haya muerto. Tal vez se haya unido a los fantasmas caseros, y ahora esté atravesando los muros y deslizándose escaleras abajo. Si estuvieran aquí el señor Wedgewood o Myra, de la iglesia de tía Babs, podrían preguntar a nuestros fantasmas si serían tan amables de echar un vistazo y mirar si anda por ahí. Sin duda, eso proporcionaría a la Novena Legión algo en lo que ocupar su tiempo.

George sale y trae pescado y patatas fritas para cenar. Parece muy preocupado.

—El maldito loro se ha dado a la fuga también —dice, meneando la cabeza perplejo—. ¿Creéis que debería llamar a la policía? —pregunta, y las tres lo contemplamos sin saber qué responder, pues es la primera vez que solicita nuestra

opinión.

—Bueno —dice Patricia con cautela—. ¿Has mirado si había una nota?

—¡Como si tuviera tiempo de ponerme a buscar notas! —exclama muy ofendido, y despacha al equipo de búsqueda una vez más.

Gillian le sugiere a Patricia que falsifique una nota.

—¿Y de qué serviría? —Duda Patricia.

—Le pondría de buen humor —la incita Gillian, y Patricia entorna los ojos sopesando la propuesta.

—Quieres decir que así no nos fastidiaría.

Me adhiero al plan con entusiasmo, aunque me siento algo avergonzada de que estemos más preocupadas por nuestra propia suerte que por la de nuestra madre. El plan fracasa de todas formas porque ninguna de las tres puede idear unas palabras, supuestamente escritas por Bunty, capaces de poner a George de buen humor.

Registramos el cajón de la mesilla de Bunty; muy pulcro y aseado, pero no contiene ningún mensaje para George. Sí contiene, en cambio, un pequeño medallón de plata.

—¿Qué es esto? —pregunto, y Patricia se encoge de hombros.

—Oh, soy yo —digo encantada, porque al abrir el medallón descubro dos diminutas fotografías mías, una en cada hoja, que parecen cortadas de las Polifotos que Bunty tenía colgadas en la pared de la sala. Gillian se sienta en la cama y mira el medallón por encima de mi hombro.

—Mamá tiene una foto mía junto a la cama —digo aposta para rebajar a Gillian.

—Oh, sí —dice con sarcasmo—, la tiene ahí porque es la foto de P...

Pero Patricia le da un empujón tan fuerte en las costillas que la hace chillar.

Patricia acaba de hacer un descubrimiento que desvía nuestra atención: en el cajón de la mesilla de George ha encontrado lo que suponemos una nota genuina, junto con un paquete de Craven A rojo amapola, algunas monedas y un paquete de Durex rosa y lila. Permanecemos meditabundas ante el cajón de los tesoros de George, tratando de reunir el valor suficiente para abrir el sobre con la palabra George cruelmente garabateada en el anverso.

Gillian sugiere que lo abramos al vapor, pero bajar a la cocina parece un poco arriesgado. Entonces a Patricia se le ocurre una idea brillante: usar la tetera que Bunty tiene junto a la cama y llenar el calentador de agua en el lavabo. La tetera está vacía, no hay agua en el calentador ni té en el bote, lo cual, dice Patricia, demuestra que tenía intención de marcharse y que no ha sido arrebatada por alguna fuerza sobrenatural en mitad de la noche. Seguramente tiene razón pues, desde que tiene la tetera eléctrica, Bunty se ha convertido en una ferviente devota de la ceremonia del té matutino, tanto como cualquier geisha, pero todavía me cuesta creer que se haya ido por su propia voluntad, abandonando a sus hijas.

Por lo visto, estoy equivocada. Conseguimos abrirlo, aunque antes Patricia se quema y el sobre queda rugoso y remojado —al final nos limitamos a rasgarlo.

—¡Léelo en voz alta, Patricia! —ruega Gillian desesperada, porque Patricia está leyendo la nota para sí, con expresión inescrutable—. ¿Qué dice?

Patricia la lee en voz alta y, mientras lo hace, adquiere un extraño parecido con Bunty, aunque las palabras en sí suenan curiosamente afectadas, como si Bunty las hubiera copiado de un libro —o, lo que es más probable, de una película: *Querido George, he llegado al límite de mi paciencia y siento que no puedo seguir así mucho más tiempo. Creo que será mejor que pase algún tiempo alejada de todos vosotros. Aunque ya sabes lo mucho que amo a las niñas. Dices que no sales con nadie, y debo creerte, pues eres mi marido, pero como ya sabes la vida no ha vuelto a ser lo mismo desde que P...* Patricia se atasca en la siguiente palabra y lanza a Gillian una mirada singular. Se produce una pausa, corta e incómoda, antes de que Patricia continúe: *Bueno, en cualquier caso, me voy un tiempo porque la verdad es que no puedo más* (eso ya suena más a Bunty). *No te preocupes por mí. Como si lo hicieras. Bunty.*

Guardamos silencio unos instantes, meditabundas —sobre todo por la parte donde dice lo mucho que ama a sus hijas— hasta que Patricia resopla y exclama:

—¡Es un montón de basura!

Lo que me sorprende, porque a mí me ha parecido realmente conmovedor.

—A lo mejor no hace falta que se la demos —sugiere Gillian esperanzada, pero Patricia, en un arranque de ética, dice que se la daremos y falsifica otro sobre.

—¿No lo habéis abierto, verdad? —pregunta George, alzando la vista de la nota con expresión de sospecha.

—Claro que no —dice Patricia, en tono muy ofendido—. El sobre está cerrado, ¿no?

—Mmmm —dice George.

Finge unos instantes, observando la nota mucho más tiempo del necesario para leerla.

—Bueno —dice al fin—. Vuestra madre ha tenido que marcharse de repente a cuidar de la tía Babs porque está algo pachucha. Tía Babs. Tía Babs está algo pachucha, no vuestra madre.

Todas proferimos murmullos de compasión por tía Babs mientras nos miramos con los ojos abiertos de par en par, apenas capaces de disimular que sabemos la verdad. Poco después, cuando la histeria se ha apaciguado, Patricia le recuerda a George nuestras inminentes vacaciones —todos habíamos olvidado por completo que teníamos previsto pasar las vacaciones de Pentecostés en Whitby. George se golpea la cabeza contra la puerta.

—No —dice—. No, no me lo creo. ¿Cómo he podido olvidarlo? —pregunta, volviéndose hacia nosotras con simulada expresión de asombro.

Las tres nos encogemos de hombros, haciendo exagerados gestos de ignorancia e incredulidad al estilo galo, los ojos abiertos de par en par, las palmas vueltas hacia arriba. ¿Cómo es posible que sucedan cosas así? ¿Cómo puede ser que, cuando Bunty no está para recordarnos las cosas, seamos incapaces de realizar las prácticas más

sencillas, como levantarnos, comer, acordarnos de que nos vamos de vacaciones?

—Cerraré la tienda —dice finalmente, tras telefonar a todas las personas imaginables que tal vez pudieran ocuparse de la tienda una semana y no encontrar a nadie disponible o dispuesto. En otras ocasiones, y solo en casos de extrema necesidad, la yaya Nell ha sido reclutada para ocuparse de la tienda, pero tío Ted la ha llevado de vacaciones a los Lagos [ver *nota al pie (V)*]. Se supone que George debería haber solucionado el asunto hace mucho, claro —Bunty nos ha dicho un montón de veces que George «dejará a alguien encargado» para que podamos pasar «unas auténticas vacaciones en familia». Aún guardamos persistentes recuerdos de las últimas vacaciones: una semana pasada por agua en Bridlington de la que George se las arregló para escabullirse (y, es curioso, Bunty nunca le encontraba en casa cuando telefoneaba —se pasó casi todas las vacaciones en la cabina telefónica. Por supuesto, George pagó por esas llamadas cuando regresamos).

—¿Y qué les pasará a los animales si cierras la tienda una semana? —pregunta Patricia, siempre tan sensata.

Más cabezazos contra la puerta. Gillian empieza a lloriquear de un modo bastante desagradable.

—¡No podemos quedarnos sin vacaciones!

—No sé —dice George, cada vez más agobiado. Agita la mano en el aire—. Podríais ir todas a casa de tía Babs o algo.

—No —le recuerda Patricia con amabilidad—, tía Babs está enferma, ¿recuerdas? La mira con ojos de loco.

—¿Y qué pasa con Lucy-Vida? —dice Gillian, y sus sollozos alcanzan un discante.

—¿Lucy-Vida? ¿Lucy-Vida? ¿Qué pasa con Lucy-Vida? —ladra George.

—Se supone que viene con nosotros —dice Patricia (tía Eliza va a ingresar en el hospital para que le extirpen las varices de las piernas)—. Llegará mañana por la mañana.

George se deja caer de rodillas al suelo y se da de cabezazos contra la alfombra. Es demasiado para él, «ya no puede más» —mujer y loro desaparecidos, cuatro niñas a las que cuidar, unas vacaciones en perspectiva... Alza la vista de repente. Una idea se extiende por su rostro como si se hiciera la luz.

—¡Ja! —dice, pero no se explica.

Patricia va sentada delante. Lucy-Vida, Gillian y yo vamos en el asiento trasero de nuestro maltrecho Ford Anglia del 48. Nos dirigimos a Whitby, a pasar las vacaciones en un apartamento, como estaba previsto, pero en lugar de coger en dirección a Pickering damos un extraño rodeo. En la carretera, un cartel indica «Leeds, Mirfield, Dewsbury», y yo me hago una bola como un erizo, aterrorizada. Patricia lanza a George una penetrante mirada de reojo.

—Pensaba que no íbamos a casa de tía Babs.

—No vamos —dice George con suficiencia.

Whit, en inglés, significa Pentecostés. *Whit* en *Whitby*... qué divertido, ¿no? Digo en tono despreocupado:

—¿Y qué vacaciones podríamos pasar en Filey? ¿*File*?

—Me pregunto si Rosa y Margarita irán al desfile de Pentecostés este año —dice Lucy-Vida sin dirigirse a nadie en particular.

—Lo dudo —dice Patricia en tono lúgubre—. Tía Babs está pachucha, ¿recuerdas?

Este último dato ha sido consignado tantas veces durante las últimas veinticuatro horas que empezamos a considerarlo auténtico. Lucy-Vida, a quien, naturalmente, se lo hemos contado todo, incluido el color de los paquetes de Durex (aunque nadie me ha explicado para qué sirven) olvida todo el tiempo dónde se supone que está Bunty, y hay que soplárselo.

—Oh, sí, por supuesto —dice teatralmente. George le lanza una mirada inquieta por el espejo retrovisor.

Al final, tras lo que parece una eternidad, nos detenemos frente a una casa pareada, pequeña y bastante sombría, en Chapeltown.

—No tardo ni un minuto —dice George, saliendo del coche de un salto y apoyando todo su peso contra el timbre eléctrico de la casa. Una mano invisible abre la puerta y George desaparece en el interior. George nos ha informado de que ha «encontrado a alguien que cuidará de nosotras» y abunda la especulación sobre qué clase de persona pueda ser ese «alguien». Cada una tiene sus preferencias: a Lucy-Vida le gustaría que fuera Margot Fonteyn, yo me inclino por Nana, el perro de *Peter Pan*, y Patricia prefiere a Mary Poppins (a todas nos encantaría que esa mujer se ocupara de nuestra descuidada educación). Gillian, típico suyo, desea que venga un hada madrina, para que cuide de ella y nos meta a las demás en un orfanato. Pero ese «alguien» no será ninguna de las anteriores. Será tía Doreen.

—¡Al asiento trasero, Patricia! —ordena George, como si se dirigiera a un perro. Patricia, cabizbaja, se traslada a la atestada parte de atrás, y observamos con descaro a la intrusa que ocupa el asiento delantero.

—Chicas —dice George—. Esta es la señora Collier, podéis llamarla tía Doreen.

«Tía Doreen» se vuelve en el asiento y nos sonrío. Es una mujer suave y redonda, mayor que nuestra madre pero menos maquillada y teñida. Tiende su mano pequeña y gordezuela hacia una sorprendida Patricia.

—Tú debes de ser Patricia —dice, con el acento más insólito que hemos oído en nuestra vida—, porque eres la más alta.

Patricia, insegura, estrecha la mano que se le ofrece.

—¿Serás tan amable de presentarme a las otras niñas, querida?

Tía Doreen, por turno, estrecha solemnemente cada una de nuestras manos, diciendo en cada ocasión: «¿Cómo estás?». George vigila a su prole por el espejo

retrovisor, como un halcón, atento a la menor señal de malos modos. Cuando las presentaciones han concluido, George dice:

—Tía Doreen ha sido muy amable aceptando cuidar de vosotras esta semana. Gracias a ella podréis disfrutar vuestras vacaciones. ¿Qué se dice?

—Gracias, tía Doreen —coreamos todas obedientes. Todas, excepto Patricia, que frunce el ceño en mi dirección y susurra:

—¿Qué es esto? ¿*La casa de la pradera*?

Un libro que aborrece particularmente. La rebeldía de Patricia pasa desapercibida a George, que ahora se enfrenta al cambio de marchas tratando de encontrar la siempre esquiva y remisa marcha atrás del Anglia. Esta vez se calla la blasfemia que por lo general dedica a la reticente marcha atrás, sin duda por la presencia de tía Doreen.

—Qué bien —dice ella, cuando George, al fin, se las arregla para sacar el coche del estacionamiento y consigue meter la primera. Tiene las manos cruzadas sobre el regazo, lista para la diversión. (Qué raro).

De nuevo en ruta, tía Doreen saca un paquete de cigarrillos y pregunta a George si le apetece uno.

—Te cogeré uno, si no te importa —dice él cálidamente, como si acabaran de ofrecerle un estupendo habano, y ella enciende dos y le pasa uno a George. La manifiesta intimidad de este gesto no pasa desapercibida en el asiento trasero, y los miramos a ambos con interés. ¿Es tía Doreen, quizá, pariente de George?

El viaje a Whitby transcurre sin incidentes —algo insólito en las salidas con el Anglia, en las que siempre atropellamos algo, aunque solo sea la hierba del arcén. Tía Doreen y George parecen conocer muy bien Whitby. Cuando bajamos por la pronunciada pendiente del pueblo, señalan varios lugares y, soltando una risilla, tía Doreen dice:

—¿Te acuerdas de aquellos arenques ahumados?

George echa la cabeza hacia atrás y ríe, y se quita de encima al menos veinte años.

Whitby, es cierto, parece un lugar mágico, desde las adustas y misteriosas ruinas en lo alto del acantilado al batiburrillo de casas de pescadores, y Patricia está particularmente encantada porque, según dice, allí fue donde el *Demeter*, que había zarpado en Varna, terminó su viaje.

—¿El *Demeter*? —se interesa tía Doreen.

—Sí —dice Patricia—, el barco de Drácula, que arriba a puerto en medio de una terrible tormenta sobrenatural con toda la tripulación muerta... y después debió de trepar por esos precipicios —señala con conocimiento de causa—, disfrazado de perro negro. Un perro del infierno —añade entusiasmada, y yo me estremezco, recordando las escaleras de tía Babs.

—Quizás —dice escrutando a Lucy-Vida, apretujada entre Patricia y Gillian (yo voy a un extremo, estrujada contra la insegura portezuela, y es probable que caiga del coche si tomamos una curva demasiado cerrada)—, quizás tía Eliza puso el nombre

por Lucy Harker. Se convirtió en un vampiro, sabes —añade encantada.

—Pues resulta que sí —dice Lucy-Vida imperturbable. Conoce demasiado bien a Patricia como para dejarse asustar por ella.

—Caramba, caramba —dice tía Doreen, sin el menor tono de sarcasmo. Vuelve la cabeza para mirar a Patricia—. Tienes una imaginación prodigiosa, Patricia.

Patricia se esfuerza por mostrar indiferencia, pero sé que está encantada porque, como voy sentada a su lado, puedo notar la calidez de su rubor.

Entre unas cosas y otras, llegamos al Royal Crescent, y George, tras subir con las maletas los tres tramos de escaleras hasta el apartamento, se queda solo el tiempo justo para tomar una taza de té (hemos traído todos los artículos necesarios en una caja de cartón) antes de decir:

—Bueno, será mejor que vuelva a la tienda.

Y nos deja, de repente, en compañía de una completa desconocida.

—Bien —dice tía Doreen, incluyendo en esa única palabra más sonidos vocálicos de los que podíamos imaginar que existiesen—, será mejor deshacer el equipaje, chicas, así que pongámonos todas a ello.

La curiosidad de Patricia supera su acostumbrada reserva social.

—¿De dónde eres, tía Doreen?

Tía Doreen nos obsequia con el encanto de sus generosas carcajadas y, desternillándose, dice:

—De Belfast, Patricia, Belfast.

Patricia desaparece con las cosas del té, de modo que Lucy-Vida y yo miramos a Gillian solicitando ilustración geográfica.

—Es la capital de Gales —dice en tono autorizado.

A todas nos gusta mucho el piso; está exento del habitual desorden doméstico y tiene justo lo suficiente de cada cosa —sábanas, mantas, pucheros, cubiertos— además de un adorno testimonial o dos. En las paredes, hay un papel limpio y floreado, que no ha sido impregnado con el hedor de los dramas familiares. La alfombra de estampado otoñal y las cortinas naranjas del salón solo hablan de vacaciones y buen humor. Hay dos habitaciones, lo que supone un ligero inconveniente. Tía Doreen se apropia de una y nosotras cuatro debemos compartir la otra, con dos camas dobles. Resulta menos molesto dejar que Patricia ocupe una de las camas ella sola y apiñarnos las tres en la restante. Para compensar por esta aglomeración (que también incluye a Panda, Teddy, Denise y la inclasificable «Mandy-Sue» de Lucy-Vida, algo semejante a un gato blanco y negro que hubiera padecido los manejos de un taxidermista incompetente), nuestra habitación tiene unas vistas asombrosas: a los jardines Crescent, bajo el apartamento, al paseo, al pabellón, y aún continúan, más y más lejos, hasta el mar del Norte, fluctuante e infinito... el borde del mundo, por lo que a nosotras respecta.

A tía Doreen le lleva un par de días conquistar a Patricia. Al principio, Patricia se muestra declaradamente hostil e incluso se escapa durante varias horas, hasta que al fin la encontramos en la playa, ayudando al hombre de los burros a conducir los animales arriba y abajo. El hombre de los burros está muy satisfecho de haber conseguido un ayudante sin retribución, inconsciente de que Patricia trata de infundirle una falsa sensación de seguridad para poder llevar a cabo su magistral plan de liberar a todos los burros. La llevamos de vuelta a casa hecha un mar de lágrimas (cosa rara) y sigue llorando aun cuando tía Doreen no recurre al maltrato físico con el que Bunty suele apaciguarnos. Al día siguiente, cuando estamos dando una vuelta por el paseo, Patricia cae abajo, y aunque consigue que parezca un accidente, yo creo, retrospectivamente, que se trató en realidad de una tentativa de suicidio espontánea.

Pero solo se tuerce la muñeca y, de vuelta a casa, las manos expertas de tía Doreen la vendan y la encabestrillan.

—Fui enfermera durante la guerra —dice sonriendo, cuando ha completado el vendaje.

Nuestro concepto de ella aumenta así varios puntos —la de enfermera nos parece a todas una ocupación excelente, aunque ninguna de nosotras planea escoger ese oficio cuando sea mayor. Patricia mantiene su inexorable deseo de ser veterinaria y salvar de la muerte a todos los animales del mundo; Lucy-Vida será bailarina del coro —es impresionante lo mucho que puede levantar sus largas piernas y sabe hacer el espagat, posturas que dejan a la vista su mugrienta ropa interior y provocan suspiros horrorizados en Bunty y tía Babs. Yo, de mayor, seré actriz («Ya lo eres, Rubí», dice Bunty), y Gillian solo quiere ser famosa, no importa cómo lo consiga. A diferencia de Bunty, tía Doreen escucha estas aspiraciones infantiles con interés genuino.

Patricia capitula, impresionada por los tiernos cuidados que tía Doreen dispensa a sus heridas: *¿Te duele cuando hago esto, Patricia? Oh, lo siento... Eres una niña muy valiente, Patricia, sí que lo eres...* La comparación con Bunty es inevitable. Hay otros muchos aspectos donde la comparación con Bunty solo actúa en favor de tía Doreen. Su forma de cocinar, por ejemplo: sin muchos aspavientos en ningún caso, prepara abundantes y sabrosas comidas, estofado, albóndigas y cosas así.

—Comida bien nutritiva para que engordes, Patricia, así no escaparás —ríe.

Y, es increíble, ¡Patricia se echa a reír con ella! Tampoco pone reparos a que empecemos por el postre y sirve pasteles de manzana y ruibarbo de Botham o viscosas natillas —de hecho cualquier cosa que escojamos en nuestras compras diarias. (Tía Babs, Tía Gladys y Bunty —el invisible coro griego en nuestras cabezas — alzan las manos horrorizadas, exclamando: ¡Precocinado! Pero ¿nos importa? No, no nos importa). Y lo que es más, tomamos pescado y patatas *casi cada día* y hacemos frecuentes visitas a la Rock Shop y a los puestos de azúcar hilada y tomamos muchos, muchísimos helados, porque, como dice tía Doreen, ajustándose su

gran pecho bamboleante, «Estamos de vacaciones, después de todo, o no».

Con esto no quiero decir que tienda a ser negligente o descuidada. Todo lo contrario, siempre hay orden y armonía en sus actos, y es tan plácida e impasible como un rompeolas cuando se enfrenta a la pleamar de las emociones de Gillian. Tiene un curioso don para hacernos creer que las rutinarias tareas domésticas —lavar los cacharros, hacer las camas— no son más que otra ocasión para divertirnos con juegos disciplinados. Al final, Gillian se pelea por agarrar la primera el cepillo de la alfombra.

—Caramba con nuestra Gillian —se maravilla Lucy-Vida—. Quién iba a decirlo de ti, nena.

Hay muchas cosas en nuestro interior que nadie hubiera dicho y bajo la tutela de tía Doreen se esfuerzan por salir a la luz. Incluso mis paseos nocturnos parecen remitir bajo la solícita vigilancia de tía Doreen. («No te enteras, porque no te despierta», dice Gillian con desdén. Gracias, Gillian).

Tía Doreen organiza juegos en la playa que nadie abandona por una rabieta; propone pequeñas expediciones a pie —subir los 199 escalones hasta la abadía, caminar por la playa hasta el café de Sandsend— durante las que cantamos cosas como «*Ten green bottles*» o «*One Man Went to the Mow*». Hacemos un castillo de arena tras otro, cuyos altivos torreones coronamos con banderas británicas de papel y rampantes leones rojos escoceses, y cuando nos hemos cansado de la arena y el mar deambulamos por las pintorescas calles de Whitby, admirando los graciosos nombres de las calles, casi tan divertidos como los de York: «Dark Entry Yard», plaza de la entrada oscura; «Saltpanwell Steps», escalera del pozo salino y «Argument Yard», plaza de las discusiones (George y Bunty deberían vivir aquí).

Tía Doreen conoce más juegos de cartas de los que nadie hubiera pensado que existiesen (Patricia está encantada de saber que hay tantas versiones distintas del «solitario») y en las tardes lluviosas, bastante frecuentes, se *divierte* de verdad jugando con nosotras, sentada en la alfombra como una más y pasándonos galletas de chocolate y naranjada. Incluso se las arregla para convencer a Gillian de que no haga trampas, algo que nadie había logrado nunca —aunque Gillian no respeta todas las normas y sigue gritando cuando pierde. Patricia, por lo general, se limita a golpearla cuando lo hace, pero tía Doreen la lleva a la habitación, cierra la puerta y dice:

—Ahora dejemos sola a la pobre niña, que se desahogue.

Aleccionadas por aquella semana en Bridlington, nos hemos llevado un montón de juegos y, aparte de las ubicuas partidas de *Snap*, jugamos también a las damas, al Ludo, a Serpientes y Escaleras e interminables y emocionantes partidas de Bucaneros, en cuyo tablero azul nuestros pequeños barcos piratas, guiados por brújulas y mapas del tesoro, surcan el océano, cargados con pequeños barriles de ron, pequeños lingotes de oro, diminutos rubíes (!!) y perlas del tamaño de alpiste. El juego de los Bucaneros se nos da mucho mejor que «En busca de la madre». Pero nuestro entretenimiento favorito, por encima de todos, es Astron, un apasionante

juego en el que pequeñas naves espaciales se mueven por un tablero de celuloide que representa el espacio exterior. Las naves espaciales deben esquivar numerosos peligros —lluvias de meteoritos, zonas de asteroides, cometas solitarios y otras cosas—, pero antes de alcanzar nuestro objetivo (el núcleo del sol) debemos salvar una última y terrible amenaza: los enormes anillos gaseosos de Saturno. Los anillos de Saturno son mortales, lo sabemos porque lo pone en el tablero de Astron, y siempre acaban con la nave de tía Doreen.

—¡Oh, ahí voy otra vez! —dice dando un gritito, mientras estalla entre una nube de polvo espacial. Creo que a veces Patricia juega a Astron en sueños, porque la he oído gritar: «¡Cuidado con los anillos de Saturno, Rubí!... ¡Son mortales!».

Por primera vez en nuestras vidas decimos nuestras oraciones antes de ir a dormir.

—Solo una cortita —dice tía Doreen—, para que Dios sepa que estáis aquí.

Y, al final, nos hace añadir una postdata pidiéndole a Dios que cuide de mamá y papá. Tía Doreen, quizás porque George nunca le ha descrito a su familia con mucho detalle (puede ser muy vago en sus descripciones), cree que Lucy-Vida es nuestra hermana. Nadie se molesta en decirle que, en realidad, se trata de nuestra prima, pues apenas supondría ninguna diferencia y, de todos modos, nos gusta bastante tener una cuarta hermana.

—Otra vez cuatro —murmura Patricia, bastante tristonza, una mañana cuando nos sentamos a la mesa del desayuno. Se ha traído *Mujercitas* (junto con *Lo que hizo Katy* y *Black Beauty*. De vez en cuando nos lee en voz alta los párrafos más emotivos, haciéndonos llorar a todas excepto a Gillian) y a veces jugamos a que somos la familia March —Patricia, naturalmente, es Jo, Gillian es Amy (quién si no), Lucy-Vida es Meg (un papel no muy apropiado) y yo —muy en contra de mis deseos— me veo obligada a representar la mansa y sumisa Beth. Tía Doreen, por lo menos, interpreta a una espléndida «Marmee».

Tía Doreen menciona a Bunty a menudo. Dice cosas como: «Seguro que tu mamá no quiere que hagas eso, Gillian» y «espero que tu mamá te eche de menos, Patricia», aunque cuando le preguntamos si conoce a Bunty se ríe, juguetea con el cigarrillo y dice:

—¡Dios mío, no!

Lucy-Vida pregunta a tía Doreen si tiene hijos y el rostro de tía Doreen se ensombrece y dice:

—No, cariño, tuve una niña, pero la perdí.

Y cuando Patricia pregunta dulcemente: «¿Cómo se llamaba?», tía Doreen la mira con ojos desolados y menea la cabeza.

—No lo sé.

¡Qué extraño, no saber el nombre de tu propio hijo! O quizás no, pues Bunty tiene que recorrer todos nuestros nombres hasta llegar al correcto, y yo siempre estoy al

final de la lista «*Patricia, Gillian, P... Rubí, como te llames*». Si Bunty no vuelve, tal vez podamos tener una nueva madre, tía Doreen a ser posible, una madre que recuerde mi nombre.

George llega el viernes por la noche y dice que regresaremos a casa a primera hora de la mañana. Cenamos pescado y patatas fritas —hemos comido lo mismo a mediodía, abajo en el malecón, y cuando tía Doreen dice: «Bueno, no sé vosotras, niñas, pero, lo que es yo, estaré encantada de no ver patatas fritas en una buena temporada, sí que lo estaré», todas asentimos de corazón. Más tarde, jugamos juntos una estridente partida de «pontón» hasta bien pasada la hora de irse a dormir.

—¿Dónde dormirás tú, papá? —pregunta Patricia mientras vuelve a guardar las cartas en la caja.

—Oh —dice George adoptando la sonrisa de Bunty por un instante—, dormiré aquí en el sofá, Patricia.

No hay problema.

A la mañana siguiente, una bandada de gaviotas que alborota en el exterior me despierta temprano. Deambulo hasta la sala y me instalo tras las cortinas naranjas que cubren una de las grandes ventanas para echar un último vistazo al mar —tan azul y reluciente como un zafiro. Hace una mañana maravillosa y apenas puedo creer que hoy no esté previsto bajar a jugar, como cada día, en la centelleante franja de arena que la marea acaba de limpiar y de donde ahora se retira. He olvidado por completo que George está aquí —no hay huellas tuyas en el sofá, ni siquiera una manta o una almohada para recordármelo— y solo caigo en la cuenta cuando oigo aproximarse sus tos de fumador, cargada de flema. Me asomo desde mi escondite, tras la cortina, y le miro a hurtadillas. Lleva un pijama de caramelos sin envoltorio y se rasca el cuello mientras entra en la habitación. Después aparece tía Doreen, vistiendo una combinación de nylon rosa concha. Su exuberante pecho, sin sostén, se bambolea como un flan en el interior del viso y, colocándose tras de George, le pasa por la cintura sus sólidos y carnosos brazos, de modo que sus manos se encuentran en alguna parte por debajo de la camisa. Él exhala una especie de gemido extraño. Tía Doreen ríe y susurra: «Sssh», y George dice: «Dios, Doreen», y menea la cabeza desconcertado, con expresión algo triste. Pero entonces tía Doreen dice:

—Vamos, Georgie-Porgie, levantemos a las niñas y démosles el desayuno.

Y Georges vuelve a suspirar y se deja conducir fuera de la habitación por el cinturón del pijama, como un condenado en un chirrión.

Dejamos a tía Doreen en Leeds, tras prolongadas despedidas y abrazos de adiós; incluso Patricia tiene los ojos húmedos cuando nos alejamos. Prolongamos la presencia de tía Doreen entonando con entusiasmo «*One Man Went to the Mow*» y un canon de «*Ten green bottles*», y, antes de que nos demos cuenta, la familiar mole de la catedral de York nos da la bienvenida mientras se aproxima rápidamente en el

horizonte.

—¿Quién se ocupa de la tienda? —pregunta Patricia (George ha perdido casi todas las ventas del sábado).

—La he cerrado.

Nos halaga que haya puesto a su familia por delante de Mammón.

Irrumpimos en la tienda con nuestras maletas.

—¡Buenas! —grita Gillian sin esperar respuesta, y se queda con la boca abierta cuando ve salir a Bunty de la parte trasera.

—Mamá —decimos con la voz entrecortada por la sorpresa, porque parece que hayan pasado años desde que pensamos en ella por última vez.

—Bunty —dice George, y añade, innecesariamente—: Has vuelto.

Se produce un silencio incómodo, que deberían haber llenado nuestras carreras hacia Bunty y nuestros besos —o quizá (una versión mejor) la carrera y los besos de Bunty— pero nos quedamos helados en la puerta de la tienda hasta que George dice por fin:

—Bueno, haré té, ¿te parece?

Pero Bunty dice:

—Déjalo, yo lo haré.

Y se aleja hacia la cocina rápidamente, como si acabara de llegar de la peluquería en lugar de haberse fugado durante casi una semana.

La sonrisa de George se desvanece como la de un gato de Cheshire. Observa la espalda de Bunty mientras esta se retira y, en cuanto la pierde de vista, se da la vuelta y se encara con nosotras, con expresión desesperada, como si estuviera oyendo afilar la hoja de la guillotina.

—Escuchad —susurra con urgencia—. No habéis ido de vacaciones con Doreen... ¿entendéis?

Asentimos con la cabeza, aunque no entendemos nada en absoluto.

—¿Y con quién hemos ido de vacaciones? —pregunta Patricia, intrigada.

George se la queda mirando, con una expresión de angustiada locura en el rostro —vemos claramente los mecanismos de su cerebro grabados en su retina.

—¿Quién? —le apremia Patricia insistente, mientras se oye el pavoroso sonido de la guillotina que se eleva—. ¿Quién, papá? ¿Quién?

La voz de Bunty surge ahogada desde la cocina.

—Por cierto, ¿quién ha atendido la tienda toda la semana? Estaba cerrada cuando he regresado.

—¿A qué hora ha sido eso? —grita George, forzándose a adoptar un tono indiferente.

—Hará una media hora.

George suspira aliviado y grita:

—La madre de Walter... le dije que cerrara pronto, se cansa un poco por las tardes.

—¿La madre de Walter?

Como es natural, Bunty no parece convencida. La madre de Walter está casi tan lela como Nell. Sin duda, si Walter le insiste un poco (le debe un favor a George), su madre acabará convencida de que realmente *atendió* la tienda toda la semana.

George se pone en cuclillas y queda al mismo nivel que todas nosotras excepto Patricia.

—*He estado* con vosotras en Whitby. He cuidado de vosotras toda la semana, ¿vale?

—Vale —murmuramos, otra vez en canon. Bunty se acerca y nos anuncia que el té está listo.

—Recordad —nos dice George—, nada de Doreen.

Se da unos golpecitos en los labios con el índice.

—Nada de ir con cuentos a mamá.

Una frase de lo más inapropiado, dadas las circunstancias.

—Démonos un lujo para cenar —sugiere Bunty cuando nos sentamos, bastante rígidos, en el piso de arriba.

—¡Oh, bien! —dice Gillian—. ¿Cuál?

—Pescado y patatas fritas, por supuesto —dice Bunty, sonriendo alegremente.

* * *

Me despierto envuelta en el negro brea de la noche. Algo araña la ventana. Estoy tendida en mi cama, rígida, despabilada por el espanto, imaginando que un vampiro particularmente voraz trata de entrar en la habitación. ¿Cuánto falta para el alba? Mucho todavía, descubro, y permanezco acostada, escuchando los ruidos que se oyen por la noche en una casa vieja —vetustas vigas que se ajustan, enyesaduras que crujen y el *tramp* y el *clank* de miles de sandalias claveteadas; los legionarios marchan escaleras arriba y abajo. Ruidos inofensivos comparados con la cosa que intenta colarse por la ventana. Cuando hay bastante luz y los pájaros empiezan a cantar, reúno valor suficiente para mirar a hurtadillas a través de la cortina. No es un vampiro, ni mucho menos, sino el loro, muy delgado y sucio, sentado en el alféizar de la ventana. Su rostro tiene la misma expresión derrotada que el de George, como si hubiera pasado toda la semana buscando Sudamérica sin poder encontrarla.

Las cosas vuelven rápidamente a la normalidad para todos, incluido el loro. Tan pronto como George y Bunty tienen su primera pelea, Lucy-Vida, como por arte de magia, recuerda que en realidad no es nuestra hermana y escapa a los brazos de tía Eliza y tío Bill. Las vacaciones pronto alcanzan la condición de mito —se esfuman de un modo tortuoso e irrevocable— como si les hubiera sucedido a los niños de un cuento y no a nosotras. Fue demasiado divertido como para querer recordarlo.

Durante un tiempo, hablamos de tía Doreen entre nosotras pero, poco a poco, se fue volviendo tan irreal como la misma Mary Poppins. Algunos meses después, Gillian llegó a creer incluso que volaba, afirmaba haberla visto planear sobre el malecón oeste y bordear las luces verdes y rojas del embocadero del puerto. Tan grato se hizo este recuerdo para nuestra desavisada hermana que nos dio pena desengañarla.

Nota al pie (V) - Lluvia

1958: Ted dejó la maleta de su madre en el suelo de la habitación, en la pensión, y después se demoró unos instantes, recorriendo con el dedo la repisa de la chimenea y tarareando sin melodía. Nell aguardaba impaciente que Ted se fuera para quitarse la faja y las medias y tumbarse en la cama.

—Bueno, me voy a deshacer el equipaje, madre. ¿Te veo abajo a la hora del té? —dijo Ted, rondando junto a la puerta, y Nell lo miró distraída. ¿Qué quería exactamente? El hijo pequeño de Nell tenía casi treinta años pero, cada vez que lo miraba, veía solo un niño. Ted había sido su favorito, pero ahora le parecía molesto, inquietante. Tenía la sensación de que deseaba algo de ella, pero no tenía la más mínima idea de qué podía ser. Hizo un gesto expeditivo con las manos.

—Muy bien, nos vemos para el té, Ted.

Ted acababa de dejar la Marina Mercante, tras doce años de servicio, y se suponía que esta semana en la pensión de Kendal debía ayudarle a encontrar sus raíces. A Nell no le apetecía venir. No quería dejar su casa nunca más, y no porque hubiera salido a menudo.

Ted cerró la puerta de la habitación con cuidado, como si ella fuera una inválida, y Nell se preguntó cuánto tiempo le quedaría aún antes de morir. La muerte era algo terrible pero aun así, cada vez con más frecuencia, Nell se sorprendía pensando que se sentiría complacida cuando todo terminase.

Hacía calor en la habitación, aunque la ventana corrediza estaba abierta y los visillos ondeaban suavemente con la brisa. Había una cama, dura y estrecha, un tocador, un armario ropero, una mesilla de noche y un reloj sobre la pequeña repisa de hierro forjado. El reloj marcaba las cuatro menos diez pero Nell no sabía si iba bien.

—Yo ya he estado en los Lagos —había dicho Nell de repente mientras entraban en Kendal, y Ted había rascado el cambio de marchas por la sorpresa, pues siempre había creído que su madre, todo lo más, se habría alejado de casa para ir al mercado de York un viernes por la mañana.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—En mi luna de miel.

—¿Tu luna de miel?

Mientras Ted intentaba imaginar a su madre en una situación tan placentera como una luna de miel, Nell estaba pensando lo extraña que sonaba esa expresión, luna de

miel, tan suave y dulce, como crema de violetas y agua de rosas, como esa postal que Percy Sievewright le había regalado, toda forrada de encajes. En el interior había escrito, con su letra de policía, grande y redonda: *Tuyo por siempre* y, qué extraño, resultó cierto, pues nadie más le quiso después, ¿no?

1919: Nell supo que debía de estar soñando. Ya no estaba en la habitación de la pensión que Ted había reservado con tanto revuelo, en Kendal. Ahora ocupaba el lecho nupcial en aquel lóbrego hotel con vistas al lago que Frank había escogido para la luna de miel. La noche era calurosa, sofocante, la última de otras tantas. Durante todo el día Nell había sentido la pesada atmósfera como una fuerza física que le presionase la coronilla y la empujara hacia abajo.

—Esta noche habrá tormenta, Nelly —había dicho Frank para animarla, como una promesa. ¿Pero cómo iba a animarse cuando él le parecía un peso de plomo que la estrujara y la aplastara, aún más cargante que el tiempo? ¿Haría eso cada noche de su vida matrimonial? ¿Tendría que seguir soportando sus gruesos pijamas de algodón, su punzante bigotito y esas otras partes de su anatomía de las que prefería desviar los ojos porque la hacían sentir terriblemente violenta?

Se oía un extraño zumbido y a Nell le llevó un buen rato advertir que el ruido procedía de la habitación y no de su cabeza. Dio a Frank una ligera sacudida para despertarlo. Debía averiguar qué era. Él ya roncaba tranquilamente junto a ella. Nell no podía entender cómo alguien podía dormirse con tanta facilidad. Lillian era igual; todas las noches le bastaba darse la vuelta, como un animalillo que se acomoda, para caer en un sueño tan dulce como el de un bebé. Nell, en cambio, solía yacer junto a ella, mirando el techo y sabiendo que tardaría horas en dormirse. Casi se alegró cuando Lillian se cambió de habitación tras la muerte de Albert. Sin una palabra de explicación y sin despedirse, había cogido todas sus cosas y se había cambiado de cuarto. Solo a la mañana siguiente, a la hora del desayuno, hizo una única referencia a esta decisión. Dijo:

—Oh, Nelly, ojalá no hubiéramos cambiado las sábanas cuando volvió al frente.

Rachel le había arrojado una cucharilla diciéndole que eso era repugnante, pero Nell comprendió a qué se refería. Si pudieran tocar algo suyo, una vez más, aspirar su aroma, como perros tras la pista de algo perdido.

Pellizcó a Frank en el brazo pero él le dio un manotazo como si fuera ella el insecto y no el enervante zumbido de sierra procedente de la ventana. Nell palpó la mesilla buscando las cerillas y forcejeó para encender la vela y poder ver de qué criatura se trataba.

Al ver el bicho, profirió un gritito de espanto y golpeó a Frank con fuerza porque, volando por la habitación —directa hacia el lecho nupcial— había una avispa enorme y monstruosa, un gran insecto mutante, negro y amarillo, zumbando sin interrupción como un zeppelin. A Frank le llevó algunos segundos recuperar la consciencia pero,

cuando lo hizo, dijo:

—¡Maldita sea, es un avispon!

Nell alargó el brazo, cogió una zapatilla del suelo y la agitó alrededor de su cabeza. El avispon salió disparado y dio una vuelta alrededor de la lámpara de gas que colgaba en el centro de la habitación.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —gritaba Nell a Frank mientras él se deslizaba con cuidado por su lado de la cama y alcanzaba su propia zapatilla. Avanzó sigilosamente hacia el avispon que seguía trazando furiosos círculos alrededor de la luz e intentó abatirlo con la zapatilla. El avispon hizo una finta hacia Frank. Él se agachó para esquivarlo y se sacudió el pelo, y Nell se echó a reír a carcajadas, para sorpresa tanto de Frank como de sí misma.

—¡No es gracioso, Nell, maldita sea! —dijo malhumorado, sin apartar la vista del avispon que subía y bajaba como un elevador por el cristal de la ventana.

Nell salió de la cama con cuidado y se cubrió la cabeza con las mantas. Él tenía razón, no era gracioso en absoluto. Ese avispon lo tenía realmente asustado, bailaba por la habitación como un auténtico jeremías; parecía imposible que un hombre, tras sobrevivir a la Gran Guerra, siguiera siendo un cobarde. Percy hubiera acabado con el insecto sin aspavientos; firme como un policía. Y Albert, Albert hubiese tratado de liberarlo; podía imaginarlo como si lo estuviese viendo, volviéndose hacia ella con una gran sonrisa burlona. En una ocasión, recordó, había capturado una abeja, un gran abejorro. Lo mantuvo en el hueco de sus manos, se volvió hacia ella con su encantadora sonrisa y dijo:

—Es un ejemplar estupendo, Nelly, ¿quieres verlo?

A continuación abrió las manos y lo dejó marchar.

Podía oír a Frank refunfuñando a través de las mantas.

—¿Crees que puede ver que la maldita ventana está abierta? —dijo, pero ella le ignoró. ¿Y Jack, qué hubiera hecho Jack con el insecto?, se preguntó. Nell pensaba que, en el fondo, nunca llegó a conocerle. A veces le parecía mejor que hubiese muerto, porque no podía imaginar cómo hubiera sido su matrimonio. Pronto se hubiese cansado de ella; había notado el modo en que la miraba durante su permiso, tras la batalla del Somme, receloso, como si no pudiese creer lo pava que era.

En ocasiones, en el lecho nupcial, cuando Frank le quitaba el camisón —una prenda de luna de miel, adornada con lazos—, le tocaba los hombros y gemía como si le avergonzase lo que iba a hacerle, Nell pensaba en Jack y en su hermosa piel, semejante a nuez pulida —y ahora esa piel se habría podrido por completo. Pronto no quedaría nada excepto sus huesos mondos, y sería el fin de Jack Keech. No parecía justo que una persona dejase de existir así, de repente. Como Percy, como Albert, como su madre.

La voz de Frank resonó triunfante:

—¡He matado al avispon, Nelly! ¿Nelly? ¿Por qué lloras, qué te pasa? Ya ha pasado todo, muchacha... lo he matado.

Frank la rodeó con sus brazos y le dio unos suaves golpecitos en la espalda; no tenía ni idea de qué hacer cuando alguien lloraba y, sin duda, no supo qué hacer cuando Nell emitió un terrible ruido ahogado y gimió:

—¡Quiero que venga mi madre!

A lo lejos, resonó un trueno.

1958:

—¡Madre! ¡Madre! ¿Estás bien?

Ted estaba en el pasillo, golpeando el marco de la puerta y observándola indeciso.

—¿No bajas? Ya han servido la sopa... es Windsor, oscura. Te gustará. ¿No? —añadió dudoso, pues Nell, en esos momentos, no tenía aspecto de que le preocupase mucho la sopa.

Su madre suspiró y se sentó en la cama.

—Bajaré en un minuto, ¿de acuerdo?

Cuando Ted se fue, Nell se levantó con dificultad y se embutió la faja de nuevo. Se plantó ante el espejo para cepillarse el pelo y empolvase la nariz, e intentó recordar el olor de la piel de Jack Keech y el tacto de su cabello, pero había pasado tanto tiempo que ni tan solo podía recordar su aspecto. Empezó a llover, una suave lluvia de verano, y el olor de la húmeda hierba de junio recién brotada hizo que Nell se sintiera repentinamente desgraciada.

Capítulo 6

1959

Plumas de nieve

El último día de Gillian. Pagaré el precio por todos esos rizos dorados en Nochebuena, así que será casi imposible olvidar el aniversario de su muerte. Estas Navidades quedarán marcadas en tinta negra y apuesto a que muchas Navidades futuras también. En Nochebuena vamos a la función navideña. Me gusta considerar eso una especie de compensación para Gillian («Al menos, pasó un buen rato antes de morir», algo así), pero, en realidad, esa salida será la causa de su muerte.

—¡Rubí!

Es George, que grita desde el piso inferior, compitiendo con la lluvia que martillea la ventana.

—¡RUBÍ!

En realidad no quiere nada. Conozco este tono de voz. Ha entrado en la cocina y ha encontrado a Bunty representando su versión de «la esposa martirizada» (debería haberse dedicado profesionalmente) y eso le ha irritado tanto que está buscando a quien esté más a mano para desahogarse. Yo.

Aunque hace frío en la habitación —no hay calefacción en nuestros dormitorios — tengo calor. Acabo de dar por finalizada una sesión de hula-hoop en el limitado espacio que hay entre las camas. Ahora estoy muy contenta, hecha un ovillo, envuelta en mi cubrecama de felpa rosa y dedicada a *Judy*, un viejo ejemplar perteneciente a Gillian. Mi cubrecama es exacto al de Gillian, al otro lado de la habitación, solo que el de Gillian es color melocotón porque siempre es la primera en elegir los colores. En la actualidad comparto la habitación con Gillian, porque Nell ha dejado su casa de Lowther Street y se ha trasladado a la nuestra. Ello se debe, según George, a que «ha perdido la chaveta», una frase que no acabo de entender, aunque solo hay que pasar un par de horas en su compañía para advertir que está experimentando algún tipo de metamorfosis. Se siente muy confundida (yo también, pero no con cosas como el siglo en que vivimos), no lo bastante confusa como para «ser recluida» (como Georges desea cuando le toca pagar el pato), aunque sí lo bastante mal como para sacar a Bunty de sus casillas todo el tiempo. ¿Pero acaso hay algo que no saque a Bunty de sus casillas?

Como podéis imaginar, Gillian está furiosa con este nuevo arreglo y para aplacarla tengo que andar de puntillas por la habitación, fingiendo que no estoy allí. Paso mucho tiempo tranquilizando a Gillian. En cambio, Patricia (¡una adolescente ahora!) no dedica ningún tiempo en absoluto a esa cuita. Aunque en realidad Patricia

ya no ocupa el mismo continuo espacio-tiempo que el resto de nosotros (si uno se vuelve así en la adolescencia, yo no quiero ser adolescente).

—¡RUBÍ!

¿No se olvidará de mí, verdad? Con sentimiento de culpa, aliso la tela. Tenderse en una cama hecha va contra todas las reglas domésticas de Bunty. Creo que la vida le resultaría más sencilla si no durmiéramos en las camas. Nunca. Por la mañana, apenas puede esperar a que estemos despiertas —abre las cortinas de un tirón y nos pellizca por debajo de las colchas— para erradicar de las sábanas nuestras cálidas formas lo más rápido posible, como una extraña manera de malos tratos infantiles.

En nuestra habitación (Gillian nunca usa el adjetivo en plural. «Mi habitación», remarca. Como si pudiera olvidarlo.) hay una alfombra en el suelo y un reducido armario de roble que huele como el interior de las maletas viejas, y de la celosía de papel en la pared brotan flores rosas. El mueble más valioso es un tocador en forma de riñón bordeado por un volante que hace juego con las cortinas. Gillian también lo considera suyo, aunque lo compraron para *las dos*, junto con los cubrecamas de felpa, después de que yo me trasladase a la habitación. Una de las (muchas) razones por las que Gillian detesta compartir la habitación conmigo es porque sigo caminando en sueños y le aterra que pueda hacerle algo desagradable mientras está completamente dormida y es incapaz de defenderse. ¡Ja! Ojalá.

Examino mi cara en el espejo del tocador buscando señales de culpa, no solo en relación con el cubrecama... ¿quién sabe qué más puedo haber hecho mal? Nunca se sabe, al menos con George y Bunty, que tienen toda clase de reglas no escritas; a veces creo que dirigen una especie de sociedad secreta, de una complejidad masónica, aunque no siempre se ponen de acuerdo en las normas —lo justo para hacérselo aún más difícil a sus pobres hijas. Algunas de estas reglas son bien conocidas, otras no tanto, y yo, en mi ignorancia, soy constantemente atrapada incumpliendo las más misteriosas. Estas últimas solo se nos revelan al azar —hasta ayer no me enteré de que las chicas no deberían sentarse con las piernas cruzadas (de George) y de que el partido laborista es más peligroso que la Iglesia católica (de Bunty).

—¡Rubí! Baja y échale una mano a tu madre.

Apuesto a que «una mano» es lo último que quiere Bunty. Bajo las escaleras de mala gana, sobre todo el último tramo hasta la cocina, donde los más truculentos fantasmas conspiran para volver. Se oye un débil sonido de perritos lloriqueando y gatitos ronroneando en la tienda y, por debajo, en un estrato diferente, un ruido apagado: los espectros preparan sus celebraciones. Pronto ya no viviremos «sobre la tienda». Bunty le ha echado el ojo a un «bonito chalet adosado» en las afueras, en los recónditos territorios suburbanos de Acomb, y nuestra partida a esos andurriales se ve considerablemente acelerada por la muerte de Gillian, que constituirá el motivo principal del «gran (y realmente terrible) incendio de la tienda de animales». Así que algo bueno sacaré Bunty de la muerte de Gillian. Y yo también, por supuesto, porque

tomaré plena posesión del tocador en forma de riñón (algo estropeado por el humo).

Me detengo junto a la puerta de la cocina y escucho antes de entrar. El ambiente parece bastante pacífico. Es importante que todo el mundo conserve el buen humor a causa de la función. He salido otras veces con George y Bunty peleados, y no es nada divertido, os lo aseguro. No está del todo claro por qué vamos el mismo día de Nochebuena. Normalmente esperamos hasta enero, pero creo que a Bunty se le ha metido en la cabeza que es más elegante acudir el día del estreno: Nochebuena. Así que, en el fondo, ella es la responsable de la muerte de Gillian.

Con cuidado, abro la puerta. La cocina parece cálida, pero no me dejo engañar. La escarcha brilla por todas partes, en la nueva lavadora English Electric, en el susurrante refrigerador y en la batidora Kenwood Chef. La atmósfera aquí es casi visible, un espeso humo helado que se extiende desde George y Bunty, dos figuras de glacial soberanía en su reino «sobre la tienda».

—A tu madre le vendría bien algo de ayuda.

Esas palabras, sin duda, constituyen un ejercicio de poder por parte de George — no puede ejercerlo sobre Bunty, así que lo está ejerciendo sobre el miembro más indefenso de la familia: yo. Desde que regresé de mi misterioso exilio en Dewsbury me he convertido en el chivo expiatorio de esta casa. Es evidente, por la severa expresión de Bunty, que se las arregla muy bien sin ayuda, gracias. Está de pie ante el fregadero, pelando patatas con furia demoníaca, tensando al máximo cada uno de los arcos y huesos de su cuerpo. (A veces trato de imaginar a Bunty de pequeña pero, por alguna razón, eso me produce una tristeza insoportable [ver *nota al pie (VI)*]). Ásperas corrientes de sentimientos burbujean bajo su piel y rompen en la superficie. Chispas de resentimiento estático vuelan desde las puntas de su cabello rubio bebé. Algo particularmente horrible se está fraguando entre ambos, algo, sospechamos, relacionado con «la putilla».

George está sentado a la mesa de la cocina sacudiéndose el aguanieve del bigote como un perro. Me pregunto por qué ha salido. Debería estar en la tienda a esta hora del día. Quizá haya estado comprando regalos de Navidad de última hora para nosotras. Tal vez haya acudido a una cita secreta con «la putilla». «La putilla» es la nueva adquisición de nuestra familia. Solo Bunty habla de ella como tal, George no se refiere a ella en absoluto, se comporta como si fuera fruto de la imaginación calenturienta de Bunty. Por ejemplo, una típica conversación sobre «la putilla» va más o menos así:

BUNTY: (a George). ¿Sabes qué hora es? ¿Dónde has estado? (silencio). Con tu putilla, supongo.

GEORGE: (mordaz). No seas ridícula. He estado tomando una cerveza en la bolera con Walter.

BUNTY: No entiendo qué ve en ti... no puede ser por tu aspecto, y seguro que no es por tu dinero. ¿Qué haces... le pagas?

GEORGE: (pacífico). ¿Has visto el periódico de la tarde por alguna parte?

Nosotras, las Inocentes, no tenemos del todo claro quién es exactamente «la putilla», aunque sabemos que es *mala*. Patricia dice que es una Jezabel, pero ese es el nombre de la gata de una tienda vecina, por el amor de Dios.

El rostro de George parece tan frío y húmedo como la ventana de la cocina y ahora finge estar muy ocupado poniéndose las zapatillas y encendiendo un cigarrillo. George ocupa mucho espacio. Bunty siempre dice que no hay espacio suficiente «sobre la tienda», y acostumbra a mencionar la «bonita casa pareada» en la misma frase, pero yo creo que, principalmente, es George quien ocupa demasiado sitio. En serio, «sobre la tienda» parece atestado, pero son imaginaciones. Patricia, por ejemplo, apenas sale de su habitación últimamente y Nell ocupa menos espacio que los fantasmas.

Bunty prefería que George se quedase en la tienda todo el día; podría mandarle la comida empujándola por el pasadizo y él le devolvería la ropa sucia usando el mismo sistema.

—¿Te apetece un té, Bunt?

George trata de imitar el tono que, supuestamente, utilizan las parejas felizmente casadas. A menudo lo hace cuando Bunty está de mal humor (o, para ser más exactos, más malhumorada de lo normal) pero suena tan artificial que solo consigue enojarla aún más. Si todas lo sabemos, ¿por qué él no se da cuenta? Bunty deja de pelar patatas, se seca las manos y lanza un ruidoso suspiro. Pone la tetera en el fogón y enciende el gas con una expresión igual a la de la Virgen María a los pies de la cruz en la pintura de la iglesia católica a la que me ha llevado hace poco mi nueva amiga Kathleen Gorman. (*Nadie*, ni siquiera Patricia, sabe que he estado allí). No me gustó, estaba llena de corazones goteando y pinturas de gente haciendo cosas horribles a otras personas. A Bunty le habría gustado la iglesia católica si hubiera tenido oportunidad de verla.

—La niña puede hacerlo —dice George, señalando las patatas abandonadas en el fregadero.

—No, no puede —gruñe Bunty, para alivio de «la niña». Bunty parece dispuesta a defender el pelador de patatas hasta del último rey Eduardo. Se aparta el pelo de la frente con un gesto sufrido que cuenta siglos de antigüedad genética. La vida de una mujer es dura y estaría condenada si alguien la privase de su calvario. En la cocina tiene lugar una terrible batalla de voluntades, en la que yo soy sin duda el desventurado peón. George sigue calculando las posibilidades de una auténtica bronca pero acaba dejándolo correr porque en realidad no quiere arriesgarse a las consecuencias de una discusión. Lleva en la lista negra de Bunty desde que abrimos la primera ventana del calendario de Adviento (o, más bien, desde que Gillian lo hizo, como ha ido haciendo casi cada día. Patricia ha soslayado la cuestión confeccionando su propio calendario de Adviento con una caja de cereales). No he comentado con nadie esta nueva fase de la guerra fría (Era Glacial sería más apropiado, en realidad) entre nuestros padres, pero Gillian y yo rara vez «comentamos» nada; ella grita, yo la

ignoro. Y Patricia, desde que ha entrado en la adolescencia, permanece incomunicada. No encuentro las palabras, de todas formas... tardaré muchos años aún en dar con las palabras apropiadas.

George apaga el cigarrillo, emite una especie de bufido con la garganta y se sienta de nuevo a mirar cómo Bunty le prepara su taza de té (bueno, estamos en 1959). Se aclara la garganta y escupe en el pañuelo justo cuando Bunty coloca la taza y el platillo ante él con una expresión velada en el rostro. La misma que exhibe cuando recoge (con guantes de goma) los calcetines, pañuelos y calzoncillos de George y los arroja en un cubo con Dettol para ponerlos a remojo antes de permitir que se unan al resto de la colada, casi inmaculada, en la English Electric.

Bunty recoge su pelador mientras yo permanezco indecisa en el pasillo, dudando de si aún me necesitan en mi papel de peón. Parecen haber olvidado que es Nochebuena y, a pesar del montón de empanadas de carne que hay sobre el aparador, en la cocina no se respira espíritu navideño precisamente. El pastel de Navidad, advierto, sigue descongelado, en el refrigerador. Mala señal. El pastel es un pariente cercano del bizcocho del 26, ambos reverenciados por Bunty con la misma devoción que la madre de Kathleen otorga a la escena de la Natividad.

—*Vamos* a la función esta noche, ¿no? —pregunto con bastante imprudencia.

—¿Y por qué si no crees que me estoy deslomando para preparar todo esto?

Bunty da una vuelta, cortando el aire con el pelador de patatas como si fuera una daga, indicando el panorama: empanadas de carne, pastel de Navidad, patatas, George.

—No he tenido tiempo de preparar el postre.

Sus ojos se estrechan hasta convertirse en dos rendijas cuando mira a George y añade en tono amenazador:

—Tendrá que ser fruta enlatada.

Toma una lata de melocotón, la abre con un abrelatas y la vierte en un gran cuenco de cristal donde los trozos quedan nadando como peces de colores. George sacude el periódico de la tarde para abrirlo y empieza a silbar «*Jingle Bells*», con suavidad, a media voz.

—¿No tienes nada que hacer, Rubí? —gruñe Bunty.

No. Ignoraba que fuera necesario estar ocupado en Nochebuena.

—¿Dónde está Gillian? —pregunta George de repente.

Siempre ha sido la favorita de Bunty, es bien sabido, pero últimamente se las ha arreglado para ganar mucha popularidad a ojos de George. Supongo que si te empeñas lo bastante en conseguir algo, el éxito te sonrío al fin.

—En su lección de piano —replica Bunty, reduciendo el gas bajo la sartén de las patatas.

—¿En Nochebuena? —dice George, con un matiz de sorpresa en la voz.

¿Lo veis? Se supone que yo debo «hacer algo» pero «nuestra Gillian» no. Parece que ya puedo irme así que subo a la sala y enciendo el televisor. *Campeón, el caballo*

maravilloso acaba de empezar y aunque mi corazón se estremece automáticamente al escuchar su emocionante sintonía debo confesar que me siento un poco decepcionada de que no pongan algo más acorde con la época. Aun así, el árbol de Navidad es hermoso; las luces están encendidas y tenemos algunos adornos nuevos —grandes bolas de cristal plateadas con brillantes copos de nieve pegados; el regalo empresarial de un viajante de comida para animales. Además acaban de encender el fuego de carbón en la sala, de modo que la habitación está llena de aromas sugerentes, polvillo de carbón y agujas de pino, y empiezo a animarme.

Nell está dormida en el sillón, junto al fuego, con un trozo de lama dorado misteriosamente enrollado al dedo. ¿Quizás para no olvidar algo? ¿Su existencia, tal vez?

Gillian irrumpe en la habitación, arrojando al suelo su estuche de música y desparramándose en un sillón, dejando a la vista sus bragas azul marino. Lanza un amargo suspiro y recompone su postura, cruzando las piernas y observando un punto situado a algunos centímetros por encima de mi cabeza.

—Se supone que no debes cruzar las piernas —le digo amablemente.

Sin una palabra, las descruza despacio y las vuelve a cruzar. Si le dijera: «Oye, Gillian, es tu último día en la Tierra, sé un poco más amable, por el amor de Dios», ¿se daría por aludida? Probablemente no.

George asoma la cabeza por la puerta de la sala.

—El té está listo —anuncia, mirando de lejos, con gesto de disgusto, la cincha y los estribos de Campeón. Con un movimiento pausado, Gillian me saca la lengua, descruza las piernas, se da la vuelta y obsequia a George con una gran sonrisa dentada.

—Hola, papá —saluda alegremente.

Si al menos me enseñara a hacer eso antes de irse.

El comedor. Una habitación muy pequeña, junto a la cocina. Solo cabe una mesa, las sillas y las personas: George, Gillian, Nell y yo estamos sentados a la mesa mientras Bunty hace mucho ruido en la cocina por si la hemos olvidado. Ojalá. Patricia entra como ausente y estudia la silla largo rato antes de sentarse. Me tiene fascinada. ¿Qué le pasará por la cabeza últimamente? Da pocas pistas, si es que da alguna. Al fin se sienta. George le lanza una rápida ojeada y dice:

—Te has tomado tu tiempo.

Ella hace una mueca e inclina la cabeza a un lado (una extraordinaria imitación del loro), y parece meditar esta información antes de decir dulcemente:

—Sí, sí, cuánto he tardado, ¿no?

No sé qué estragos hará en mí la adolescencia más adelante, pero seguro que nunca me volveré tan descarada como Patricia. George la mira como si estuviera deseando golpearla. Pero no puede —no solo porque es Nochebuena, sino porque

Patricia se ha encontrado por casualidad a «la putilla» y podría revelarles este encuentro a la Reina de las Nieves que está en la cocina. George, en consecuencia, se comporta como si su hija mayor fuera una bomba de relojería a punto de estallar en cualquier momento. Patricia saborea ese nuevo y poderoso estatus.

Nell intenta cortar comida invisible en el mantel. Bunty aporrea cosas en la cocina, lanzando cacharros y sartenes y dando portazos a los armarios como una posesa. Sé que intenta decirle algo a George así que, ¿por qué no se limita a *hablar*, por el amor de Dios?

Pero no, nada es tan sencillo para Nuestra Dama de la Cocina, que finge distribuir chuletas de cerdo, puré de patatas y zanahorias pero que, en realidad, está disparando cables de alta tensión desde la punta de sus dedos. Cables de acero, que hacen ruiditos metálicos al golpear las paredes de las habitaciones, la sala, la fachada de la tienda, algún animal. ¡Ping! ¡Ping! ¡Ping! Hasta que toda la casa acaba surcada por una red de tejido metálico: los pensamientos de Bunty.

Hace su entrada en el comedor cantando, en voz alta y desafinada, una canción absolutamente inapropiada de Doris Day («*The Black Hills of Dakota*»). Eso significa que pretende ignorar lo que está sucediendo entre George y ella. Hoy es un día especial, al fin y al cabo: la función, Navidad... por no mencionar la muerte de Gillian. Bunty rodea la mesa, con los platos en alto, como si fuera la camarera en una película americana. Tiene un aspecto ridículo.

—El cerdo está un poco duro —dice George.

¿Por qué no se limita a masticar y tragar sin hacer comentarios, como todo el mundo? Odio esto. Odio a toda esta gente sentada a la mesa. Puedo ver a Gillian haciendo lo mismo que yo, preparando comentarios de agradecimiento y consternación por si George continúa con sus críticas. Bunty, de todas formas, no parece dispuesta a pasarlo por alto.

—¿De verdad? —dice, cortando icebergs con la lengua—. ¿De verdad? —dice, desafiándole a continuar.

Enarca tanto las cejas que parecen a punto de salir flotando por encima de su cabeza.

—¿De verdad?

George guarda silencio bajo la presión de la Navidad.

—¡Qué noche tan húmeda para salir! —dice Bunty de repente, en un tono diferente, su voz «de sociedad». Trata de dejar bien sentado que ella es una persona educada, formal, a diferencia del grosero sentado a la otra punta de la mesa que, por desgracia, resulta ser su marido.

Nadie contesta. Todo el mundo está demasiado ocupado masticando —George tiene razón, la carne está dura, pequeñas chuletas chamuscadas, asadas sobre las llamas del mal genio de Bunty. Lo siento por Gillian, su última cena y se trata de una ofrenda quemada. Si lo hubiéramos sabido podríamos haber celebrado la comida de Navidad un día antes, solo por ella.

El cuchillo de Nell rebota en la mesa y cae al suelo. George y Bunty intercambian miradas por encima de su cabeza mientras ella se esfuerza inútilmente por agacharse y alcanzar el cuchillo. Al final, George suspira y lo recoge, dejándolo caer sobre el mantel.

—¿Puedo sentarme a tu lado en la función, papá? —pregunta Gillian, volviendo el luminoso haz de su sonrisa hacia George.

—Por supuesto, cielo —sonríe.

Es repugnante. Pero George se ha calmado, así que (mal que me pese) algún mérito hay que reconocerle a Gillian, supongo.

Estoy sentada junto a Nell, masticando obediente y sin decir nada, pero eso no me pone a salvo. Bunty se vuelve hacia mí súbitamente, como una cobra frustrada.

—Si no te das prisa, Rubí, seguirás aquí sentada cuando todos estemos en la función.

Parece satisfecha de que se le haya ocurrido un comentario inteligente. ¿Es mi madre de verdad? ¿Por qué hace eso? ¿Qué clase de diversión extrae de proferir amenazas inútiles como esa? Por una parte, tenemos tiempo de sobras. Y por otra, no se les ocurriría dejarme aquí mientras todos van a la función. ¿O sí?

—Sí —dice George inesperadamente—. Deja de hacer el tonto, Rubí, no puedes pasarte toda la vida llegando tarde, sabes.

Se pone de parte de Bunty, no sé si para apaciguarla o para irritarla, es difícil decir cuál de las dos cosas. Me pongo a comer tan rápido como puedo, pero me detengo, estupefacta y con la boca abierta, cuando Nell, en un arranque de lucidez, se vuelve hacia mí de repente y dice (en lengua extranjera, advierto):

—¡Sí, apúrate, moza!

Por una milésima de segundo la familia al completo parece estar observándome con la clase de mirada que los gorriones lanzan a los pobres e inocentes bebés cuco.

Bunty, todavía masticando, empieza a retirar los platos, ignorando las protestas de Nell, que aún no ha conseguido comer nada. Creo que Bunty preferiría lavar los platos antes de comer. Bailotea de nuevo hasta el comedor con el cuenco de cristal tallado que contiene rodajas de melocotón enlatado semejantes a grandes sonrisas, no muy distintas a la enorme mueca de maníaca que Bunty exhibe en su rostro. [*Versión extrema de la sonrisa de la nota al pie (IV)*]. Sirve los melocotones, y cuando Patricia protesta diciendo que no quiere le dice que peor para ella porque necesita el cuenco para hacer el bizcocho del 26. Bunty es la única persona de York capaz de hacer un auténtico bizcocho al jerez, y como nadie va a interferir en sus propiedades sacras, Patricia toma su bol, no sin antes inclinarse hacia George y decirle en un susurro confidencial y burlón:

—Dicen que la discreción es el mayor heroísmo, ¿no?

George parece extremadamente incómodo; no tiene idea de a qué se refiere Patricia pero está bastante seguro de que guarda relación con «la putilla».

George corta una rodaja de melocotón por la mitad con la cuchara, le añade un

poco de crema y se la lleva, con cuidado, a los labios.

—La crema está agria —declara, casi sin probarla. La cuchara permanece suspendida bajo su bigote color arena, el mismo color de los melocotones. Mira fijamente a Bunty, desafiándola a contradecirle y renunciando a todas sus buenas intenciones navideñas.

Al otro extremo de la mesa, frente a mí, Patricia prueba una cucharada de crema y melocotón y boquea. Asiente en mi dirección y articula con los labios la palabra «agria». Nell, seguramente por miedo a morir de hambre, ya ha terminado el suyo.

Bunty se relame con la meticulosidad de un gato.

—Pues yo la encuentro buena —dice tranquila. Está demostrando mucha entereza, como Deborah Kerr en *El rey y yo*.

George aparta el plato.

—Pues cómetelo tú entonces, maldita sea —dice, poniendo a Gillian en un pequeño aprieto, la boca atiborrada de crema rancia y melocotón viscoso y sin saber a cuál de sus padres hacer la pelota. Se las arregla para escupir su dilema de nuevo al bol cuando un ruidoso ronquido de Nell distrae la atención de Bunty y George. Duerme tan profundamente como un lirón, con la cabeza sobre el plato vacío.

—¡Está detrás de ti! ¡Detrás de ti! —grita Gillian entregada. (Se refiere a la bruja malvada, pero mucho me temo que es más bien la dulce muerte quien está aquí, en todo su vaporoso esplendor).

—¡Chitón! —susurra Bunty, haciendo un remilgado mohín con sus labios capullo de rosa—. No tan alto, alguien puede oírte.

Hasta Gillian advierte lo absurdo de esta afirmación. El teatro entero está alborotando mientras un elfo, un panda, una vaca y un gallardo aldeano corren por el escenario y Hansel y Gretel se ocultan bajo un montón de hojas. (¿Por qué hay un panda? Tal vez para alegrar a Patricia —me da un codazo y dice: «¡Mira, un panda!», con un insólito tono de felicidad). Sin dejarse intimidar, Gillian continúa gritando a todo pulmón. Disfruta cuanto puedas, Gillian, digo.

Cuando piden voluntarios del público para subir al escenario, me hundo en el asiento y me oculto tanto como puedo. Patricia se ha vuelto totalmente invisible. Pero no hay quien pare a Gillian, y antes de que podamos decir: «¡Oh, sí, es ella!», allí está, entre un revoloteo de blancos talones infantiles y capas de enaguas, en el escenario, cautivando al panda y cantando de todo corazón.

—Bueno, realmente —dice Bunty, casi sin darse cuenta, a la mujer sentada junto a ella (yo estoy en el centro del bocadillo Lennox: George en una punta, después Gillian, yo, Patricia y, en la otra punta, Bunty. Nell se ha quedado en casa)—. Realmente, nuestra Gillian es única.

No por mucho tiempo.

Cuando Gillian vuelve a su asiento, se la ve sofocada y enojada (la hija de su

madre) por haber tenido que abandonar el escenario.

—Todo lo bueno se acaba —dice Bunty, con una fría sonrisa y sin apartar los ojos del escenario.

Si Hansel y Gretel se hubieran quedado perdidos en el bosque para siempre, podríamos haber permanecido con ellos, atrapados, olvidar a «la putilla», la crema agria y los pasteles de Navidad sin congelar. Y Gillian no hubiera muerto. Pero el argumento prosigue imparable: la bruja arde hasta convertirse en un montón de harapos carbonizados y cenizas, la malvada madrastra es perdonada, los niños recuperados. Hansel y Gretel descubren el tesoro de la bruja, un cofre rebosante de esmeraldas, diamantes, ópalos, rubíes (¡!), zafiros, tan brillantes como los caramelos que Gillian y yo estamos compartiendo. La varita mágica del hada buena hace caer una lluvia resplandeciente, tan densa que cuando alargo la mano puedo tocarla.

—Bueno, ha terminado un año más.

George se levanta del asiento antes de que enciendan las luces, y mientras nosotras seguimos aplaudiendo él ya está en el vestíbulo, encendiendo un cigarrillo. Bunty se comporta como un roedor enloquecido, salta arriba y abajo al final de la fila, urgiéndonos a apresurarnos, mientras nosotras revolvemos desesperadas sombreros, bufandas, guantes, programas. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué induce a un pánico comparable al de un terremoto cuando está claro que tendremos que hacer cola durante siglos antes de que la entrada se despeje? Gillian, paralizada ante la visión del escenario vacío, se echa a llorar de repente. Bunty avanza por la hilera de asientos, dando afectadas explicaciones a la gente congregada a nuestro alrededor, «está muy cansada», «demasiadas emociones», «los niños, ya se sabe», mientras, a hurtadillas, estira cruelmente la mano de Gillian y sisea a media voz:

—¿Por qué no *creces* de una vez, Gillian, maldita sea?

Estas serán las últimas palabras que Bunty diga a Gillian. Lo siento por ella. No solo es una amonestación fútil —la única cosa que, con toda probabilidad, Gillian no va a hacer es «crecer»— sino que, como conclusión, no resulta un comentario muy agradable. En cualquier caso, es problema de Bunty, no mío. Mis últimas palabras a Gillian —al tiempo que le enseñé un caramelo parecido a una joya— son:

—¿Quieres el último rojo, o me lo puedo comer yo?

De lo más neutro, dadas las circunstancias, y por suerte coge el último rojo (se trata de Gillian, no lo olvidéis) así que no arrastraré sentimientos de culpa al respecto.

* * *

En el exterior del teatro Royal, George salta de un lado a otro, tratando de coger un taxi (nuestro coche, lo hemos descubierto al salir del teatro, tiene una rueda pinchada —una casualidad más en la conjura de coincidencias que matan a Gillian). La lluvia se está convirtiendo en agujas de aguanieve. Patricia se oculta bajo los arcos que decoran el exterior del teatro— aterrorizada ante la idea de que algún conocido la vea

con su familia (¿podemos culparla?). Bunty, por alguna razón, sujeta mi mano con fuerza mientras permanecemos temblando en la acera. Comete un gran error, está agarrando a la niña equivocada. Gillian intenta parecer sofisticada (lo sé por el modo en que bambolea su manguito blanco de piel). Justo entonces avista a un grupo de amigos del colegio —acaba de finalizar el primer trimestre en la Queen Anne— al otro lado de la calle. Gritan y se empujan como un puñado de idiotas.

No veo lo que pasa a continuación porque Bunty empieza a ofuscarse ante la idea de no conseguir un taxi, pero supongo que Gillian ha salido corriendo entre las filas de coches aparcados sin mirar, porque de repente se oye un fuerte golpe y una furgoneta Hillman Husky azul claro la voltea lentamente y la deja en el camino del taxi que George acaba de detener a gritos.

Forcejeo para desasirme de Bunty pero no puedo arrancar mis dedos de su mano. Entró en una especie de *rigor mortis* cuando vio a Gillian volar por los aires. La gente se arremolina alrededor, haciendo mucho ruido, pero al poco se abre un claro y vemos a George sentado al borde de la acera, con una de las perneras del pantalón incomprensiblemente enrollada, dejando a la vista un calcetín de lana beige. Se ha mareado. Entonces Bunty empieza a gritar, fuerte al principio; después el ruido se hace más agudo y más alto hasta convertirse en un aullido, como una sirena, y empieza a rebotar contra las farolas de sodio, las gárgolas del teatro, la luz azul que relampaguea cada vez más cerca.

La mañana de Navidad me despierto junto a Patricia en el, por lo demás, vasto vacío del lecho de George y Bunty. Entre nosotras se acurrucan Teddy y Panda. Es rarísimo estar compartiendo la habitación con Patricia y no digamos la cama. Supongo que, como yo, temía quedarse a solas, pensando que el vengativo espíritu de Gillian estaría acechando «sobre la tienda», custodiando celoso el tocador en forma de riñón, el calendario de Adviento y otras mil y una cosas impregnadas de su fuerza vital. A las once en punto de la Nochebuena, George y Bunty telefonearon del hospital para decir que Gillian había muerto y después se desvanecieron en el aire. A Nell le angustiaba la idea de tener que arreglárselas sola.

—No puedo arreglármelas sola —gimoteó por teléfono, pero a Bunty le daba igual.

Creo que, en realidad, se las arregla muy bien, sobre todo con las medias de los regalos.

Una de sus gruesas y arrugadas medias de sesenta denier yace a los pies del edredón de George y Bunty y ofrece un aspecto algo obscuro a la tenue luz del alba invernal. Sin duda, ningún elfo del Polo Norte la ha tocado. Sé que Papá Noel no la ha dejado allí porque no existe. Gillian me desengañó de esa posibilidad el año pasado, desenmascarando de paso al ratoncito Pérez. Qué iconoclasta era.

El lecho desprende un inquietante olor, el aroma almizclado de los polvos

compactos de Bunty mezclado con el tufillo a tabaco y pescado de George, y yo, poco convencida, le doy un codazo a Patricia y digo:

—Hay una media de Navidad.

—Ya lo sé —dice ella fatigada, y me doy cuenta de que ha sido ella, y no Nell, quien ha suplantado a Santa Claus. La buena de Patricia. Le debe de haber sido doblemente difícil desempeñar ese papel pues aunque ya tiene trece años y se la puede considerar el miembro más maduro de la familia, Patricia, más que nadie, lamenta el modo en que la magia se ha ido esfumando de nuestro mundo; nada de Papá Noel, ni ratoncito Pérez, ni hadas madrinas. Las hadas y los duendes no existen. Nuestra infancia ha terminado, aunque aún estamos esperando que empiece. He pasado la noche tendida junto al cuerpo, pequeño y rígido, de Patricia y sé que permaneció a la escucha, desesperada, aguardando el chacoloteo de cascos sin herrar en el tejado y el tintineo de cascabeles aproximándose.

Mi media de Navidad en 1959 contiene (en orden inverso, de abajo arriba): una moneda de seis peniques, una nuez, una naranja, una caja de cartas de «la familia feliz», una tableta de Fry's Peppermint Cream y una muñeca, barata y algo picada, que lleva una camiseta de punto y bragas. Las he tenido mejores.

Tendidas de espaldas y apoyadas en las almohadas paternas, compartimos el chocolate mientras jugamos una partida, bastante arbitraria, de «la familia feliz». La ironía continúa, pues completamos la familia del señor Bun el panadero y del señor Haddock el pescadero, ambas bastante más enteras que la del señor Lennox, el vendedor de animales.

Al final nos levantamos, vamos a la habitación de Nell y besamos su correosa mejilla. Una fugaz vaharada a orina se desprende de sus sábanas. Lleva una enorme mañanita rosa pálido que la empequeñece. Las manos que asoman por sus mangas tienen venas lilas que se marcan como alambres. Nos mira a las dos circunspecta con sus ojos legañosos.

—Feliz Navidad, abuela.

—Feliz Navidad, Patricia.

—Feliz Navidad, abuela.

—Feliz Navidad, Rubí.

¡Feliz Navidad a todos! El tintineante saludo resuena por la casa, como campanillas de cristal, mientras los fantasmas domésticos cantan alegres villancicos a lo lejos, escancian sus licores y alzan sus copas brindando por la Navidad.

Hacemos un esfuerzo. Enciendo las luces del árbol y Nell se pone una bata. Patricia hace una loable tentativa de limpiar el hogar y encender un fuego. Pero cuando intenta prenderlo con una cerilla se extingue tan pronto como arde toda la hojarasca. Traslada la estufa eléctrica del dormitorio de Nell y nos apiñamos alrededor de esa única fuente de calor, que desprende un desagradable olor acre a peló quemado. Encendemos las velas del carrillón de ángeles y al fin tenemos algún tipo de llama para alumbrar la fiesta.

Las tres miramos dudosas el montón de regalos colocado bajo el árbol.

—Podríamos abrirlos —dice Patricia al fin encogiéndose de hombros, como dando a entender que nada podría importarle menos, aunque, por supuesto, le importa muchísimo. Todo.

Tengo muchos regalos. George y Bunty me han comprado un anuario de *Chica*, un manguito de piel blanca (nuevo, no ex Gillian), unos patines de ruedas, chokolatinas de naranja Terry's y algunas joyas de juguete. Me parecen unos regalos sorprendentemente buenos. Nell me ha regalado una lata de polvos de talco con aroma a fresa, de Yardley, y Patricia un ejemplar de *Los niños del ferrocarril*, pagado de su bolsillo. Además, desde la tumba, Gillian me ha enviado un perro de vinilo que lleva una cinta lila alrededor de su cuello gordinflón y que sujeta entre las patas una botella verde y lila de esencia de violetas.

—Es horrible —dice Patricia, sin ningún respeto al reciente estado de Gillian. Pero entonces, aunque creíamos en su muerte la noche anterior, nos parecía casi imposible que siguiera muerta por la mañana.

—Horrible —asiento, y me zampo una chokolatina entera.

Patricia y Nell abren sus regalos, los restantes quedan tal cual bajo el árbol, como ofrendas a la muerta. Pienso que Patricia y yo deberíamos repartirnos los regalos de Gillian, pero no lo digo, porque sé que no es la actitud correcta.

Algo más tarde Patricia y yo andamos buscando a Nell y la encontramos en la cocina, haciéndole cosas raras al pavo crudo. Patricia le quita el delantal y se lo ata autoritariamente a la cintura, diciéndome que me lleve a Nell y juegue con ella. Demostrando bastante sensatez, Patricia no intenta cocinar el pavo. En lugar de eso prepara un encomiable conato de puré de patatas, guisantes asados y cecina de ternera enlatada, aunque solo después de que las tres nos hayamos cortado tratando de abrir la lata de ternera. Después tomamos empanada de carne y *pudding* de arroz a la crema de ambrosía. Comemos con los platos en las rodillas, frente al televisor, y disfrutamos de nuestra comida navideña más de lo que sería correcto tras la defunción de un pariente cercano. Nell se bebe dos imprudentes copas de ron. Más tarde Patricia y yo damos cuenta de toda la caja de galletas mientras nuestra abuela duerme en el sillón, y yo tengo oportunidad de relatar a Patricia algunos hechos relacionados con el «mundo espiritual», recogidos durante mi exilio en Dewsbury. Patricia está encantada con la idea de que los animales tengan alma, pero no le acaba de gustar eso de que Gillian vague por ahí para siempre y aprenda cómo acabar con los arañazos en las mesas de café.

Para el segundo día de Navidad hemos entrado en una especie de rutina basada, más o menos, en mirar la televisión, dormir y comer empanadas de carne. Patricia incluso ha aprendido a encender un fuego estupendo. Damos gracias a Bunty por conservar los armarios tan bien surtidos de comida enlatada. Las cosas mejoran cuando descubrimos el bizcocho del 26 escondido al fondo del frigorífico, aunque Patricia recela y dice que recuerda perfectamente que Bunty ni siquiera había

empezado a prepararlo cuando partimos a la función. ¿Quién ha preparado el pastel? ¿Cocineros fantasmales instruidos en el arte de chapuzar, emplastar y empastelar? ¿Hábiles gnomos? Quién sabe. Dejamos nuestros escrúpulos a un lado, lo devoramos de una sola sentada y por la noche nos invade la náusea.

No tardamos en dejar atrás nuestra antigua vida, ordenada rutina y buenas costumbres, y supongo que hubiéramos regresado pronto al estado salvaje si Bunty y George no hubieran aparecido de repente el día de fin de año, en medio de una ventisca. Tuvieron la decencia de llamar al timbre y parecían algo avergonzados, conscientes de que, en cierto modo, habían renegado de su responsabilidad paterna. Gillian no estaba con ellos, claro.

¿Dónde habían estado? Patricia y yo comentamos mucho la cuestión. Mucho para lo que acostumbramos, al menos. Por lo que pudimos averiguar, se habían largado con tío Clifford y tía Gladys (y, en consecuencia, le habían arruinado las Navidades a Adrian, seguro). Dios sabrá por qué, tal vez querían que alguien cuidara de ellos o quizás (aunque menos probable) deseaban mantenernos al margen de la tragedia. Celebraron el funeral y todo sin contar con nosotras y aunque ni Patricia ni yo lamentamos habernos perdido este evento, durante mucho tiempo —quizá para siempre— tuvimos la sensación de que Gillian estaba, si no exactamente viva, tampoco exactamente muerta.

Probablemente tuvieran que habilitar una nueva zona en el mundo espiritual, solo para Gillian. Durante varias semanas después, Patricia y yo estuvimos planeando una excursión a la Iglesia del Espíritu, en Dewsbury, con la esperanza de recibir un mensaje consolador de Gillian. *Tu hermana dice que no te preocupes por ella*, algo así. Conociendo a Gillian, seguro que habría guardado silencio solo por rencor (estaría furiosa de haberse perdido la Navidad). Estos planes se desvanecieron de golpe a causa del «gran incendio de la tienda de animales», cuando las nuevas admisiones en el mundo espiritual fueron tantas que resultaba más fácil olvidarse del asunto que pararse a pensar en todos esos espíritus mascota vagando por el plano astral, maullando y lloriqueando.

Bunty, durante un tiempo, perdió la cabeza. Era sorprendente lo mucho que la muerte de Gillian la había afectado. Solía verla a través de la puerta abierta de su dormitorio, lanzando pequeños quejidos, las manos agarradas al edredón. A veces gemía: «Mi niña, mi niña se ha ido», como si solo tuviera una niña, lo que no era muy amable para con nosotras dos. Otras veces, lanzaba un lamento de *banshee*, «Gilliaaaaaan», que hubiera debido bastar para hacer volver a Gillian de las sombras, pero no. En ocasiones se oía a Bunty llorar por la noche: «Gillian, mi perla», lo que me parecía muy extraño, porque nunca la había llamado así en vida. Y de todas formas, ¿no ha quedado claro que yo soy la joya de la familia?

Mejóro al cabo de un tiempo. Y también los animales. Patricia y yo los tuvimos

olvidados un par de días, y solo cuando los perros empezaron a aullar en mitad de la noche nos dimos cuenta de que no les habíamos dado de comer. Gracias a Dios, ninguno de ellos murió de inanición, aunque la negligencia pesaba en nuestras conciencias, sobre todo en la de Patricia, claro. Es duro mirar a los ojos de cachorros que están muriendo de hambre y saber que tú tienes la culpa. Eso te marca para el resto de tus días. El loro, durante el poco tiempo que le quedaba de vida, no nos perdonó. El «gran incendio de la tienda de animales» hizo desaparecer muchas cosas (junto con la mayoría de las mascotas) pero no el sentimiento de culpa.

Es la víspera de una nueva década, el último día de 1959. Nuestros recién recuperados padres duermen ahora profundamente en su habitación del piso inferior y son las tres de la mañana en mi reloj de Blancanieves. Me deslizo hasta la sala, despierta, no sonámbula. Preferiría no dormir en mi habitación —la visión de la cama de Gillian vacía me pone nerviosa. Muerta o no, sigue allí— si miro su lecho el rato suficiente puedo ver el cubrecama color melocotón subir y bajar al ritmo de su respiración invisible.

El reloj de la repisa, que siempre anda despacio, toca *una, dos, tres* campanadas. Las cortinas de la sala están abiertas y en el exterior veo caer la nieve, en silencio. Copos enormes, semejantes a plumas de ganso; pequeños y rizados, como plumón de cisne, y grandes trombas, como si una bandada de petreles se sacudiera para librarse de sus plumas. Mientras lo contemplo, el cielo se llena de nubes, plumas de nieve de todos los pájaros existentes, incluso de algunos que solo existen en la imaginación, como los azulejos que sobrevuelan el arco iris. El árbol de Navidad ha perdido ya casi todas las agujas, pero enciendo las luces de todos modos. A continuación, hago que las bolas de cristal se balanceen. Si me esfuerzo, puedo conseguir que todas se columpien al mismo tiempo. A veces, dos chocan entre sí, y desprenden un brillo que cae sobre mí, como una lluvia de polvo de hadas.

Nota al pie (VI) - La excursión de la escuela dominical

La excursión de la escuela dominical a Scarborough era todo un acontecimiento. La señora Mildred Reeves, a cargo de la escuela dominical St. Denys y organizadora de su excursión anual, formaba a sus ayudantes en la estación del tren, mucho antes de la hora. Su asistente, la señorita Adina Terry, aguardaba ya junto a la barrera de los billetes con Lolly Paton, una amiga que se había traído a la excursión. El nuevo y vehemente vicario, el señor Dobbs, iba acompañado de su prometida, la señorita Fanshawe, y juntos hacían guardia ante la gran canasta de mimbre que contenía la comida para los niños. Casi todos los padres habían contribuido al pícnic, aunque por desgracia la mayoría había optado por los dulces, así que la señora Reeves y la señorita Fanshawe llevaban desde primera hora de la mañana preparando sándwiches

(pasta de pescado y huevo).

—¡Qué día tan estupendo! —exclamó la amiga de la señorita Terry, Lolly Patón, abriendo los brazos y riendo. El vicario se ruborizó y la señora Reeves apretó los labios en un gesto de desaprobación. Pero Lolly Patón tenía razón, hacía un día estupendo, cálido y despejado, el último sábado de julio, e incluso ahora, a las nueve y media de la mañana, no cabía duda de que el gran arco azul que cubría las vigas y los vidrios de la bóveda de la estación se mantendría claro todo el día. No solo tendrían un tiempo «estupendo» comparado con el de los años anteriores, tres excursiones al mar pasadas por agua, sino que la marea estaría, por una vez, exactamente en el lugar correcto, o sea, tan lejos como era de desear, y los niños podrían hacer su pícnic, mojarse los pies y jugar sin temor a ser arrastrados por el mar.

La señora Reeves guardaba un trozo de papel en el bolso donde había anotado una lista de canciones para cantar en el tren y una lista de juegos para jugar en la playa —carreras a tres piernas, «pichi» por equipos, *croquet* humano y críquet de playa. La señora Reeves se alegraba de contar con una presencia masculina, el señor Dobbs, quien no solo la ayudaría con las reglas del críquet, de las que la señora Reeves solo tenía algunas nociones, sino que además mantendría a raya a los niños revoltosos del grupo, algunos de los cuales, en opinión de la señora Reeves, no hallaban en sus hogares toda la disciplina que debieran. De todas formas, recordó la señora Reeves, ¿acaso no era parte de su deber cristiano fomentar esas cualidades en esos pobres niños, bastante numerosos?

—Paciencia con los niñitos —murmuró para sí, pero las palabras quedaron ahogadas por la llegada del tren expreso de King's Cross a Aberdeen, y la señorita Fanshawe tuvo que poner una mano en el brazo del señor Dobbs para retenerlo, pues parecía a punto de saltar a bordo.

La señorita Terry no era tan organizada como la señora Reeves; no había hecho ninguna lista, pero se había traído algunos cuentos para leer a los niños, no las típicas y moralistas historias de la Biblia que narraba, bastante aburrida, domingo tras domingo, sino un ejemplar de un libro recién publicado, *Golondrinas y Amazonas*. Su hermano pequeño le había asegurado que se trataba de «una aventura la mar de divertida». Aunque, tal como se desarrolló el día, no llegó a abrir el libro, porque Lolly Patón organizó una representación improvisada de Peter Pan en la que puso a todos los niños a hacer de niños perdidos e incluso consiguió convencer al rígido señor Dobbs de que representase a un enérgico capitán Hook. La señora Reeves, en cambio, se negó en redondo a hacer de cocodrilo y la señorita Fanshawe permaneció mohína junto a las botellas de limonada.

—Iré a comprar los billetes —declaró la señora Reeves—. No tiene sentido esperar a que estén aquí todos los niños, seguro que algunos llegan tarde y podríamos perder el tren.

—Sobre todo porque tenemos que llegar cuanto antes —dijo la señorita Terry en

tono grave, y Lolly Patón la pellizcó en la cintura; ambas tuvieron que mantener los ojos fijos en el enorme y recargado reloj de la estación para no echarse a reír. Una niña que llegaba antes de hora se acercaba ya al punto de encuentro, luciendo un blanco immaculado de la cabeza a los pies y con el cabello sujeto por una barroca composición de lazos.

Mientras tanto, en el domicilio de Lowther Street, los niños aún no habían salido de casa, retrasados tanto por su lentitud habitual como por su madre, quien acababa de advertir que había olvidado aportar algo al pícnic. La señora Reeves había insistido mucho en que todo se entregase en la sala de la iglesia la noche anterior. A toda prisa, Nell había metido unos bollos en el horno, antes incluso de que alcanzara la temperatura apropiada, y no dejó salir de casa a Babs, Clifford y Bunty hasta que estuvieron preparados. Betty guardaba cama, la última de la familia que había sucumbido a un ataque de tos ferina que había estado a punto de volver loca a Nell. A Ted se le consideraba aún demasiado pequeño para las excursiones de la escuela dominical.

—No nos llevamos nada y ya está... allí habrá un montón de comida —dijo Clifford impaciente, frotando con la punta del zapato el marco de la puerta de la cocina.

—Esa no es la cuestión —dijo Nell, en un acceso de irritación—. ¿Qué pensarían?

Y se apartó el pelo de la frente, como tratando de borrar sus pensamientos.

—¿Qué pensaría quién? —pregunto Bunty, sentándose en el suelo de la cocina. Manoseó los botones de las correas de sus zapatos mordiéndose el labio, concentrada.

—La señora Reeves... los de la escuela dominical, quien sea...

Nell se interrumpió para agarrar a Ted, que se estaba metiendo algo en la boca, y tuvo que forcejear con él para sacarle una piedra. Babs se peinó con precipitación.

—¿Podríamos irnos de una vez, por favor? —dijo nerviosa.

Bunty y Babs no llevaban lazos, su cabello a lo paje caía lacio por encima de sus orejas. Tampoco lucían vestidos blancos. Babs vestía una bata verde savia que no le sentaba nada bien y el mejor vestido de Bunty era una prenda marrón con la cintura dada.

—El tren sale a las diez y cinco —dijo Babs—, y se tarda más de media hora en llegar a la estación...

—Sobre todo con Bunty a cuestas —dijo Clifford sombrío.

Babs empezó a lamentarse:

—Y la señora Reeves nos pidió que estuviéramos allí a las diez menos veinte...

—Ya son menos veinticinco —murmuró Clifford, contemplando el jardín trasero inexpresivo, con el aire de un condenado a muerte que empieza a aceptar su destino.

—¡Callaos, vosotros dos! —ladró Nell—. Los bollos estarán en un minuto, tú...

Clifford, Babs, como te llames... coge un paño para envolverlos.

Babs sacó una servilleta a cuadros blancos y verdes de un cajón e intentó no llorar.

Nell sacó la bandeja del horno y colocó los blanquinosos bollos en la servilleta.

—Los he sacado del horno antes de tiempo —refunfuñó.

—No, no... tenemos que irnos —gritó Babs, incapaz de contener las lágrimas por más tiempo. Recogió el paño, haciendo un nudo con las esquinas mientras se iba, y echó a correr tras de Clifford, que ya se había adelantado. Bunty empezó a llorar porque aún no se había abrochado un zapato. Nell se agachó y le dio un fuerte manotazo en la pantorrilla antes de abotonárselo, y Bunty salió de casa como un rayo detrás de sus hermanos.

—¡Vamos! —le gritó Babs desde la puerta del jardín, alargando una mano que apenas llegó a tocar los dedos de Bunty antes de que las dos estuvieran corriendo, volando por Lowther Street y a lo largo de Clarence Street. Bunty sintió un terrible pinchazo en el costado cuando treparon por el puente que franqueaba la vía del tren y gemía y cojeaba cuando bajaron por Grosvenor Terrace hacia Botham. Babs no dejaba de gritarle que se apresurara. Pasaron como una bala sobre el Ouse, por el puente de Scarborough, mientras un tren, por encima, les acompañaba en su carrera.

—Seguro que es nuestro tren —boqueó Babs, casi cayendo por las escaleras metálicas cuando entraron en Leeman Road. Babs corría tras de Clifford, pero Bunty tuvo que detenerse a recuperar el aliento y después cojeó débilmente hasta Station Road y apenas entrevió la bata verde de Babs desapareciendo entre los portalones de la estación.

Bunty podía sentir las gruesas enaguas pegarse a su piel bajo el vestido, y cálidas y molestas lágrimas le escocían los ojos. Estaba aterrorizada, casi fuera de sí, ante la idea de que partiesen sin ella, y trotó estoicamente entre la muchedumbre hasta la barrera de los billetes, donde el revisor la detuvo alzando imperioso la mano y la ceja. El jefe de estación ya había tocado el silbato, y el tren, claramente visible desde el andén, tras la barrera, empezó a moverse, muy despacio. Bunty lo observó con mirada trágica. Entonces divisó a Clifford, corriendo como para salvar su vida, y Bunty se llevó la mano a la boca y dijo: «Oh», mientras veía cómo su hermano se apresuraba aún más por el andén y estiraba la puerta de un vagón para abrirla antes de saltar a bordo y arrastrar a Babs tras él —Babs, que gritaba el nombre de Bunty, pero cuyos pies estaban ya en el escalón. Mientras desaparecía en el vagón dejó caer el fardo. El mantel a cuadros verdes y blancos salió revoloteando como una bandera suelta, y los bollos rodaron por el andén y bajo las ruedas del tren. Un jefe de estación enfadado cerró la puerta de un golpe mientras el tren pasaba junto a él, ganando velocidad. Bunty entrevió el confundido rostro de la señora Reeves a través de una de las ventanillas y se preguntó si estiraría la palanca de alarma al advertir que Bunty había quedado atrás.

Pero no, el tren silbó ruidosamente, haciendo volar una bandada de palomas del

techo, y sobrepasó la bóveda saliendo al azul de la mañana. Bunty emitió un ruidoso sollozo al ver el tren hacerse más pequeño y girar hacia la nada, y un extraño silencio cayó sobre la estación, un silencio repleto de amarga desilusión y aun así, al mismo tiempo, extrañamente pacífico. Fue roto por el sonoro ruido metálico de algo que caía. El revisor salió de su cabina y tomó a Bunty de la mano, gruñendo:

—¿Habrás que ajustarte las cuentas, jovencita?

Y es que Bunty no solo estaba hecha un mar de lágrimas sino sobre un charco de algo más embarazoso.

El jefe de estación tardó bastante en poder averiguar, al menos, el nombre de Bunty, que boqueaba para respirar entre convulsiones de llanto.

Bunty quedó al dudoso cuidado de un joven portero, que la llevó a casa en tranvía. La dejó en Huntington Road para que caminase el resto del trayecto hasta su domicilio. A Bunty le parecía llevar horas en compañía de extraños y ansiaba desahogar sus penas en unos brazos familiares. Pero cuando entró en la cocina, se encontró un panorama desconcertante: su madre estaba absorta en la preparación de un *pudding* de arroz (había granos de arroz blanco desparramados por toda la mesa, como pequeñas perlas) pero no parecía del todo en sus cabales, pues la gran fuente esmaltada que usaba para hacer *puddings* de leche y natillas rebosaba líquido, y aun así Nell seguía vertiendo leche del gran jarro azul que tenía en la mano. La leche desbordaba el plato y se derramaba en la mesa antes de caer por el canto, como una blanca catarata láctea.

Para acabar de rematar la escena, Ted lloriqueaba en el piso superior y Nell hablaba para sí, haciendo muecas y escupiendo palabras como una loca lanzando una maldición —aunque cuando Bunty se paró a escuchar advirtió que solo estaba recitando alfabéticamente las recetas de pasteles que aparecían en el libro de Nell *Hazlo tú misma*, de Dyson: *biscuit de crema de manzanas*, *biscuit de higos y nueces*, *bollos de coco*, *bollos de chocolate*, *delicias de crema*, *dulce de crema y miel*, *dulce de pasta de almendras*, *galletas de té*, *hojaldre relleno con manzanas*.

Bunty abandonó la cocina sigilosamente y se acomodó en el banco del jardín. Ya había derramado todas las lágrimas posibles y se sentó al sol tranquilamente, tratando de no pensar en lo que estaría haciendo la escuela dominical en Scarborough. Mientras tanto, la enfermiza tos de Betty martilleaba sus oídos. Cuando se volvió hacia la ventana de la cocina pudo avistar a Nell por encima del hombro. Rayaba nuez moscada sobre la leche, no unas pocas raspaduras como tenía por costumbre, sino la nuez moscada entera —arriba y abajo del rayador, una y otra vez— y solo se detuvo cuando sonó un terrible porrazo seguido de un grito. Bunty supuso que Ted había vuelto a caer por las escaleras.

Al siguiente domingo, la señora Reeves reunió a sus eufóricos cachorros alrededor de su falda y les permitió charlar cinco minutos enteros sobre la

maravillosa excursión. Cuando terminaron, miró a Bunty y dijo:

—Es una lástima que te la perdieras. Espero que te sirva de lección y seas más puntual a partir de ahora, te perdiste un montón de juegos y diversiones.

Y después asintió en dirección a Adina Terry, que abrió su gran *Biblia Infantil Ilustrada* y, con un pequeño suspiro, dijo:

—Hoy, niños, vamos a leer la historia del Buen Samaritano.

Capítulo 7

1960

¡Fuego! ¡Fuego!

Hoy hemos visitado a Gillian. Está bien arropada, tan a gusto como un bebé en la cuna, bajo una agradable manta de césped verde, semejante a un tapete de juego. No jugamos a cartas sobre él, ni tan solo a unas simples adivinanzas. Bunty embute un ramo de brillantes anémonas rojas en una piedra con agujeros. Me recuerda a la piedra de Burton Stone Lane, un gran canto rodado negro que, en otro tiempo, constituyó el límite de la ciudad y donde la gente del campo dejaba sus mercancías cuando York padeció la peste. Ahora, nuestra Gillian se halla tan inaccesible como una víctima de la peste. No podríamos tocarla ni aunque quisiéramos, a menos que arrancáramos el césped y caváramos bien hondo en la fría y dura tierra del cementerio. Lo que no tenemos intención de hacer, sobre todo porque nos hemos puesto nuestra ropa favorita para la ocasión. Yo luzco mi vestido de tafetán a cuadros escoceses y Patricia lleva una sencilla falda de lana en tonos neutros —colores que los caramelos de platillos volantes han puesto de moda—, tiesa sobre sus rígidas enaguas. Su falda de platillo volante cruje en torno a sus delgadas piernas, embutidas en medias, ligas y faja. Su sostén «júnior» y el pecho júnior oculto en su interior hacen delatoras arrugas bajo su jersey Courtelle. Lleva el cabello, de tono pardusco, recogido en una cola de caballo con una cinta de satén rosa. Es duro ser mujer.

De todas formas, no tendría sentido ponerse a cavar, pues en realidad Gillian no está allí, sino «a salvo en los brazos de Jesús». Eso pone en su lápida:

Gillian Benerice Lennox
14 de enero de 1948 – 24 de diciembre de 1959
Amada hija de George y Bunty
A salvo en los brazos de Jesús

—No dice nada de nosotras —le susurro a Patricia, cuando Bunty saca una bayeta del bolso y empieza a frotar la lápida. Más faena.

—¿Nosotras?

—Amada hermana.

—Bueno, no lo era, ¿verdad? —dice Patricia con toda la razón, y a las dos nos invade de inmediato un sentimiento de culpa por haber pensado algo semejante. Vuelve, Gillian, todo está perdonado. Vuelve y te convertiremos en nuestra amada hermana.

Bunty saca unas tijeras de cocina y empieza a recortar el césped. ¿Qué será lo

siguiente que haga, pasar el aspirador? La lápida de Gillian es muy sencilla y nada interesante. Ya he estado antes aquí, con mi amiga Kathleen y su madre para visitar la tumba de su abuelo, y Kathleen y yo jugamos al escondite entre las tumbas. Nos gustaron sobre todo las que tenían esculturas de ángeles, tanto los solitarios y tristes como los que iban en pareja —uno a cada lado, con las alas extendidas en actitud protectora hacia el invisible morador bajo tierra—. Kathleen y yo pasamos algún tiempo fingiendo ser ángeles guardianes de tumbas, usando nuestras chaquetas como alas.

¿Hay que haber muerto para estar a salvo en los brazos de Jesús? Al parecer no. Kathleen, que ya me ha enseñado la exótica y sanguinolenta decoración de la iglesia católica St. Wilfred, dice que estamos a salvo en Sus brazos, sobre todo los niños pequeños. En especial los que sufren, añade. Patricia y yo sufrimos un montón, así que eso son buenas noticias. Además, me dice, Él es un Cordero y Su sangre nos limpia (os aseguro que se pueden oír las mayúsculas cuando Kathleen habla). Debo admitir que tengo algunas reservas sobre lo de lavarme con sangre de cordero, pero si eso va a salvarme de arder para siempre en las llamas del infierno —o Infierno, pues suena como la clase de lugar que se escribe con mayúscula— supongo que habrá que resignarse. La señora Gorman, la madre de Kathleen, siempre está haciendo visitas a la iglesia, del mismo modo que Bunty podría hacer visitas al servicio cuando va de compras por St. Sampson's Square. Nos pasamos toda la mañana del sábado —Kathleen, su madre y yo— ayudando a una colecta para la NSPCC Júnior (la sociedad nacional de protección contra los malos tratos infantiles) en King's Square. Yo estoy encantada de colaborar —voy coleccionando buenos deseos y buenas acciones para el Cordero, pues aunque es bueno y compasivo, también forma parte (inexplicablemente) del trío que puede enviarte al Infierno.

De modo que, si en un momento estamos paseando por Duncombe Place, discutiendo si vamos o no a tomar un chocolate caliente, al siguiente hacemos una escapada a la iglesia. La madre de Kathleen hunde los dedos en la pila de la entrada, se santigua y dobla una rodilla en dirección al altar. Kathleen hace lo mismo. ¿Cuál será aquí el protocolo? ¿Sigo su ejemplo? Y si lo hago, ¿acabará Dios conmigo porque no soy católica? ¿O acabará Bunty por la misma razón? Ni Kathleen ni la señora Gorman me miran ahora, están encendiendo velas, así que me salto lo del agua bendita y hago una pequeña reverencia en dirección al altar.

—Ven y enciende una vela por tu hermana —dice la señora Gorman, sonriendo para alentarme.

Las velas son preciosas, de cera cremosa y tan delgadas como un lápiz. Todas apuntan hacia arriba, como indicadores sagrados que señalaran el camino hacia algún lugar místico e insondable, allí donde el ángel Gabriel, el Cordero y una hueste de palomas blancas viven entre nubes. ¿Cómo sobrevivirá Gillian en semejante compañía? (Probablemente esté ya dando órdenes a los querubines). Va a necesitar toda la ayuda posible, así que enciendo una vela con mano algo temblorosa. La madre

de Kathleen paga la vela depositando una moneda de seis peniques en una caja y yo, mientras tanto, trato de adoptar el aspecto de estar recitando una oración.

No sé Gillian, pero yo me siento mucho mejor tras haber encendido la vela. Reconozco que el ritual tiene su gracia. Más tarde, en casa, tomo del aparador el carillón de ángeles (sigue allí desde Navidad, ajeno al paso del tiempo —incluso queda algo de oropel prendido a los rieles de las cortinas, todo ello prueba del descuido doméstico imperante en la era después de Gillian— 1960 AG) y lo coloco respetuosa en mi mesilla de noche Lloyd Loom rosa. Cada noche enciendo las velas rojas e invento oraciones que se elevarán hasta el Cordero como humo bendito.

Me veo obligada a racionar las velas del carillón, pues no hay más, pero no así mis oraciones, y rezo tanto —ruegos desesperados, demandando la atención del Cordero— que se me inflaman las rodillas. De hecho, mis rodillas están tan inflamadas que incluso Bunty lo nota, un sábado, cuando vamos a comprar zapatos nuevos. Mi cansino paso de lisiada la pone tan furiosa que se para, deja de regañarme para que me apesure y me pregunta qué me pasa (se ha vuelto más considerada con sus hijas ahora que ha perdido una). Así que, en estos momentos, estamos sentadas en la sala de espera del médico.

Uno se quedaría a vivir en la sala de espera del doctor Haddow. Es muy cálida y acogedora, a diferencia de la del señor Jeffrey, el dentista, en cuya sala de espera hace frío y huele a antiséptico dental y desinfectante. El doctor Haddow tiene un fuego de carbón encendido y sillas de piel en las que te dormirías, y en las paredes hay acuarelas enmarcadas, pintadas por su esposa. Un viejo reloj cuya esfera está decorada con rosas cuenta el pasar del tiempo con un tic tac sólido, como los cascos de un caballo —mucho más bonito que el ruido a lata que hace nuestro reloj de la repisa. Hay una gran mesa de madera pulida con un buen surtido de emocionantes lecturas, desde *Country Life* a la vieja *Dandys*. Yo prefiero el *Reader's Digest*. Bunty ojea un *Woman's Realm* mientras yo me dedico a incrementar mi competencia lingüística. Me gusta ir al médico, creo que no vamos con la suficiente frecuencia.

Además, el doctor Haddow es muy simpático y te habla como si fueras una persona de verdad, aun cuando Bunty contesta todas las preguntas por mí, mientras me dejan allí sentada, como el muñeco mudo de un ventrílocuo.

—¿Y qué tal estás, Rubí?

—Le duelen las rodillas.

—¿Y dónde te duele exactamente, Rubí?

—Aquí —dice Bunty, apretándome la rodilla con tanta fuerza que lanzo un grito.

—¿Qué has estado haciendo, Rubí? —pregunta, sonriendo con simpatía—. ¿Te has excedido con tus oraciones? —Se ríe—. Creo que solo es una bursitis —dice al fin, tras una larga serie de «U-huhs» y «Mmm».

—¿Una bursitis? —repite Bunty en tono preocupado—. ¿Se trata de un parásito?

—Nada de lo que preocuparse.

—¿Nada de lo que preocuparse?

—Rodillas de criada —explica el doctor Haddow.

—¿Rodillas de criada? —repite Bunty, acorralada en el eco.

Me mira con recelo, como si yo estuviera llevando una doble vida, haciendo faenas domésticas por las noches, cuando camino sonámbula. Tareas del hogar en sueños.

Dejamos la consulta sin medicinas y con un único consejo médico: «relájate y descansa». Bunty sorbe por la nariz, como despreciando la idea, pero no dice nada. Amablemente, el doctor Haddow le ofrece otra receta de tranquilizantes.

—Usted también debería relajarse —dice mientras garabatea con su boli en el bloc de recetas, dejando un rastro de caligrafía indescifrable, color azul claro, semejante a la de *Las noches árabes*.

—El tiempo lo cura todo —dice, inclinando la cabeza y sonriendo (habla de la muerte de Gillian, no de mis rodillas)—. Sé que Dios ha sido cruel con usted, querida, pero todo tiene un propósito.

Se quita las gafas y se frota sus ojos color tinta azul claro, como un niño pequeño. Después sonrío a Bunty. Bunty, últimamente, está tan afectada por la pena y los tranquilizantes que la mayoría de sus respuestas aparecen con retraso. Aunque mira al médico sin verle, sé que en cualquier momento dirá algo desagradable porque no puede soportar ese tipo de charlas —Dios, relajarse, etcétera— así que me levanto con rapidez y digo:

—Gracias.

Y tiro de la mano de Bunty. Ella me sigue como un corderito. Hacemos a pie el camino de vuelta, pasando por Clifton Green y atravesando Bootham. El mundo sigue enclaustrado en el invierno, los árboles de Clifton Green no muestran la más mínima señal de brotes u hojas, y parecen garabatos, negros como tinta, recortados contra un cielo pálido semejante a papel de seda gris. Empieza a caer una fina aguanieve y yo me subo la capucha del tres cuartos, la cabeza agachada, renqueando tras de Bunty como un pequeño esquimal cojo. Es un extraño principio existencial, no importa lo rápido que camine, nunca puedo ponerme a la altura de Bunty —rápido o despacio, ella siempre permanece al menos tres pies por delante de mí, como si hubiera un cordón umbilical entre ambas capaz de estirarse pero nunca de contraerse. Patricia no está atada a Bunty por ningún tipo de cordón umbilical elástico. Mi hermana es libre de caminar delante, a grandes y furiosas zancadas, demorarse resentida e incluso, de tanto en tanto, salir disparada por una calle lateral de un modo alarmante.

Las rodillas me escuecen y me duelen a pesar de la punzante frialdad del aguanieve. Rezo a Jesús para que me proporcione una alfombra mágica en la que volver a casa, pero no hay suerte y, como de costumbre, mis oraciones parecen evaporarse en el silencioso aire que envuelve el valle de York. Cuando llegamos a la tienda, tenemos rosas gélidas en las mejillas y escarcha en los corazones. Bunty da un empujón a la puerta para entrar, haciendo sonar la campanilla con frenesí, como si la

tienda estuviera a punto de sufrir una invasión, pero no pronuncia palabra alguna de saludo, así que yo grito: «¡Buenas!» en su lugar y George echa un vistazo cargado de ambigüedad en mi dirección. Alza una ceja pelirroja en dirección a Bunty.

—¿Y?

—Rodillas de criada —dice, mirando hacia arriba y haciendo un gesto vago como diciendo: «No me preguntes».

Él, de todos modos, pregunta:

—¿Rodillas de criada?

—Una bursitis —aclaro amablemente pero ambos me ignoran.

En la tienda hace un frío glacial; los pájaros, en sus jaulas, tienen las plumas erizadas y un brillo de hipotermia en los ojos, como si se hallaran en medio de una fantasía colectiva de climas tropicales. ¿Por qué hace tanto frío? ¿Por qué no están encendidas las estufas de petróleo?

—¿Por qué no has encendido las estufas? —pregunta Bunty, lanzando una ceñuda mirada a la estufa de petróleo más próxima—. Hace un frío que pela.

—Nos hemos quedado sin petróleo, por eso —gruñe George, embutiéndose el abrigo y los grandes guantes de piel—. Estaba esperando que volvieras.

Siempre están esperando a que vuelva el otro. La tienda, a veces, parece el cambio de guardia. Es como si no pudieran ocupar el mismo espacio al mismo tiempo, $X = \text{no } Y$ (o, dicho de otro modo, $Y = \text{no } X$), o como esos hombrecillos que viven en las casas del tiempo y que nunca aparecen juntos a la vez, o lluvia o sol.

George coge dinero de la caja.

—No tardaré —dice, dirigiéndose a la puerta.

—Seguro —murmura Bunty y se encuentra súbitamente plantada tras el mostrador de nuevo—. ¡Tengo un Montón de ropa para planchar! —grita mientras la puerta resuena al cerrarse a espaldas de George.

«Montón» es el nombre común para la tarea del planchado. Nunca se le presenta a Bunty de otro modo.

Apoyo la mano en la parte superior del frío esmalte moteado de la estufa, tratando de hacerla revivir por la fuerza de mi deseo. Me encanta el olor de las estufas de petróleo, tan cálido y peligroso.

—Lleva cuidado —dice Bunty automáticamente.

En otra vida, Bunty fue pariente de Juana de Arco, en alerta constante ante la posibilidad de un incendio. Tal vez *fue* Juana de Arco. Me la puedo imaginar al frente de un batallón de rústicos campesinos, con las mejillas rojas de exasperación, gritándoles órdenes mientras ellos arrastran los pies y miran al suelo. Y puedo oírla al final, cuando acercan una tea ardiendo a la leña apilada en torno a ella, ¡*Vigilad dónde ponéis esa tea ardiendo!*

Las estufas de petróleo son incluso más peligrosas que las hogueras para las brujas, y nunca aparecen en una frase sin un aviso de prudencia adjunto. Ninguna de nosotras, ni Patricia, ni yo, ni Gillian en sus buenos tiempos, podía estar a menos de

cinco pies de una de las estufas de la tienda sin correr peligro de ignición. El fuego de carbón en la sala recibe un trato similar y se mantiene al resguardo día y noche (encendido o apagado); las cerillas son *letales*, por supuesto, los fogones de la cocina están vivos e intentan agarrarte cuando pasas por delante; los cigarrillos se esfuerzan por caer y prender fuego a algo... ¡por no hablar de la combustión espontánea! Bueno, solo es cuestión de esperar.

—¿Puedo ir arriba? —pregunto.

—Sola no —dice, mirando abstraída el expositor de Bob Martin.

Es tan absurdo que no vale la pena ni discutir —tengo nueve años, llevo yendo sola al piso de arriba desde que aprendí a caminar. Tras la muerte de Gillian, Bunty se ha vuelto ultrasensible a los peligros que nos rodean; no solo el fuego constituye una amenaza, la inquietud materna se ve constantemente atestiguada por sus continuas advertencias: *¡Lleva cuidado con ese cuchillo! ¡Te sacarás un ojo con ese lápiz! ¡Cógete a la barandilla! ¡Ojo con el paraguas!* Por lo visto, el mundo está poblado de objetos que intentan atacarnos. Ni siquiera puedo bañarme en paz, porque Bunty se pasa el rato entrando y saliendo para asegurarse de que no he resbalado y me he ahogado (*¡Cuidado con el jabón!*). No así Patricia, que cierra con llave, echa el pestillo y levanta barricadas contra Bunty. Nuestra pobre madre... no soporta perdernos de vista y no aguanta tenernos delante.

De repente, la puerta chasquea y entra Patricia gritando «¡Buenas!» en un tono muy agresivo, haciendo que el loro grazne alarmado. Patricia avanza hacia él, haciendo gestos entrecortados mientras el loro trata de alejarse de su percha. A lo largo de los años, el loro ha demostrado ser invendible de modo que, poco a poco, se ha convertido en «el loro de la tienda» —parte de su decoración y mobiliario. Se niega en redondo a hablar y ataca a cualquiera que se le acerque. Nunca se le ha considerado digno de un nombre. Ni siquiera Polly. Nadie lo trata como una criatura de Dios, ni tan solo Patricia. Como yo, se ha convertido en una especie de chivo expiatorio. El loro-chivo.

—¡Vigila la estufa! —grita Bunty a Patricia cuando su abrigo ondea peligrosamente a unos dos pies de la estufa.

Patricia se vuelve para mirar a Bunty, incrédula.

—Está apagada —dice, despacio y remachando las palabras.

—Eso no supone ninguna diferencia —replica Bunty con firmeza, y se dedica a desenredar correas de perro, sin levantar la vista, pues hasta ella se da cuenta del ridículo que acaba de hacer. Patricia hace una mueca de asco a sus espaldas y se da la vuelta para dirigirse al piso de arriba.

—¿Puedo subir yo también? —me apresuro a preguntar, avistando una posibilidad de escape.

—No —corean las dos al unísono.

La irritabilidad de Bunty cede cuando, tras hurgar en las profundidades de su bolso, saca triunfante su frasco de tranquilizantes. Los pequeños asistentes de Bunty

pronto la dejan claramente alterada y durante un rato se mueve por la tienda como si estuviera programada, sacando gatos, hámsteres y ratones para inspeccionarlos y marcando ruidosamente el precio de las mascotas en la caja. De repente, en medio de una venta, se lleva la mano a la frente con gesto dramático y declara que «ya no puede más», necesita tumbarse, y se va corriendo a la parte trasera, deteniéndose solo lo justo para entregarme al pasar un enorme conejo belga.

—¿Se encuentra bien tu madre? —pregunta el cliente sorprendido, y toma de mis manos un conejo igual de pasmado.

—Oh, sí, es que acaba de recordar que se ha dejado una sartén al fuego —miento hábilmente. Muy hábilmente, la verdad, pues Bunty sería tan capaz de olvidar una sartén al fuego como de mezclar ropa blanca y de color en una misma colada.

Paso toda la mañana muy ocupada y vendo: dos gatitos (uno pardo, otro pelirrojo), un cachorro de perro precioso, dos jerbos, una rueda de hámster, tres sacos de arena, seis libras de pienso compuesto, una cesta de perro, un collar de gato con piedras incrustadas (diamantes, falsos) y el conejo belga de antes, cuya venta cuento como mía porque he sido yo quien la ha marcado en la caja, no Bunty. Creo que tengo un innegable talento para las ventas y cuando George regresa al fin (sin petróleo, por lo que parece) le informo de mi éxito llena de orgullo pero él se limita a mirarme inexpresivo. A veces parece tener enormes dificultades para reconocer a los miembros de su propia familia.

Sin embargo, alguna recompensa obtengo. Al cabo de cinco minutos se saca una chocolatina Milky Way del bolsillo y me la da, y después me permite sacar a todos los conejos de sus jaulas (uno por uno, claro, o Dios sabe el lío de conejos que se habría organizado). Les acaricio las largas orejas aterciopeladas y hundo mi rostro en su afelpada piel, escuchando los rápidos latidos de sus corazones. Creo que si Jesús fuera un animal no sería un cordero sino un conejo, un gran conejo peludo y blandito color chocolate.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta George al cabo de un rato.

Si piensa enfrentarse a mi madre, más le valía haber recordado el petróleo.

—¿Has traído el petróleo? —pregunto cándida.

Me mira otra vez sin verme. No solo no me conoce, sino que ni siquiera entiende mi idioma. Diez minutos después alza la vista de la caja, donde ha estado contando billetes de libra y dice sorprendido:

—He olvidado el maldito petróleo.

Emito murmullos compasivos.

Mira dudoso la puerta de la tienda, ¿puede dejar la casa del tiempo desatendida?

—¿Cómo voy a ir a buscar el petróleo si tu madre no está aquí?

—Yo me las arreglaré.

—No, tú no puedes.

¿Y de dónde cree que ha salido todo el dinero que está contando? No vale la pena discutir, es tan testarudo que sería capaz de jurar que el blanco es negro con tal de tener razón. Bunty llegaría más lejos, afirmaría que el blanco no es un color, ni mucho menos, sino un mueble o un plátano.

—Ve y avisa a Patricia —dice—. Ella puede ocuparse de la tienda.

El corazón me da un pequeño vuelco al oír las palabras «avisa a Patricia». Siempre me toca a mí avisarla y es una tarea ingrata. Tan pronto como le digo: «Papá (o mamá) quieren que bajes» una nube de melancolía envuelve su cabeza como un halo miasmático y se arrastra con desgana hacia quien la reclama, culpándome mientras tanto por haberme entrometido en su aislamiento.

Subo las escaleras despacio y de mala gana, con las rodillas doloridas. Al pasar frente a la habitación de Bunty, la veo sentada ante su tocador, contemplando el espejo y recitando una apagada versión de su salmodia: «Mi Gillian, mi perla», como si el ensalmo pudiera hacerla volver de las profundidades del espejo. Entrevé mi reflejo y da un respingo, como si acabara de ver un fantasma. Pero se vuelve a mirar y dice: «Oh, eres tú», sin inflexiones en la voz.

—¡Soy yo! ¡Rubí! —digo a voz en grito, tratando de sonar alegre, mientras golpeo la puerta de Patricia.

—¡Lárgate! —grita, así que abro la puerta.

—Papá dice que bajes.

Se tiende en la cama, con los brazos doblados sobre sus nacientes senos y mirando al techo. Su postura recuerda a un cadáver pensativo.

—Lárgate —repite sin mirarme.

Espero un rato, resignada, y repito mi mensaje. Tras otro largo silencio, hace al fin un pequeño gesto en mi dirección y dice con voz apagada:

—Dile que estoy enferma.

—¿Y qué le digo que te pasa?

Sé que George lo preguntará, así que mejor tengo preparada la respuesta en lugar de verme obligada a repetir el penoso ascenso al piso de arriba. Patricia vuelve a mirar al techo y ríe tristemente.

—Me duele el alma —declara con un cavernoso tono gótico, cerrando los ojos y adoptando la expresión de infinito cansancio que los prerrafaelistas exigían a sus modelos.

—¿Le digo eso a papá?

Me imagino su reacción, si digo: «Patricia no puede bajar, le duele el alma».

Ella ríe con su risa a lo Madeleine Usher y agita una mano delgada y pálida en el aire.

—Dile que tengo el período. Eso le hará callar.

Tiene razón, funciona.

—Típico —dice para sí, como si el ciclo menstrual hubiera sido inventado únicamente para fastidiarle—. Bueno, saldré de todos modos —dice, dándole la

vuelta al cartel de la puerta donde se anuncia al mundo exterior que *Disculpen, tenemos cerrado hasta para el veterinario*. Tras asegurarme de que se ha ido, giro de nuevo el cartel para que todo el mundo vea que está *Abierto para el veterinario*, y paso un par de horas estupendas vendiendo y jugando con las mascotas. Juego a lanzar la pelota a un terrier de aspecto peculiar (al que Patricia ha bautizado *Rags*) que nadie compra aunque George le ha puesto un gran lazo rojo al cuello y nunca lo saca del escaparate. Patricia y yo ansiamos que alguien compre al pobre *Rags*, pues George no deja de amenazar con que tendrá que «dormirlo», un eufemismo, se supone. (¿Acaso Gillian solo simula estar muerta? Quizá solo esté dormida e intente con todas sus fuerzas despertar. Nunca se le dio muy bien eso de levantarse por las mañanas). *Rags* ocupa un lugar destacado en mis oraciones. *Querido Jesús, Cordero de Dios, perdona mis pecados y danos nuestro pan de cada día. Haz que Gillian sea feliz y dale a Rags un buen hogar, y nunca volveré aportarme mal durante el resto de mi vida. Con todo mi amor, Rubí, hasta el día del Juicio, Amen.* Ese tipo de cosas.

Me alegra decir que colmé de atenciones a todas las mascotas la tarde de ese día fatídico. Los gatitos fueron cepillados; a los hámsteres se les permitió correr por el mostrador; incluso intenté entablar conversación con el loro. De repente, vi claro mi destino. Vendería animales, como mi padre. Dentro de pocos años, en el cartel sobre la puerta ya no pondría «G. Lennox» sino «R. Lennox». ¡Había encontrado mi vocación! Ya no importaba que no me dejaran tener mascotas (propias, no en venta) porque *todas* las mascotas serían mías algún día. Sigue soñando, Rubí.

George entra en la tienda acarreado un enorme bidón de petróleo en cada mano, que deposita con un golpe metálico y un chapoteo a la gran cuba de serrín, en una esquina. ¡Esperemos que su cigarrillo no caiga cerca!

—¡Cuidado! —Advierte Bunty cuando entro en la cocina.

Está cocinando salchichas, huevos y patatas fritas para cenar... comida para refugiados, sí, pero aun así una pesadilla para alguien tan sedado por la química. Toda su atención está concentrada en la sartén de las patatas, en detrimento de las salchichas, que se chamuscan tranquilamente en un baño de humeante manteca, por no mencionar los huevos, cuyas claras empiezan a convertirse en un encaje negro y crujiente. Pegada a las paredes de la cocina, avanzo hasta la nevera y cojo un vaso de leche, manteniéndome bien lejos de la temible sartén.

—La cena está lista —dice Bunty, dando a la cesta de las patatas una ligera y cuidadosa sacudida. (Se sentiría mucho más feliz si tuviera un extintor a mano)—. Avisa a Patricia.

—No se encuentra muy bien —le digo a Bunty. Ella alza una ceja muy ligeramente—. Es su alma —explico.

—Ve y avísala, Rubí, no te pases de lista.

Sin duda, no quieren que salga inteligente, está claro.

El resto de la velada la pasamos dedicados a quehaceres tranquilos. George ha salido, como de costumbre, Patricia está en su habitación, también como de

costumbre. Está acabando el tercer volumen de *A la recherche du temps perdu*, que, por lo que he leído, trata de «la ambigüedad metafísica de la realidad, el tiempo y la muerte y el poder de las sensaciones para rescatar los recuerdos y dar marcha atrás en el tiempo». Suena interesante... pero cómo puede el tiempo dar marcha atrás cuando galopa hacia delante, tocotoc-tocotoc, y *nadie vuelve nunca*. ¿O no?

Yo también estoy en mi habitación, jugando al Scrabble conmigo misma mientras Teddy me contempla con aire desolado, pues es demasiado mayor para representar su papel en estos juegos de rol. La tía Nell está en la cama, donde pasa mucho tiempo últimamente. Bunty está abajo, en la cocina, con la única compañía de un Montón de Ropa para planchar. Cuando llevo tres partidas de Scrabble sin apenas hacer trampas, pienso que ya debe de ser hora de irse a la cama. En la era DG, todas las pequeñas rutinas, tan reconfortantes, se han perdido. Nadie comprueba si me he cepillado los dientes y me he lavado las manos y la cara, ni siquiera se aseguran de que me haya ido a dormir. Pero lo hago, observo la mayoría de las costumbres y ritos de la era AG. Digo mis oraciones, arrodillada sobre una almohada a un lado de la cama. Rezo fervientemente para que Gillian sea feliz en el cielo y no se inquiete por haber muerto. Las velas de Adviento están en las últimas, como malogrados cabos rojos, pero las enciendo de todas formas y miro a los ángeles dorados tañer las campanas con delicadeza, *tilín tilín*.

Mientras tanto, abajo en la cocina, la pobre Bunty abandona el planchado a toda prisa cuando descubre lo que parece la blusa acrílica rosa de Gillian hecha un ovillo entre el Montón (aunque, en realidad, solo son las grandes bragas de la tía Nell). Sube al piso superior sin dejar de agarrarse la frente, se traga una dosis doble de pastillas para dormir y se mete en la cama sumida en el olvido. Oigo a George llegar mucho después, dando traspies y maldiciendo mientras sube las escaleras. Corre el agua del lavabo y se apagan las luces. Me quedo a la deriva en mitad de la noche, sobre una balsa de oraciones y algunos alegres coros, «¿Cuánto vale ese perrito del escaparate?», cantados suavemente bajo las mantas.

Estoy soñando con el fin del mundo, un sueño muy frecuente que adquiere diversas formas. Esta noche el sueño trata de enormes nubes que se hinchan en el cielo hasta convertirse en conejos. Las grandes nubes en forma de conejo están suspendidas en el cielo como zeppelines [ver *nota al pie (VII)*] y alguien a mis espaldas dice: *Es el fin del mundo, sabes*.

Y es verdad, en muchos aspectos. En el piso de abajo, la plancha, olvidada y abandonada a su suerte, estampa su avería en la tabla de planchar. Cómo iba a saber Bunty que el termostato estaba estropeado y que mientras ella está en la cama, lanzando delicados ronquidos, la plancha se calienta cada vez más, hasta chamuscar la alegre tela a cuadros que cubre la tabla, dejando una marca oscura, más negra que las salchichas de la cena, y prendiendo el acolchado de abajo, que primero crepita y

luego arde. Y a continuación las llamas encuentran la madera de la tabla y se bastan a sí mismas durante largo rato, pero al final el cable derretido cae al suelo, encuentra el linóleo y una llama particularmente enérgica hace *¡whoooooosh!*, se alarga y alcanza las vistosas cortinas que hacen juego con la funda a cuadros carbonizada. Ya no hay quien lo pare. El fuego, voraz, engulle cuanto encuentra a su paso —incluso el empapelado de la cocina, con su diseño de tomates rojo bomba de incendios y los bailarines botes de sal y pimienta.

Pero ni con eso se conforma. Abandona la cocina, se asoma por la puerta y cruza el pasillo hasta llegar a la tienda donde encuentra juguetes maravillosos: petróleo, serrín y el susurrante sonido del miedo.

—¡Rubí! ¡Rubí!

Abro los ojos, pero no creo que esté despierta. El aire es opaco y Patricia parece una ancianita, velada por el humo. Huele a salchichas quemadas. Una gran nube-conejo gris nos ha engullido.

—El fin del mundo —murmuro a Patricia.

—Levántate, Rubí —me urge—. ¡Sal de la cama!

Aparta las mantas y empieza a tirar de mí para sacarme de la cama pero no comprendo qué pretende hasta que, entre toses, se dobla sobre sí misma y farfulla:

—¡Fuego, Rubí, fuego!

Nos dirigimos a la puerta de la habitación con dificultad y Patricia susurra: «No sé si podremos salir», como si no quisiera que el fuego nos oyese, pero en realidad no habla en susurros... es el humo que le raspa la garganta y la enronquece, como descubro cuando intento hablar. Abrimos la puerta con mucho cuidado, como si todos los fuegos del Infierno estuvieran tras ella, pero solo hay humo, ni siquiera lo bastante denso para eclipsar del todo la puerta de Nell, frente a la mía. Aunque cuando intentamos salir de mi habitación empezamos a asfixiarnos de inmediato y tenemos que volver a entrar, tambaleándonos y boqueando, apoyadas la una en la otra. Somos chimeneas humanas y la cosa solo puede ir a peor. El jinete rojo del Apocalipsis galopa ya escaleras arriba.

Patricia quita las mantas de la cama y las empuja bajo la puerta; después saca todo lo que hay en mi cómoda hasta encontrar dos blusas del uniforme con las que envuelve nuestros rostros. Parecemos el Llanero Solitario. En otras circunstancias habría sido divertido.

—Ayúdame —gruñe tras su mordaza de forajido, mientras intenta empujar la ventana corredera hacia arriba, pero está atascada sin remedio. Empiezo a ponerme histérica. Me arrodillo con un pinchazo de dolor y me pongo a rezar con frenesí para que el niño Jesús nos salve de la incineración. Patricia, más práctica, agarra la lamparilla de Bambi y Tambor —antes suya, ahora mía— y la estrella contra la ventana, una y otra vez, hasta que todo el vidrio se ha hecho pedazos. Después coge

la alfombrilla que hay junto a la cama y la coloca sobre las astillas de cristal que han caído al antepecho (Patricia, no cabe duda, prestó atención en las *Girl Guides*, gracias a Dios), y las dos nos asomamos por la ventana inspirando grandes bocanadas del frío aire nocturno. Creo que solo entonces advierto lo lejos que está el patio trasero.

Patricia se vuelve para mirarme y dice: «Tranquila, pronto llegarán los bomberos», pero ninguna de las dos lo cree. Para empezar, ¿quién los ha llamado? No se oyen sirenas, ni el menor signo de vida en la calle, y el resto de nuestra familia, a estas alturas, debe de ser poco más que ascuas y cenizas. Los rasgos de Patricia se crispan de repente en un gesto atormentado.

—Los animales. Alguien tiene que ayudar a los animales.

Ambas sabemos quién es ese alguien (al parecer, la idea de salvar a nuestra familia ni siquiera cruza nuestras mentes).

—Toma —dice Patricia, empujando algo en mis manos que, al inspeccionarlo más de cerca, resulta ser Panda. Oculto, Teddy salta arriba y abajo en un cajón de la cómoda tratando por todos los medios de llamar nuestra atención. Patricia se balancea cogida al alféizar de la ventana y baja después por el tubo del desagüe, muy lo Robin Hood, deteniéndose solo lo justo para decir: «Quédate ahí, no te muevas», con unas maneras directamente heredadas de Bunty.

Su figura se recorta heroica contra la noche mientras baja, vestida solo con su «picardía» blanco de bordados ingleses y dos grandes bigudíes de espuma en el flequillo. A medio camino se detiene y yo la saludo con la mano, animándola.

—¡No te muevas, Rubí, pronto traeré ayuda! ¡Avisaré a los bomberos!

La creo, se puede confiar en Patricia, igual que no se podía confiar en Gillian; si hubiera sido Gillian la que bajaba por la cañería se habría olvidado de mí nada más llegar al suelo. Cuando los pies de Patricia encuentran al fin el lejano asfalto del patio trasero levanta el brazo, medio saludando, medio despidiéndose, y yo le respondo haciendo un exagerado gesto con los pulgares hacia arriba.

A los pocos minutos, el patio trasero, antes anfiteatro de muerte, se ha convertido en lugar de salvación. Hay bomberos por todas partes, activos como hormigas: desenrollan mangueras, levantan escaleras, dan gritos de aliento. Pronto un bombero, rechoncho y jovial, aparece al otro lado de la ventana, encaramado a su escalera como un periquito, y dice:

—Hola, corazón... vamos a sacarte de aquí, ¿vale?

Me sube a sus hombros y empezamos a bajar. Necesito tanta concentración para no dejar caer a Teddy (¿realmente creyó que le olvidaría?) y al Panda de Patricia que ni siquiera tengo tiempo de rezar para que lleguemos sanos y salvos. Desde mi excelente situación a vista de pájaro puedo ver mucho movimiento en el patio trasero. Patricia lanza gritos de aliento; Bunty chilla algo incomprensible, su boca forma un círculo perfecto del que fluye un hilillo acristalado, mientras George, de pie a su lado, le grita algo (probablemente «cállate»).

Nell es quien ofrece un aspecto más extraño. Vaga de un lado a otro con un

canotier azul marino en la cabeza, parecido a las boinas del Ejército de Salvación pero sin cintas (¡Sangre y Fuego!) y lleva en la mano su bolsa de piel como si estuviera a punto de salir hacia la pescadería de Petergate y tratara de averiguar lo que quiere cada uno. (Nuestra familia ha dejado de ser «te toca uno de cada seis» para convertirse en «te toca uno de cada cinco». En una época tan próxima como 1966 nuestra familia, capaz de menguar a velocidades asombrosas, quedará reducida al mínimo, «te toca uno de cada dos». Más la sobras, por supuesto).

Advierto, presa de un ligero estremecimiento, que si todo el mundo está allí abajo, ¡estaba sola en el interior de un edificio en llamas! Vaya historia para explicar a mis nietos. Mientras nos acercamos a Bunty, la emoción da paso a un sentimiento de culpa: ¿será posible que yo, sin darme cuenta, haya provocado el fuego? (Recuerdo de repente que no he apagado las velas de Adviento). ¿Habré sido yo, Rubí, sonámbula, la causa del incendio? Casi espero oír a Bunty decir algo como: «*Te dije que llevaras más cuidado*» pero, para mi sorpresa, no dice nada. Me atrae hacia ella, envolviéndome en el refugio de sus brazos vestidos y, por una vez, salvamos un abismo de cuatro pies. El cordón invisible que nos separa se contrae hasta desaparecer. Mientras tanto, un bombero ha envuelto a Patricia en una manta gris, y ahora tiene el aspecto de un guerrero indio calentándose junto a una (enorme) hoguera. Se estremece presa de unos sollozos histéricos e incontrolados y emite unos ruidos espantosos, en parte por el humo inhalado, en parte porque ha contemplado el hediondo y carbonizado interior de la tienda, y ha inhalado el inolvidable olor de la piel y las plumas chamuscadas (no habrá tisana de lima y magdalena para nosotras en el futuro, pero es sorprendente cómo llegará a afectarnos el olor de las salchichas al fuego).

Pero entonces ocurre un milagro: un pequeño perro negro entra corriendo en el patio, ladrando sin sentido, con una cinta, aflojada y chamuscada, al cuello. Patricia se libera de la manta que la envuelve y corre hacia el perro.

—Rags —solloza loca de contento—. Oh, Rags.

Y abraza el cuerpo del animal, aturdido y negruzco, contra sus mugrientos bordados ingleses. Los fantasmas domésticos contemplan sus propios escombros carbonizados: hojas de vidrio coloreado fundidas, ennegrecidos yelmos de centurión, pelucas retorcidas, y un suspiro colectivo de resignación se eleva en el aire. El fuego ha barrido York en muchas ocasiones, están familiarizados con la destrucción y un incendio más no les sorprende en absoluto.

Igual que el gran incendio de Londres sirvió para purgar la gran peste, así el gran incendio de la tienda de animales nos ayudó a expiar la muerte de Gillian. El fuego fue una purificación, una ordalía a la que sobrevivimos y que nos permitió algunos cambios y renovación. Por alguna razón, Gillian ya no pesaba tanto en nuestras conciencias. («Si hubiera estado viva», razonó Patricia con una lógica retorcida,

«hubiese muerto en el incendio, así que estaría muerta de todos modos, ¿no?»). Ya no viviremos más «sobre la tienda», aunque únicamente el piso de abajo ha quedado realmente dañado, el resto de la casa solo está pringoso por el hollín. Pero George se enfrenta a un ultimátum y, al día siguiente, se dirige a la caja de ahorros de Leeds y Holbeck para solicitar una hipoteca por la casita pareada. Al cabo de pocas semanas estaremos inspeccionando el interior de la tienda, recién enlucida y pintada, examinando los mostradores y exhibidores que van llegando, mientras Walter cuestiona a George el nuevo enfoque del negocio.

—¿Prótesis médicas y quirúrgicas? —interroga.

George rebosa entusiasmo empresarial.

—Bragueros, sillas de ruedas, aparatos para sordos, medias terapéuticas, muletas... hay un sinfín de cosas, Walter. Los doctores recetarán materiales, el hospital enviará gente, vendrán tipos de la calle que buscarán cosas como Elastoplasts y Durex.

—¿Durex? —dice Walter especulativo—. Eso te dará bastante pasta. Harás un precio a los amigos, ¿eh?

Y los dos se retuercen entre viriles carcajadas.

—¿Qué es Durex? —le susurré a Patricia.

—Te lo diré luego —me susurró en respuesta, pero nunca lo hizo.

Pero eso pertenece al futuro. Ahora, el alba primaveral asoma por las cortinas. Patricia y yo estamos tendidas, pies contra cabeza, en la extraña e incómoda cama para invitados de tía Gladys. (Por lo visto, nos toca dormir juntas después de cada tragedia). En alguna parte, apelotonados entre ambas, yacen los cuerpos, felizmente dormidos, de un perro, un panda y un oso. Increíblemente —o quizá sea comprensible—, George y Bunty han accedido a que conservemos a Rags, no para venderlo sino en calidad de auténtica mascota familiar.

Vetas rojas surcan el cielo, como sangre de animal derramada en el firmamento. Bandadas de periquitos se transforman en ángeles con alas tecnicolor y revolotean por la bóveda celeste. Quizá en el mundo espiritual, en el paraíso, o adonde quiera que hayan ido, tal vez allí, al loro se le conceda el don del habla y encuentre amor. Rezo para que el Cordero, ahora sanguinolento y ahumado, los haga a todos felices en el cielo. Hay muchas cosas inciertas pero de algo podemos estar seguros: esta mañana los brazos de Jesús están, sin duda, repletos.

Nota al pie (VII) - ¡Zeppelin!

Nell y Lillian, de pie en la puerta frontal, hacían gestos de despedida a Tom con la

mano. Rachel no se movería de la silla ni para decir adiós al mismo Jesucristo. Tom estaba contento de no vivir ya con ella, feliz de contar con una esposa y un hogar propios. Tenía suerte de haber conocido a Mabel, de carácter tranquilo y entregado, un poco como Nelly. A Lillian no le caía muy bien Mabel, por eso casi siempre acudía solo a visitarlas. Se volvió al final de Lowther Street y pudo verlas aún allí; eran estupendas para las despedidas, ese par. Agitó los brazos en un gran semicírculo para que pudieran verle, como alguien que hiciera señales con una bandera.

Estaban muy preocupadas por los zeppelines, pero Tom no creía que York sufriera un ataque. Las tranquilizaba con un montón de baladronadas, pomposas charlas acerca de que a los boches les faltaba coraje, que la guerra acabaría pronto y cosas así. Las había ayudado a fijar las persianas para impedir el paso de la luz pues les preocupaba que se viese algún resquicio desde el exterior. A la pobre Minnie Havis la habían denunciado por dejar una luz a la vista y estaba tan avergonzada que apenas salía a la calle. Daba mucha pena, sobre todo porque tenía a su joven marido en el frente.

Nell y Lillian le habían servido té, hígado y puré de patatas, y le habían mostrado una postal de Albert —una tarjeta granulada de Ypres antes de la guerra.

—Dice —dijo Lillian, leyendo en voz alta—, que tienen un tiempo estupendo.

Y Tom se echó a reír, porque era típico de su hermano escribir algo así. A veces sorprendía a Nelly mirándole como dando a entender que, comparado con Albert, le consideraba un cobarde, aunque en el fondo ambas habían preferido siempre a Albert. Albert era el favorito de todo el mundo (excepto de Rachel, claro) y a veces Tom sentía celos, pero se le pasaba en seguida, uno no podía guardar rencor a Albert, aunque quisiese. Sin embargo, en lo que respecta a Jack Keech no estaba tan seguro; el tipo era más inteligente de lo que le convenía y no hacía buena pareja con Nell, en exceso engreído... era más el tipo de Lillian, en realidad.

Pero sí, era un cobarde, estaba seguro. Una mujer, en la calle, se había acercado a Tom el día anterior y le había llamado «gallina», haciéndole enrojecer avergonzado. A continuación se les había unido otra mujer, bastante borracha, y había dicho: «No hagas caso, chaval, ni se te ocurra ponerte ese maldito uniforme», lo que le había hecho enrojecer aún más. Tom sabía que la primera mujer tenía razón, *era* un gallina. Y es que la idea de ir al frente le aterrorizaba hasta extremos indecibles. Cuando pensaba en la guerra le invadía una extraña sensación, como si se le licuasen las entrañas. Y no quería dejar sola a la pobrecita Mabel, no sabía qué haría sin él. El patrón de Tom pertenecía a la Sociedad de Amigos y ocupaba un puesto importante en el Departamento de Comercio. Se las había arreglado para que declarasen exento a Tom, diciendo que todos sus otros empleados habían sido reclutados y que cómo se las iba a arreglar si el único que le quedaba partía también. El Departamento concedió a Tom una exención de seis meses, pero Tom sabía que no había muchas posibilidades de que se la renovasen. Tal vez podría plantarse frente a ellos y declararse objetor, pero tampoco tenía agallas para eso; todo el mundo en el Groves

sabía lo que le había ocurrido a Andrew Brittan, el maestro de Park Grove que se declaró objetor.

Como hacía una mañana preciosa, Tom hizo andando el largo trayecto hasta su casa. Mayo era su mes favorito, le hacía pensar en el espino florecido del campo. Tom y Mabel a menudo iban al campo en bicicleta y Tom le hablaba a su joven esposa de su infancia, en Dales, y de su madre; incluso le dijo a Mabel lo mucho que le había afectado la muerte de su madre —algo que nunca había hablado con nadie. Tom tenía una fotografía de su madre— se la había hecho un fotógrafo ambulante, un francés, justo antes de que muriera. Había encontrado la foto, junto a las demás, la mañana en que su padre les explicó que su madre había fallecido. Las fotografías estaban encima de la mesa de la cocina. Su padre se hallaba tan trastornado que ni siquiera lo había advertido. Un hermoso marco de plata labrada forrado con terciopelo rojo encuadraba la de Alice, y Tom la había cogido y escondido bajo su colchón, porque quería guardar para sí aquel regalo de despedida. Más tarde, cuando la aflicción les hizo formar frente común contra su terrible madrastra, Tom enseñó la fotografía a Lawrence y a Ada, pero por mucho que sus hermanos rogaron, suplicaron y se lamentaron, no accedió a dársela. Ahora la tenía expuesta como adorno principal en el aparador de roble del salón. Mabel le quitaba el polvo cada día y, a menudo decía: «Pobre mujer», y a Tom se le hacía un extraño nudo en la garganta cuando, por casualidad, oía esas palabras.

El cielo sobre St. Saviourgate era de un azul índigo, y él caminaba con la cabeza alta, contemplándolo, cuando le pareció que un trocito de cielo —un trocho más oscuro— se había desprendido y se movía en lo alto. Lo observó, perplejo. A continuación oyó voces y vio a otras personas mirando hacia arriba, igual que él. Alguien dijo por lo bajo, con voz temerosa:

—¡Es un zeppelin!

Y alguien más dijo:

—¡Maldición!

Una pareja de mujeres gritó y corrió a buscar refugio, pero muchos seguían allí, observando el zeppelin fascinados. Permanecía en suspenso, tan misterioso que parecía imposible que fuese a arrojar bomba alguna... pero de repente sonó un profundo THUD y Tom sintió una vibración atravesándole el cuerpo y un gran estallido de luz iluminó la calle, haciendo pensar a Tom en Nell y Lillian y sus cortinas para no dejar pasar la luz. Se hizo el silencio por un instante, nada se movía excepto el humo, ondeando como una nube. Pero en seguida la gente empezó a correr y a gemir, y Tom vio a un hombre que había perdido la mitad de la cabeza, y en la calle había un pie igual al que el hombre tenía al final de su pierna. Una chica se encogía asustada en las escaleras de la capilla metodista, lloriqueando como un animal herido. Tom se acercó a ella e intentó consolarla. Cuando se inclinó y dijo:

—¿Se encuentra bien, señorita? —Ella le miró la mano, gritó y le empujó para alejarlo, y cuando Tom se miró la mano entendió por qué: no *tenía* mano, solo un

muñón de reluciente hueso azul grisáceo y algunos trozos de cartílago desgarrados. Un soldado de uniforme corrió hacia él y dijo:

—Tranquilo, muchacho, acompáñame.

Y le llevó al hospital en la parte trasera de una camioneta.

El soldado le hizo beber de su petaca y no dejaba de mirarlo con expresión preocupada. Había visto montones de hombres heridos, pero nunca se había encontrado con uno que se desternillase por ello.

La mano le dolía a Tom de un modo increíble, como si la tuviera sumergida en metal fundido, pero no le importaba. Ya nunca le enviarían al frente, podría permanecer junto a su dulce mujercita, podría agitar el muñón en la cara de quien se atreviese a llamarlo gallina.

Lillian y Nell estaban sentadas en su cama del hospital, una a cada lado, y Nell se apartó un mechón de pelo de la cara. Le habían llevado al hospital de Haxby Road — el refectorio de Rowntree, convertido en hospital para los hombres que traían del frente— y sus hermanas se comportaban como si realmente fuera un soldado herido. Las dos le sonreían y Lillian se inclinó para besarle.

—Pobre Tom —dijo suavemente.

Y Nell sonrió y dijo:

—Tenemos un hermano muy valiente... espera a que escriba a Albert y se lo cuente.

Capítulo 8

1963

Los anillos de Saturno

Las Lennox que quedan oscilan entre dos mundos, inocencia y experiencia. Por lo que a mí respecta, la cuestión viene representada por el examen oficial para mayores de once años, al que estoy a punto de presentarme y que decidirá mi destino para siempre. Para Nell es el paso de la vida a la muerte y Bunty puede, o puede que no, sucumbir a los encantos de la infidelidad. En cuanto a Patricia... Patricia entra en mi habitación un día de enero a la hora de la cena para declarar con orgullo que está a punto de «perder la virginidad».

—¿Y quieres que te ayude a buscarla? —pregunto distraída, pues no me he enterado muy bien de lo que ha dicho.

—No te pases de lista —gruñe, y cierra tras ella de un portazo.

Dado que hoy mismo he suspendido el examen final de matemáticas, esta observación da en el blanco con la mayor crueldad y me quedo un buen rato mirando la puerta de la habitación, ofendida, considerando los posibles rumbos que puede tomar mi vida. ¿Seguiré el camino de mis hermanas —muertas o no— y estudiaré bachillerato en la Queen Anne Grammar School para chicas o quedaré confinada a la Beckfield Lane Secondary Modern junto con el resto de desechos? En la puerta de la habitación, además de mi futuro, tiene cabida también mi nuevo calendario de «La vieja Inglaterra», regalo de Navidad de tía Gladys. La vieja Inglaterra no es un país que mi familia conozca demasiado bien —página tras página, mes tras mes, chozas con techo de paja, lejanas agujas de campanario, carros cargados de heno, lecheras... Contiene también abundantes y útiles retazos de información— ¿cómo si no iba yo a conocer la fecha del «Día del Dominio»? ¿O el aniversario de la batalla de Hastings? Si al menos esas cosas sirvieran de ayuda para el examen oficial...

Hojeo con indiferencia el *Mira y aprende* del sábado sin encontrar nada que me apetezca mirar ni aprender. Aunque la luminosa y aireada casita pareada que ha sustituido las oscuras sombras de «sobre la tienda» tiene calefacción central, Bunty rehúsa encender los radiadores de las habitaciones porque considera insalubres los dormitorios caldeados. Patricia comenta que la hipotermia también es insalubre, pero cuando Bunty se aferra a una creencia no la suelta fácilmente. En mi habitación hace tanto frío que la punta de los dedos se me pone rosa primero y azul después, y supongo que si siguiera mirándolos un rato se volverían violetas y acabarían cayendo. Pero no tengo oportunidad de observar ese interesante fenómeno porque Patricia vuelve a entrar en la habitación y dice:

—¿Puedo hablar contigo o piensas seguir haciendo el idiota?

Pobre Patricia, necesita un confidente con tanta urgencia que se ve obligada a recurrir a mí. Howard la corteja desde hace algunas semanas —un chico delgado como un palillo, circunspecto y con gafas, del St. Peter's, el caro internado cuyos campos de juego dan a la pista de hockey del Queen Anne. Durante las horas en que debía estar hirviendo cosas en retortas se dedicaba a espiar a Patricia en el campo de hockey, como un vulgar *voyeur* —Patricia juega, en su estilo desquiciado y psicópata, como extremo derecha— y al final la convenció, justo antes de Navidad, de que saliera con él.

—He decidido hacerlo con él —dice, haciendo que «lo» suene como una extracción dental y, como me he perdido el tema de conversación inicial, no estoy muy segura de qué significa «lo». Desde el final de las escaleras, desprovistas de fantasmas, Bunty llama a Patricia, pero esta la ignora. Bunty sigue gritando y Patricia la sigue ignorando. ¿Quién se cansará primero?

Bunty.

—Los padres de Howard se van el próximo fin de semana —dice Patricia—, así que lo haremos entonces.

Se sienta a los pies de mi cama con expresión radiante —poco frecuente en ella— y me atrevo a preguntarle si está enamorada de Howard.

Patricia lanza un ruidoso bufido.

—¡Anda ya, Rubí! ¡El amor romántico es solo una convención burguesa y anticuada!

(No dice nada al respecto en *Mira y Aprende*).

—Pero —añade de mala gana—, es muy agradable tener a alguien que te *quiere*, ¿sabes?

Asiento comprensiva, debe de ser muy agradable. Celebramos este insólito momento de intimidad poniendo mi último EP, «*Chubby Checker's Dancin' Party*», comprado con un «vale por un disco» de Navidad, y practicamos el *twist* con solemnidad durante un rato, baile que no se nos da nada bien —Patricia es demasiado rígida y concienzuda, yo solo hago que caerme— hasta desplomarnos exhaustas, la una junto a la otra, en la cama. Permanecemos allí, contemplando la prístina y sofisticada moldura de mi habitación, tan distinta al agrietado techo, enlucido y blanqueado, de «sobre la tienda». Patricia vuelve la cabeza y dice:

—Supongo que querrás que te lleve al cine mañana.

Lo pregunta como si me estuviera haciendo un favor inmenso, pero tiene tantas ganas como yo de ir a ver *Kid Galahad*, porque una de las pocas cosas que tenemos en común es nuestra devoción por Elvis Presley. Y encima, mañana, 8 de enero, es el cumpleaños de Elvis, un aniversario marcado en mi calendario de «La vieja Inglaterra» con una constelación de pequeños corazones rojos atravesados por puñales. Patricia me invita a mí al Odeon y no a Howard porque sabe que Howard se pasaría el rato burlándose de nuestro héroe de tierno corazón y zapatos de gamuza

azul.

Viene a buscarme al colegio, donde acabo de suspender otro examen final de aritmética, y me consuela ofreciéndome empanadas de carne de Richardson e informándome de que algunos de los grandes héroes mundiales, Gandhi, Schweitzer, Keats, Buddha, Elvis, no pasaron el examen para mayores de once años, pero es que, como yo le hago notar taciturna, tampoco se presentaron nunca. La propia Patricia se está presentando a sus exámenes oficiales de bachillerato elemental, pero nadie lo diría a juzgar por la cantidad de horas que pasa estudiando (ninguna).

Kid Galahad me proporciona algo de consuelo y las empanadillas de carne y la gigantesca caja de palomitas que compartimos a oscuras compensan la carencia de comida cuando regresamos a casa. Bunty, últimamente, está languideciendo, se mete en la cama con una frecuencia alarmante, sin razón aparente, solo porque «no se encuentra bien». Le ha dado por expresar opiniones extrañas y nada femeninas, que hubieran dado dentera a tía Babs. Por ejemplo, he tropezado con ella en el lavabo, a cuatro patas, restregando el retrete con Vim y energía, y he presenciado cómo interrumpía su abstracción para arrancarse los guantes de goma y gruñir:

—No sé por qué una casa necesita una mujer... ¡soy yo la que necesita una mujer!

¿Qué será lo siguiente? ¿Reclamar el voto?

Como debo presentarme a la primera parte del examen para mayores de once años el martes que viene, se esfuerza en hacer la cena del domingo (la comida se la ha saltado), una última cena de *cordero asado, judías, patatas gratinadas, salsa de menta y guisantes congelados*. ¡Lástima que a nadie se le haya ocurrido cocinar los guisantes! Es una broma —de Patricia, cuando Bunty recita el menú antes mencionado. Me río a carcajadas porque, como podéis imaginar, Patricia no bromea a menudo. De hecho no bromea nunca, y me río aún más, al estilo del Policía Risueño, porque sería una verdadera lástima que nadie riera la primera vez que Patricia hace una broma.

Patricia y Bunty clavan los ojos en mí. El brote de humor por parte de Patricia es bastante inoportuno porque está en la lista negra paterna, esta mañana ha llegado a la misma hora que el repartidor de la leche. Es de suponer que estuvo haciendo «lo» con Howard ayer por la noche. Bunty la examina de arriba a abajo buscando pruebas de libertinaje reciente pero, al menos a mis ojos, Patricia tiene exactamente el mismo aspecto que ayer.

—Si pensase solo por un instante —dice Bunty, removiendo con furia la salsa en la sartén—, que has estado...

—¿Divirtiéndome? —dice Patricia, con una expresión tan arrogante que pide a gritos ser borrada de un bofetón.

Pero el cachete no llega. En cambio, observamos alarmadas cómo Bunty empieza a temblar igual que una gelatina a medio hacer; incluso los tiesos rizos de su cabeza se estremecen como un halo de oropel sujeto por alambre. Sigue removiendo la salsa,

simulando que no la ha asaltado ningún acceso de emoción. Patricia, muy sorprendida, baja la guardia y pregunta dudosa:

—¿Te pasa algo, mamá?

Esta inesperada muestra de compasión (¡mamá!) saca a Bunty de sus casillas y ladra:

—¿Si me pasa algo? ¡Tú! ¡Tú eres lo que me pasa!

Y Patricia, con los labios blancos de rabia, le grita en la cara:

—¡Pero qué bruja eres!

Y abandona la cocina. Bunty sigue removiendo la salsa temblorosa, como si nada hubiera sucedido y, sin mirarme, dice:

—Espabila, Rubí, haz algo útil y saca los platos.

Solo cuando está sirviendo las judías blancas, que parecen pequeños fetos blanquecinos aovillados en los platos de la vajilla «buena», se deshace al fin en grandes lagrimones que caen por sus mejillas como lágrimas de cristal mientras yo trato de enjuagarlas, sin conseguirlo, con un Kleenex. Para cuando tomamos la cena dominical, la salsa está llena de grumos y los guisantes casi congelados de nuevo. ¿Cómo voy a ser capaz de aprobar el martes mi prueba de «Expresión verbal» cuando esta es tan poco frecuente en el transcurso de mi vida cotidiana?

La primera parte del examen final me parece sospechosamente sencilla. *Tal cosa es a A x x x como P x x x x x es a tal otra.* Y encuentro la redacción divertida de verdad. *Escribe sobre uno de los temas siguientes:*

(A). Una escena callejera de gran actividad

o

(B). Un día en la piscina

o

(C). Qué harías si tuvieras la lámpara de Aladino por un día.

Escojo la lámpara de Aladino, que constituyó, durante mucho tiempo, mi ensoñación favorita, y me sumerjo en la idea de que todo va a ir bien. Dos semanas más tarde me presento al examen de aritmética, y la cabeza me da vueltas, apabullada, cuando dejo las profundidades de esa especie de cárcel que constituye la Fishergate School, donde nos han amontonado para hacer el examen de becarios. Tengo las neuronas como si llevaran toda la mañana sobre ascuas, atormentadas por preguntas del tipo: *¿Cuántos sellos de $\frac{1}{2}$ pulgada por $\frac{3}{4}$ de pulgada cabrán en una hoja de papel de 6 pulgadas por 8 pulgadas? Y: Un vendedor mezcla 4 libras de té a 3 chelines y 6 peniques por libra. Vende la mezcla a 5 chelines por libra. ¿Qué beneficio obtendrá? ¿Cómo voy a conocer la respuesta a esas preguntas?*

—¿Cómo te ha ido? —pregunta Patricia, cuando nos encontramos en las escaleras de la Fishergate School, pero estoy demasiado abatida para hablar.

Caminamos a lo largo del Ouse; hace tanto frío que el río ha permanecido helado una semana y grandes bloques de hielo navegan ahora aguas abajo.

—Es el invierno más frío desde 1947 —dice Patricia con expresión soñadora—.

Nunca había visto el río helado como ahora. Antaño, se congelaba cada invierno, ¿lo sabías?

No lo sabía, por supuesto... Yo no sé *nada*.

—¿Por qué antaño? —pregunto, decidida a dar el primer paso para mejorar mis conocimientos—. ¿Por qué no tiempo atrás? ¿O antiguamente?

—Yo qué sé —dice encogiéndose de hombros, y entonces, mientras permanecemos mirando el río helado y contemplando el pasado, una curiosa sensación se apodera de mí, la impresión de algo largo tiempo olvidado. Está relacionado con el frío y el hielo, y tiene que ver con el agua también. Intento concentrarme en la sensación, para atraparla, pero tan pronto como lo hago se evapora de mi cerebro. A veces, cuando camino sonámbula y me despiertan, me asalta ese mismo sentimiento. Sé, por un instante, que estaba buscando algo, algo de suma importancia —como una parte de mí que hubiera extraviado, que me hubiera sido arrebatada, dejando un vacío en mi interior— y aquello, fuera lo que fuese, se hallaba al alcance de mi mano, tentador, agazapado tras la siguiente esquina, detrás de una puerta o en el interior de algún armario. A continuación me despierto por completo y no tengo la menor idea de qué era lo que estaba buscando.

—¿Te encuentras bien, Rubí? —pregunta Patricia, pero la llegada de dos cisnes de aspecto desamparado, en equilibrio sobre su propio iceberg privado, nos distrae. Podemos oír cómo el río cruje y se agrieta y vemos nuestro vaporoso aliento ondear en el aire.

—¿Qué haces tú aquí, por cierto?

—Novillos. ¿Crees que esos cisnes están bien?

—Bueno, a veces me cambiaría por ellos —respondo melancólica—. Después de todo su futuro no depende de su capacidad para el cálculo mental.

—Y se pueden ir volando a otro lugar, si lo desean —asiente Patricia con tristeza.

—Y se tienen el uno al otro —añado, mientras los cisnes se deslizan ante nosotras, con sus imponentes alas encrespadas para protegerse del frío entumecedor. Un estremecimiento me recorre de la cabeza a los pies—. El agua parece tan *fría*.

—Lo está —dice Patricia con pesar, y a continuación me lanza una extraña mirada de reojo y dice—: ¿Rubí?

—¿Mmm?

—¿Recuerdas...? —Pero entonces agita la cabeza y dice—: Nada, no importa, vamos... Esperaré contigo el autobús si quieres.

Y se sube el cuello para protegerse del viento.

Hacemos una fiesta para celebrar mi cumpleaños, a la que Bunty accede de mala gana para consolarme por el disgusto del examen de aritmética. El convite no constituye un éxito completo —una niña llamada Vanessa se pone fatal tras comer demasiados sándwiches de sardinas y alguien derriba una lámpara de mesa durante una enérgica

sesión de *twist*. El pastel de cumpleaños, sin embargo, es todo un triunfo —algo sin precedentes, un pastel comprado. Bunty *siempre* hace nuestros pasteles de cumpleaños, cuyos defectos disimula con crema de mantequilla, y después les clava velas, dándoles el aspecto de erizos martirizados, pero este año se ha rebelado. A diferencia de los pasteles de Bunty, el de la panadería Terry's es exquisito: un crujiente helado blanco cisne esculpido en forma de volutas, ondas y plumas de nieve y coronado por primorosas rosas de azúcar. Pero hay que agradecerse a George, que salió corriendo a comprarlo el sábado a última hora, expresándose en un lenguaje capaz de arredrar incluso a Patricia. O tal vez haya que agradecerse a Bunty, quien, de nuevo, «no se encontraba muy bien» y le gritó a Patricia: «¡Tú no eres mi hija!», a lo que Patricia replicó: «Gracias a Dios», y salió de casa justo cuando le tocaba organizar el primer juego de charadas para mí y mis invitados. La oigo volver por la noche, mucho más tarde, pisando con fuerza los escalones, haciendo que Rags ladre y Nell grite en sueños. Le he dejado un trozo de pastel sobre la almohada, desobedeciendo las estrictas órdenes de Bunty de que nunca más pruebe bocado.

Creo que, si dependiera de Bunty, ninguno de nosotros volvería a comer nunca.

—Estoy harta de cocinar —declara hastiada, luchando con una lata de pastel de carne y riñones Fray Bentos. Su decaimiento en la desgastada tapicería del sofá al estilo Elizabeth Barret marca un ulterior declive de sus facultades. Dice que «está harta» pero no dice de qué. De George quizá. Un inusual optimismo por parte de Patricia compensa la depresión de Bunty, debido, según me cuenta, a los bohemios placeres sexuales que ella y Howard están descubriendo juntos. Este nuevo pasatiempo la distrae de estudiar para sus exámenes de bachillerato, y fracasa estrepitosamente en todos.

Bunty se anima algo para el martes de Carnaval, un día de festejos y alborozo según mi calendario de «La vieja Inglaterra». Aunque no en nuestra casa, sobre todo cuando Bunty arroja la quinta tortita a la pared de la cocina en lugar de darle la vuelta con cuidado en la sartén. Se queda pegada unos segundos en la pared y después, despacio, se desliza hasta el suelo, donde cuaja y se convierte en un viscoso chafarrinón, como un extra en una película de ciencia ficción (*¡Las tortitas asesinas!*). En cierto modo, tiene un aspecto terriblemente simbólico, sobre todo porque era la tortita de George.

—Bueno —dice Patricia con la sonrisa de Bunty grabada en el rostro—. Ya estaba casi llena, de todas formas, ¿tú no, Rubí?

—Casi —digo, y nos escabullimos de la cocina con rapidez, antes de que la sartén zumbe por el aire hacia la cabeza de George. El miércoles de Ceniza, se respira un apropiado ambiente de contrición, pero sabemos que no durará. La Cuaresma marca también el principio de la decadencia de Nell, que no abandona el lecho desde el fiasco de la tortita. Ni siquiera se levanta para el lunes de Pascua. A mediados de esta época, el día de la Madre, Bunty da muestras de una descarada carencia de instintos maternos al cerrar la puerta de casa y dejar fuera a Patricia, impidiéndole así entrar a

hurtadillas a las tres de la mañana como tiene por costumbre. Patricia, para no ser menos, se queda abajo, en medio de la tranquila noche suburbana, gritando:

—¡Malditos cerdos burgueses... ya llega la revolución, tú serás la primera en caer, Bunty Lennox!

Lo que, como es lógico, provoca cierta agitación en el vecindario. Creo que Patricia se está divirtiendo y parece casi enfadada cuando le arrojo mi llave de la puerta frontal.

Yo misma padezco una visita traumática al señor Jeffrey, el dentista, el día anterior a viernes santo, de la que resulta la pérdida de tres dientes de leche bastante cariados que he ido arrastrando tanto como he podido. Quizás no quiero dejar atrás mi infancia. (O, por otra parte, quizás sí quiero). Patricia, con gran amabilidad, me cambia los tres dientes por tres monedas de seis peniques y me lleva al café Acrópolis donde me presenta a Howard. Resulta difícil de creer que este tipo torpe y desgarrado, salpicado de acné, sea el responsable de las magníficas bacanales que Patricia me narra casi todos los domingos por la mañana mientras yo estoy tendida en mi inocente lecho escuchando *Easy Beat*.

El fin de semana de Pascua se distingue por un continuo ir y venir de familiares que nos visitan para dar su último adiós a Nell, que, a estas alturas, «no puede más» de la vida. Este velatorio prematuro supone una continua entrega de huevos de Pascua. Tía Gladys, tío Clifford y Adrian acuden para la ocasión, así como tía Babs (sola, gracias a Dios) y tío Ted. Adrian es ya todo un hombre (veinte años) pero todavía vive con sus padres. Acaba de ponerse a trabajar en una peluquería como aprendiz y se muestra muy apañado con los trabajos domésticos: pone la mesa para el té, coge la tetera y le dice a Bunty:

—¿Sirvo yo?

Ella parece muy sorprendida, pues nadie se ha ofrecido nunca antes a hacerse cargo de su rol materno (se nota que la idea le tienta). Tío Ted, de pie a espaldas de Adrian, le guiña el ojo a George, se pone la mano en la cadera y da unos pasitos amanerados. George suelta una carcajada, pero cuando tío Clifford dice: «¿De qué os reís?» agita la cabeza impotente. Adrian se ha traído el perro; un tímido terrier con el pelo de alambre que Rags intenta desmembrar.

Tío Ted anuncia a los presentes que por fin se ha prometido a su eterna novia, Sandra, y George dice:

—¿Se ha quedado preñada?

Todas las mujeres gritan: «¡George!», con desaprobación. Bunty, directa al quid de la cuestión, pregunta quiénes serán las damas de honor. Tía Babs, entretanto, adopta una expresión de suficiencia, pues las gemelas son muy solicitadas para estos menesteres. Incluso yo debo admitir que quedarán mejor en una boda que Patricia y yo, pues nosotras somos torpes y desgarradas comparadas con Rosa y Margarita. Están demasiado ocupadas, estudiando para sus exámenes de bachillerato, como para venir a despedirse de su abuela. Tienen casi dieciséis años y hace mucho que no las

veo. Patricia tiene casi diecisiete y algunas de sus «cosas favoritas» son Howard, la campaña para el desarme nuclear y los Beatles, que han desplazado rápidamente a Elvis en nuestras veleidosas preferencias. (Ha descolgado todas sus provocativas fotografías —satinadas, de seis por seis, en blanco y negro— de la pared y las ha reemplazado por las alegres sonrisas del los Cuatro Fabulosos. Pobre Elvis). Patricia se las arregla para mostrarse descortés con todo el mundo —dos tías, dos tíos, un primo e incluso un perro— en el transcurso de quince minutos (por lo que puedo observar, la cuestión está relacionada con su propósito de unirse al partido comunista) y yo obtengo un plus de tres huevos de Pascua, pues todos están tan disgustados que me dan los de Patricia. ¿Pero qué beneficio obtiene una chica si se hace con tres huevos de Pascua y pierde a su hermana?

George, tío Ted y Clifford se reúnen en torno a la mesa de la cocina con la botella de *whisky* que ha traído Ted y se enzarzan en una animada discusión tripartita sobre a) si George debería o no construir un patio en la parte trasera, b) las vistas de nuestro nuevo vecindario, la señora Roper dando de mamar a su bebé en el invernadero de la casa contigua, que provoca gritos de: «¡Maldita sea!», en parte admirados y en parte asqueados, y c) el mejor camino para llegar al Scotch Corner.

Me escabullo al piso de arriba para ponerme a salvo de ese comadreo adulto pero en la habitación de Nell me espera una escena todavía peor. Bunty, tía Gladys y Nell (cautiva) son las espectadoras de un morbosos *striptease* solo para mujeres con tía Babs como atracción principal. Se mueve como una estatua en una tarima giratoria y, volviéndose a su auditorio, se quita la chaqueta azul marino y la blusa blanca para descubrir... a un lado un colgante pecho de matrona y al otro... nada, solo un pliegue de piel y tejido cicatrizado. Bunty y tía Gladys dan un respingo sobresaltadas, abriendo la boca como peces fuera del agua, y Nell lanza un suave gemido. Abandono la habitación rápidamente. Aún no sé nada de tener pechos, no digamos ya de perderlos. Me siento en las escaleras, encajando trocitos de chocolate en los huecos de mi dentadura, hasta que al fin el aburrimiento me empuja a buscar a Patricia y devolverle los huevos de Pascua que, en justicia, le corresponden.

Nuestros nuevos vecinos son el señor Roper, la señora Roper y sus hijos, Christine, Kenneth y el bebé David. El señor Roper —Clive— es un exjefe de escuadrón de la RAF que ahora ocupa algún cargo ejecutivo en el Ferrocarril Británico —exactamente el tipo de hombre con el que sueña mi madre. Y, efectivamente, durante las semanas posteriores al traslado de los Roper, que tuvo lugar en Año Nuevo, cuando Bunty está atravesando su fase apática, no escatima comentarios del tipo: «¿Por qué no te parecerás más a Clive Roper?». Estas observaciones terminarán con la mejora en la condición de Bunty, hacia Pentecostés, cuando ya no necesita que George se parezca al señor Roper porque juega con el modelo original.

Mi amistad con Christine Roper se basa solo en la proximidad —no hay escape

posible. Es un año mayor que yo y una niña particularmente mandona. En algunos aspectos se parece más a Gillian que la propia Gillian, excepto que Christine es del montón y Gillian era bonita (aunque solo ahora que ha muerto soy capaz de reconocerlo). Kenneth, dos años menor que yo, es como un compendio de todos los niños existentes, una especie de prototipo —desde los calcetines caídos hasta la piruleta chupada en el bolsillo. Es molesto pero inofensivo. No así el bebé David, que gotea por todos los orificios y siempre tiene la cara enrojecida, ya sea de gritar o de hacer sus «trabajos pesados», por usar la chabacana fraseología de la señora Roper. La señora Roper (Harriet) no es ni mucho menos la clase de madre que yo escogería. Tiene más aspecto de jefe de escuadrón que su marido —una mujer grande y huesuda envuelta en un aire de infabilidad—, muy escandalosa y muy inglesa. Uno se la imagina trajinando por su casa, hecha un desastre y blandiendo un bastón de lacrosse o una fusta de montar en lugar de ese antipático bebé David —o su accesorio, un hinchado pecho bombeante con venas azules semejante a un mapa delta en 3-D.

Esa visión me fascina y repele al mismo tiempo. La señora Roper es la primera persona a quien veo dando de mamar (no somos esa clase de familia). Supone también un desafortunado contraste con el pecho de tía Babs, ahora completamente romo, quien yace postrada, más pálida que la sábana de su cama, en el St. James de Leeds, adonde Bunty y yo vamos un sábado, con billete de ida y vuelta (precio reducido), mientras Patricia se queda en casa ayunando por la India.

Eso fue poco después de que yo presenciara, por primera vez, un encuentro entre Bunty y el señor Roper. Bunty y yo estábamos en la cooperativa ambulante, agazapadas entre los *puddings* de arroz enlatados, intentando decidirnos entre el arroz y la sémola, cuando el señor Roper saltó a bordo, buscando detergente en polvo —un nuevo hombre adelantado a su tiempo.

—¡Hombre, ho-la, qué tal! —le dijo a mi madre.

Iba vestido con elegancia, pantalones de sarga, americana deportiva de pata de gallo y corbata. Bunty me alargó el monedero para que yo pagara las compras y quedarse a sus anchas con el señor Roper en la parte trasera del remolque. Mientras yo recitaba los dividendos al conductor pude ver, reflejado en el parabrisas, cómo el señor Roper, con una reverencia, le ofrecía el tulipán rojo de plástico que regalan con cada paquete de Daz.

Yo estaba allí y, creedme, la mujer que aceptó el tulipán del señor Roper no era mi madre; esa mujer era una risueña imagen de juventud: encantadora, juguetona, animada, una especie de Debbie Reynolds antes de que Eddie Fisher la dejara.

Temo por mi madre. Está penetrando en un espacio tenebroso, inexplorado y profundo donde la lluvia de meteoritos se precipita por sorpresa, y los anillos de Saturno, como ya sabemos, son «mortales».

Poco después, a finales de junio, ocurre un milagro: George y Bunty reciben una carta donde dice que iré a la Queen Anne Grammar School. Fiuuu, como diría tío Ted. Patricia, por otra parte, ya tiene sus horrorosos resultados de los exámenes de

bachillerato. Ello se debe a que presentó casi todos en blanco. (Cuando una furiosa Bunty le pregunta por qué, ella se limita a encogerse de hombros y a decir: «Yo qué sé»).

Para compensar por las vacaciones estivales, que este año no haremos a causa de la inminente muerte de Nell, Patricia nos lleva a Kathleen y a mí al cine. Patricia no es una fan de Cliff Richard, hace poco llegó a casa enarbolando un Decca a rayas naranjas y blancas de cuarenta y cinco.

—Los Rolling Stones —dice, con un brillo salvaje en la mirada.

Ha sido preciso utilizar el subterfugio para que Christine no se enterase del acontecimiento; está tratando de erigirse como barrera humana entre yo y Kathleen, y no dejo de temer que aparezca de repente para estropear las cosas. No hace falta, Howard se encarga de eso, mofándose de Cliff, Una, Melvyn y la banda.

—¡Pueril! —comenta en voz muy alta, y a continuación se embarca en extrañas actividades biológicas con Patricia mientras Kathleen y yo, pobres de nosotras, nos dedicamos a mascar una caja de caramelos de menta. Por su culpa hemos tenido que sentarnos en la última fila y la pantalla no se ve nada bien.

Nell expira poco después. Lo último que me dijo fue: «¡Vigila tus botas, Lily! [Ver *nota al pie (VIII)*]», mientras yacía como una sombra en su lecho.

Pero sus últimas palabras (dichas a Patricia quien, por pura casualidad, era la única que estaba con ella en la habitación cuando murió), también carecían de lucidez: «¿Puedo servirle el té a Percy ahora, señora Sievewright?».

Visitamos a Nell en la funeraria. Es una triste compañía. La funeraria no es lo que había imaginado. Me esperaba algo más terrorífico, más místico, como la de St. Wilfred —oscuridad, incienso, música de órgano— en lugar del escenario bien iluminado que tenemos ante nosotros, con sus paredes marrones, sus cortinas granates y las jardineras con flores de plástico que parecen obsequio de Daz. Kathleen, que nos acompaña en el paseo, lo examina con recelo.

—¿No hay velas? —susurra, estupefacta—. ¿Y quién iluminará a la pobre Nell en su viaje por la oscuridad?

Patricia está resfriada y tiene los ojos enrojecidos, pero no creo que esté llorando por Nell. Muerta, nuestra abuela ofrece un aspecto casi idéntico al que presentaba las últimas semanas de vida, la piel algo más amarillenta quizá y un extraordinario parecido con la tortuga de Christine Roper. Lo siento mucho por ella y también me siento muy culpable por no experimentar una pena tan grande como la que me embargó cuando las mascotas murieron.

No hay mucho que hacer, ni mucho que ver, primera fila, sin caramelos de menta.

—¿Nos vamos? —pregunta Bunty al cabo de un rato, y todas asentimos.

Mientras nos alejamos, Bunty se vuelve y, tras un breve instante, dice:

—Esa era mi madre.

Se me erizan los pelos de la nuca, igual que los de June Allyson en *La historia de Glenn Miller* (que pusieron en la tele el domingo pasado por la tarde), pues sé, con la certeza de las premoniciones, que algún día diré exactamente lo mismo.

* * *

El verano sigue su curso, vastos océanos de nada, interrumpidos por días de juego con Christine. La señora Roper siempre nos está pidiendo que vigilemos al bebé David y pasamos mucho tiempo tratando de perderlo. Con él, nuestro juego favorito es el escondite; lo escondemos en alguna parte —bajo un seto del jardín, o en el cobertizo de los Roper, y a continuación nos ponemos a buscar algo distinto —a Rags, quizá, o a la tortuga. En una ocasión memorable (señalada como el «día de Trafalgar» en mi calendario), olvidamos por completo dónde le habíamos dejado. De no haber sido por Rags, el bebé David podía haberse pasado en el lavadero hasta el día de hoy.

A mediados de agosto, un día cálido y aburrido, deambulo hasta el garaje en busca de algo —la pelota del perro, el bebé David—, no sé. En su lugar encuentro a Bunty y al señor Roper juntos de nuevo. Naturalmente, me quedo para enterarme de algunas cosas; la extraordinaria miscelánea que constituye la ropa interior de Bunty, oculta a simple vista, por ejemplo. En la cálida penumbra estival del garaje atisbo algo desagradable asomando por la sarga del señor Roper. Puede que Bunty haya encontrado al fin su instrumento de martirio. Eso se diría, a juzgar por la expresión de su rostro. El señor Roper —ahora acelerado al máximo— me vislumbra de repente por el rabillo del ojo y una expresión de incredulidad reemplaza a la de lunático que tenía hace un instante.

—Pero bueno, ho-la —jadea, casi sin respiración. Yo no digo esta boca es mía y desaparezco de la escena del crimen.

Quizá George sea vagamente consciente de que otro hombre le está arrebatando a su mujer y por eso decida tentarla a regresar con una exótica excursión a un lugar lejano: el restaurante chino de Goodramgate. Ahí comete su primer error, pues a Bunty no le gusta la comida extranjera. En realidad aún no ha probado ninguna comida extranjera pero de todas formas sabe que no le gusta. Su segundo error es invitarnos a mí y a Patricia.

—Bueno —dice Bunty, sentándose a la mesa y observando el mantel rojo—, es bastante raro.

Relucientes farolillos de papel con borlas doradas cuelgan del techo, donde se supone que deberían estar las lámparas normales. Señalo los farolillos a Patricia y ella me sonrío con indulgencia. De fondo, suena plañidero el tañido de una aguda música de cuerda.

—Este lugar está decorado como un ya-sabes-qué —dice Bunty, mordisqueando recelosa un pan de gambas. Pesca una flor del té de jazmín en su tacita de porcelana y

la examina con ojo crítico a la tenue luz carmesí. George ordena —el menú de tres platos para cuatro— cóctel de gambas, chop suey de ternera, cerdo agridulce y chow-mein, seguido de diminutos lichys de lata y café.

—¡Tú ya has estado aquí! —le acusa Bunty.

George se echa a reír y dice:

—No seas boba.

Pero es obvio que ha estado, pues el camarero le lanza un enigmático guiño.

George recurre a su inagotable cháchara de tendero para distraer a Bunty («Y bien, ¿qué te parece el tiempo que nos está haciendo? Pagaríamos por este sol, ¿eh?», pero ella no se deja enredar.

—¿Cuánto van a tardar? —reclama impaciente transcurridos diez segundos.

Llega el cóctel de gambas, más lechuga que gambas; de hecho, resulta bastante difícil encontrar gamba alguna en esa selva de hojas.

—¡He encontrado una! —digo triunfante—. ¡He encontrado una gamba!

Y George dice:

—No te pases de lista, Rubí.

Patricia cuenta sus gambas, dejándolas a un lado del plato, donde yacen semejantes a comas gordas y rosadas.

—Son camarones, no gambas —dice, pinchándolas con un palillo como una circumspecta bióloga marina.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dice George—, gambas, camarones... ¿qué importa?

—Importa si eres una gamba que intenta reproducirse —dice Patricia con dulzura, y Bunty se apresura a intervenir:

—No vamos a entrar en ese tipo de conversación, gracias Patricia... era lo que pretendías, ¿no?

Llega el segundo plato.

—¡Palillos! —digo excitada, haciéndolos girar en la cara de Patricia, y ella me aparta de un servilletazo.

—¿No esperarás que coma con eso, verdad? —dice Bunty, mirando a George sorprendida.

—¿Por qué no? Millones de chinos lo hacen —responde este, haciendo tijera con los suyos, sin mucha traza, en dirección a una tira de ternera. ¿Quién iba a imaginar que era tan cosmopolita?

Bunty saca un flácido y desmadejado brote de soja de su plato.

—¿Qué es esto?

—¿Por qué no te limitas a comer? —dice Patricia. Parece incómoda, aún más pálida que de costumbre y algo inquieta, como si no pudiera seguir sentada. La palidez de su piel empieza a cambiar de un modo espectacular, adquiriendo un rubor rosa gamba, y justo cuando Bunty toma un trozo de cerdo y dice: «¿Cómo sabe la carne de perro, lo sabes? ¿Como esta?», Patricia se pone a temblar y su rostro

sonrosado recupera el blanco nieve antes de caer de la silla, inconsciente.

—Bueno, al menos ya sabes que eres alérgica a las gambas —la consuelo, mientras ella yace en una cama de hospital, alta y blanca.

—Camarones —me recuerda, y me ofrece un chicle de fruta.

A continuación viene una semana frenética comprando uniformes, cuando Bunty cae en la cuenta de que, antes del inicio del nuevo curso, debo estar equipada de la cabeza a los pies. La escuela Queen Anne nos ha facilitado una lista de lo más escalofriante, no solo por el desconcertante número de prendas que, al parecer, necesito para asistir al instituto, sino también por el severo tono de la lista. Abundan las mayúsculas y los subrayados para que los padres no se descuiden. Por ejemplo: *Falda azul marino con bolsillos, plisada o con vuelo, RECTA NO, o túnica azul marino con bolsillos*, aunque no explica a qué se debe el imperativo moral de evitar las faldas rectas. La configuración de los zapatos es también muy específica: los zapatos cubiertos, por ejemplo, *preferiblemente con suela de goma y tacón bajo. (NO se pueden llevar sandalias con puntera o talón al descubierto). Se recomiendan las sandalias tipo Clark*. Lo curioso es que la lista guarda poca relación con lo que Patricia suele llevar; a menudo sale de casa con la falda recta prohibida y sandalias descubiertas, una prueba más de su delincuencia moral. De todas formas, yo no voy a seguir sus pasos y me arrastro desde Isaac Walton's hasta Southcott's, una batida interminable en busca de *pantalones cortos de gimnasia, elásticos, azul marino del modelo permitido para deporte*.

No sé por qué —seguramente a causa de sus juguetes amorosos recién emprendidos—, estos son algunos de los ratos más agradables que Bunty y yo hemos pasado juntas. Mientras adquirimos diversas partes del uniforme hacemos altos en los cafés con nuestras grandes bolsas de papel. Bunty se desembaraza de los zapatos bajo la mesa del Betty's y devora una enorme cesta de fresas y merengue, y parece casi feliz.

En la escuela, me siento como un pez en el agua: el rigor de las clases, cada una de cuarenta y cinco minutos, la disciplina de las colas en las comidas, las alienaciones y realineaciones de nuevas amistades... todo supone un gran alivio tras el continuo melodrama imperante en la vida hogareña. Lo único desconcertante es que cuando los profesores leen mi nombre en la lista levantan la mirada sorprendidos en cada ocasión y dicen: «¿La hermana de Patricia?», como si les pareciera imposible que Patricia tuviese familia. Por suerte, nadie parece recordar a Gillian.

Patricia, a pesar de sus desastrosos resultados en los exámenes, es ahora una *habituée* en las aulas del sexto curso y rara vez nos encontramos por los pasillos de viejo roble. Cuando sucede, me ignora por completo, lo que me mortifica bastante, sobre todo porque las otras chicas de su edad arman un gran revuelo cuando se encuentran a sus hermanas pequeñas y se las muestran a sus amigas como si fueran

mascotas.

El tiempo anda, trota y galopa hacia el fin del trimestre y yo trabajo duro, trazo mapas hipsométricos y diagramas de sistemas de calefacción central romanos y escribo frases en francés... ¡otra lengua! El profesor de francés dice que soy una lingüista natural y yo practico la maravillosa lengua francesa cada vez que tengo ocasión. *Je m'appelle Rubí. Je suis une pierre precieuse.* A veces, convenzo a Patricia de que hable conmigo en francés, lo que pone a Bunty paranoica, pues piensa que hablamos de ella.

—*Notre mère* —comenta Patricia con dulzura— *est une vache, n'est-ce pas?*

* * *

Cuando en las noticias dicen que han disparado a Kennedy, soy la única persona que queda sentada a la mesa del comedor. Estoy escuchando la radio para distraerme pues (en orden de desaparición). Patricia, Bunty y luego George se han levantado bruscamente en el transcurso de una discusión. La disputa ha alcanzado tales proporciones que lo sucedido en el Estado de la Estrella Solitaria parece nimio en comparación. El incidente ha estallado cuando, en un bolsillo de la chaqueta de Patricia, ha aparecido un paquete de profilácticos Featherlight, esta vez sin la habitual protección de la esfinge engalanada que adorna su insignia de la Queen Anne, junto con el exhortativo lema de la escuela, *Quod potui perfeci.*

Más adelante paso mucho tiempo practicando el *twist* para la fiesta de fin de trimestre que los alumnos de sexto ofrecen tradicionalmente a los de primero. Patricia, poco aficionada a las fiestas, no se deja caer por allí, pero la capitana me hace el honor de escogermme para que presida con ella una animada sesión de presentaciones en sociedad. Tras los sándwiches y la gelatina jugamos a muchas cosas, incluido «las rodillas musicales» (el tipo de juego que, imagino, se les daría bien a la señora Roper y a mi madre) y después bailamos discos pop pero, por desgracia, *twist* no. La gente baila sin orden ni concierto, menean los pies en un caos y agarran cuerdas invisibles con las manos.

En el fondo no importa... he conseguido un informe final magnífico, *Rubí trabaja duro y es un placer tenerla en clase*, que agito primero ante Bunty, después ante George y al final ante Patricia, ninguno de los cuales muestra el menor interés, ni siquiera cuando lo engancho con celo en el exterior de la puerta de mi habitación.

El fin de año se convierte en «la dimensión desconocida» con la llegada de Rosa y Margarita (de duelo reciente) esa misma noche. Duermen en la habitación de Nell, ahora vacía, y nunca las vemos llorar. Es probable que tía Babs —esperemos que ahora ya reunida con las partes que le fueron arrebatadas— les haya enviado un mensaje desde el mundo espiritual, pero de ser así no lo hacen público. Bunty no deja

de insistir en lo bien que se portan las gemelas, pero creo que lo dice porque nunca hablan.

Estoy en la cama, dormida, mucho antes de las campanadas, pero Patricia me despierta justo antes de medianoche, borracha aunque ansiosa por evocar el año que termina. Lleva consigo una botella de crema de jerez Bristol, casi vacía, de la que va echando tragos. Rehúso compartirla. Había planeado recibir el año nuevo en el Knavesmire, en la parte trasera del viejo Zephyr de Howard, pero han tenido una avería.

—Ha decidido ser contable —dice, haciendo de sus palabras una pasta de bizcocho borracho. Se esfuerza por encender un cigarrillo, con una expresión de asco en el rostro.

—¿Y qué quieres ser tú, Patricia? —pregunto con cautela.

Suelta una fumarada de humo pensativo y echa ceniza por todas partes.

—No sé —dice al fin, y a continuación, tras una pausa—: Creo que solo me gustaría ser feliz.

De todas las ambiciones de Patricia esta parece, en cierto modo, la más tremenda.

—Bueno —le digo, cuando las campanas de la iglesia más cercana empiezan a sonar dando la bienvenida a 1964—, si tuviera la lámpara de Aladino por un día, eso es exactamente lo que serías.

Pero cuando la miro más de cerca veo que se ha quedado dormida, así que le quito el cigarrillo encendido de la mano y, con cuidado, lo aplasto contra la última ilustración de mi calendario, «La vieja Inglaterra»; una bonita casa de campo, de troncos y paja, con rosales junto a la puerta y humo ensortijándose desde la chimenea.

Nota al pie (VIII) - Botas nuevas

¡El fin de la guerra de los boers! La gente había ocupado las calles todo el día, celebrando la noticia. Por una feliz coincidencia, una gran feria ambulante se había instalado en St. George's Field y Lillian y Nell esperaban ilusionadas la visita a sus casetas con lámparas de gas. Ansiaban experimentar la emoción de encontrarse entre el gentío en una ocasión tan patriótica. Albert había ido de pesca con su camarada Frank, y Tom ya no vivía con ellos, sino en una casa de huéspedes en Monkgate. Lillian tenía entonces quince años y Nelly catorce, y ambas se habían puesto ya a trabajar. Lillian en Rowntree, en el departamento de empaquetado. Al principio, tras dejar la escuela, Rachel la había puesto a servir, pero una mañana Lillian se quedó allí plantada, en la cocina, con los brazos cruzados y la barbilla alta, y dijo que no pensaba fregar la porquería de nadie. Nell rezaba cada noche para que su hermana encontrara pronto un trabajo, pues les hacían muchísima falta unas botas nuevas y Nell había dicho que no las tendrían hasta que Lillian contribuyese de nuevo a los gastos. Sus botas viejas estaban tan gastadas que notaban el suelo a través de las

medias.

Nell apenas ganaba nada; era aprendiz en una sombrerería de Coney Street y las dos debían entregar a Rachel cada penique de su salario. Ella les devolvía, de mala gana, algo de calderilla. Consiguieron sus botas nuevas antes de que Lillian encontrara trabajo, porque la chica estaba tan asqueada del estado de sus botas que un día salió descalza, y Rachel, roja de rabia y avergonzada, se vio obligada por fin a darles el dinero para unas botas nuevas.

—¿Podemos ir a la feria después del té?

Fue Lillian quien lo preguntó, por supuesto. Nell era tan tímida que, cuando era posible, cedía a Lillian la palabra de las dos. Rachel miró a Lillian como si no la viese y la ignoró por completo.

—Di «por favor» —susurró Nell al oído de su hermana.

Lillian arrugó la cara.

—Por favor, ¿podemos ir a la feria después del té?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque he dicho que no —dijo Rachel, mirando a una y a otra como si las dos fueran idiotas.

Acto seguido, cogió un montón de ropa limpia y salió de la cocina. Lillian tomó una cuchara de madera que había en la mesa de la cocina y la arrojó a la espalda de Rachel. Para vengarse, Rachel esperó a que las dos estuvieran arriba, en su dormitorio, y las encerró con llave.

Se sentaron en el suelo de la habitación y se abrocharon las botas nuevas. Eran de cuero negro y suave, las botas más caras que nunca habían poseído.

—Se va a enterar —dijo Nell, mirando las punteras de sus botas, aún tersas.

—No me importa —dijo Lillian, poniéndose en pie de un salto y subiendo la hoja de la ventana.

Todavía vivían en la casa de Walmgate, en los barrios bajos, un reducido apartamento del piso superior. La ventana de su dormitorio daba a un patio húmedo que olía a aguas residuales y cuyas baldosas estaban cubiertas de limo verdoso. Pero en medio, surgiendo de un gran agujero en la piedra agrietada, se elevaba un gran lilo, que había echado raíz muchos años atrás. Tal vez una semilla hubiera volado desde algún hermoso jardín de la ciudad y hubiera llegado hasta el oscuro Walmgate. La corteza era rugosa y estaba desgarrada, como si alguien hubiera arañado el tronco con las púas de un tenedor gigantesco, pero tenía grandes y abundantes llores, iguales a las de cualquier árbol crecido en un lugar más espacioso. El año anterior, Lillian se había asomado a la ventana del dormitorio para cortar una gran rama, la había metido en un viejo jarrón y la había colocado en el dormitorio. El embriagador aroma de las lilas las había reconfortado durante semanas.

Nell cepilló el cabello de Lillian y lo recogió con cintas, después Lillian hizo lo mismo con Nell.

—Estoy segura de que las ramas se quebrarán con nuestro peso —susurró Nelly mientras Lillian apoyaba una pierna en el alféizar.

—Deja de hacer melindres, Nelly —le susurró Lillian en respuesta, agarrándose a una rama.

Lillian se dejó caer y asió el tronco.

—¡Vigila tus botas, Lily! —le susurró Nell a Lillian mientras esta se deslizaba árbol abajo.

Alcanzó el pie del árbol y dijo:

—Es fácil, Nelly, vamos.

Nell ya estaba sentada en el alféizar, asomada, pero entonces se echó atrás; nunca le habían sentado bien las alturas y al mirar abajo se mareó —aunque no fue tanto la altura lo que la detuvo como el miedo a la cólera de Rachel si advertía que se habían escabullido tan tranquilas después de que ella lo hubiese prohibido expresamente. Nell sacudió la cabeza con tristeza.

—No voy, Lillian.

Lillian le suplicó y trató de tentarla, pero fue en vano y, al final, dijo enfadada:

—¡Qué cobarde eres, Nelly! Bueno, si no vienes, me voy igual.

Abandonó el patio, y Nell la perdió de vista sin que la otra se volviera para mirarla. Nell permaneció largo rato ante la ventana abierta. La suave brisa en aquel atardecer de mayo transportaba hasta el patio el sonido de la gente celebrando el fin de la guerra. Las lágrimas de Nell se habían secado ya, el cielo se había tornado de un azul muy oscuro y se veía la primera estrella antes de que Lillian hubiera regresado, con las cintas torcidas, las botas nuevas rozadas y una sonrisa triunfante en el rostro.

Nell le abrió la ventana y la ayudó a saltar adentro por encima del alféizar. Lillian se sacó una bolsa de toffees del bolsillo y los compartió con Nell.

—Ha sido fantástico, Nell —le dijo, con ojos brillantes.

Se levantó viento en la noche y empezó a llover. El golpeteo de una rama del lilo contra la ventana despertó a Nell. Yacía con los ojos abiertos de par en par en la oscuridad, escuchando la tranquila respiración de Lillian a su lado. Nell deseó parecerse más a Lillian. La lluvia y el golpeteo se hicieron más fuertes, el viento más intenso, y Nell pensó que nunca podría dormirse otra vez.

Capítulo 9

1964

¡Vacaciones!

¡Nos vamos! No a ver al mago, sino de vacaciones.

—¡Nos vamos! —le digo a Patricia entusiasmada.

—¡Calla, Rubí!

Callarubí, callarubí, en serio, cualquiera diría que me llamo así en el Mundo Según Patricia. Está ocupada dibujando esquemas anatómicos obscenos en las empañadas ventanillas del coche. Hace frío y humedad tanto dentro como fuera —situación climática que no supone un buen presagio para nuestras inminentes vacaciones. La época de los apartamentos (Bridlington, Whitby) ha terminado y exóticos destinos nos esperan (Sitges, Gales del Norte), empezando por uno que, con toda probabilidad, constituye el paraje más extranjero de todos... ¡Escocia!

Y lo que es más, viajamos en convoy —o, al menos, en tándem— y allí, a la cabeza de nuestra caravana, está el Ford Consul Classic de nuestros amigos y vecinos, los Roper. Bunty podría haber sido una gran jugadora a juzgar por la cara de póker que pone cuando George propone la idea tras una «charla» con el señor Roper por encima de los setos-almena de nuestros castillos suburbanos. Bunty y yo estamos ocupadas alimentando la tostadora con artículos varios de panadería —bollos, magdalenas, plum-cake, etc.— cuando George irrumpe en la cocina procedente del jardín y, tras mancharlo todo de barro, dice:

—He estado hablando con Clive... ¿qué te parece si vamos de vacaciones con los Roper este verano?

Y, rápida como un guiño, Bunty se fija su sonrisa y dice:

—¿Los Roper?

Mientras tanto, un trozo de plum-cake sale volando de la tostadora en un «fuera de tiempo» espectacular.

—¿Los Roper? —repito horrorizada, saltando para cazar el pastel.

—Bueno, ¿por qué no? —dice con astucia, untando mantequilla en el plumcake y ofreciéndoselo a George.

Él lo rechaza, avanza a grandes zancadas hacia el fregadero y se lava las manos. Sin duda Bunty se ha quedado estupefacta, pues ni siquiera le hace notar que ha dejado un rastro de huellas lodosas en las baldosas de vinilo rojas y blancas, como algo sacado de una guía de mano hecha por Arthur Murray. O de una guía de pie. Un hombre más avisado habría advertido al instante que le estaban poniendo los cuernos.

De tanto en tanto, Kenneth se asoma de repente por el parabrisas trasero del automóvil de los Roper, como una mascota con mala sombra, y nos ofrece muecas diversas —se pone bizco, saca la lengua, los dedos en las orejas— pero las Lennox lo ignoramos estoicamente. Bunty, que no deja de dar gracias a Dios por no haber tenido niños, está perpleja por el comportamiento de Kenneth, pero George no se reprime a la hora de emitir su juicio:

—Maldito niño estúpido.

George no tiene tiempo para distracciones, necesita toda su concentración para no alejarse de los Roper. Nos aterra perder de vista a nuestro jefe de escuadrón pues es el único que sabe cómo llegar a Escocia y, cada cierto tiempo, Bunty sufre un ataque de pánico y le grita a George: *¡Está adelantando! ¡Rápido, rápido... pon el intermitente!* Ay del vehículo que se interponga entre los Roper y nosotros, pues se expone a que las ondas mentales de Bunty lo desintegren al instante.

Con todo, seguir a los Roper de este modo ciego y servil es infinitamente mejor que depender de Bunty, cuyas dotes de navegación la llevan a viajar, bien a la buena de Dios «*B125, B126... ¿cuál es la diferencia?*» bien a la defensiva «*¿Cómo iba yo a saber lo que decía la señal? ¡Tú eres el conductor!*». Si llevara un socio del club del automóvil a un lado y un guía espiritual al otro, seguiría extraviándose, aunque de momento el señor Roper no se las arregla mucho mejor, nos conduce en espiral por las afueras de Carlisle como un avión a punto de estrellarse [*ver nota al pie (IX)*].

—¿Qué demonios está haciendo? —farfulla George cuando giramos por una rotonda que ya hemos rodeado al menos dos veces.

—¡Ahí está otra vez esa tienda de pescado y patatas! —dice Bunty.

—Y el garaje... ¿a qué juega?

George sacude la cabeza.

—Sabía que debíamos ir por Newcastle —dice con la amargura de la retrospectiva.

—Muy bien, listillo, si pensabas eso, podías habérselo dicho, ¿no?

Creo que mi madre no demuestra mucha perspicacia defendiendo a su amante así, en público. Le echo una mirada de reojo a Patricia para ver qué opina al respecto, pero está ocupada recitando el Kama Sutra en la ventana empañada. Un comportamiento bastante infantil, en mi opinión (que no vale nada, por supuesto... no me hago ilusiones) pero no tan infantil como el de Bunty; ahora le pide a George que pare el coche y la deje salir. Es sorprendente las proporciones que puede alcanzar una discusión cuando desvías la atención solo un instante.

—Muy bien, ¿y qué harás? —se burla George—. ¿Volver andando a casa desde Carlisle?

Pero nadie le responde, porque de repente el intermitente del señor Roper empieza a parpadear y Bunty tiene que poner a George sobre aviso.

—*¡Está frenando! ¡Se para!* —chilla.

Y George frena tan de golpe que mi cerebro está a punto de soltar amarras.

—Por el amor de Dios —dice Patricia malhumorada sin dirigirse a nadie en particular.

A veces me echaría a llorar. Cierro los ojos. ¿Por qué no hemos sido diseñados de modo que podamos cerrar también las orejas? (Quizá porque nunca las abriríamos). ¿Habrá algún modo por el que pueda acelerar mi evolución y desarrollar párpados en las orejas?

George y el señor Roper celebran un apresurado consejo en la acera, volviendo el mapa a un lado y a otro hasta que alcanzan algún tipo de acuerdo. Bunty rabia en el asiento del copiloto, despotricando contra la estupidez de ambos, marido y amante. Christine saca la cabeza por la ventanilla y saluda. Dos semanas en compañía de Christine Roper sin descanso por buen comportamiento no es una perspectiva demasiado halagüeña, me trata como a una esclava. Si estuviéramos en el antiguo Egipto, estaría construyendo una pirámide para ella, sin ayuda. Respondo a su saludo, obediente. No hay señales del bebé David, quizás lo llevan amarrado en el portaequipajes.

¡Nos vamos!, de nuevo.

—¿Dónde comeremos? —pregunto quejumbrosa.

—¿Comer? —pregunta Bunty extrañada.

—Sí, comer —dice Patricia con sarcasmo—. Ya sabes... comer, comida, ¿te suena de algo?

—No le hables así a tu madre —grita George por el espejo retrovisor, y Patricia se hunde en su asiento para quedar fuera de vista del espejo y murmura: «No le hables así a tu madre», una y otra vez. Patricia lleva ahora el pelo en dos espesas cortinas que le caen tristemente a ambos lados de la cara —ya ha descubierto a Joan Baez, en cabeza de lista de los *Top Ten*, lo que me parece una gran *avant garde* de su parte— y habla a menudo de cosas como «injusticia» y «prejuicios raciales» (o sea, en América, porque en York, realmente, no hay gente de color, para desgracia de Patricia. Todas y cada una de las caras que cada mañana se reúnen en el Queen Anne son blancas y pálidas a más no poder. Lo más aproximado que tenemos es Susannah Hesse, una alemana muy inteligente que está en York haciendo un intercambio. Patricia no pierde ocasión de abordarla y preguntarle si se siente discriminada). Naturalmente, Patricia cuenta con todo mi apoyo en su campaña contra la injusticia, pero George dice que debería prestar más atención a sus exámenes finales. Hace poco ha «cortado» con Howard, lo que quizá justifique la aparición de una veta de mal genio antes sin explotar. Aunque tal vez se trate solo de un ulterior refinamiento de su carácter.

Jugamos un rato a «¿Cuántos... ves?». Cuántos coches rojos, cuántas cabinas telefónicas... cuántos cualquier cosa, en realidad. En alguna parte al sur de Glasgow dejamos la carretera principal y nos paramos en un hotel para comer. Normalmente, cuando viajamos tomamos un pícnic improvisado, sin bajar del coche, así que esto

supone una sofisticada desviación de la norma. Bunty se arregla antes de salir del coche; al fin y al cabo, está a punto de comer en un hotel con su amante, lo que constituye una perspectiva bastante romántica, aun con cinco niños y dos esposos a cuestas. Esperad un minuto... falta algo en el inventario, ¿verdad? Me vuelvo a mirar a Patricia, perpleja.

—¿Qué hemos hecho con Rags?

—¿Rags?

Las dos miramos el cogote de nuestra madre; está escudriñando sus polvos compactos, así que no solo vemos su cogote sino también fragmentos de su cara desplazándose por el espejito.

—¿Qué habéis hecho con Rags? —coreamos.

—¿El perro?

Ha adoptado un tono indiferente... siempre señal de peligro.

—No os preocupéis por él, está en buenas manos.

De repente, Patricia parece alarmada.

—¿Qué significa «en buenas manos»? ¿Como los judíos en manos de Hitler?

—No seas tonta —dice Bunty con su tono de «no fastidies» y se pinta la deslumbrante sonrisa de mujer escarlata.

La conversación se ve fatalmente interrumpida por George, que golpea la ventanilla del coche, diciéndonos que nos demos prisa porque no tenemos todo el día.

—Claro que tenemos todo el día —dice Patricia—. Tenemos todo el día de hoy, y todo el día de mañana y así hasta el Apocalipsis, creedme.

—Oh, por el amor de Dios, Patricia —dice Bunty cerrando el colorete de un golpe—. Ponte en marcha y calla, ¿de acuerdo?

Correré un velo sobre la comida, me limitaré a decir que el sabor de la «sopa de tomate casera» recordaba a sopa Heinz y que Bunty y el señor Roper intercambiaron un extenso abanico de miradas insinuantes —sin que, al parecer, nadie excepto yo lo notase. Bunty y yo nunca hemos hablado de cuando la pesqué infraganti con el señor Roper en el garaje, y me parece muy comprensible. Al fin y al cabo, ¿qué me iba a decir? Tampoco lo he hablado con Patricia, ya no se puede hablar con Patricia de nada, así que no estoy segura de si conoce o no el adulterio de nuestra madre.

Nos acomodamos de nuevo en el interior de nuestro viejo Wolseley y ¡nos vamos! Una salida en falso, pues nos detenemos casi de inmediato (*¿Por qué pone el intermitente? ¡Para! ¡Para!*). Kenneth vomita en la cuneta —un desagradable *mélange* rosa debido, en gran parte, a la sopa de tomate. Pero ahora, por fin, ¡nos vamos!, de nuevo.

Por desgracia, nuestros cerebros siguen tratando de digerir la comida cuando encontramos a la primera el cinturón exterior de Glasgow; a cuenta, supongo, de nuestro errático avance hacia el cinturón interior, una marcha infernal durante la que

se abandonan tanto la esperanza como las buenas maneras.

—Pensaba que era un maldito piloto de la RAF —sisea George disgustado cuando el intermitente izquierdo de los Roper se enciende, y después se para, y a continuación el intermitente derecho procede de igual modo... hasta que acabamos serpenteando enloquecidos por la Sauchiehall Street como si hubiéramos arponeado a Moby Dick en lugar de un Cónsul Classic 1963.

—¿Cómo llegó a Dresden? No podría encontrar el camino ni al maldito Woolworth.

—Ni tú tampoco —dice Bunty, moviendo los labios como unas tijeras.

La verdadera crisis se produce cuando un semáforo nos separa al final de Sauchiehall Street, y Bunty suelta un lamento desesperado, ¡*Los hemos perdido!* ¡*Los hemos perdido!* Creo que es entonces cuando decido hacerme la muerta. Patricia, por lo que veo, ya finge haber entrado en coma.

Las cosas mejoran algo pasado Dumbarton, una autopista de tranquilidad se extiende ante nosotros hasta Crianlarich. Patricia nos entretiene leyendo en voz alta un fragmento de *Tristram Shandy*. Bunty se revuelve incómoda en su asiento, porque toda la prosa del siglo dieciocho le suena obscena y apenas puede creer que esté en la lista de lecturas escolares de Patricia. Cada cierto tiempo echa un vistazo atrás para comprobar que no estemos haciendo chistes verdes a hurtadillas, sin advertir en absoluto los genitales estilo Edad de Piedra con los que Patricia ha decorado el parabrisas trasero. Patricia parece completamente obsesionada con la biología humana.

Pasamos por Crianlarich, borroso a causa de la lluvia, y solo tras avanzar varias millas por la carretera descubrimos que hemos ido a la derecha cuando deberíamos haber ido a la izquierda. ¿*Qué está haciendo?* ¡*Está girando, está girando!*

¿Dónde está Escocia? ¿Qué es Escocia? ¿Lluvia solidificada en forma de casas y colinas? ¿Es bruma, tallada en forma de cafés de carretera con nombres del tipo «El comedor del granjero»? (No le des eso al nene, Christine... se mareará. Mira... ¿qué te había dicho?). ¿Quién sabe? Vamos a un sitio cuyo nombre suena algo así como «Oc-na-cock-a-liky». Un folleto de tentador titular, «Vacaciones en granjas escocesas», ha seducido a nuestros padres y a los Roper, y sus cerebros están inundados de pastelillos calientes, panecillos que gotean mantequilla salada de color amarillo sol y espesas gachas nadando en un estanque de crema, recién salida de la vaca.

Acabo de adormilarme sobre el huesudo e incómodo hombro de Patricia cuando el coche chirría y se para una vez más. ¿*Para qué se detiene ahora?*

—¡Parada de emergencia! —grita el señor Roper, haciendo gestos de impotencia y disculpa con las manos mientras «Harriet» saca al bebé David del coche y lo lleva a la hierba de la cuneta. Una corriente de líquido semejante a té aguado fluye de sus partes bajas.

—No sé por qué tiene que hacer ese tipo de cosas a la vista de todo el mundo —

dice Bunty disgustada—. Por mucho que hable con acento gomoso (se refiere a la señora Roper) y haya ido a un internado («Enviadme a uno —murmura Patricia—. Por favor.»), en el fondo no es más que una puerca.

¡Puerca! Qué palabra nueva tan fantástica.

—Puerca —murmuro complacida a Patricia.

—Sí, puerca —dice Bunty con firmeza—. Eso es lo que es.

—O sea que no es una guarra como tú —dice Patricia en voz muy baja. Lo bastante alto como para ser oído, pero demasiado bajo para creerlo.

Sigue un embarazoso silencio que Patricia rompe al cabo de un rato para embarcarse en el *Cancionero de Patricia Lennox*, lleno de canciones sobre doncellas, oficiales de la unión muertos, amantes infieles y gente con la cabeza gacha, lamentándose y gimoteando, cargados de problemas, que nos divierten un montón. Acabamos de alcanzar un lloriqueante crescendo («ve-ey-ey-ey-al») cuando Bunty pierde los nervios (¿no hemos advertido que trata de un adulterio?) y grita:

—¡Callaos, vosotras dos!

Y nos da patatas fritas al queso y a la cebolla para asegurarse de que no seguiremos cantando.

La carretera se vuelve más angosta. El tiempo se torna más húmedo. El aire parece más oscuro —aparte de al tiempo, ello se debe al anochecer o a la lluvia, es difícil decirlo. Nos adentramos despacio en el crepúsculo, como si una fuerza tangible nos empujara hacia abajo. Nos detenemos de golpe una vez más (*¡No puedo creerlo!*) y avistamos a Kenneth desapareciendo en el interior de un macizo de tojos, desabrochándose la bragueta del pantalón corto mientras se aleja.

—¿Por qué no ha ido cuando han parado antes? ¿Es que esa mujer no piensa?

Bunty resopla como un caballo de tiro. Christine sale del coche y sigue a su hermano en dirección a los arbustos, mientras la señora Roper saca otra vez la pilula del bebé David.

—Han ido antes, en el hotel, ¿no? —pregunta Bunty entre bufidos, incapaz de creer que los Roper tengan la vejiga tan floja. (Las nuestras, bajo la tutela de Bunty, están hechas de hierro forjado).

—No es el destino lo que importa —dice Patricia con aire soñador—, sino el viaje.

(Está leyendo *En el camino*, a la vez que *Tristram Shandy*, por lo que no es de extrañar que se esté volviendo un poco zen). Pero, por fin, ¡nos vamos!, una vez más, siguiendo el camino amarillo o, más bien, una dudosa carretera de dirección única.

—¿Esta carretera tiene número? —pregunta George, inclinándose hacia el volante para ver mejor.

—Al menos, podría encender las malditas luces —añade, haciendo furiosas señales con las suyas.

Y entonces, un nuevo peligro aparece en esa carretera sin nombre ni número: ¡ovejas!

—Están por todas partes, maldita sea —exclama George horrorizado.

Bunty no deja de alertar a George (*¡Ahí hay una! ¡Vigila aquella! ¡Esa va a cruzar! ¡Ojo con aquella de la izquierda!*).

Cansada de *Tristram Shandy*, Patricia y yo volvemos a jugar a «¿Cuántos... encuentras?», pero en realidad no hay nada que encontrar aparte de ovejas.

Y entonces nos asalta la tragedia —no la que era de esperar teniendo en cuenta el eslálom de ovejas sino un pinchazo del Consul Classic.

—¡Mira! —dice George triunfante, pues Bunty no ha cesado de machacarle con lo magnífico que es el coche de los Roper comparado con el nuestro (tiene razón), pero Bunty se limita a menear la cabeza y gruñe:

—Un pinchazo lo puede tener cualquiera.

—Es el destino —dice Patricia, con la sonrisa de Buddha bailando en sus rasgos.

De mala gana, George sale del coche y ayuda al señor Roper a cambiar el neumático —o, más bien, el señor Roper cambia el neumático y George le alcanza cosas, como una enfermera ayudando al cirujano en una operación. Bunty también sale del coche y se queda allí observando la incompetencia de George para manejar llaves y tuercas y el garbo viril del señor Roper en situaciones de emergencia. (¡Bien hecho, Clive!). Mientras tanto, Kenneth zumba de acá para allá, con los brazos extendidos, fingiendo ser un aeroplano, o un insecto de alas fijas, o quizá ambos.

—Gracias a Dios, solo tenemos niñas —dice Bunty cuando vuelve a meterse en el coche (es la primera y única observación que ha salido de sus labios con un contenido de gratitud por nuestra existencia), y cuando George suspira aliviado de vuelta al asiento del conductor, ¡nos vamos!, de nuevo.

Nos aproximamos a nuestra Meca, no hay duda; atravesamos varios pueblos «Ocna-cockna» y por fin llegamos al correcto. Giramos a la izquierda, damos la vuelta, giramos a la derecha, media vuelta otra vez y cogemos el primer desvío.

—Me cago en la puta —dice George hastiado, después de tres giros más, y Bunty agita las manos en su dirección, escandalizada.

Y a continuación, al fin, ¡nos vamos!, por última vez, chapoteando y botando por un camino de tierra hasta entrar en un lodoso corral entre un revuelo de pollos furiosos. A un lado hay una dependencia larga y baja, al otro un granero ruinoso y al tercero un gran edificio cuadrado de piedra gris: nuestra granja. ¡Las «terroríficas vacaciones de la Hammer» están a punto de empezar!

Los dueños de la granja, nuestros anfitriones durante las próximas dos semanas, se llaman von Leibnitz, un nombre que no me suena muy escocés. ¿Habríamos hecho mejor en escoger una granja del folleto regentada por un McAlliester, un Macbeth, un McCormack, un McDade, un McEwan, un McFadden —incluso un McLeibnitz—, de hecho cualquier nombre empezado por «mac» en lugar de por «von»? El señor von Leibnitz («Heinrich»), como descubrimos más tarde, fue prisionero de guerra alemán.

Lo mandaron a trabajar en la granja, se quedó y se casó con la viuda del granjero, la señora von Leibnitz, o Aileen McDonald, como se llamaba antes de que su marido muriera en el norte de África y fuera sustituido por el enemigo. Esto, unido a que la señora von Leibnitz procedía originalmente de Aberdeen, los convierte en una pareja de completos forasteros en «Oc-na-cock-a-liky», lo que quizá explique su carácter austero.

—¿Así que esta fue la antigua granja de McDonald's? —bromea George al oír la historia, pero los pétreos semblantes de los von Leibnitz no mudan su expresión.

No tienen ningún sentido del humor; incluso Bunty tiene sentido del humor comparada con nuestros anfitriones. Han unido la melancolía prusiana y la severidad presbiteriana dando lugar a una combinación que infunde respeto y temor. Altos y enjutos, de espalda recta y solemnes, sin duda consideran a los veraneantes criaturas débiles y frívolas. Tal vez tengan razón.

Las habitaciones constituyen un gran problema, reminiscencia del dilema sobre las taxonomías en el mundo espiritual. ¿Cómo quedarán las permutaciones? ¿Chicos con chicos, chicas con chicas? ¿Roper con Roper, Lennox con Lennox? Y en cuanto a los adultos... ¿marido con mujer? ¿O no? La señora Roper nos distribuye con eficiencia, mientras Bunty intercambia largas miradas con el señor Roper.

—¿Puedo llevarte esto, Bunty? —pregunta con calidez y, al alcanzar la maleta, los dedos de ambos se encuentran un instante dolorosamente largo, hasta que el cuerpo de Patricia los separa al empujarlos para subir las escaleras, agarrando la maleta al pasar.

La señora Roper pone a todas las chicas juntas en una habitación del ático que hiede a mosto, y Patricia se apodera sin tardanza de la cama individual. Me toca pues compartir la doble con Christine, quien se pasa la mitad de la noche diciéndome que me aparte, aunque ya estoy durmiendo al borde de la cama, y la otra mitad rechinando los dientes y murmurando en sueños.

Para nuestro primer desayuno, nos sentamos a una gran mesa de roble oscuro, en un lóbrego y frío comedor. Nos sirven platos de gachas de avena tibias y saladas (para consternación de Patricia), sin leche ni azúcar, y después una loncha de bacon y un montoncito de judías asadas frías. Esto es comida de cárcel, no comida de vacaciones.

—¿Judías asadas *frías*? —Se extraña Bunty.

—Quizá los escoceses las coman así —sugiere el señor Roper—, o los alemanes —añade como si lo hubiera pensado mejor.

Creo que fue en ese momento cuando Patricia abandonó la mesa de repente, informando a todo el mundo de que iba a vomitar y, en efecto, cumplió lo dicho, arrojando antes de alcanzar la puerta («¡Heinrich, trae una bayeta... la muchacha ha devuelto!»). ¡Y ni siquiera ha empezado a desayunar! Llevamos menos de veinticuatro horas de vacaciones y ya han vomitado tres personas. ¿Cuántas veces más sucederá? (Muchas).

Y a partir de ahí las cosas van de mal en peor. No hay mucho que hacer en la granja; puedes mirar las cinco vacas, cuya leche va directamente a la lechería, no a nuestras gachas, puedes fastidiar a las cuatro gallinas, cuyos huevos van directos al bidón donde se recoge el agua de lluvia, y puedes contemplar un par de húmedos campos de cebada, allanados por la lluvia, pero después no queda mucho por ver, aparte de las ovejas, esparcidas como piedrecillas calizas aflorando por colinas onduladas y desiguales repletas de hierba marrón verdoso y helechos.

A lo lejos, sobre esas colinas y más allá, al exterior de las vallas que delimitan la propiedad von Leibnitz, es donde parece estar la verdadera Escocia (he leído *Rob Roy*, *Waverley* y *El corazón de Midlothian* como preparación para el viaje), un manto lila y púrpura que se yergue hacia el horizonte y se funde con el cielo, cubierto a un lado por un bosque de enhiestos árboles verde botella.

—«See» —dice el señor von Leibnitz, más comunicativo que de costumbre—, es parte del antiguo bosque de Caledonia.

Y mi corazón da un brinco porque eso ya suena más a la Escocia de Scott. («Es gracioso, ¿verdad?, que se llamase Scott y fuese escocés», comento locuaz a la señora von Leibnitz cuando me dejan a su cuidado el Martes Negro —como resultará más tarde, por desgracia— pero contesta: «Me parece a mí que eres una muchachilla muy rara», porque no lee nada excepto *The people's Friend*).

Nos llevamos una gran sorpresa al enterarnos de que no estamos cerca del mar y se organiza una gran discusión acerca de quién tiene la culpa, durante la que George se dedica una vez más a criticar el sentido de orientación del señor Roper (y su querida a defenderlo). Se planean varias excursiones de un día, no solo al mar sino a otros lugares de «interés histórico y arquitectónico» —la señora Roper se ha traído una guía— y decidimos hacer una primera expedición a Fort William pasando por el famoso Glencoe.

—¿Por qué es famoso? —le pregunto a la señora Roper. Está escudriñando la guía que sujeta en una mano mientras con la otra sostiene un pañal sucio del bebé David.

—Una matanza —dice distraída.

—Una matanza —le digo a Patricia.

—Oh, bien —dice Patricia entusiasmada.

—No, no —me apresuro a aclarar—, una histórica.

Pero por la expresión de Patricia, se nota que no está pensando en Campbells y McDonalds, sino en Ropers y Lennox. O quizá solo en Lennox.

Una nube negra, tanto metafórica como real, se cierne sobre nuestras cabezas cuando entramos en Glencoe. («See», confirma la señora Leibnitz más tarde, «es un lugarejo extraño, ese Glencoe»). Las colinas se alzan, inexorables y amenazadoras, a ambos lados, pero llegamos sanos y salvos, *sans* matanza, y experimentamos las delicias de Fort William en un día lluvioso. Nos ponemos de inmediato a cubierto en

otro «comedor», uno de las «Tierras Altas» esta vez, lleno de gente y cochecitos de niño, impermeables empapados y paraguas goteantes, y un *Gaggia* cromado que silba agresivamente. Los mayores, como se denominan a sí mismos (qué chistosos), toman café en tazas y platitos de cristal. Bunty sonrío al señor Roper por encima del cenicero de aluminio rojo y dice: «¿Azúcar, Clive?», al tiempo que le alarga el azucarero de acero inoxidable como si contuviera manzanas doradas de Afrodita en lugar de cristales de azúcar moreno.

—Gracias Bunty —dice, uniendo su sonrisa a la de Bunty mientras el resto de nosotros observa su cucharilla como hipnotizados, mientras él remueve y remueve y remueve y remueve y remueve y remueve hasta que la señora Roper dice de repente:

—Pero si tú no tomas azúcar, Clive.

Y todos nos despertamos.

Patricia sorbe con desgana un vaso de agua, yo tomo una taza de té, Christine leche, Kenneth una Fanta y al bebé David le han asignado un batido de plátano que la señora Roper vierte en su taza de bebé. El batido de plátano es de un indefinido color amarillento. No parece guardar mucha relación con un racimo de Fiffes y no me sorprende en absoluto cuando lo devuelve casi todo a los pocos minutos. Patricia se retira precipitadamente tras una puerta con el cartel «Muchachas» pero el resto, me alegra poder decirlo, se las arregla para retener los líquidos en su interior.

Descubrimos que nos hemos dejado la guía en «Oc-na-cock-a-liky» y vagamos por las calles desconsolados, buscando algo de interés histórico o arquitectónico. Nos instalamos por fin en la Pequeña Tienda de Regalos de las Tierras Altas donde compramos un montón de objetos absolutamente inútiles, adornados con cardos y brezos. Personalmente estoy encantada con mi *Guía de bolsillo ilustrada de tartanes escoceses*, aunque la mitad de los diseños están reproducidos en un impreciso blanco y negro. Como tontos, compramos azúcar en grandes cantidades —dulces de *whisky*, ciruelas amargas (un manjar escocés, la mujer de la tienda nos lo dice), rocas de Edimburgo y largas tiras de brillante regaliz. Un repentino y terrible granizo de agosto hace que, de común acuerdo, decidamos abandonar el fuerte. Corremos hacia el aparcamiento y tomamos la carretera general de vuelta a la granja.

En el viaje de regreso, damos cuenta de nuestras golosinas recién compradas en lugar de la comida y no transcurre mucho rato antes de que el coche de los Roper se detenga a un lado de la carretera (*¡Está parando!*) para que el bebé David rocíe la hierba de la cuneta con los restos de su vómito amarillo plátano y, dos minutos más tarde, ¡nos vamos! La segunda vez nos toca a nosotros, porque la muchacha tiene náuseas de nuevo. Incluso la —por lo general— resistente señora Roper se ve obligada a tomar «un poco de aire fresco» bajo el encapotado cielo de Glencoe.

—Pobre Harriet —dice George, haciendo que Bunty le mire estupefacta, sin encontrar palabras, pues nunca le ha oído decir «Pobre Bunty» en toda su vida, pero no llegará a expresar su sorpresa porque Patricia gime con suavidad y *¡Hay que parar!*, otra vez.

Me compadezco de ella:

—Vaya apuros que estás pasando, Patricia.

—Callarubí.

Como es de suponer, pasarán varios días antes de que nos arriesguemos a emprender otra excursión, pero mientras tanto nos entretenemos con otros pasatiempos; a menudo observamos cómo ordeñan las vacas y Patricia se hace bastante amiga de una gallina. Y también están las tardes, que transcurren entre distracciones igualmente anticuadas. Hay un piano, por ejemplo, muy desafinado, en el que Christine nos divierte con rápidas versiones de «*My Bonny Lies over the Ocean*» y «*Home Sweet Home*», una canción cuya popularidad Patricia y yo nunca hemos entendido. Tenemos un buen surtido de lectura, novelas resumidas del *Reader's Digest*, y una gran Biblia negra encuadernada en piel, lo bastante grande para hundir un barco. Jugamos las típicas partidas de *snap*, por supuesto, y la señora Roper nos enseña a todos a jugar al *piquet*. Un veraneante anterior se dejó el Cluedo, al que jugamos a menudo, pero en lugar de atenuar los impulsos asesinos parece incrementarlos. De lo dicho, es fácil deducir que no hay televisión *chez* von Leibnitz, lo que nos deja entera libertad para apreciar las delicias de convivir en una familia bicelular.

Pasamos algunos días de relativa paz en el Bottomless Loch, el lago sin fondo.

—¿Sin fondo? —interroga la señora Roper.

—«See», sin fondo —confirma el señor von Leibnitz.

En realidad parece más un estanque, encajado entre las colinas sembradas de ovejas como un trozo de regaliz, y su negrura sugiere que muy bien podría ser insondable. El señor von Leibnitz presta al grupo de veraneantes algunas cañas de pescar, y la señora Roper, el señor Roper y George se sitúan a orillas del lago, lanzando y estirando sus cañas, pero no pescan nada. Supongo que todos los peces han caído a Australia por el sumidero. Mientras tanto, el bebé David se bambolea por allí, como un gran insecto enervante, y Patricia se sienta en la hierba, acurrucada, leyendo *Humphrey Clinker* y lanzando miradas asesinas a David cada vez que se le acerca.

Bunty vagabundea por el lago, lanzando expresivas miradas en lugar de miraditas furtivas. La presencia de la señora Roper constituye un serio obstáculo a su romance, pero de todas formas su deambular la lleva una y otra vez hasta el señor Roper. Es sorprendente lo a menudo que chocan el uno con el otro en sus quehaceres diarios, los dedos se rozan cuando alcanzan las tazas, los cuerpos topan cuando intentan pasar juntos por las puertas, como si el señor Roper fuera un imán y Bunty un montón de filamentos de hierro.

Christine trata de involucrarme en un sinfín de juegos inventados. Todos se basan en la premisa de que somos caballos. Es difícil escapar a sus juegos equinos y, por lo general, lo más que consigo es galopar como alma que lleva el diablo hacia la colina

más próxima y esperar que no me siga. A veces logro escapar, sobre todo si se entretiene con alguna distracción menor (*Oh, Dios... ¿dónde está el bebé?*) o se ve obligada a colaborar con Kenneth en comprobar la teoría del lago sin fondo (*¡Kenneth, sal del agua ahora mismo!*). Creo que la mejor forma de probar esa teoría sería arrojar a Kenneth al agua y se acabó.

Yo prefiero permanecer lo más lejos posible del lago. Me produce desasosiego y, si me acerco demasiado al borde, empiezo a pensar que intenta absorberme hacia su infinita negrura. Me recuerda algo, ¿pero qué?

Tenemos varios días seguidos de buen tiempo («No durará», dice el señor von Leibnitz tristemente, meneando la cabeza, y la señora von Leibnitz asiente: «See, lo pagaremos la semana que viene.»), y holgazanear por las colinas y pasear hasta el lago no constituye una perspectiva del todo desalentadora. Una tarde, cálida y luminosa, galopo libre de Christine hasta la cima más alta de las colinas que rodean el lago y, resollando como un caballo de carretera me tiro sobre la hierba, áspera y cosquilleante como un colchón de paja. Allá abajo, el agua reluce, insondable y misteriosa, y la gente zumba de acá para allá sin propósito. Muy a lo lejos, el vasto horizonte de brezo roza un cielo extenso y claro, del todo desierto excepto por un águila que planea como un presagio, y experimento un instante de auténtico júbilo, como un obsequio inesperado, y el vacío en mi interior —allí donde algo me ha sido arrebatado— cicatriza y se llena. Este arrebatado no puede durar, por supuesto, y me veo obligada a bajar para la comida (la señora von Leibnitz nos prepara un pícnic para llevar, siempre el mismo: bocadillos de carne en conserva, plátanos demasiado maduros, patatas fritas de bolsa y yoyós de menta). Para cuando regresamos a casa todo vuelve a la normalidad y mi propio lago sin fondo de soledad ha vuelto a su lugar.

Patricia continúa nauseabunda casi todo el tiempo pero el resto parece haber recuperado el equilibrio, de modo que planeamos una nueva aventura para el lunes, esta vez a Oban; no será, después de todo, peor que la excursión a Fort William, bromea el señor Roper.

Se presentan los problemas consabidos: nos vemos obligados a correr baquetas entre las ovejas, zigzagueando durante casi una milla tras una bestia particularmente despreocupada (*¡Atropella a la maldita cosa y acabemos de una vez!*) y Patricia echa la papilla en el brezo.

—¿Qué *te pasa*, Patricia?

Bunty echa fuego por los ojos.

—¿Es tu alma, Patricia? —le pregunto compadecida.

—Callarubí.

Mientras bajamos hacia Oban vemos el mar, semejante al borde del mundo, y por encima el cielo, acuoso y translúcido. Pasamos junto a un gaitero de pie —

inexplicablemente— a un lado de la carretera. Luce el atuendo completo (falda escocesa Anderson, advierto) y, mientras entramos en Oban, toca para nosotros una melancólica y temblorosa melodía de gaita. Podría disfrutar este día de asueto si me dejaran, pero no, ya están hablando de:

—Una pequeña excursión en barco —¿o debería decir una excursioncilla en barco?, ja ja— después de comer.

El señor Roper suelta una risita, rozando accidentalmente a Bunty cuando nos dirigimos al restaurante de un hotel, con alfombra de tartán (McGregor). Todos tomamos pescado y patatas fritas, excepto Patricia, que se come una patata y se pone más verde que el agua del puerto.

El *ferry* del Mull se aleja como una *grande dame* mientras nosotros nos esforzamos por subir a bordo de nuestro propio barco —el *Bonny Bluebell*, una cosita diminuta, más barquilla que barco. Lo encontramos bajo un cartel que dice «Excursiones por la bahía» y, debajo, «Sr. A. Stewart - Propietario». George dice:

—Donald, por Dios, ¿dónde están tus pantalones, hombre?

El señor Stewart le mira con una mezcla de pena y desdén en los ojos.

En realidad, qué mal puede haber en ello, me digo a mí misma mientras me siento junto a Patricia en el tablón de proa; después de todo, hace buen tiempo y la bahía es relativamente pequeña. El motor inicia su prut-prut-prut y... ¡nos vamos! Bunty nunca hubiera puesto los pies en la barca de no haber estado cegada por el amor y pronto advierte su error, pues apenas hemos dejado el puerto cuando todo el color se esfuma de su piel y susurra:

—Oh, no.

—¿Qué sucede, Bunty?

La voz del señor Roper, mientras se inclina hacia ella, rebosa genuina inquietud. Tanto la señora Roper como George levantan la vista al instante al oír el íntimo tono de su voz, pero la señora Roper se distrae de inmediato cuando la pilila del bebé David vuelve a dar señales de inquietud. No así George, que a partir de ese momento permanece en guardia, observando a la pareja de amantes como un halcón.

Tan pronto como salimos resoplando del puerto, las aguas, antes lisas como un cristal, parecen cambiar: las olas encrespan el agua y no pasa mucho tiempo antes de que se levante una marejada alarmante. El azul nomeolvides del mar se torna de un oscuro color burdeos y soplan vientos de fronda. Corrientes racheadas empiezan a azotar la barquita y a sus joviales marineros.

—Pobre Bunty —dice el señor Roper cuando ella devuelve el pescado y las patatas por encima de la borda. Entiendo cómo se siente porque mi propio estómago baila danzas escocesas. Patricia se desliza hacia abajo en su asiento y yo me arrastro hacia ella para tenerla más cerca. Cuando le agarro la mano ella responde sin dudarle, apretando la mía con fuerza, y nos pegamos la una a la otra aterrorizadas.

—Es solo un turbión menudillo —grita el señor Stewart, lo que no consuela a nadie, y menos al señor Roper, que chillaba por encima del viento:

—Menudillo o no, no creo que este barco soporte un turbión, amigo.

No sé si será por el tono imperialista del señor Roper o porque nuestro capitán pertenece a una especie que sí ha desarrollado párpados en las orejas, pero se hace el sueco y pone rumbo a la tormenta. La señora Roper está ocupada con el bebé David, que está húmedo y grita, con Christine, que se queja y se aprieta el estómago y con Kenneth, que se cuelga por la borda, al parecer tratando de sondear el mar con su propio cuerpo. El señor Roper no ayuda a su mujer, se ha cambiado a la parte del barco donde está Bunty. Ahora escoramos peligrosamente, capturados entre la Scylla de los celos de George y la Charybdis de la bahía de Oban.

Entonces —y es terrible—, de repente, empiezo a gritar, un espantoso grito desesperado que se eleva desde el lago sin fondo de mi interior, un lugar sin nombre, ni número, ni final.

—El agua —sollozo contra el cuello de Patricia—, ¡el agua!

Y ella hace lo posible, dadas las circunstancias, por calmarme.

—Lo sé, Rubí... —grita, pero el viento se lleva el resto de sus palabras.

Aparte de las consecuencias que aquello tuviese, al menos ese llanto de niño perdido parece hacer efecto en el señor Stewart que, por fin, y con gran dificultad, hace girar el bote y lo dirige de vuelta al amparo de la bahía.

* * *

Pero aún no estamos a salvo de la tormenta. Esa noche, la señora Roper se queda arriba con Christine, pues aunque todos los demás han recuperado el equilibrio, Christine no. El señor Roper mete al bebé David en la cama y después se une al resto de nosotros, abajo, para una partida de Cluedo. Se sienta junto a Bunty y arrastra la silla muy cerca de la suya. Hay muchas risillas y toqueteos accidentales hasta que, en un momento crucial del juego, George no puede soportarlo más. La señorita (Bunty). Amapola y el señor (Clive). Pizarra se encuentran demasiado a menudo en el tablero, y al final George arroja la cañería y sale a toda prisa de la habitación.

—Desde luego —dice Bunty—. Hay que ver cómo son algunos.

A continuación se desencadenan varios dramas, con la cadencia de una antipática farsa. La señorita Escarlata y el señor Pizarro abandonan el juego tras la precipitada partida de George y poco después los encuentran juntos en el comedor donde, incapaz de contenerse por más tiempo, el señor Roper está copulando con nuestra madre sobre la oscura mesa de roble. Acudo al lugar alertada por el grito de guerra de George, «¡Putas!», que, comprensiblemente, atrae también al señor y a la señora von Leibnitz a la escena del crimen. En esos momentos, la pareja culpable está vertical, con aspecto decente y pudoroso, pero todos podemos ver la letra «A», de un escarlata brillante, marcada en el cuello vuelto del jersey beige de Bunty. George hace débiles movimientos pugilísticos en dirección al señor Roper, que parece aturdido y enfadado, mientras Bunty intenta aparentar que, en realidad, no está allí, ni mucho

menos.

—¿Algún problema? —pregunta el señor von Leibnitz, acercándose.

El señor Roper se vuelve hacia él y gruñe:

—Tú no te metas en esto, nazi.

Y eso, como podéis imaginar, no les sienta nada bien a los von Leibnitz. Busco a Patricia con la mirada para ver si va a alzarse contra esa injusticia y me sorprende al verla apoyada contra el marco de la puerta, con una sonrisa bastante torcida en el rostro. Buscando un loro expiatorio, Bunty se vuelve hacia ella y dice enojada:

—Ponte recta, Patricia.

Como si el porte de Patricia fuese el problema. Patricia, con uno de sus mejores *non sequiturs*, sonrío, se encoge de hombros y dice, arrastrando las palabras:

—En realidad, mamá, solo he bajado para decirte que estoy embarazada.

¿Alguien da más? Sí, la señora Roper. Se precipita en el comedor, como un trozo de plum-cake saltando de la tostadora, y grita:

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Que alguien llame a una ambulancia!

Bueno, solo era una apendicitis, no es para tanto, aunque mi abuela siempre contaba que su primer prometido murió de una. En cualquier caso, muriéndose o no, llevan a Christine a Oban en ambulancia, donde el órgano ofensor es extraído sin demora. Al día siguiente nos repartimos en nuevas combinaciones: la señora Roper, George y Kenneth van a Oban, con la hospitalizada Christine, mientras que mi madre, el señor Roper y el bebé David recorren las colinas buscando a Patricia. Al final la encuentran en el lago sin fondo, holgazaneando tristemente, un poco como Miss Jessel, entre juncos y cañas. Yo me he quedado en compañía de la señora von Leibnitz. Preparamos juntas harinosos bollos de patata que comemos calientes en la cocina, junto a un cantarín hervidor de agua que zumba al fuego, y hablamos de literatura escocesa.

—¿No tienes parientes por aquí entonces? —pregunta, y yo le digo que sí, que hay parientes, vagando por las colinas, pero ella dice que no, no se refiere a eso, se refiere a otros Lennox, porque Lennox, me informa, es un apellido escocés. Arrugo la nariz y digo que no lo creo, porque George y Bunty no paran de insistir en que son de Yorkshire, de pura cepa (aunque, debo admitirlo, hay un clan escocés Lennox en mi *Guía de bolsillo ilustrada de tartanes escoceses*), generación tras generación, desde la noche de los tiempos, etcétera.

El miércoles, acortamos nuestras vacaciones y regresamos a casa, dejando que los Roper hagan los arreglos que crean oportunos. El viaje de vuelta resulta bastante sencillo, Bunty permanece muy concentrada en el mapa y las señales de carretera, esforzándose por apaciguar a George —ha comprendido el error de sus andanzas—. Sospecho que, tras un día en su compañía, la perspectiva del bebé David como hijastro fue suficiente para disuadirla de la infidelidad, sin contar un incentivo extra:

las dudas del señor Roper («Verás, Bunty... la pobre Harriet me necesita, sabes...»). Por no mencionar la contingencia adicional de convertirse en abuela.

Patricia y yo dormimos casi todo el viaje de vuelta, aunque nos despertamos para saborear una comida estupenda que nadie regurgita en un restaurante de la carretera a Glasgow. El ambiente en el coche es silencioso y confuso, como los que siguen a un gran desastre. Salimos de «Oc-na-cock-a-liky» muy temprano por la mañana, saltándonos las gachas y las judías asadas, porque George quiere adelantarse a las ovejas y al tráfico. Dejamos la granja atrás entre la espesa niebla del alba que apaga y confunde el mundo normal. Mientras avanzamos por la carretera sin nombre ni número, al final del camino, escudriño adormilada por la ventanilla del coche para echar un último vistazo a nuestra granja escocesa y me quedo atónita al observar la cabeza y el cuello de un animal heráldico emergiendo de la niebla como un trofeo en una pared. Está a pocos pies del coche pero me contempla con regia indiferencia. Es un ciervo, una bestia noble con grandes cornamentas, como surgido de una leyenda. Ni siquiera me molesto en darle un codazo a Patricia para advertirla de su presencia, porque sé que debo de estar soñando. En alguna parte, justo detrás de la niebla, están nuestras verdaderas vacaciones en Escocia... y quizá también todas aquellas vacaciones que nunca tuvimos.

Supongo que Patricia ha seguido mi mismo hilo de pensamientos porque más tarde, cuando la niebla se aclara y nos sorprendemos al hallarnos en mitad del ascenso a una impresionante montaña, se inclina hacia mí y susurra:

—¿Recuerdas a tía Doreen?

Y parece muy aliviada cuando asiento y digo:

—Claro que sí.

Patricia tuvo unas segundas vacaciones ese año, en Clacton, en un hogar metodista para madres y bebés. Cuando volvió, una madre sin bebé, era, en cierto modo, otra persona. En esa época, los Roper se habían trasladado y una viuda llamada señora Kettleborough los había reemplazado. Bunty y George decidieron no separarse y comportarse como si nada hubiese pasado, algo que se les daba muy, muy bien. Patricia nunca volvió al colegio, nunca hizo sus exámenes de nivel avanzado, y se volvió tan melancólica y sombría que, aunque suene espantoso, me sentí bastante aliviada cuando se marchó una luminosa mañana de mayo para no regresar jamás.

En cuanto a Rags... Bunty lo había llevado a la Sociedad Protectora de Animales de St. George's Field y seguía allí cuando volvimos de las vacaciones, sin que nadie lo hubiese reclamado y a punto de ir a la cámara eléctrica. Patricia lo sacó de allí con su dinero de bolsillo y lo último que me dijo la mañana que se marchó de casa fue:

—Cuidarás de Rags, ¿verdad, Rubí?

Y lo hice, creedme, lo hice.

Nota al pie (IX) - En los dominios del aire y los ángeles

Edmund, el guapo primo canadiense de Bunty, era copiloto del «D for Dog». Se encargaba de lanzar las bombas y asistía en vuelo al manejo del gran Halifax de cuatro motores. Tras ayudar a Jonty Patterson a fijar los flaps y cerrar las válvulas reguladoras gateó hasta el nido transparente en el morro del aeroplano y miró cómo la oscura silueta de Flanborough Head daba paso al mar, brillante como azabache pulido a la luz de la luna.

Normalmente, no permanecía mucho tiempo allí abajo, prefería ayudar al comandante Wally Whitton con su caja negra, o fastidiar al tranquilo operador de radio, Len Toft, pero aquella noche Edmund estaba de un humor extraño.

No era el único. La tripulación de «D for Dog» tenía un mal presentimiento acerca de aquel vuelo. El día anterior uno de los armadores se había descuidado y un carro de bombas incontrolado había abierto un cráter en la pista de aterrizaje, llevándose un Halifax y la mitad de su tripulación con él. Y aquel día Taffy Jones, el ingeniero de vuelo, había olvidado el deslucido san Cristóbal que siempre colgaban de la bóveda Perspex, y todos le habían maldecido furiosos en el despegue. Wally Whitton les dijo que se callasen y los criticó diciendo que eran un montón de malditos extranjeros porque, aparte de Taffy, un gales, «D for Dog» tenía también un escocés —Mac McKendrick, el artillero de cola— y un canadiense —Edmund, el copiloto.

—Cállate tú Brummie de mierda —dijo Len Toft bromeando, pues Wally Whitton era de Birmingham, y Jonty Patterson, el piloto de veintidós años, dio un respingo. Aquella era solo su segunda operación como piloto del «D for Dog» —el anterior se había desnucado al aterrizar sin tren— y se sentía incómodo entre la experimentada tripulación, algunos de los cuales, como Taffy Jones, estaban ya en su segundo período de servicio y seguramente sabían manejar el avión mejor que él. Nunca sabía cuándo estaban bromeando y, de algún modo, le avergonzaba su educación en un internado y sus resonantes vocales. Solo el amable copiloto le trataba como a uno más.

En privado, la tripulación estaba más preocupada por sus habilidades de vuelo que por su origen social. Era «un maldito inútil en vuelo», como Wally Whitton había dicho sucintamente, algo que habían descubierto al sobrevolar Holanda, durante su primer viaje con el nuevo piloto. Taffy había tenido que tomar los mandos cuando empezaron a rebotar y a sufrir sacudidas al atravesar una gran masa de cúmulo nimbo y el pobre piloto, que todavía se afeitaba solo una vez a la semana, se había puesto rojo de vergüenza.

Cuando Wally Whitton lanzó su alegre y xenófoba pulla, nadie añadió que aún había más extranjeros la semana anterior, antes de que el sargento Ray Smith, el artillero australiano de la torreta central superior, un tipo manso y cínico, fuera abatido por los disparos de un Bf-109. El nuevo artillero, Morris Dighty, un transportista de Kighley, estaba nervioso como un gato. Su excitación se extendía hasta ellos, propagándose por el fuselaje como niebla húmeda.

—Bueno, nuestra suerte ha caducado —había dicho Mac con tristeza después de que sacaran al destrozado sargento Smith de la torreta, porque Mac, Edmund y el australiano contaban ya once vuelos juntos y por esa razón, entre otras, Edmund se había resistido a dejar aquella mezcla y trasladarse a las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses.

—Todo el tiempo a partir de ahora es un regalo, Ed —murmuró Mac a sus espaldas mientras hacían los vuelos de inspección, y Edmund, cariñosamente, le dijo que se fuera al infierno.

—¿Qué tal está la enfermera, Ed? —preguntó Taffy de repente por el intercomunicador y Wally Whitton, maldiciéndolo con toda su alma, le dijo que «cerrara el jodido intercomunicador».

Edmund sonrió para sí mientras contemplaba la lisa superficie del mar iluminada por la luna, porque «la enfermera» no estaba mal. Doreen O'Doherty —dulce como el jarabe de arce, con grandes ojos castaños que a Edmund le recordaban, un pensamiento no muy amable, los de una vaca, cabello rizado y entrecortado acento irlandés. La mitad de las veces no podía entender una palabra de lo que decía, pero era dulce y complaciente cuando salía con paso poco firme del Betty's Bar y le acompañaba a la oscuridad del río, más negro que el Mar del Norte. Sabía como mazapán, olía como caramelo líquido y susurraba: *Oh, Eddie, eres maravilloso, sí que lo eres...*

—¡«Sacacorchos» a estribor, vamos, vamos, vamos! —gritó una voz (la de Mac) por el intercomunicador, y el pesado Halifax descendió de inmediato trescientos pies en la oscuridad, se balanceó y volvió a descender. A continuación aceleró ascendiendo hacia babor y Edmund, desde su posición a vista de pájaro, pudo observar una ráfaga de fuego rojo cayendo en la nada. Pasaron varios segundos antes de que nadie dijera una palabra, después se oyó la tranquila voz de Mac:

—Creo que lo hemos perdido.

Morris Dighty empezó a farfullar palabras incomprensibles hasta que todo el mundo le dijo «basta ya».

La sólida densidad de la costa alemana se extendía bajo ellos, y no tuvieron tiempo de relajarse tras el encuentro con el Messerschmitt porque ahora tenían que permanecer atentos como gatos a las defensas costeras. Todo estaba oscuro y silencioso a su alrededor mientras el avión de cuatro motores zumbaba como un insecto grotesco y pesado. Aunque había otros cuatrocientos aviones de servicio para bombardear Krupps, en Essen, «D for Dog» parecía ser el único avión que surcaba el

cielo poblado de estrellas. Y entonces una cegadora luz blanca procedente de la nada, como el enorme haz de un reflector surgido de ninguna parte, los localizó y los atrapó.

Deslumbrado, Edmund gateó para salir del morro, trepó dándose impulso y aguardó tras Taffy y Jonty Patterson. Si algo te hacía sentir más vulnerable que ser atrapado por el haz de un reflector, era permanecer tendido boca abajo con la cabeza sumergida en la luz. Otros haces se unieron al primero —arriba, en la torreta, Mac llevaba la cuenta, como una especie de cronometraje espantoso:

—¡Treinta, treinta y cinco, treinta y nueve, Jesús, cuarenta y dos, Jesúuus!

Y la voz del, por lo general, afable Len Toft aullaba:

—¡Baja, por Dios, tío, sumérgete!

Sonó un ruido de bascas, alguien vomitaba en el interior de su máscara, y Edmund estaba seguro de que era Morris Dighty. Edmund miró hacia atrás y pudo ver, a la antinatural luz del reflector, los rostros de Len Toft y Wally Whitton helados como animalillos de presa. Jonty Patterson recuperó la consciencia de repente, entornó los ojos para protegerlos de la luz y emprendió una serie de tácticas evasivas de libro de texto —ascenso a estribor, descenso a babor, descenso, descenso, ascenso — descendiendo más que ascender para no perder velocidad en un desesperado intento por alcanzar una parte del cielo donde la artillería de fuego antiaéreo no pudiese localizarles —mientras tanto los disparos se elevaban *crump, whoosh, crump, whoosb*. De tanto en tanto, un gran ruido sordo en el fuselaje... y entonces, de repente, milagrosamente, salieron de la luz mortal y se hallaron de vuelta al amparo de la noche.

Cuando Edmund miró a Jonty Patterson, lo vio escudriñando a través del parabrisas, los nudillos blancos de tan fuerte como aferraba los mandos de control y perladas gotas de sudor brotando de su pálido rostro.

—Bien hecho, capitán —dijo una voz por el intercomunicador, demasiado aguda por el alivio como para ser reconocible.

La cortina de Wally Whitton se agitó y volvió a su lugar cuando Edmund gateó hasta la parte trasera del fuselaje.

—Sirve un café, Ed —dijo fatigado.

Edmund sirvió café para ambos y, mientras Wally se tragaba una pastilla de benzedrina, Ed se comió un sándwich de carne con toda tranquilidad y volvió a su posición postrada en el morro. Quería pensar en su casa, en la granja de Saskatchewan. Tras obtener su título de inglés en Toronto, había pensado quedarse en la ciudad, quizá como maestro o trabajando de periodista, pero entonces estalló la guerra. Ahora, aquellos planes le parecían extraños. Accedería a firmar un pacto faustiano con tal de volver a casa otra vez, volver a casa y llevar una vida tranquila, trabajar en la granja con su hermano Nat, casarse, tener hijos. Si alguna vez tenía una mujer le gustaría que fuera como su madre, fuerte, emprendedora, y bonita... pero no creía que llegara a casarse; sabía, sin ningún género de duda, que Mac tenía razón, su

suerte había caducado. Edmund trató de imaginar cómo sería llevarse a una mujer como Doreen O'Doherty de vuelta a casa... o tal vez a una de sus primas inglesas. ¿Qué pensaría Bunty de acompañarle a Canadá, a las praderas que se extendían más allá del Mar del Norte?

Edmund ajustó su visor.

—Aproximándonos al objetivo ahora —dijo la voz de Wally Whitton en su oído.

Por todas partes se veían luces indicadoras de fuegos antiaéreos, hilos rojos y naranjas semejantes a luces costeras. Los reflectores rastreaban el cielo y Edmund pudo ver lo que parecía un Stirling atrapado en uno de los haces. El Stirling no podía escapar de su perseguidor y pocos segundos después estalló repentinamente transformándose en una brillante bola de fuego rojo que se volvió rosa y, por fin, se disolvió en la nada.

Había un mar de luces señalando fuegos antiaéreos *zum-zumbando* junto al «D for Dog» y Taffy Jones dijo:

—Necesitas más altura, capitán.

Pero, cuando el potente fuego antiaéreo empezó a subir, nada les hubiera apartado de su camino. Edmund pudo ver proyectiles Pathfinder abajo y algunas bombas incendiarias ardiendo, pero la mayor parte del objetivo estaba cubierto por oleadas de humo.

—Derecha, derecha, recto... un poco a la derecha, recto, izquierda, izquierda... recto...

Parecía como si tuvieran que dar la vuelta de nuevo.

—Mierda —dijo alguien en voz baja por el intercomunicador y, acto seguido, allí estaba el grueso del fuego antiaéreo. ¡*Crump, crack!* Un proyectil estalló cerca de ellos y todo el aeroplano se ladeó a babor como si alguien lo hubiera golpeado desde el cielo. Edmund accionó la palanca de las bombas y dijo:

—Allá van las bombas.

Pero habían perdido su objetivo por completo. Nunca antes había hecho algo así. Pudo oír cómo el motor de estribor vibraba torturado y el gran Halifax empezó a corcovear en el aire.

—Caray, tanto jaleo para una foto —dijo Wally Whitton con sarcasmo, y otro enorme estallido sacudió el avión.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gritó Len Toft, y justo entonces grandes astillas de metal desgarraron el avión. Un proyectil atravesó el morro y no alcanzó a Edmund por una pulgada, pero sus fragmentos se incrustaron en el regazo del ingeniero de vuelo, Taffy Jones.

Otro proyectil estalló cerca del «D for Dog» haciendo que el avión se bamboleara, y Edmund fue arrojado hacia el morro, por donde entraba una corriente de aire helado. Tuvo una repentina e inquietante visión de la tierra a través del agujero y se revolvió para alejarse y volver a la carlinga. El olor a cordita lo invadía todo y el avión iba de acá para allá, como si fuera de juguete.

—Jesús —dijo en voz baja cuando vio a Taffy Jones estremeciéndose con todo su cuerpo pero contemplando inexpresivo el parabrisas, burbujas rojizas espumajeando en el interior de su máscara; entonces el avión dio un bandazo y empezó a caer en picado, mientras una voz decía:

—Ayudadme.

Por un momento, Edmund pensó que se trataba de Taffy, antes de advertir que era Jonty Patterson, la mitad del rostro arrancada por los fragmentos de proyectil. Hablaba por la comisura de los labios, como un ventrílocuo mediocre.

—Traeré la morfina —dijo Edmund.

Pero Jonty Patterson musitó:

—No, ayúdame a hacerlo subir.

Fue necesaria la fuerza de ambos para estirar la palanca de mando y detener el avión en su caída. En esos momentos «D for Dog» vibraba en toda su longitud, sacudiéndose y temblando como antes Taffy Jones. Cuando Edmund le miró pudo ver que se había desplomado, los ojos vidriosos.

Por el intercomunicador, Edmund oyó a Morris Dighty gritar:

—¡Voy a saltar!

Y al mismo tiempo la voz de Len Toft diciendo:

—El sargento Whitton ha muerto y ha caído... aquí atrás hay un maldito agujero, enorme.

El motor de estribor gañía ahora con malevolencia y Jonty, con la parte buena de su cara, murmuró:

—Apágalo.

Edmund intentó contactar con Mac, en la cola, pero no obtuvo respuesta. Len Toft apareció tras él. «Jesús», dijo al ver la cara de Jonty Patterson y otra vez «Jesús» cuando vio el estado en que se hallaba Taffy Jones.

—Creo que ha muerto —dijo Edmund—. ¿Podemos sacarlo de aquí?

—Saltemos y ya está, maldita sea —dijo Len Toft, y Edmund vio que ya se había fijado el paracaídas.

El motor de babor sonaba ronco ahora y todo el avión parecía a punto de saltar en pedazos. La voz de Mac surgió repentinamente del intercomunicador:

—¿Qué demonios está pasando?

—¿Dónde estabas? —dijo Edmund.

—El intercomunicador se ha escacharrado.

—Saltad —dijo Jonty Patterson.

Agarraba la palanca central y miraba fijo al frente; su rostro, cercenado a un lado, le daba un aspecto macabro. Tenía también sangre en las piernas y Edmund supo de repente que el chico estaba muriendo, pero cuando alargó la mano para tocarlo, Jonty Patterson se limitó a musitar:

—Saltad.

Les llegó la voz de Mac por el intercomunicador, con una calma surrealista:

—No puedo saltar, mi paracaídas se ha hecho pedazos.

—¡Ven aquí Mac! —gritó Edmund, mientras el aeroplano empezaba a caer en picado.

Jonty Patterson seguía luchando con los mandos pero cuando Edmund miró atrás vio que se había abierto un agujero en un costado del fuselaje.

—Me voy —dijo Len Toft, bregando por alcanzar la salida de emergencia.

Mac se acercó con dificultad a la parte frontal del avión.

—El motor de babor se ha incendiado y hay un agujero tan grande que todo Gales cabe dentro.

Y, a continuación, al ver la cara hecha trizas del piloto:

—Maldita sea, capitán... ¿qué te ha pasado?

—Saltad —repitió Jonty Patterson.

—¿Y qué pasa contigo, capitán? —preguntó Edmund, ajustándose el paracaídas.

—No puedo mover las piernas. Saltad de una vez, maldita sea —murmuró Jonty Patterson y, de repente, por primera vez, pareció muy adulto.

—No te dejaremos.

Edmund tuvo que gritar esta vez, para ser oído por encima del rugiente estruendo del motor.

—Vamos —dijo Mac, avanzando hacia la salida de emergencia—. Recibirá una medalla póstuma. Podemos saltar con un solo paracaídas, se ha hecho otras veces.

El avión caía ahora a gran velocidad y llamas amarillas lamían el interior del fuselaje. Tuvieron que luchar contra la fuerza centrífuga que trataba de mantenerlos pegados al interior del «D for Dog». Empujaron la parte superior de sus cuerpos al exterior de la portezuela y fueron de inmediato golpeados por el viento, que no les dejaba respirar. Edmund no creía que consiguieran salir y, aunque lo lograsen, no pensaba que pudieran arreglárselas para caer sin que la estructura del avión acabase con ellos. Si el viento le hubiera permitido mirar a popa, se habría desalentado —allí, Len Toft, o lo que quedaba de él, estaba enredado en su paracaídas, envuelto a la sección de cola. Tampoco advirtieron que las llamas devoraban ahora las alas del avión, ni vieron que los alerones de estribor colgaban hechos jirones. Pero supieron que el motor de estribor se había desprendido de repente del ala, porque el agonizante avión se ladeó y la rampa impulsó a Edmund y Mac por la salida de emergencia.

Cayeron, aferrados el uno al otro, como gemelos siameses encarados, y mientras descendían bajo el ala de babor en llamas, un trozo de metal puntiagudo atrapó a Edmund y le cortó el brazo. La tierra subía a su encuentro a una velocidad increíble. La espesa capa de nieve sobre los campos y la brillante luna lo iluminaba todo con una claridad semejante a la luz del día. Aterrado, Edmund tiró del cordón con su brazo bueno antes de advertir lo que eso significaba: ya no estaba abrazando a Mac contra su cuerpo, y cuando el toldo del paracaídas les sacudió, los brazos de Mac se desprendieron del cuello de Edmund y cayó sin un grito hacia tierra, a plomo, con los brazos y las piernas extendidos como una estrella de mar.

Edmund flotó hacia abajo, sintiéndose inspirado, casi eufórico, y se sorprendió recitando poesía para sí, soñador: *Acógeme en tu seno ahora, pues mi final se aproxima. Me apresuro hacia la muerte, y la muerte me hallará sin demora.* Los campos helados al fondo se veían de un azul vidriado a la luz de la luna. Edmund tuvo apenas un instante para considerar lo hermoso que era el mundo antes de estrellarse contra las ramas de un soto de abetos nevados y caer en un ventisquero frío y profundo.

* * *

Pensó que llevaba horas durmiendo bajo esa colcha blanca y helada, aunque de hecho apenas había estado unos segundos inconsciente. Cuando abrió los ojos, vio a dos jóvenes y un hombre mayor de pie junto a él. El de más edad sostenía un fusil y apuntaba a la cabeza de Edmund y los dos jóvenes llevaban porras. Edmund cerró los ojos y esperó el disparo pero solo notó que estaba siendo transportado, envuelto en el capullo de su paracaídas. El hombre mayor no dejaba de hablar, en alemán, y Edmund deseó poder entender sus palabras. No sentía ningún dolor; había perdido casi toda la sangre por la herida del brazo y solo podía pensar en lo sereno que se sentía y se preguntaba por qué no oía algún ruido del avión en llamas volando en lo alto, como un enorme pájaro de fuego. «D for Dog» golpeó el suelo a dos sectores de allí, con un terrible ¡*thudt!*, y ¡*whump!*, pero Edmund no lo oyó, miraba el cielo nocturno, extendido como el mapa de un astrónomo. Y una ola de negrura se deslizó cielo a través cuando alguien cerró el mapa.

Doreen O'Doherty solo se enteró de la muerte del sargento Eddie Donner seis semanas después, cuando intentó contactar con él a través de su jefe de emplazamiento. Doreen lloró para sí esa noche hasta caer dormida. El jefe de emplazamiento había sido muy amable con ella por teléfono. Le dijo que habían perdido a toda la tripulación (aunque de hecho Morris Dighty fue recogido y pasó el resto de la guerra en un campo de prisioneros. Ahora está retirado y pasa mucho tiempo en su huerto); por un momento pensó en hacerle confidencias pero, de todos modos, no había mucho que este pudiera hacer. Doreen solo había visto a Edmund dos veces y en realidad ni siquiera recordaba su aspecto, aparte de lo que todo el mundo recordaba: los rizos rubios y los ojos azules. Sí se acordaba, en cualquier caso, de lo fuerte que le parecía cuando la tomaba en sus brazos, y recordaba también el olor de su piel suave, un extraño aroma a carbol, tabaco y hierba, parecía terrible de verdad que alguien tan lleno de vida hubiese muerto, y aún más terrible estar esperando ese niño. Y entonces lloró todavía más porque se sentía muy desgraciada. Cuando el bebé nació, Doreen O'Doherty lo dio en adopción, se trasladó a Leeds, donde se casó con un funcionario llamado Reg Collier, y averiguó que no podría

tener más hijos.

Cuando la mujer de la agencia de adopción fue a la casa de maternidad en York para recoger la hija de Doreen, esta se consoló pensando que sería lo mejor para el niño. Algún día tendría más hijos que suplirían a este y llenarían el vacío que sentía en su interior tras despedirse de esa hijita diminuta. La mujer de la agencia de adopción sonrió al tomar el bebé de Doreen. Dijo:

—Parece un angelito.

Capítulo 10

1966

Campanas de boda

—¡Buenas!

Bunty se ha convertido en una vagabunda. Lleva tantas bolsas de papel que apenas ve por donde anda y casi pierde el equilibrio al pasar por la puerta de la tienda, desalojando parte del expositor de aparatos para la sordera. Con un suspiro de alivio, se sienta en la silla de ruedas más próxima y se quita los zapatos de una patada.

—Hace un frío de muerte ahí fuera.

La van a matar aquí dentro cuando George se entere de cuánto dinero acaba de gastar.

—¿Qué diablos has estado comprando? —le pregunta mientras ella saca un sombrero de alguna parte y se lo coloca en la cabeza. El sombrero es de raso verde guisante y parece un tambor. George contempla pasmado el sombrero-tambor.

—¿Por qué te has comprado eso?

—¿No te gusta? —dice ella, haciendo un giro con la cabeza igual que solía hacer el loro.

El tono de su voz da a entender que no le interesa lo más mínimo si a George le gusta o no. Hace aparecer de la nada un par de zapatos.

—Preciosos, ¿verdad?

Son horriblemente estrechos, con altos tacones de aguja, del mismo verde que el sombrero. Al mirarlos, uno sabe que se los pondrá una vez y nunca más. Se esfuerza por meter el pie en uno de sus zapatos nuevos con la determinación de una hermana fea.

—Podrías cortarte los talones —le sugiero con amabilidad.

El número de bolsas a los pies de Bunty cuyo contenido aún permanece oculto sugiere que debe de haber comprado un atuendo completo para llevar entre los dos extremos, sombrero y zapatos. Forcejea con una gran bolsa en particular, de Leak and Thorp's:

—Y... —dice Bunty, como la ayudante de un mago—, ¡ta-ta!

Hace aparecer un vestido y un abrigo a juego de gruesa seda artificial tornasolada en un tono algo más oscuro, verde sopa de guisantes.

—¿Por qué? —pregunta George con expresión dolorida.

—Para la boda, por supuesto.

Bunty nos muestra el vestido sujetándolo contra su cuerpo, todavía sentada, como

una inválida. Se vuelve hacia mí:

—¿Qué te parece?

Suspiro codiciosa y meneo la cabeza.

—Es precioso.

(Extracto del informe escolar de Rubí Lennox, trimestre de verano 1966: *Rubí tiene auténtico talento para la actuación... Rubí fue la estrella en la representación escolar*).

—¿La boda?

George está totalmente perplejo ahora.

—¿La boda de quién?

—De Ted, claro, de Ted y Sandra.

—¿Ted?

—Sí, Ted. Mi hermano —aclara, pues George la mira sin comprender—. Ted y Sandra. Se casan el sábado... ¿No me digas que lo habías olvidado?

—¿Este sábado?

George parece a punto de sufrir una apoplejía.

—Pero... —farfulla confuso—, no se pueden casar este sábado... ¡es la final de la copa mundial!

—¿Y? —dice Bunty, incluyendo en esa única e insignificante sílaba una intensa mezcla de desdén, indiferencia y voluntaria incompreensión, por no hablar de veinte años de antipatía conyugal. Incluso un chino mandarín-parlante quedaría anonadado ante las sutilezas de la entonación de Bunty.

George está pasmado.

—¿Y? —repite mirando a Bunty como si acabara de crecerle una segunda cabeza—. ¿Y?

Esto puede durar para siempre. Toso con educación:

—Ejem.

—¿Tienes tos? —pregunta Bunty acusadora.

—No, solo tengo que volver al colegio...

Es lunes, la hora de la comida, y Janice Potter me ha convencido para que firmara el registro con ella (solo podemos salir de la escuela en pareja, se supone que debemos pegarnos con cola la una a la otra por si nos atracan, nos violan o nos perdemos) y poder así irse a fumar y a besuquearse con su novio en los Jardines del Museo. Arrojada a la buena de Dios nada más atravesar la puerta, he ido a parar a la tienda.

De repente Bunty deja caer las bolsas, se levanta de un brinco como un milagro de Lourdes y me dice:

—¡Vigila la tienda!

Y empuja al exterior a un desconsolado George para que la ayude a «escoger» (es decir, a pagar) un regalo de boda para Ted y Sandra.

De modo que aquí estoy, abandonada en la tienda a mi suerte... A veces me

siento como Bunty, una sensación desconcertante, por no decir algo peor. ¿Me volveré como mi madre? ¿Seré bonita? ¿Seré rica? Tengo catorce años y ya «no puedo más». Bunty tenía dos veces mi edad antes de empezar a decirlo. Ahora soy hija única con todas sus ventajas (dinero, ropa, discos) y todos los inconvenientes (soledad, aislamiento, angustia). Yo soy todo lo que les queda, un rubí solitario, algo así como una destilación química de todos sus hijos. Bunty aún tiene que recorrer todos los nombres para llegar al mío: Patricia, Gillian, P... Rubí, como te llames. Por suerte, ahora sé que todas las madres hacen lo mismo cuando tienen más de un hijo; la señora Gorman, la madre de Kathleen, debe recorrer una sorprendente letanía de hijos —*Billy-Michael-Doreen-Patrick-Frances-Joe*— antes de llegar a «Kathleen o como te llames».

Como estamos a lunes, el negocio anda flojo, así que paso el tiempo desempeñando una de las principales funciones de Bunty: envolver los Durex. Me sitúo junto al enorme rollo de papel marrón sujeto a la pared que hay tras el mostrador y, con paciencia, estiro y corto, estiro y corto, hasta reunir una buena provisión de grandes trozos cuadrados. Después cojo un par de tijeras quirúrgicas de acero —«para enfermeras, primera calidad»— encadenadas al mostrador y me dedico a cortar los cuadrados grandes en cuadrados más pequeños, como una exhibición bastante sosa de *Eduardo Manostijeras*. Hecho esto, saco una caja nueva de Gossamer del almacén que hay en la trastienda (el comedor en otro tiempo) y envuelvo los paquetes individuales de tres en tres, doblando el papel cuidadosamente y enganchando con celo cada extremo de los pequeños envoltorios de papel marrón. Ahora se pueden entregar los Durex como si fueran regalos («Aquí tiene uno ya preparado»), con rapidez y discreción, a nuestros estimados clientes. Yo no, por supuesto. Todavía no he conseguido vender ni un solo paquete en todas las veces que he quedado a cargo de la tienda; al parecer, a nadie le apetece comprar gomitas («Una familia planificada es una familia feliz») a una niña de catorce años. Cuando se precipitan al interior de la tienda, dinero en mano, y me ven, sus ojos se trasladan de inmediato al producto plausible más próximo y, con la cabeza gacha, agarran un paquete de parches para callos o un cortaúñas. En este sentido, es probable que yo sea personalmente responsable de un buen número de familias no planificadas.

Ya he envuelto una caja entera de Durex y todavía no han regresado. ¿Cuánto se tarda en escoger un regalo? Quizá se hayan escapado de casa. Me dejo caer desconsolada en una silla de ruedas eléctrica, muevo el control de mando a la posición «avance lento» y ruedo por la tienda fingiendo ser un robot Dalek, soy *un Dalek soy un Dalek*. Como pistola de Dalek utilizo la pierna postiza desmembrada que presenta una media elástica Elastanet y extermino un expositor de orinales para hombre, un estante de toallas Dol y dos torsos de baquelita, uno masculino, otro femenino, que se miran a través de la tienda —griegos, trágicos y silenciosos— exhibiendo sus pequeñas fajas terapéuticas.

Mientras devuelvo los orinales a su posición inicial —en equilibrio unos encima

de otros como un número de circo sobre la cuerda floja («¡Y ahora, desafiando a la muerte, los incomparables Orinales para Hombre!»)— pienso en lo mucho que añoro las mascotas. En primer lugar, eran artículos menos embarazosos. No me refiero solo a los contraceptivos —los Durex, los misteriosos geles y espumas y los diafragmas— casi todo lo que vendemos ofrece muchas posibilidades de pitorreo. El mostrador de cristal está lleno de suspensorios y cojinetes para incontinentes; hay un estante lleno de pechos protésicos semejantes a saquitos de arena cónicos, otro de bragueros que más parecen algo que le pondrías a un caballo; además están las bolsas de colostomía y la oferta especial de este mes: sábanas de goma, un grueso material rojo con olor a llanta de coche que George corta de un gran rollo. Podían haberse parado a pensar cómo este negocio afectaría mi vida social («¿Y qué es exactamente lo que venden tus padres, Rubí?»).

Incluso echo de menos al loro. Cuesta creer que aquí se vendieran animales antes del incendio. A menudo voy al piso de arriba y trato de recordar el pasado. «Sobre la tienda» ha sufrido una rápida decadencia; en realidad, no la arreglaron después del incendio. El encalado hace burbujas en el techo del dormitorio que en otro tiempo perteneció a Patricia, y en la habitación que yo compartía con Gillian se percibe un olor extraño, el aroma de la corrupción, como si hubiera una rata muerta oculta tras la cómoda. Mirándolo ahora, «sobre la tienda» tiene el aspecto de un antiguo decorado, un escenario de listones, yeso y luz; y aún así, a veces, si me detengo en las escaleras y cierro los ojos, puedo oír las voces de los fantasmas caseros, transportadas de acá para allá por una corriente de aire. Me pregunto si nos echan de menos.

A veces me parece oír al loro, un graznido fantasmal que resuena por la tienda. En ocasiones me parece oírlo al otro lado de la línea telefónica, una llamada a larga distancia desde algún lugar tan lejano como Acomb. No solo recibimos llamadas de loros espectrales sino también de nadie en absoluto, un interlocutor fantasma, mudo, que se manifiesta crepitando en los cables. Cuando George contesta esas llamadas silenciosas, mira el auricular unos instantes, como si este tuviese la culpa. Después cuelga bruscamente y se aleja furioso. Bunty es más persistente y trata de arrancarle una respuesta repitiendo una y otra vez su habitual saludo telefónico: «Hola, ha llamado a casa de los Lennox, Bunty Lennox al habla, ¿qué desea?», suficiente para desanimar a cualquiera excepto a los más osados, y nuestro pobre trasgo no es muy enérgico que digamos.

—El señor nadie otra vez —dice Bunty, como si hablara de un amigo personal.

Pero cuando yo contesto, permanezco a la escucha el máximo tiempo posible, esperando y anhelando un mensaje. Estoy segura de que Patricia está al otro lado. Llevamos más de un año sin noticias tuyas y es probable que pronto se ponga en contacto.

—¿Patricia? ¿Patricia? —susurro insistente al receptor pero, si es ella, no responde. Con un «tu hermana dice que no te preocupes» me conformaría [ver *nota al pie (X)*]. Bunty debe de seguir esperando que Patricia regrese, pues ha dejado su

habitación tal cual. Como Patricia no era ordenada precisamente y en su habitación había siempre ropa sucia y migas de comida esparcidas, la estancia ha acabado por adquirir un aire de decadencia estilo Miss Haversham y no sería de extrañar que pronto recuperase su condición de légamo primordial.

Tal vez no sea Patricia, sino nuestra Gillian, que deambula por el limbo y trata de telefonar a casa. Pero ¿pueden los espíritus llamar por teléfono? Tal vez consiga abordar a Rosa y Margarita en la boda y obtenga algunas respuestas satisfactorias a estas preguntas.

—¡Buenas! —dice George para no perder la costumbre.

—¡Mira! —dice Bunty, muy satisfecha de sí misma al tiempo que extrae una figura china de su caja: una mujer con miriñaque.

—Se llama «la dama del miriñaque» —dice Bunty, girándola a un lado y a otro para examinar los volantes de porcelana.

George resopla:

—Parece un soporte para el rollo de papel higiénico.

—Es exactamente la clase de comentario que esperaba de ti —dice Bunty, devolviendo el ultrajado miriñaque a su caja—. Y necesitas una corbata nueva para la boda, de hecho podrías acompañarme ahora y escoger una.

—No —protesto, poniéndome a toda prisa chaqueta y boina—, tengo que volver al colegio.

El timbre de la tarde ya habrá sonado (¿Otra vez con retraso, Rubí?).

George me mira.

—¿Tú vas a esa boda? —pregunta de repente.

—*Oh, por el amor de Dios* —dice Bunty, alzando las cejas exasperada—. ¡Es dama de honor!

—¿Tú? —pregunta George incrédulo.

—Yo —confirmando encogiéndome de hombros.

Su incredulidad no me ofende. Estoy incluso más sorprendida que él.

* * *

No solo dama de honor, sino la dama de honor principal, encabezando un revoltoso rebaño de damas de honor en miniatura. Todas son familia de Sandra, pero la etiqueta en las bodas exige que ambas familias estén representadas en el séquito de la novia. Sin embargo, cuando tuvo que escoger en la rama de Ted, a Sandra se le planteó un grave problema: todas las damas de honor en potencia por parte del novio eran cadáver, o se habían escapado, o eran espiritistas, y por lo tanto —según el acertado juicio de Sandra— inapropiadas para arrojar pétalos de rosa a sus pies (aunque, qué desilusión, no se arrojarán pétalos de rosa). Sin duda, si yo estuviera en su lugar (y calzase sus zapatos de raso blanco talla 36) me parecería bastante inquietante llevar a Rosa y Margarita en mi cortejo nupcial. Se me escoge por defecto —debería haber

rastreado en la reserva de los políticos en lugar de limitarse a los parientes de sangre. Lucy-Vida, por ejemplo, habría sido una dama de honor espléndida. Nuestra prima ha pasado de ser un patito feo a un excepcional cisne en minifalda, maquillada a lo Twiggy y con el pelo de Sandie Shaw. Sus medias blancas le cubren las piernas flacas y bien torneadas, demasiado largas para el rígido banco metodista en que se hallan aprisionadas. Con frecuencia la incomodidad la obliga a descruzarlas y estirarlas, y cuando las cruza de nuevo, enroscándolas como lana de dos hebras, el ministro se atasca en su discurso de ceremonia nupcial y sus ojos se velan.

La capilla metodista de St. Saviourgate es enorme y lúgubre, una mezcla de templo masónico y piscina municipal. Aparentemente, todos los familiares por parte de Sandra son metodistas y entre «nuestra» sección corre el inquietante rumor (ya casi estamos en pie de guerra) de que la «cosa va a ir de abstinencia». La ceremonia nupcial parece no terminar nunca, y si no fuera por el frío de catacumba que hace en la capilla y por el mal comportamiento de mi juvenil rebaño, me quedaría dormida de pie sin problemas, sobre todo porque, antes de venir, me he tragado dos de los tranquilizantes de Bunty en lugar del desayuno. Las pequeñas damas de honor se revuelven, ríen por lo bajo y pelean, dejan caer los ramilletes, bostezan y suspiran, pero cada vez que me vuelvo para mirarlas se congelan en posturas de inefable virtud. Es como jugar a las estatuas, solo espero que una de ellas me toque para poder golpearla sin querer con el pesado ramo de rosas inodoras que sujeto para la novia. Mi bilis adolescente está demasiado negra como para ocuparme de niñas pequeñas, y si hubiera sabido que esto iba a formar parte de mis deberes (es mi primera boda) hubiera opuesto una resistencia aún más enérgica cuando Bunty me suplicó que aceptara.

La novia y el novio, desde atrás al menos, se parecen mucho a las figurillas que hay en lo alto del pastel de bodas. La novia va de blanco y sabemos de fuente fidedigna (Ted) que es virgen. De hecho, solo la extrema frustración sexual de mi tío le ha llevado finalmente a este callejón nupcial sin salida. Ha retrasado la boda tanto como ha podido; desde su primera cita con Sandra en el Odeon hasta el encuentro final ante el altar han pasado ocho años. Cuando al fin se vio obligado a fijar una fecha para el evento, debido al romántico y conmovedor ultimátum de Sandra («Si no fijas un día alguien tendrá que recoger tus sesos con una pala en Coney Street»). Ted le dio una fecha lo más tardía posible. ¿Cómo iba él a saber entonces que el 30 de julio de 1966 no solo se jugaría la final de la copa mundial sino que además Inglaterra sería uno de los contrincantes? Y, lo que es peor, que se enfrentaría a nuestros enemigos históricos: ¡los boches!

Las damas de honor van de raso sintético color melocotón claro y nuestros vestidos, como el de la novia —grande, redondo y abombado, con grandes redondas y abombadas mangas—, nos convierten a todas en damas de miriñaque. El color de las zapatillas de raso hace juego con el vestido, al igual que nuestros ramilletes de claveles, y en la cabeza llevamos diademas con capullos de rosa artificiales color

melocotón.

Ahogo un bostezo tras otro pero, por desgracia, no puedo contener los sordos rugidos que mi estómago, para mi bochorno, lanza de tanto en tanto —y que provocan explosiones de risillas y grititos en las damas de honor.

El ministro pregunta si alguien tiene alguna objeción por la que el matrimonio no pueda celebrarse y todo el mundo mira a Ted, pues es la persona con más probabilidades de presentar objeciones, pero él hace de tripas corazón y la ceremonia continúa. Solo el ministro vacila, apenas un instante, cuando Lucy-Vida se estira la falda para cubrirse la horcajadura.

Mi primera boda me está decepcionando bastante. Cuando yo me case, no será un asunto de poliéster color melocotón. Me casaré en una iglesia muy antigua —las hay a montones en York, por supuesto—, tal vez All Saints on Pavement, con su encantadora torre iluminada, o St. Helen, ¡nuestra propia iglesia para tenderos! El templo tendrá el rancio aroma de la madera, una sillería semejante a bordados belgas, y sus ventanas serán engalanados rombos de colores. Hileras de altas y blancas velas iluminarán la iglesia, y gardenias, guirnaldas de hiedra verde oscuro y lirios blanco cera semejantes a trompetas de ángel decorarán los bancos y capillas laterales. Mi vestido, de antiguos encajes, caerá en olas de nieve y llevará prendidos guirnaldas y delicados capullos de rosa, como si los pajarillos que confeccionaron el vestido de Cenicienta para el baile hubieran revoloteado a mi alrededor, pinchando, plegando y prendiendo. Las campanas no dejarán de repicar y un rayo de sol me iluminará, solitario y polvoriento. Los asistentes arrojarán pétalos de rosa y todos los hombres lucirán elegantes chaqués (Ted ni siquiera se ha comprado un traje nuevo para la ocasión). Y no habrá damas de honor.

Una de las acrílicas damitas de honor rasca el talón de mi zapato con su pie de raso, otra se hurga la nariz y se limpia el consiguiente fruto viscoso, de color gris, en el vestido. Les susurro que paren, pero me responden con muecas. ¿Terminará esto algún día?

Al fin, la pareja de novios desaparece en el interior de la sacristía y alguien toca Bach, muy mal, en un órgano cascado mientras la congregación dividida —la de él y la de ella— susurra frenética su opinión de la ceremonia hasta el momento. Para terminar, la Marcha Nupcial gimotea triunfante y nos arrastramos por el pasillo, mientras todos nos sonrían como idiotas, más aliviados que complacidos.

—Porras, la vejiga me está matando —oigo decir a tía Eliza, sin dirigirse a nadie en particular. La floral pareja extraterrestre se vuelve en el banco, como robots, para seguir con los ojos a la novia, que rehúsa responder a su mirada, y se oye a tía Gladys suspirar agradecida:

—Bueno, al menos nadie ha tropezado.

Las fotografías en los escalones de la iglesia parecen aún más interminables que la ceremonia y solo cuando hace aparición la boda siguiente y los dos grupos de invitados se mueven de un lado a otro frente a la iglesia confundidos, se decide poner

rumbo a la recepción. A las fatigadas damas de honor se nos permite derrumbarnos en el gran Austin Princess negro, adornado con cintas blancas, que aguarda en la calle. Hago un mohín de desagrado mientras me acomodo en la parte trasera del coche; me siento como Alicia cuando crece demasiado, una niña extraordinariamente grande entre otras idénticas más pequeñas. Me rindo a un sopor inquieto e irregular pero justo entonces nos detenemos frente al hotel y nos echan del coche. «La cosa no va de abstinencia» y el bar del hotel en Fulford se llena rápidamente como si acabásemos de cruzar el Sahara en lugar del centro de York.

Mi pequeña manada se dispersa a los cuatro vientos, y sus padres respectivos las abrazan y felicitan por estar tan guapas, encantadoras, monas, deliciosas y todo eso. No veo a George y Bunty por ninguna parte. Diviso a George por fin, al otro lado de la habitación, hablando con una mujer rechoncha que luce un atuendo chocante: conjunto dos piezas azul marino intenso y gran sombrero de paja rojo y blanco. Al examinarla más de cerca, descubro que es tía Eliza; sostiene un vaso manchado de pintalabios en una mano y un regalo de bodas aún sin entregar en la otra. Me abraza contra su pecho, me llena las mejillas de besos absorbentes y me dice que estoy preciosa. Estoy a punto de felicitarla por lucir un colorido tan patriótico en este día de trascendencia nacional cuando me coloca el regalo en las manos y me ordena que lo ponga con los demás, «solo son salvamanteles», y le traiga algo del buffet, «de paso».

El buffet está en una habitación adyacente. Ocupa dos largas mesas de caballete colocadas contra la pared y cubiertas con manteles, y por lo visto constituye una novedad frente a los tradicionales banquetes de la familia de Sandra. Lo sé porque las invitadas por la parte femenina —la mayoría emperifolladas con raso artificial en tonos pastel— están allí, paseándose arriba y abajo ante las mesas y discutiendo sobre el buffet y su trascendente innovación. Hacen ruidos extraños, como un campo de trigo azotado por el viento, *tsk-tsk*, *shu-shu*, *fu-fu*, y sostienen los bolsos en alto, bajo el pecho, como viejas damas en una obra de teatro.

—No tiene ni punto de comparación con un banquete como Dios manda —dice una a un corrillo que asiente en susurros—. ¿Recordáis la fiesta de nuestra Linda... redondo de ternera asado y todas las guarniciones?

—Y sopa de cola de buey —recuerda otra, y vuelven a recorrer la mesa, señalando la mala calidad del jamón («Al menos podían haber puesto auténtico jamón de York») y los insípidos sándwiches de huevo («Más crema de ensalada que huevo»), y observan con recelo a las dos camareras contratadas para distribuir un bodrio semejante. Me descubren con el regalo aún en la mano y sonrían alentadoras:

—El montón de los regalos está allí, cariño —dice una, señalando otra mesa de caballetes donde, entre otras cosas, hay dos tostadoras y tres conjuntos de Pyrex. Por suerte, no se ven señales de otros salvamanteles.

Lleno un plato del buffet para tía Eliza; es la persona menos quisquillosa que conozco, sobre todo con la comida, así que amontono indiscriminadamente todo lo que encuentro, excepto el bizcocho borracho, que permanece tan virgen e intacto

como la novia, bajo un velo de billetes de cien y mil que ya se han fundido en un borrón color arco iris.

Cuando vuelvo con tía Eliza y mi padre, ambos parecen llevar encima, al menos, tres ginebras dobles, y aún no se ven señales de sus esposos respectivos: tío Bill y Bunty. Es difícil saber cómo se las va arreglar tía Eliza para manejar un plato, un vaso, un cigarrillo y a mi padre, así que hago de bandeja, sujetando el plato —que asalta con admirable apetito— para ella.

—Son gente rara, esa pandilla de Sandra —dice, moviendo la cabeza en dirección a la invitada en raso sintético más cercana y mordiendo un vol-au-vent de champiñones que, de inmediato, se desmonta por todas partes.

—Todos tienen la pinta de llevar un hurgón clavado en el culo —añade con buen humor, sin saber que la madre de la novia, una impresionante mujer llamada Beatrice, mitad manicura, mitad luchadora de sumo, alcanza a oír todo lo que dice. George divisa la mole que avanza y hace un visible esfuerzo por serenarse.

—Eh, un momento —dice, esforzándose por ser diplomático y fracasando rotundamente—. Esta es la suegra.

Ted salva a George de la situación haciéndole gestos apremiantes desde la puerta. Yo recojo los trocitos de vol-au-vent esparcidos por el suelo, me disculpo y me voy. Mi estómago hace ruidos alarmantes, así que me dirijo al buffet. Me estoy preguntando adónde han ido a parar todos los invitados masculinos —apenas se ve ningún hombre y no creo que haya estallado otra guerra mundial mientras estaba distraída— cuando me cruzo con Lucy-Vida hecha un mar de lágrimas. Una porción considerable de su sombra de ojos se ha convertido en vetas negras que bajan por sus mejillas. Sorbe ruidosamente y se enjuga el rostro con la boa de piel púrpura que lleva enrollada al cuello.

—Jo —suspira acongojada.

—Mejor sécate con un Kleenex —le ofrezco, alejándola del concurrido centro de la habitación hacia una hilera de sillas que hay tras la mesa donde está expuesto el pastel de bodas. El ramo de novia y los ramilletes de las damas de honor adornan también la mesa, junto con una colección de objetos de buena suerte en forma de gatos negros, herraduras de plata y ramos de brezo blanco. El pastel de bodas de Sandra es una simple colina de dos pisos. Yo, en cambio, tendré un imponente Mont Blanc de cinco pisos, con nieve y rosas talladas, de Terry's.

Nos sentamos como las feas del baile en el Assembly Rooms, mirando cómo el resto de invitados desfila y se escabulle mientras cuchicheamos nuestros secretos. El secreto de Lucy-Vida es bastante penoso, por no decir algo peor.

—Maldita sea, niña, estoy preñada —me confiesa con la mirada perdida en el pastel de bodas, que crece ante mis ojos, no en tamaño sino en significado simbólico, pues por la continuación de su historia se deduce que no habrá capa de pasta de almendras y alcorza azul para Lucy-Vida.

—El muy cerdo estaba casado, ¿sabes? —dice, la cólera y la traición aún visibles

en sus ojos emborronados. Lanza un profundo suspiro y se hunde aún más en la incómoda silla. Está muy pálida, los labios tan exangües como los de un vampiro hambriento. Quizá le pusieron el nombre por Lucy Harker, después de todo, aunque la blancura de su tez puede ser debida solo al maquillaje. O a su estado. Se mira el estómago y agita la cabeza con incredulidad.

—Y ahora tengo un maldito pastel en el horno.

Tras unos segundos de callada contemplación, añade:

—Mi padre me matará.

—No importa —intento consolarla—. Podría ser peor.

Pero, aunque fruncimos el ceño y nos exprimimos los sesos, no se nos ocurre nada mucho peor que eso.

—Irás a Clacton, ¿no? —le pregunto, recordando demasiado bien lo que le sucedió a Patricia.

Lucy-Vida me mira dudando:

—¿Clacton?

—A un hogar para madres y bebés, para darlo en adopción, como Patricia.

Se aprieta el estómago con gesto protector y dice en tono fiero:

—¡Ni soñarlo!

Y yo experimento una punzada de celos hacia el vástago nonato de Lucy-Vida. Aunque tal vez fuese hambre, de hecho tengo tanta hambre que me mareo, sobre todo cuando me levanto con demasiada rapidez y me ofrezco a traerle a Lucy-Vida algo del buffet. Palidece solo de pensarlo y yo me levanto tambaleándome, impaciente por un bocado, pero apenas he llegado al pastel de bodas cuando un siniestro par de gemelas-flor me sale al paso.

—Así que... ¿Rubí? —dice una fríamente.

Esta pregunta, bastante enigmática, pende en el aire entre nosotras, cada vez más pesada, mientras intento pensar una respuesta apropiada.

—La misma —digo sin convicción al cabo de un rato.

Una de ellas revela una peca bajo la barbilla al menear la cabeza, y al identificarla me siento más segura, así que tomo prestada la sonrisa de Bunty (¿dónde está mi madre?) y digo ingeniosa:

—Hola, Rosa, ¿cómo estás?

Sonríe, con un glacial destello triunfante en los ojos.

—En realidad, soy Margarita, Rubí.

—Tienes la peca —insisto—. Puedo verla.

La otra gemela da un paso en mi dirección y levanta la barbilla para mostrar una peca idéntica. ¡Horror! Me siento tentada a rascarla con la uña para ver si es de verdad, pero soy demasiado cobarde. Miro a una y otra en estado de auténtica confusión; me siento como si acabase de atravesar el espejo, no encuentro un punto de referencia.

—¿Te diviertes haciendo de dama de honor, Rubí? —pregunta una, la de la

izquierda.

La pregunta tiene trampa, seguro, pero no acierto a ver dónde está el ardid.

—Es natural —dice la otra, con tanta suavidad como una serpiente—, la gente lo siente por ti. Supongo que por eso te escogieron.

—¿Lo sienten por mí? —repito sin comprender, parpadeando ante la novedad de la idea.

—Has perdido tantas hermanas —dice la de la derecha, haciendo con el brazo un elocuente gesto.

—Perder una —dice la otra gemela—, se puede considerar negligencia...

—... pero perder tres —continúa la otra sin interrupción—, bueno, es algo sospechoso, ¿no crees Rubí?

—Dios mío, Rubí —dice la otra, meneando su peinado de limón exprimido—, ¿qué demonios les hiciste?

—Dos hermanas —respondo débilmente—. Solo tengo dos hermanas, y no he perdido a Patricia, va a volver.

—No estés tan segura —dicen en perfecta armonía, pero yo ya me he largado a la otra punta de la habitación buscando refugio. Afuera, en el vestíbulo, oigo cómo la televisión vocifera: *Ball en la esquina del campo... Hurst... y una oportunidad de gol...* Entonces oigo un gran alboroto procedente tanto del televisor como del salón de la tele, y *todo son sonrisas en el palco real*. Abro la puerta y me asomo; entre una niebla de humo de cigarrillos y alcohol encuentro a casi todos los invitados masculinos, ejecutando una danza tribal, coreando el nombre de Martin Peters. Me gustaría quedarme a mirar pero por el rabillo del ojo atisbo una gemela y me largo corriendo al servicio de señoras.

Donde, para mi gran sorpresa, descubro a mi madre, en pésimas condiciones: su sombrero-tambor abollado, descalza y con una borrachera increíble.

—¡Estás borracha! —jadeo.

Me mira con ojos enrojecidos y se dispone a decir algo, pero la detiene un ataque de hipo.

—¡Respira! —ordena una voz desde uno de los compartimientos, seguida por el sonido de alguien que tira de la cadena, y yo espero con curiosidad a ver quién sale. Es tía Gladys.

—¡Respira! —Le recuerda a Bunty y esta, obediente, aspira una gran bocanada de aire y contiene la respiración.

—Así se te pasará —dice tía Gladys, dándole una palmadita de ánimo en la espalda. Pero no se le pasa, y el hipo de Bunty vuelve a empezar con renovada energía. Me ofrezco a darle un susto pero rehúsa con gesto de hastío, como si ya hubiera tenido bastantes sobresaltos. El servicio de señoras del hotel está decorado en rosa y fluorescente, e ingratos espejos cubren tres de las cuatro paredes. Bunty está sentada, bastante torcida, en un pequeño taburete de tocador semejante a una seta y se refleja hasta el infinito en los espejos —la inquietante visión de una madre que parece

prolongarse eternamente.

—¿Dónde están tus zapatos? —le pregunto, decidida a ser práctica frente a toda esa agitación ética, pero solo recibo un hipido por respuesta.

Tía Gladys hurga en el interior de su espacioso bolso y saca una botellita de sales aromáticas Mackintosh que agita ante las narices de Bunty. Esta boquea y se tuerce en el taburete de un modo alarmante.

—Está bien —dice tía Gladys tranquilizadora a uno de mis reflejos en el espejo—. Se ha pasado un pelín con la bebida. Nunca ha sido una gran bebedora, tu madre.

Me ofrezco a traerle un vaso de agua y cuando salgo del lavabo de señoras oigo a mi madre murmurar algo que suena como «no puedo más».

El camarero, que es muy simpático y bastante guapo, pone una rodaja de limón, dos cubitos de hielo y una pequeña sombrilla en el vaso de agua cuando le digo que mi madre no se encuentra bien, y me da una Coca-Cola gratis. Mi vuelta al servicio de señoras es irregular. Primero me encuentro a Adrian, y me dice que tiene un perro nuevo, un york terrier, muy propio.

—Sería divertido, ¿a que sí? —le digo—, que solo la gente de Alsacia tuviera alsacianos, y solo los de Labrador labradores, que los de Gales tuvieran terriers galeses y los escoceses scotties... ¿pero quién tendría caniches? ¿Y qué clase de perros tendría la gente de Fiji...?

Así hasta que Adrian me interrumpe:

—Calla, Rubí, sé buena niña.

Levanta un mechón de mi lacio y grasiento cabello adolescente y hace una mueca.

—¿Quién te ha cortado esto, Rubí?

Menea la cabeza afligido.

—En fin —se consuela—. Al menos no está tan mal como el de Sandra.

El pelo de Sandra es espantoso, una gran mata encumbrada y encrespada que no hubiera desentonado en la corte del Rey Sol. Probablemente los pájaros aniden en él.

Apenas acabo de dejar a Adrian cuando, de repente, un pelotón de tías de Sandra me tiende una emboscada. Me interrogan acerca de los antecedentes familiares de Ted. La Inquisición en raso sintético está muy disgustada por el modo en que la recepción se ha desarrollado hasta el momento, pues ya han pasado tres horas y nadie ha cortado el pastel ni hay señal alguna de brindis. Solo con grandes dificultades me libero de este interrogatorio. Casi de inmediato me tropiezo con una de las damitas de honor y profiero un juramento que vuelve el ambiente de un verde tan intenso como los zapatos de Bunty. Los metodistas contienen el aliento escandalizados mientras yo reanudo mi viaje a los servicios. *Y Alemania occidental chuta. Un minuto para el final, solo sesenta segundos... los ingleses atacando, los alemanes defendiendo.* De la sala mana una tensión tan visible como humo de artillería. Un terrible gemido colectivo se alza de las profundidades de la agonía nacional, *Jack Charlton está al borde del colapso, se lleva las manos a la cabeza.* Los ingleses que miran la tele en el

salón están también al borde del colapso y yo me largo a toda prisa, solo para encontrarme de cara con una novia furiosa.

—¿Has visto a Ted? —me pregunta muy enojada.

—¿Ted?

—Sí Ted... ¡mi maldito marido, por llamarlo de algún modo!

Sandra se da la vuelta, examinando los pasillos del hotel como un cocodrilo chasqueando los dientes.

—¿Dónde están todos? —pregunta, con expresión desconcertada.

—¿Todos quiénes?

—Los hombres.

Observo interesada cómo lentamente se hace la luz en el rostro de Sandra. Lanza un grito de frustración y golpea el suelo con su pie satinado.

—¡Maldita copa mundial! Le mataré, lo haré, le mataré.

Y, dicho esto, se va, sosteniendo su largo vestido blanco, echando humo y recogiendo a su madre en su estela. Miro a mi alrededor buscando a Lucy-Vida, pues se me acaba de ocurrir algo peor que ser soltera y estar embarazada (ser Ted), pero no la veo por ninguna parte, así que reanudo mi avance hacia los lavabos, al fin libre.

Dos de los tres lavabos de señoras están ocupados. Me agacho para localizar los pies de Bunty, calzados o no, y me asalta el terror cuando veo pares de pies idénticos en ambos compartimientos.

Un par de voces dicen:

—¿Quién es?

—Soy yo, Rubí —grito, batiéndome en una presurosa retirada.

Me dirijo a devolver el vaso de agua al bar o, para ser más exacta, al camarero simpático, pero cuando llego allí me encuentro a Adrian y el camarero enfrascados en una conversación y aunque me encaramo tan risueña como un periquito a un taburete del bar, junto a Adrian, pronto descubro que no tienen ojos para nadie. Advierto que estoy de más y me largo sin llamar la atención, girando tristemente la pequeña sombrilla de papel entre los dedos.

Hay una súbita conmoción cuando todos los hombres, antes desaparecidos, regresan en manada a la recepción guiados por Sandra y su madre. Beatrice se queda junto a la puerta, haciendo guardia.

—En el salón de la tele —dice en voz alta, a modo de explicación, al resto de los invitados—. Allí estaban... ¡mirando el fútbol!

La retransmisión se cuela hasta ellos por la puerta abierta. *Ball se deja la piel en el campo, ahí viene Hurst... ¿lo conseguirá?* Los hombres permanecen clavados al suelo, alargando el cuello para poder oír, *¡Lo ha conseguido!... sí... no...* los rostros se crispan agonizantes, *¡no, el juez de línea dice que no!*

—¡Maldito juez de línea! —grita tío Bill y los parientes en raso sintético hacen

ruidos horribles, como si se estuviesen ahogando.

¡Gol! ¡Gol! ¡Oh, los alemanes están furiosos con el árbitro! Los hombres están furiosos con Sandra.

A ella no le afecta.

—Maldita copa del mundo —dice Sandra, los ojos como rendijas cuando se vuelve hacia Ted enojada—. ¿No te da vergüenza, no es más importante tu boda que la copa del mundo?

Ted no puede evitarlo. Hasta ese momento de su vida, las mentiras han salido de sus labios igual que respira, pero en esta ocasión, en esta importante ocasión, en público, le vemos, horrorizados, arrojarse contra la dura roca de la verdad como un paracaidista sin paracaídas.

—Por supuesto que no —dice—. ¡Es la maldita final!

¡Plas!, hace la mano de Sandra contra su mejilla.

—¡Calma! —dice Ted, mientras ella toma el primer misil que encuentra a mano, el ramo de novia que está junto al pastel de bodas.

—¡Sandra! —gimotea él en un débil intento por apaciguarla, pero Sandra está incandescente ahora, y todas las herraduras del mundo no ayudarían a Ted.

—No hemos pronunciado un discurso —le grita ella—. No hemos brindado, ni siquiera hemos cortado el maldito pastel. ¿Qué clase de boda es esta?

Todo ha terminado... creo... no, no ha terminado... Y ahí llega Hunt...

—¡Solo sois chusma!

La voz de Beatrice retumba mientras se abre paso a codazos hacia su yerno, con el bolso a punto. Alarmado, Ted intenta alejarse pero casi tropieza con una damita de honor que se interpone en su camino (son como alimañas). Al intentar esquivarla pierde el equilibrio y trastabilla en dirección a la mesa del pastel de bodas. A partir de ahora todo se desarrolla a cámara lenta: Ted se tambalea, agitando los brazos como aspas de molino, en un desesperado intento por recuperar el equilibrio y evitar el fatal accidente que ya se perfila ante nuestros ojos. La diminuta pareja nupcial en lo alto del pastel tiembla y se tambalea como si estuviera sobre un auténtico volcán.

Algunas personas se lanzan al campo... dan el partido por terminado... Ted gime al perder pie y se da un terrible batacazo, de cara, sobre el pastel. *¡Fin del partido!* Los invitados que asisten al espectáculo lanzan una especie de suspiro porque al fin saben que ha sucedido el mayor desastre posible. Ya nada puede ser peor. (Yo no soy tan optimista).

El extraño silencio que nos envuelve, roto solamente por los comentarios de la televisión, se rompe de inmediato cuando empiezan a levantarse fuertes murmullos y gruñidos por parte de los invitados. El insulto de Beatrice referente a la chusma acaba de alcanzar su objetivo y, como da en el blanco, se forman las líneas de batalla.

—¿Chusma? —dice tío Clifford—. ¿Chusma? ¿A quién llamas chusma?

Se lo dice a Beatrice, que ladra en respuesta:

—A ti y a toda tu familia... ¡a vosotros os llamo chusma! ¿Alguna objeción?

—¡Por supuesto que las hay, maldita sea! —dice Clifford, y mira a su alrededor buscando apoyo. Trata de localizar, como es natural, a su único hijo, quien, indiferente a los puestos de combate que llenan toda la sala, sigue absorto en su conversación con el camarero. Tío Clifford frunce el ceño.

—Es un poco raro —dice receloso. Pero no le da tiempo a desarrollar este comentario porque Beatrice le aporrea tan fuerte con el bolso que le tira las gafas. A los pocos segundos el lugar se ha convertido en un tumulto de gente dándose de mamporros a la buena de Dios. Advierto que George y Bunty —las únicas dos personas que podrían enseñarles algunas técnicas y sutilezas— no participan en la refriega. No creo deber lealtad a ninguno de los dos bandos, haya lazos de sangre o no, y trato de escabullirme sin ser advertida. Debería dirigirme a la sala del buffet, pues me encuentro en un estado próximo a la muerte por inanición, pero el paso está absolutamente cortado por la escaramuza entre los contendientes principales: Ted y su padrino de boda defienden su rincón enfrentados a Sandra y todas sus damitas de honor.

—¡Rubí! —grita Sandra al verme—. ¡Ven, tu lugar está aquí, conmigo!

—¡Ni hablar, maldita sea! —le grita Ted—. Es mi sobrina.

—¡Es mi dama de honor! —Contraataca Sandra furiosa, y una nueva batalla se desencadena basada en los colores que yo debería defender.

Forcejeo hasta la puerta que conduce a la sala de la televisión, perdiendo mi diadema y un zapato en el proceso. Ansío la relativa paz del lugar. Por un instante, no estoy segura de lo que están viendo mis ojos, pero entonces el complicado montón en blanco y negro que se debate en el suelo, y que a primera vista parece un pingüino epiléptico, adquiere la forma de algo aún más penoso: George y una de las camareras del buffet en pleno acto sexual.

—¡Oh, maldita, maldita Nora! —exclama mi padre en la agonía del éxtasis, y se derrumba, saciado, sobre ella. Debajo, la camarera parece un insecto aplastado, agita las piernas y los brazos impotente. De repente me ve y la expresión horrorizada de su rostro es casi indescriptible. Se esfuerza por escapar de mi padre sin conseguirlo, pues el peso de su cabeza la aprisiona contra el suelo. Nunca antes he presenciado un orgasmo, pero incluso en mi ignorancia me doy cuenta de que mi padre, en estos momentos, debería estar, al menos, encendiendo un cigarrillo postcoito y suspirando satisfecho, en lugar de permanecer allí tumbado en silencio. Con gran esfuerzo, la camarera consigue empujar a George y quitárselo de encima. Él rueda hasta quedar boca arriba, con la boca abierta e inmóvil. Sus últimas palabras parecen suspendidas en el fétido aire de la sala de la televisión. Estoy a punto de preguntarle a la camarera si por casualidad se llama Nora realmente, pero me lo pienso mejor. No parece el lugar ni el momento propicio para presentaciones. Ella, mientras tanto, trata de ajustarse el uniforme, sin apartar los ojos de George, con una terrible intuición grabada en el rostro. Las dos nos arrodillamos junto a él, una a cada lado, y nos miramos con mudo horror. Ya no caben dudas sobre lo sucedido: A George no le ha

dado un pasmo de placer sino que está muerto, completamente muerto. Kenneth Wolstenholme sigue a lo suyo, indiferente. *Es este un gran momento en la historia del deporte, Bobby Moore se dirige a recoger la copa mundial...*

La camarera se inclina y apoya su oído contra el silencioso pecho.

—¿Sabes quién es? —susurra, y cuando le digo: «Es mi padre», lanza un grito horrorizada, pues este dato hace el asunto aún más espinoso—. Normalmente no hago este tipo de cosas —dice a modo de inútil disculpa, pero no queda del todo claro si se refiere a practicar sexo casual con los invitados a una boda o a matarlos sin querer en el proceso, y no hay ocasión de aclararlo pues de repente, en el umbral de la puerta, aparece Bunty. Al verla, damos un respingo. Ahora va sin sombrero además de sin zapatos y parece aún más ebria que antes. Contempla con muda sorpresa el cuadro que tiene ante ella. El pobre George ofrece un aspecto muy poco digno, allí tendido, desparramado de espaldas y todavía con la bragueta abierta— pero, la verdad, no creo que abrochársela sea un gesto demasiado apropiado como extremaunción.

—Creemos que ha sufrido un ataque al corazón —le digo a Bunty bien alto, tratando de abrirme paso entre la neblina de alcohol que la envuelve—. ¿Puedes llamar a una ambulancia?

—Es demasiado tarde para eso —dice la camarera en tono terminante, y Bunty boquea y se tambalea hacia él.

—¿Le conocía? —pregunta la camarera con dulzura, ya puesta en situación.

—Es mi marido —responde Bunty, arrodillándose para unirse a nosotras, y la camarera ahoga otro grito.

—Llamaré a una ambulancia —dice precipitadamente, y se aleja del salón tan rápido como puede.

—Debemos hacer algo —dice Bunty agitada e, inspirando profundamente, procede a aplicarle a George la respiración artificial. ¿Dónde lo habrá aprendido? En *Doctor Kildare*, supongo. Resulta extraño observar cómo le da el beso de la vida; mientras estuvo vivo, nunca la vi besarle, y ahora que ha muerto, ahí está, besándole con toda la pasión de una recién casada. En vano. Al final se sienta sobre los talones y dirige una mirada perdida a la pantalla del televisor, ahora convertida en un océano de triunfantes banderas británicas.

El funeral, celebrado al día siguiente, parece el negativo de la boda: casi los mismos invitados, más o menos la misma comida aunque, por suerte, iglesia y hotel distintos. La ceremonia es de rutina. El vicario de servicio en el crematorio se refiere a George como un «destacado miembro de la comunidad, amante esposo y padre entregado». Bunty, libre ahora de reinventar el pasado, se estremece y aprueba estos elogios. Mala hija hasta el último momento, observo con los ojos secos, insensible, cómo el ataúd atraviesa las cortinas y George desaparece para siempre. En ese instante, de repente, noto la boca extrañamente seca, y mi visión se nubla, convertida en cientos de puntos

que bailan ante mis ojos. El corazón me golpea en el pecho como una apisonadora y preciso todos mis recursos para ahogar la creciente marea de pánico que me invade, como un carburante de adrenalina; es el funeral de mi padre, después de todo, y yo no debería estar restándole importancia con mi propio drama. Pero no hay nada que hacer, una imparable ola de terror se cierne sobre mí y ni siquiera consigo llegar al extremo de la hilera de sillas antes de perder el conocimiento.

Los días que siguen al funeral me sorprende a mí misma reviviendo la ceremonia una y otra vez. Me obsesiona la visión del ataúd deslizándose más allá de las puertas, como un barco botado a la nada. Quiero Correr tras él, traerlo de vuelta. Quiero levantar la tapa y reclamarle a mi padre respuestas a preguntas que ni tan solo sé cómo formular.

La noche del funeral de George, Bunty y yo nos fuimos a dormir tarde. Ella estaba en la cocina, preparando Ovaltine, cuando sonó el teléfono y dije:

—Yo lo cogeré.

Bunty dijo:

—Ya es pasada la medianoche, supongo que será el señor nadie otra vez.

Pero cuando levanté el auricular en el vestíbulo, sabía que sería George y me senté en las escaleras con el teléfono acurrucado contra el cuello, esperando escuchar todas aquellas cosas que nunca había dicho. Aguardé el máximo tiempo posible.

—¿Quién es? —preguntó Bunty, apagando la luz de la cocina y alcanzándome una taza de Ovaltine.

Agité la cabeza impotente y colgué.

—El señor nadie otra vez.

Nota al pie (X) - Lillian

Tras la guerra, Lillian fue readmitida en Rowntree. Para explicar la existencia de Edmund se hizo pasar por una viuda de guerra, y dijo que su nombre de casada era Valentine.

—¿Valentine?

Nell hizo una mueca de desaprobación y Lillian pensó que a veces Nell le recordaba a Rachel, qué extraño.

—Bueno, pensé que si debía escoger un nombre, por qué no elegir uno bonito.

—Lily Valentine —dijo Frank con desagrado—. Suena a número de *music-hall*.

—Bueno, lo siento muchísimo si no tengo tu aprobación, Frank —dijo Lillian sarcástica, y Frank pensó que su advenediza cuñada lo tenía todo merecido; pero Edmund, a quien Lillian zangoloteaba en su regazo, le distrajo de su enfado, haciéndole carantoñas y alargando un dedo. Frank, a su pesar, sonrió y cogió el dedo.

—No veo en qué cambia eso las cosas, de todos modos —dijo Nell con expresión

displicente—. Todo el mundo en el Groves sabe que nunca has estado casada. ¿Qué pensará la gente? No entiendo cómo puedes salir a la calle con la cabeza alta.

—Preferirías que no saliera en absoluto, ¿verdad? ¿Y qué voy a hacer? ¿Esconder a Edmund como si fuera un terrible secreto?

—El chaval no tiene la culpa —intervino Frank, en una débil tentativa por apaciguarlas.

—Sería distinto si supieras quién es el padre —dijo Nell con aspereza y Frank se sintió desfallecer. ¿Por qué no olvidaba el tema de una vez?

—Sé muy bien quién es el padre —dijo Lillian, y hubiera sido mucho mejor si se hubiera limitado a dar media vuelta sobre sus talones y salir de la habitación nada más decirlo, en lugar de esperar un penoso instante mirando a Nell de arriba abajo.

Cuando por fin Lillian se fue arriba con Edmund, Nell salió de la cocina a grandes zancadas, echando pestes por lo bajo, y Frank suspiró; era verdad lo que decía la gente acerca de vivir con dos mujeres en casa. Nunca había oído una palabra fuera de tono entre ellas antes de que Nell y él se casaran; ahora se pasaban la vida peleando. Se sentía sitiado. Además, él no quería saber quién era el padre de Eddie. Nunca había creído que fuese Jack; no se parecían en absoluto... y Jack era tan característico, tan guapo, el tipo de hombre cuyo hijo sería su vivo retrato; quienquiera que fuese el padre de Edmund «no había hecho mucha mella en él». Eso dijo Rachel cuando nació, tras verse obligada a aceptar el hecho de que estaba albergando a una perdida bajo su techo. Había llegado al punto de mostrarles una foto que nunca habían visto, de Albert sentado en el regazo de Ada. Lillian y Nell examinaron la fotografía largo rato, manteniéndola bajo la lámpara y lanzando exclamaciones al observar el increíble parecido entre el pequeño Albert y el niño Edmund. Pero fue la imagen de su hermana, muerta tanto tiempo atrás, lo que más las conmovió, pues casi la habían olvidado y les causó una gran impresión verla así, de repente, tan guapa y pizpireta, frunciendo el ceño al fotógrafo. Quizá supiese que estaba a punto de robarle a su madre. Lillian, con los ojos anegados en lágrimas, se apartó de la luz con un movimiento brusco y lanzó a Rachel, que hacía crujir la mecedora en su rincón, una mirada acusadora.

—¿Tienes más fotos escondidas?

A Rachel se le escapó una mirada socarrona, pero fingió reír y dijo:

—No seas boba.

Nell y Lillian comprendieron que, en efecto, tenía más. No encontraron las fotografías restantes hasta después de su muerte. Lillian revolvió las cosas de Rachel mientras Nell y Frank estaban de luna de miel y descubrió las fotos sin enmarcar tomadas por Monsieur Jean-Paul Armand. Al fin poseían la colección completa —incluida la que Tom tenía de su madre— y en cierto modo, a distancia, la familia se reunió de nuevo. Más tarde, justo antes de que naciese Clifford, Lillian destinó algún dinero a enmarcar esas fotos.

Había pasado varias horas seguidas llorando sobre una fotografía donde salía ella

de niña en brazos de Ada (su hermana la acunaba como a una muñeca), pero cuando Lillian se fue de Lowther Street escogió para llevarse la foto de Ada y Albert porque, de todas, aquella era la que le despertaba sentimientos más tiernos.

A veces Frank se sorprendía a sí mismo preguntándose si no habría sido Albert el padre de la criatura; recordaba que las dos hermanas solían rondar a Albert y bromeaban diciendo que «era el único hombre en sus vidas». Pero la idea de dos hermanos juntos era tan repugnante que Frank se sentía un perverso solo de imaginar algo semejante.

Lillian dejó a Edmund en su camita. Ya tenía los ojos medio cerrados. Sus pestañas, largas y pálidas, casi rozaban sus mejillas. En horas de trabajo lo dejaba en Wigginton Road con la señora Hedge, quien sentía tanta adoración por el niño que jugaba con él todo el tiempo y nunca lo ponía a dormir de día. Era una viuda que había tenido tres hijos, tipos fornidos y estupendos, todos muertos en combate, y ahora vagaba por su gran casa adosada como un guisante solitario en una olla. Edmund, decía con una triste sonrisa, le proporcionaba algo a lo que aferrarse de nuevo.

Lillian nunca había pedido a Nell que se ocupara del niño. No quería deber nada a nadie. Ya era bastante malo tener que vivir con ellos en la misma casa. Por su modo de comportarse, nadie hubiera dicho que la casa le pertenecía tanto como a Nell. Al instante de casarse, Nell empezó a actuar como si ella y Frank fueran los propietarios por derecho. Ahora que Nell estaba embarazada era todavía peor. Conforme pasaban las semanas y su barriga estaba más abultada, más resentida parecía, y más testaruda se volvía Lillian.

—Es un tipo elegante, nuestro Frank —dijo Lillian, cortando la parte superior del huevo para el desayuno de Edmund. Podían ver a Frank en el jardín trasero hinchando el neumático de su bicicleta antes de salir hacia el trabajo. Ahora tenía un empleo en una sastrería masculina y siempre iba muy bien vestido. Los intentos de Lillian por ser amable cayeron en saco roto. Nell estaba recogiendo las migajas de la mesa con el caprichoso cepillo niquelado que Minnie Havis, la vecina de al lado, le había regalado por su boda. Cepillaba con ímpetu alrededor del plato de Edmund con pequeños movimientos bruscos, como si quisiera recogerlo a él también.

—¿Por qué no lo dejas, Nelly? —dijo Lillian suavemente—. Yo lo haré cuando Eddie termine.

—Porque ya hemos acabado de desayunar —dijo Nell, evitando la mirada de su hermana.

—Pero no hemos terminado —dijo Lillian, tratando de sonar razonable aunque tenía la sensación de estar provocando a su hermana—. Edmund acaba de empezar y yo voy a preparar más té. ¿Quieres una taza?

—No, gracias —replicó Nell, fiel a sí misma—. Yo ya he terminado de

desayunar.

—No sabía que solo hubiese un turno, como en un hotel barato —dijo Lillian malhumorada.

—No sé cómo funciona en los hoteles... ni baratos ni de otro tipo —dijo Nell esbozando una sonrisa, pues eran pocas las veces que se le ocurría una réplica ingeniosa.

Lillian perdió la paciencia y gruñó de mala manera:

—No te pases de lista, Nell... no te pega.

Nell, enfadada, soltó el pequeño cepillo de crin que, al caer, tiró accidentalmente al suelo una de las tazas decoradas con nomeolvides. Al ver que se había roto, gritó y arrojó el cepillo a la otra punta de la habitación. Clifford se echó a llorar en el piso de arriba y Nell se tapó la cabeza con los brazos para no oírle, pues era de esos niños que solo dejan de llorar mientras comen, y la estaba volviendo loca, pero no pudo evitar oír a Lillian decir:

—Ya está berreando otra vez ese niño tuyo, ¿no parará nunca?

Clifford era un bebé feo, sobre todo comparado con Edmund... Edmund, un niño tan apacible como cualquier madre pudiera desear. Nell se ponía a veces enferma solo de ver a Lillian arrullando y cantándole a Edmund como si fuese un muñeco.

—Está echando a perder a ese niño —le decía a Frank—. Solo Dios sabe cómo saldrá de mayor.

—De momento no está nada mal —se permitió opinar Frank, porque consideraba a Edmund «un chavalín estupendo».

—Lo ahogará con tantos besos uno de estos días, si quieres que te diga lo que pienso —dijo Nell—. Y, lo que es más...

Pero fuera lo que fuese lo que iba a decir no pudo continuar, porque le clavó a Clifford, en uno de sus raros momentos de paz, un alfiler del pañal y el bebé se puso como un tomate antes de empezar a gritar y gritar y gritar hasta que la pobre Nell lo sacudió para, a continuación, estallar en sollozos y exclamar:

—¡No sabía que esto iba a ser así!

Una hermosa y cálida mañana de julio, Lillian salió de la casa de Lowther Street, avanzó a grandes zancadas hacia la gran nave de ladrillo rojo de Rowntree por la carretera y, antes de traspasar la puerta del jardín de la señora Hedge, decidió lo que iba a hacer. Hizo sonar la campanilla de la puerta. Edmund, en sus brazos, señaló hacia el azul cielo estival, donde ascendía un vencejo.

—Sí, es un pajarito.

Lillian sonrió, lo atrajo más cerca de su pecho y olió su delicioso aroma a leche, jabón y sueño. No podía permanecer ni un minuto más en esa casa. Eran una pareja tan mezquina, circunspectos y mezquinos, eso es lo que eran, y si Lillian se quedaba con ellos se anquilosaría y mermaría, y Edmund crecería asfixiado, escuchando cada

noche, en la pequeña sala, los disparates de Frank y Nell acerca del precio de la carne y las moscas de la zanahoria en el huerto de Frank y lo terribles que eran los bolcheviques. No podía permitirlo. No lo permitiría.

—Bueno, aquí está mi precioso jovencito —dijo la señora Hedge abriendo la puerta mientras atravesaban el corto sendero. Edmund alargó los brazos y rodeó el cuello de la señora Hedge y ella plantó grandes besos en aquellas mejillas semejantes a manzanas maduras. Lillian dijo:

—Voy a emigrar.

Y, durante toda la mañana, cada vez que miraba a Edmund la señora Hedge se echaba a llorar.

Lillian sentía la imperiosa necesidad de dejar su futuro por completo en manos del destino, así que rompió un papel en cuadrados iguales y escribió en ellos todas las posibilidades que se le ocurrieron: *Nueva Zelanda, Australia, Sudáfrica, Rodesia, Canadá*. Después los introdujo en el interior de su mejor sombrero —una pamelita de paja azul marino con una camelia blanca de seda—, cerró los ojos y sacó su futuro. Zarpó de Liverpool un frío día otoñal en el Minnedosa, del servicio transoceánico de la Canadian Pacific, rumbo a Montreal. Lillian, luciendo el mismo sombrero, aupó a Edmund bien alto para que se despidiera de su país natal. En el muelle, Frank y Nell hacían exagerados gestos de despedida con el brazo para que Lillian pudiera verles — Frank con un solo brazo, porque con el otro sostenía a Clifford en alto para que dijera adiós a su único primo. Edmund se revolvía excitado por las serpentinas de colores, la banda que tocaba y la abrumadora sensación de que algo estaba sucediendo. Nell lo estropeó todo con sus lágrimas. Desde las cubiertas inferiores, Lillian podía verla con toda claridad, sollozando terriblemente. A Lillian le rompía el corazón ver a su hermana en ese estado y deseó haber podido partir sin una palabra, haberse ido de noche, a hurtadillas; quizá si Nelly no se hubiera vuelto tan fría nunca se habría marchado. Cuando el barco empezó a alejarse del muelle, Lillian enterró su rostro húmedo en el cuello gordezuelo de Edmund.

Lillian permaneció dos años en Montreal, en el distrito francés, viviendo en una habitación sobre la panadería donde trabajaba para un hombre obeso y amable llamado Antoine, quien le suplicó que se casara con él desde las primeras semanas de su llegada. A Lillian le gustaba la cordialidad del vecindario, le complacía oír al pequeño Edmund charlar en francés como un nativo con sus compañeros de juego y adoraba el aroma del pan horneado que la despertaba por las mañanas, traído por el aire desde los hornos de abajo, donde estaba Antoine, sudando. Pero en el fondo le parecía una pena haber llegado tan lejos para acabar en esa pequeña habitación. Además, las propuestas del panadero empezaban a resultar molestas y le daba miedo

acabar por acceder a ellas. Habiéndolo dejado todo ya una vez, resultaba fácil marcharse de nuevo. Un día Lillian empacó un pequeño baúl y compró billetes para ambos en la Canadian Pacific. Cuando el expendedor de billetes le preguntó: «¿Hasta dónde va usted, señora?», no supo qué decir, porque no había considerado la cuestión, así que acabó por encogerse de hombros y decir:

—Todo el trayecto, por favor.

Ontario se extendía interminable bajo las ruedas del tren, milla tras milla de agua y árboles, tanto que daba la impresión de que no había nada más en el vasto continente, y entonces, justo cuando Lillian le dijo a Edmund: «No sabía que hubiera tantos árboles en todo el mundo», los árboles fueron a menos, el agua empezó a escasear y, sin ninguna transición, aparecieron las praderas. Los inmensos océanos de campos de trigo parecían aún más inacabables que los árboles y el agua de Ontario. Mientras el tren avanzaba en la noche por Saskatchewan hacia Alberta, Lillian se sentó en el vagón observatorio, vio la luna suspendida sobre las infinitas praderas como un enorme fanal amarillo y pensó en la casa de Lowther Street. Todo el tiempo, mientras estuvo en Montreal, Lillian había tenido el presentimiento de que algo la arrastraría de vuelta a Inglaterra, pero ahora, mientras se alejaban más y más de la costa este supo que nunca volvería, no regresaría a Montreal, ni a Inglaterra y, por encima de todo, no volvería a Lowther Street, y se sintió tan culpable que decidió escribirle una carta a Nell a primera hora de la mañana, porque en todo aquel tiempo no le había escrito. Pero por alguna razón no consiguió llegar más allá de *Querida Nell: ¿Cómo estás?*, y acabó por renunciar a cualquier intento cuando pasaban por Calgary. De repente, la ventanilla del vagón enmarcó una espumosa extensión verde de agua de glaciar, como una postal coloreada.

Y entonces empezaron las montañas.

Tuvieron que bajar del tren en Banff, porque Lillian no podía soportar por más tiempo la vista de las Rocosas sin saborearlas y respirar su aire. Y allí mismo, en el andén de la estación, abrió los brazos de par en par y giró una y otra vez sobre sí misma, riendo en voz alta, tanto que Edmund temió que cayese a la vía.

Permanecieron una semana entera en Banff, en una pensión barata y pequeña, e hicieron excursiones a las estribaciones de la Montaña de Azufre. Pagaron a un hombre para que los llevara en carro hasta el lago Louise, donde miraron el glaciar y caminaron alrededor del lago verde. A Lillian no le habría importado quedarse allí, pero al final tomaron el tren de nuevo, porque tal vez al final del trayecto hubiese algo aún mejor.

En Vancouver, Lillian se puso a trabajar en la oficina de correos. La visión de cientos de cartas pasando por el mostrador cada día la hizo volver a sentirse terriblemente culpable y empezó muchas otras cartas para Nell. Una vez, incluso llegó al punto de preguntarle si Clifford tenía ya hermanos y hermanas antes de

romperla y arrojarla al fuego. Por qué malgastar una carta si en cualquier momento podía volver a sentirse inquieta y partir de nuevo, y entonces la respuesta de Nell viajaría por todo un continente sin dar con ella. Lillian era una trabajadora postal demasiado concienzuda como para dar pie a cartas destinadas a perderse. Así que volvió a posponerlo. Lillian pensaba que quizá había escrito tantas cartas durante la guerra que ya no le quedaba nada en su interior. Al final envió un telegrama: *Todo me va bien, no os preocupéis por mí*. Probablemente no fuese lo más apropiado, pero fue lo máximo que pudo hacer.

Tras enviarlo, recordó de repente el telegrama que les había notificado la muerte de Albert, y temió que a Nell le diera un ataque al recibir otro telegrama, pero ya era demasiado tarde. De todas formas, Lillian tenía otras cosas en las que pensar. Iba a casarse con un granjero de Saskatchewan, un viudo muy guapo que había viajado a Vancouver para la boda de un amigo y había acudido a correos para comprar un sello. Quería enviarle una postal a su madre, en la granja.

—Nunca recibe cartas —explicó con timidez—. Ninguno de sus conocidos viaja. Lo más lejos que ha ido es a Saskatoon.

Entonces Lillian dijo:

—¿Saskatoon?

Y a partir de ahí entablaron una conversación, pasando de un tema a otro, hasta que un supervisor se acercó y dijo:

—Señora Valentine, me gustaría recordarle que no se le paga por charlar.

Lillian tuvo que morderse las mejillas para no echarse a reír, y el granjero guapo se levantó el sombrero, sonrió y se alejó de la cola que se había formado tras el mostrador.

Cuando Lillian salió de trabajar a última hora de la tarde, las calles estaban lustrosas a causa de la lluvia y la luz amarillenta de las farolas. La embargó la melancolía, sentimiento que siempre le provocaban la lluvia y la oscuridad. Justo cuando forcejeaba con el paraguas para abrirlo, el granjero de Saskatchewan salió de las sombras, volvió a levantarse el sombrero, muy educado, y le preguntó si podía escoltarla hasta su casa. Ella tomó el fuerte brazo con su pequeña mano y sujetó el paraguas por encima de las dos cabezas (él era muy alto). El granjero la acompañó todo el camino de vuelta hasta la casa de huéspedes. Allí, la patrona cuidaba de Edmund después de la escuela. Cuando llegaron, Lillian ya sabía cómo se llamaba el granjero y dijo:

—Edmund, este es el señor Donner.

Peter Donner se puso en cuclillas y dijo:

—Hola, Edmund, puedes llamarme Pete.

Aunque nunca lo hizo. Prefirió llamarle «Pop» casi desde el día de la boda.

A Pete Donner le sorprendió lo rápido que su nueva esposa se había adaptado a la granja; incluso aquel primer invierno, tan duro, no se desanimó. En verano se levantaba al alba, daba de comer a los pollos, ordeñaba la vaca y canturreaba

mientras preparaba el desayuno para Pete y sus granjeros, Joseph y Klaus, que vivían en una gran cabaña al otro lado del huerto de hortalizas. El tren atravesaba la propiedad de Donner y un par de veces, el verano siguiente, él la sorprendió mirando uno de los grandes trenes que transportaban trigo y recorrían las praderas en una interminable sucesión de vagones de mercancías. En secreto, le preocupaba que ella pudiera cansarse y marcharse otra vez, tenía una expresión tan soñadora cuando miraba pasar los trenes... Por la noche, se sentaban juntos en el porche de la gran granja de chilla bajo la luna estival, semejante a los gruesos calabacines que su madre cultivaba en el huerto, y Lillian le hablaba de Nell y de Rachel, del padre de Edmund y de por qué había guardado su identidad en secreto. El temor de Peter Donner aumentó entonces porque su mujer le parecía terriblemente fuerte, y aunque nada en sus palabras hacía pensar que tuviese deseo alguno de regresar a Inglaterra, no pudo evitar preguntárselo. Ella lanzó una carcajada y dijo:

—No seas bobo.

El verano siguiente, a la edad de treinta y seis años, dio a luz un hijo al que llamaron Nathan por el padre de Pete Donner.

Nathan no se parecía en nada a su hermanastro; su único rasgo común era un labio inferior sobresaliente, como el de una niña, igual al que tenía Ada y su madre antes que ella. Los dos chicos estaban muy unidos y mientras Edmund fue joven hablaban de que algún día trabajarían juntos en la granja, pero cuando Edmund fue a la universidad de Toronto para graduarse en inglés, Nathan temió que nunca volviese. Cuando recibieron la noticia de que había desaparecido en combate, Nathan pasó algunas semanas como loco, pues no podía concebir el futuro sin Edmund.

Pero el futuro, de todos modos, siguió su curso y, a su debido tiempo, Nathan se casó y tuvo dos hijos. La mayor, Alison, obtuvo el título de abogada y se trasladó a Ottawa donde trabajó para el gobierno. Nathan murió en un accidente de la granja. Pete Donner ya había muerto de cáncer de pulmón a los cincuenta y tantos. Alison siempre reía y decía que jamás se casaría y nunca volvería a vivir en una granja, pero su hermano pequeño, Andy, hizo ambas cosas, ocuparse de la granja tras la muerte de su padre y casarse con una chica de Winnipeg llamada Tina.

Eso sucedió en 1965 y para entonces Lillian se había trasladado a la vieja cabaña de Klaus y Joseph, que Andy había acondicionado para ella. Dijo que se estaba preparando para morir pero eso le llevó mucho tiempo, otros diez años de hecho, período en que la artritis la fue encorvando hasta convertirla en una figura desmañada y torpe.

La mujer de Andy, Tina, a menudo la visitaba por la noche y se sentaba a charlar con Lillian. Había tenido tres pequeños, uno tras otro —Eddie, el mayor, que se llamaba así por Edmund, y los gemelos, Nat y Sam, y ahora un cuarto estaba en camino. Bromeaba diciendo que solo la visitaba para librarse de sus ruidosos hijos, aunque

ambas sabían que eso no era verdad. Lillian prefería a Tina por encima de cualquiera —era una chica escultural, de mirada limpia y pelo rubio que, la mayor parte del tiempo, llevaba recogido en una cola de caballo, dejando así al descubierto sus marcados pómulos. En verano, tenía pecas por todas partes, como si la hubieran salpicado con pintura dorada, pero en invierno su piel era tan blanca como la leche. Tenía tanta energía que a veces parecía desbordarla y dejar un rastro tras ella cuando se alejaba de vuelta a la granja. Lillian pensaba que, al igual que Albert, Tina poseía más luz en su interior que la mayoría de la gente.

Una mañana de primavera, cuando Tina llevaba muy adelantado el embarazo de su cuarto y último hijo, se asomó al exterior desde la cocina de la granja y vio humo saliendo de la cabaña. Gritó a la madre de Andy, quien vivía con ellos, que vigilara a los niños y corrió como pudo hasta la cabaña, pero cuando llegó encontró a Lillian arrojando papeles a un brasero. Tenía una caja de cartas a los pies. Un fragmento de papel chamuscado se alejó volando del fuego y flotó con la brisa para aterrizar a los pies de Tina. Esta lo recogió y leyó: *Tenía la intención de escribir*, pero el resto se había quemado.

—Estoy haciendo limpieza antes de morir —dijo Lillian alegre.

—Espero que no hayas planeado marcharte antes de que haya nacido este niño —dijo Tina con desaprobación.

Pero Lillian se limitó a reír y respondió:

—Yo no apostaría.

A continuación cebó el brasero con más papel, sonrió contra el fuerte sol primaveral y comentó:

—De todas formas, ya he vivido demasiado. Cuando muera estaré con mis hijos, el único lugar donde una madre desea estar en realidad.

Tina rio y dijo:

—No siempre.

Cuando Lillian hubo acabado entraron en la cabaña, y Tina hizo chocolate caliente para ambas. Lillian dijo:

—Quiero darte algo.

Tomó la fotografía enmarcada en un bonito marco de plata que siempre tenía sobre la cómoda y la colocó en las manos de Tina Donner. La ternura de aquella fotografía, con los dos hermanos muertos, había conmovido a Tina a menudo —su propio hermano había fallecido a causa de un accidente infantil— y tuvo que reprimir las lágrimas cuando Lillian se la dio, no solo porque esos niños la entristecían sino porque aquello significaba que Lillian no bromeaba, realmente iba a morir.

Cuando Tina se levantó para irse se pasó la mano por la barriga y dijo:

—Sé que será otro chico, las niñas no son lo mío. ¿Cómo crees que debería llamarle?

Lillian lo pensó un instante y respondió:

—¿Por qué no le llamas como el padre de Edmund?

Tina Donner lloró a lágrima viva en el funeral y la gente decía que era enternecedor ver a una mujer joven tan unida a una anciana, aunque quienes lo decían eran ancianas en su mayoría.

—La quería de verdad —se lamentó Tina, meneando la cabeza.

Andy Donner rodeó a su esposa con el brazo y dijo:

—Lo sé, cielo.

Estaban en un gran descampado, en la granja, y la gente comentaba que nunca habían visto a tantas personas reunidas, ni siquiera en una boda. La recepción del funeral fue un acontecimiento alegre, a pesar de todo. Lillian era muy mayor y, comparada con la mayoría de la gente, había tenido una vida estupenda. Además, se festejaba un nuevo nacimiento en casa de los Donner. Andy Donner levantó una copa y brindó por su madre. Su hermana, Alison, alzó la suya también, brindando por el recién nacido, Jack.

Capítulo 11

1968

Saber

Mi funeral es un acontecimiento muy movido. El ataúd descansa en el pasillo de una hermosa iglesia antigua —La Santísima Trinidad, en Goodramgate, con sus reclinatorios y su basto techo— y afligidas personas lo rodean, llorando mi muerte. El canto de los pájaros se cuele por la puerta, abierta a un mágico panorama de verdes colinas y bosques ingleses que se extienden hasta donde alcanza la vista, e incluso un poco más lejos. El ataúd, con la tapa alzada, está sembrado de aromáticas lilas y ramas de níveo espino; parezco la Virgen María. La gente se acerca de puntillas y mira con reverencia mi piel de alabastro y mi cabello color ala de cuervo —un pelo que, tras mi muerte, se ha vuelto, por arte de magia, más oscuro y abundante, y mis rizos de reluciente azabache se desparraman por la almohada color lavanda del ataúd.

—Era tan hermosa —murmura uno de los afligidos asistentes, meneando la cabeza maravillado.

—Y tan incomprendida —dice otro—. Ojalá nos hubiésemos dado cuenta de lo tremendamente especial que era.

—Y no olvides sus increíbles talentos —añade otra voz, y la gente que rodea el ataúd asiente en común acuerdo y arrepentimiento.

La iglesia está llena, no solo de amigos y familiares sino también de gente que nunca conocí —Leonard Cohen, con expresión admirada, y Terence Stamp, muy conmovido, por ejemplo. De fondo, Maria Callas canta «*J'aiperdu mon Eurydice*». Bunty está sentada al final de la fila, meneando la cabeza contrita.

—Quizá si no la hubieran cambiado al nacer esto nunca habría pasado —le dice en voz baja al señor Belling, sentado a su lado...

—¡Rubí! —grita el señor Belling, dándome un susto tan espantoso que casi me caigo de la cama—. Tu madre y yo vamos a dar una vuelta por Castle Howard. ¿No te vienes, verdad?

Se palmea su abultado estómago, lleno del pollo dominical de Bunty, y me observa tenso, por si me levanto de un salto ansiosa por inspeccionar las bóvedas y los arquivados de Vanbrugh. Alzo una mano lánguida y expeditiva.

—No, id vosotros, yo me quedaré aquí.

La experiencia me ha enseñado que tres son multitud en estas ocasiones. Al principio, cuando yo era una novedad para el señor Belling («los dulces dieciséis»), estaba dispuesto a hacer un esfuerzo conmigo. Ahora ya no me considera dulce en absoluto sino un desafortunado efecto secundario de Bunty con el que tiene que

cargar. La semana pasada fui con ellos a Knaresborough a visitar el monumento de Old Mother Shipton y me sentí de más todo el rato. Andaban chucheando de un lado a otro mientras yo, malhumorada, examinaba la excéntrica colección de goteantes artículos puestos a secar en el oráculo, objetos cotidianos convertidos en piedra por efecto del agua caliza: ositos de peluche, una bota, un paraguas, un paño de cocina. Más tarde nos sentamos en un *pub* llamado «El fin del mundo» y, ante media clara y un sándwich de queso con cebolla, el señor Belling me lanzó una mirada hosca y me preguntó:

—¿Cuánto vas a tardar en marcharte de casa, Rubí?

Vuelvo a mis macabras meditaciones mirando al techo. (¡Qué parecida a Patricia me he vuelto!). Estoy practicando el *Ophelia* de Millais para cuando el río Foss recupere un nivel aceptable. He comprobado su profundidad y me ha parecido inoportuna y tristemente escasa —al vadear su turbio caudal me encontré con que apenas alcanzaba la orilla de mi vestido mini Etam. Como no había guijarros, y tampoco una chaqueta con bolsillos donde meterlos, me vi obligada a coger un ladrillo, descubierto entre el laberinto de raíces arbóreas que ocupan el fondo. ¿Podría alguien ahogarse en un agua tan poco profunda? Siempre optimista, intenté agacharme en el lodoso lecho del río y meforcé a ahogarme... pero, como traído por el destino, un ruidoso spaniel rebosante de entusiasmo estropeó el plan. Sería mucho más fácil ahogarse en el Ouse, pero es un río extenso y marrón, ni de lejos tan romántico como el Foss; sobre todo ese malsano trecho pasada la fábrica de gas, donde hasta el aire es verde, lleno de juncos, cañas, hierbajos de charca y osados iris pequeños y amarillos.

Puedo oír el Rover del señor Belling cambiar ruidosamente de marcha y después alejarse con esfuerzo entre un estrépito de grava. Seguro que invita a Bunty a tomar el té en alguna parte y después la trae de vuelta a casa. Ella entrará riendo y dirá:

—Vamos, Bernard, soy una viuda respetable, ¿sabes?

Y él le pellizcará el culo y responderá:

—No por mucho tiempo, Bunty.

Supongo que debería sentirme agradecida de que no sea Walter quien la está cortejando, aunque se esforzó lo suyo, tentándola con tajadas de hígado, lomo de cordero e incluso, en una ocasión, un conejo despellejado, rojizo y reluciente, que recordaba a algo sacado de una revista porno. (He visto una; también he averiguado para qué sirven los Durex. Son los días de mi inocencia perdida). No nos comimos el conejo, por supuesto, y Walter fue desbancado por el Príncipe Valiente de Bunty, Bernard Belling, quien tiene un negocio de materiales de fontanería en alguna parte cerca de Back Swinegate. Su almacén es como una catedral dedicada a los sanitarios: apretadas hileras de retretes sin tapa reluciendo a la tenue luz como pilas bautismales y martirizadas pilas sin grifos, amontonadas unas sobre otras, con sus amputadas cuencas envueltas en cinta adhesiva marrón.

El señor Belling está casi calvo, lleva cosas que llama «bombachos» con jerséis

Val Doonican y no deja de repetirme que «mi pobre madre ha tenido una vida muy desgraciada». Bunty se ocupa ahora de la tienda, con la ayuda de una joven llamada Elaine que acaba de terminar los estudios.

—Es curioso —dice Bunty—. Elaine es de tu edad y ya tiene un novio formal y está ahorrando para el ajuar.

También Kathleen, lo que es más preocupante. Hace poco se ha prometido a un chico llamado Collin, de la Archbishop Holgate's Grammar School, que planea ponerse a trabajar en la ferretería de su padre. Kathleen lleva su anillo de compromiso con diamante en una cadena alrededor del cuello, oculto bajo su blusa escolar.

Kathleen y yo meditamos sobre su ajuar. ¿Qué contiene? Cuatro servilletas de hilo irlandesas, una pantalla de lámpara de mimbre y un juego de tenedores para postre de acero inoxidable. ¿Es eso suficiente para fundar un hogar? Le compro una tajadera para aumentar el contenido del ajuar.

—Es una chica muy sensata —dice Bunty.

—¿Entonces no quieres que vaya a la universidad? —le pregunto.

—Sí, sí, por supuesto —dice aturullada—. Tu educación es muy importante, claro.

Pero sin duda preferiría que me casara, así otro asumiría la responsabilidad de mi persona.

—¿Para qué sirve un ajuar? —le pregunto a Kathleen.

—Son las cosas que guardamos para el futuro —dice ella de inmediato.

¿Qué pondría yo en mi ajuar si tuviese uno?

La modorra del domingo por la tarde se ha adueñado de mí. Estoy tendida en la cama, recitando una y otra vez las batallas de la guerra peninsular, como si de un ensalmo se tratara: *Vimeiro, Coruña, Oporto, Talavera de la Reina, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Salamanca*. Pero no da resultado, pues no consigo recordar ni una sola al cabo de cinco minutos. Y es una lástima; mis exámenes de bachillerato elemental empiezan la semana próxima. Mi pregunto si obtendré unos resultados tan malos como los de Patricia. ¿Dónde está Patricia? ¿Por qué no viene y me rescata de esta vida sin sentido?

Abandono mi repaso y vago por el piso inferior hasta la cocina, donde me preparo una tostada y me la como tumbada en la alfombra del salón. El sol, que entra por las ventanas del patio, es abrasador. Lo tomo durante un rato, como un lagarto achicharrado, y al poco me quedo dormida. Cuando me despierto, estoy bastante desorientada. Trato de recitar en voz alta mi presentación oral de francés, pero no recuerdo ni una palabra después de: *Paris... une ville tres belle et intéressante*. En cuanto al alemán y al latín, Rubí, la fiera para los idiomas, no puede formular ni una frase completa. Incluso el inglés, mi lengua natal, me exige un esfuerzo sobrehumano. Cuando intento hablar en clase me encuentro con que confundo la

sintaxis, y mi vocabulario se convierte en una jerga incomprensible.

A través de la ventana, en el jardín, veo un gato del vecindario acechando a un tordo. El pájaro picotea un gusano en un lecho de petunias, tan tranquilo, inconsciente de la condena que se aproxima. Me acerco lentamente a la puerta del patio y la golpeo para alertar al tordo. El gato abandona su presa y el tordo sale volando, partiendo el gusano en dos al irse. Y entonces sucede algo extraño: sigo golpeando el cristal, muy fuerte, con el canto de la mano, porque lo que pretendo — me invade una repentina, irresistible necesidad— es romper el cristal y cortarme la muñeca con los bordes, serrarla, adelante y atrás, adelante y atrás, como Lockwood le hizo al fantasma de la pobre Cathy, hasta que brote la sangre, rociando el despejado panorama del patio y los diminutos lechos de flores en el jardín. Es un cristal doble y no se rompe, pero yo sigo aporreándolo —aunque, a diferencia de Cathy, deseo que me dejen salir y no entrar.

¿Por qué nadie advierte lo infeliz que me siento? ¿Por qué nadie comenta mi extraño comportamiento? Los ataques de sonambulismo que aún me asaltan de tanto en tanto, ese deambular por la casa como un pequeño fantasma que buscase en vano algo perdido en el mundo corpóreo. (¿Un juguete? ¿Un compañero de juegos? ¿El anhelo de su corazón?). Y además está la inercia: yacer exánime en el lecho, hora tras hora, sin hacer nada y, aparentemente, sin pensar en nada tampoco. (Bunty lo considera el comportamiento normal de un adolescente). Lo peor de todo es el pánico; desde el primer ataque durante el funeral de George, he perdido la cuenta de la cantidad de veces que he salido corriendo de cines, teatros, bibliotecas, autobuses, colas del comedor, tiendas. Los síntomas del pánico son aterradores. Mi corazón parece a punto de estallar, mi piel se vuelve pálida y húmeda y toda la sangre me baja a los pies —síndrome que, como es natural, me hace temer una muerte inminente. Si alguien hiciera un programa de televisión sobre mí y lo emitiese a una hora en que Bunty estuviese mirando —en vez de *Esa es su vida*, por ejemplo, así no quedaría demasiado fuera de lugar— antes de llegar a los créditos ella estaría meneando la cabeza, haciendo gestos de desaprobación y diciendo: «Esa niña necesita ayuda». Pero como me tiene ante sus narices, ojos y pies, no parece darse cuenta.

Quizá todo forme parte del proceso de crecimiento, un tormentoso rito de transición, un oscuro valle de sombras adolescentes, un desafortunado cataclismo hormonal, los pesares de la edad, un...

—¡Rubí!

El rostro del señor Belling parece una caricatura sorprendida cuando se acerca por la parte trasera de la casa y me descubre intentando romper el cristal. Abre violentamente la puerta del patio.

—¿Qué demonios hacías, Rubí? —pregunta, esforzándose al máximo por adoptar un tono severo y paternal.

—Intentaba escapar —respondo testaruda.

—No le hagas caso —dice Bunty, entrando con paso majestuoso por la puerta del

patio—. Es más lista de lo que le conviene... ha salido a su hermana.

—¿A cuál de todas tus hijas desaparecidas te refieres? —le pregunto sarcástica, y recibo a cambio una punzante bofetada en la mejilla, propinada por Bernard. Me muerdo con fuerza el labio inferior.

—Gracias, Bernard —dice Bunty.

Y, dirigiéndose a mí:

—¡Ya iba siendo hora de que alguien te pusiera en tu lugar, jovencita!

Se vuelve hacia Bernard con una sonrisa:

—¿Qué te parece si abro la lata de salmón?

Y los dos se alejan hacia la cocina, dejándome demasiado blanca y conmocionada para hablar. Me acurruco sobre la alfombra, como una pequeña bola de tristeza y veo cómo, en lugar de una lágrima, una única gota de sangre cae de mi labio en la Wilton beige, que se oscurece hasta alcanzar un color inexistente en la gama habitual. Solo Rags me compadece y hunde su hocico frío y húmedo en mi mano.

¿Qué pondría yo en mi ajuar? Guardaría solo objetos cortantes, los limpios contornos del cristal roto, el afilado acero de los mondadores, la pequeña sierra del cuchillo del pan y los dulces filos de las hojas de afeitar. Tener cuchillos en la mano me proporciona un extraño alivio. Probablemente Bunty me descubra en uno de mis vagabundeos nocturnos con un enorme cuchillo en las manos y el camisón manchado de sangre. (¿Qué diría? «Vete a la cama», seguramente).

En la torre de la catedral, arriba de todo, te sientes casi en los dominios de los ángeles, tan alto que la ciudad se extiende a tus pies como un plano callejero cuyos contornos se pierden en el valle de York. Más allá, al norte, la ligera pendiente de las colinas Howardian, y al este el Wolds como un espejismo. En un día como hoy, cuando el cielo es de un azul límpido y la única nube es un lejano jirón de gasa, resulta fácil enamorarse del mundo. ¿Qué incluiría en mi ajuar? El horizonte y algunos retazos del canto de los pájaros, la eclosión de las flores en los jardines de La Casa del Tesoro y las blancas arcadas en ruinas de la abadía de Santa María, allí al fondo, como encaje petrificado.

¿Qué se sentirá al caer? Bajar, más y más abajo, caer a plomo como una piedra en el pequeño estanque del Dean's Park, zambullirme en la hierba como un pájaro herido. Si te inclinas lo suficiente sobre la barandilla, tanto como una gárgola de desagüe, puedes sentir cómo la fuerza de gravedad tira de ti, invitándote a saborear el aire...

—¡Rubí!

La carita ansiosa de Kathleen aparece emparedada entre las almenas.

—¡Vamos o llegaremos después del timbre!

Bajamos a toda prisa la pétreo escalera de caracol, a un ritmo vertiginoso, corremos todo el camino por Botham hasta llegar al colegio y nos abalanzamos a los

pupitres que nos han sido asignados a tiempo de «volver la página y empezar» nuestra traducción de latín...

Theoxena aconseja a sus hijos que se suiciden antes que sufrir la muerte a manos del Rey... «Mors», inquit, «nohis saluti erit. Viae ad mortem hae sunt...». A lo lejos, se oyen los sonidos de un partido de críquet en los campos del St. Peter y por las ventanas abiertas se cuele una suave brisa con olor a hierba recién segada. *Cum iam hostes adessent, liberi alii alia morte ceciderunt.* ¿Cómo puede ser la vida tan dulce y tan triste al mismo tiempo? ¿Cómo? Unos vítores confusos procedentes del campo de críquet llegan hasta nosotros. Judith Cooper aporrea una avispa con su examen. En alguna parte, fuera de mi alcance, está el conocimiento. No sé dónde, justo fuera de mi alcance —escondida en un estante demasiado alto, bajo una tabla del suelo—, está la llave. ¿Y qué abre esa llave? Pues el armario de los objetos perdidos, por supuesto.

La teoría existencial del armario de los objetos perdidos es una idea bastante reciente en mi búsqueda filosófica del conocimiento. Ha surgido, sin duda, porque durante todo este año Kathleen y yo hemos estado a cargo del oneroso armario de los objetos perdidos. Cada jueves por la tarde, a las cuatro en punto, abrimos el armario, situado en el pasillo del «bloque nuevo» que alberga también «ciencias domésticas», así como otras ciencias menos domesticadas, física, química y biología. Las normas del colegio dictan que el armario *solo* puede abrirse los jueves a las cuatro en punto, y cualquier intento de burlar esta norma choca con mi indiferencia profesional y con la de mi compañera encargada. A esa hora, la gente (o sea, los alumnos, ningún profesor ha perdido nunca nada, que nosotras sepamos —dato muy elocuente sobre el descuido de la juventud—) puede examinar el interior del armario en busca de sus propiedades errantes. Si encuentran lo que están buscando —los artículos más comunes son bolígrafos, guantes sueltos y botas de hockey— deben firmar en la lista que les presentamos. Después se les devuelven sus objetos perdidos, que así se convierten en objetos encontrados.

Los niños que no reclaman sus objetos sufren espantosas consecuencias —la propiedad es fácil de determinar, pues es obligatorio llevar cintas Cash con el nombre cosidas a todas las cosas, incluidos sostenes. El interior de los zapatos, botas y zapatillas deben ser marcados con rotulador indeleble. Se hacen constantes revisiones sorpresa para comprobar que vamos correctamente etiquetadas. (Me pregunto si alguien se atrevería a mirar el interior de la blusa de Patricia). Al menos, si algún día sufro amnesia sabrán cómo me llamo. En otra lista, escribimos los nombres de los propietarios de objetos no reclamados y la señorita Whittaker, la directora, los lee en voz alta en la asamblea celebrada el último viernes de cada mes. El castigo para los culpables es permanecer de pie durante toda la asamblea, mientras el resto estamos sentados. Esta humillación pública tiene poco efecto disuasivo, y el armario de los objetos perdidos está repleto de cosas abandonadas. A veces está tan lleno que cuando lo abrimos nos cae todo encima y nos vemos obligadas a devolver los objetos en secreto, solo para deshacernos de los malditos trastos. Quizá pronto tengamos que

organizar aperturas furtivas a media noche, con la esperanza de que a los niños reticentes les atraiga la naturaleza clandestina de la operación.

Esta es mi teoría del Armario de los Objetos Perdidos en la vida después de la vida: cuando morimos, nos llevan a un gran Armario de Objetos Perdidos, donde se guardan todas las cosas que algún día perdimos —cada una de las horquillas, botones y lápices, cada diente, cada anillo y cada llave, cada uno de los alfileres (¡imaginad cuántas cosas debe de haber!). Todos los libros de bibliotecas, todos los gatos que nunca volvieron, las monedas, los relojes (que siguen conservando la hora para nosotros). Y quizá también cosas menos tangibles: los nervios y la paciencia (quizá la virginidad de Patricia esté allí), la religión (Kathleen ha perdido la suya), el sentido, la inocencia (la mía) y mares de tiempo —el señor Belling y Bunty encontrarán un montón de tiempo en el suyo. El señor Belling está siempre sentado al volante del Rover, aparcado en el camino de entrada, mirando su reloj y rabiando, «¿Sabes cuánto tiempo hemos perdido esperándote, Rubí?». En los estantes inferiores estarán los sueños que olvidamos al despertar, encajados junto a los días perdidos en pensamientos melancólicos (si pagaran intereses, Patricia se haría rica). Y abajo, al fondo del armario, entre sedimentos, pelusa y plumas, raspaduras de lápiz y pelo barrido del suelo de la peluquería... allí se encuentran los recuerdos perdidos. *Deinde ipsa, virum suum complexa, in mare se deiecit*. Y quizá podamos firmar y recuperarlos.

Tuve una escena terrible con el señor Belling. Vino a casa un martes por la noche para ir con Bunty a ver una producción ambulante del *Barco-teatro*, en el teatro Real, pero ella seguía en el piso de arriba haciendo aspavientos, pues no sabía qué vestido ponerse. Le hice pasar a la sala, se sentó y dijo:

—¿Por qué no me traes algo para beber, Rubí?

Y yo dije:

—¿Por qué no te lo pones tú mismo?

Y él dijo:

—Eres una jovencita muy maleducada.

Y yo dije:

—A mí tampoco me gustas tú.

Y él dijo:

—Vas a recibir lo que te mereces uno de estos días, Rubí Lennox.

Y yo dije:

—¿Ah, sí? ¿Y qué será... amor y cariño?

Y él dijo:

—¡Tu pobre madre te lo ha dado todo, pero tú solo eres una pequeña perra desagradecida!

Y yo grité:

—¡Tú no sabes nada!

Entonces, él acercó su rostro hasta dejarlo a solo dos pulgadas del mío y me

gritó...

—¡Rubí! ¡Rubí Lennox! ¿Adónde vas?

La señorita Whittaker me grita mientras yo me alejo, pasando bajo los paneles de roble colgados en los muros del «vestíbulo viejo», donde están inscritos los nombres de las capitanas y las matrículas de honor en letras doradas...

—¡Rubí! ¡Se supone que estás en clase de latín!

Intenta detenerme con un placaje de rugby pero lo esquivo, zigzagueo y, al fin, me lanzo a la cálida brisa y camino a lo largo de Clifton Green. Y quizá en mi Armario de Objetos Perdidos, pienso mientras camino de vuelta a casa, encuentre también mi verdadero hogar, aquel donde siempre arde el fuego en la chimenea, calentando una parrilla de latón, y un hervidor de agua silba en el fogón; un hogar donde se empujan viejas y maltrechas sillas hasta formar un círculo familiar, y la aguja de mi auténtica madre titila a la luz de las brasas mientras ella teje, adentro y afuera, una y otra vez, y comienza su historia, la historia de cómo su hija, la joya rojo sangre, fue reemplazada por error en la cuna...

—¡Jodida niña! ¿Por qué no miras por dónde vas?

Un hombre feo, rojo de rabia, toca la bocina, con el rostro descompuesto por el odio, mientras se forma tras él una cola de coches que tocan el claxon. Le hago cuernos y me pongo a salvo en la acera. Camino a grandes zancadas, pasando por la Granja y por el puente nuevo que atraviesa el vulgar y poco romántico Ouse.

La casa está fría y silenciosa. Bunty ha cambiado toda la decoración y ha comprado muebles nuevos con el dinero del seguro de George, así que ahora apenas queda testimonio alguno del pasado, o de otras vidas. No hay nada de Patricia. Bunty acabó por decidir que no volvería y se deshizo de todas sus cosas. Lo único que conseguí salvar fue su Panda, y de vez en cuando imagino lo contenta que se pondrá al recuperarlo, justo cuando esté segura de haberlo perdido todo para siempre. Es sorprendente lo fácil que le resultó a Bunty borrar cualquier rastro de George, no queda ni un calcetín, ni una colilla. Supongo que cuando yo muera primero llorará un buen rato, después aspirará hasta la última escama de piel y por último se hará una taza de té.

El reloj da tres campanadas desiguales, el reloj de mi abuela. Nunca ha funcionado bien desde el incendio y me sorprende que Bunty no se haya desecho de él, pero el funcionamiento del cerebro de Bunty supone para mí un misterio tan inextricable como los mecanismos del reloj, o como el propio tiempo.

Subo al piso de arriba y me hago un pequeño nido en la cámara de ventilación, entre toallas limpias que huelen a aire fresco y a detergente, y como un pequeño mamífero me acomodo volviéndome a un lado y a otro en mi reducida madriguera. Entonces, con la única compañía de los gorgoteos ocasionales del calentador, destapo un frasco de píldoras y me lleno la boca como un pato glotón, por si me duermo antes

de haber tomado bastantes.

Abajo, más y más abajo. Me precipito hacia abajo por el espacio, el tiempo y la oscuridad. A veces acelero y noto cómo la fuerza centrífuga empuja mis órganos contra los tabiques de mi cuerpo. Más y más abajo, hacia las estrellas que parpadean en el fin del mundo y, al pasar, una voz dice: «See, sin fondo», pero las palabras quedan ahogadas por el ruido del gran torrente que rugen en mi cabeza, como si todos los océanos del mundo hubieran confluído en ella. Entonces, por suerte, pierdo velocidad y empiezo a flotar, como sujeta a un paracaídas invisible. Ahora caigo despacio y puedo distinguir extraños objetos en la oscuridad, cosas convertidas en piedra, muñecas y cucharas, y cuando veo algo semejante al caballo Mobo tallado en piedra sofoco un grito encantada, pues casi lo había olvidado. Una cabeza de ciervo, sin cuerpo, aparece de pronto en la oscuridad y abre la boca para hablar, como la cabeza de caballo en *La niña encantada*, y dice: «¡Eh, hola!», antes de desaparecer de nuevo.

Más y más abajo, flotando como un vilano, paso ante el Panda de Patricia, el Sooty de Gillian, y la vieja radio Ekco de la tía Nell, y advierto, con un estremecimiento de placer, que debo de estar en el Armario de los Objetos Perdidos —no el del colegio, sino el metafísico. Pronto llegaré al fondo y encontraré mis recuerdos perdidos. Y entonces todo irá bien.

Alguien introduce una agradable pata en mi mano. Vuelvo la cabeza y veo a Teddy, que me sonrío tristemente. «Es el fin del mundo, ¿sabes?», me dice. Regocijada, le digo: «Oh, Teddy... ¡puedes hablar!», y me responde: «En el Armario de los Objetos Perdidos todos los animales pueden hablar». Me alegro muchísimo por él, pero entonces su rostro se ensombrece y dice: «¡Ten cuidado con los anillos de Saturno, Rubí! No olvides que son...». Su pata se desliza de mi mano antes de que pueda decir nada más y, de repente, empiezo a acelerar de nuevo —una sensación espantosa. Me siento como si me estiraran el cerebro con una goma y lo atrajeran contra mi cráneo, y terribles dolores atraviesan todos los nervios de mis brazos. Grandes explosiones solares multicolores estallan junto a mí, a ambos lados, y cuanto más rápido avanzo hacia las estrellas del fin del mundo más retroceden ellas. Empiezo a temer que este viaje dure para siempre y busco en mi mente qué cosa tan terrible debo de haber hecho para merecer semejante castigo.

Y en la oscuridad, como si estuviese en el tren fantasma de Scarborough, aparece el furioso rostro del señor Belling. Me grita, pero no oigo sus palabras hasta que, de súbito, su voz retumba en mis oídos, muy fuerte: «¡Tu pobre madre te lo ha dado todo, pero tú no eres más que una perra desagradecida!». Extiendo las manos para apartar esa visión, pero él sigue hablando: «¡Eres una niña mala, muy mala!». Yo intento gritar «¡No!», porque sé lo que va a decir a continuación, pero no puedo hablar y, de repente, tampoco puedo respirar y mi boca empieza a emitir un ruido

horrible, el ruido de alguien que se está ahogando, que se ahoga en el aire, y la visión del señor Belling se precipita conmigo, sin abandonarme ni un instante. Me tapo los oídos con las manos para no oír lo que sé va a decir... pero no puedo borrar su voz, que repite una y otra vez: «¡Mataste a tu propia hermana, Rubí! ¡Mataste a tu propia hermana!».

—Di... ¿qué clase de niña haría eso? —bramó, con un hilillo de furiosa baba asomando por la comisura de sus labios.

En lo alto de la escalera la voz de Bunty gritó:

—¿Estás listo, Bernard? ¡El telón se levanta a las siete y media!

—Lo sé todo de ti, Rubí —siseó el señor Belling—. Tu madre me lo contó todo.

—¡Yo no maté a mi hermana! —susurré en respuesta—. La atropellaron.

Pero él se limitó a lanzarme una mirada maliciosa y dijo:

—No me refiero a esa, pequeña estúpida, ¡me refiero a tu hermana gemela!

Y con esas extrañas palabras dio media vuelta sobre los talones y salió de la habitación. Entonces oí a Bunty gritar desde el pasillo:

—¡Nos vamos al teatro, Rubí, nos vemos luego!

La puerta principal se cerró de un portazo y el Rover arrancó.

¿Mi hermana gemela? ¿Mi hermana gemela? ¿De qué demonios hablaba? Resultaba curioso, porque aunque parte de mí estaba totalmente perpleja ante aquella información, en la otra parte se dispararon sirenas de alarma y sentía algo semejante a ciempiés arrastrarse por mi piel. Corrí escaleras arriba, al dormitorio de Bunty, y husmeé en el estante superior de su armario empotrado, entre las cajas donde guardaba una amplia colección de zapatos que ya no se ponía, hasta que por fin encontré lo que estaba buscando, la caja de zapatos sin zapatos, una caja atestada de papeles que hacían oficiales nuestras vidas y objetos diversos que no sabía dónde guardar pero que, por una u otra razón, no podía tirar. Pasé un buen rato examinando y desechando fichas médicas, libretas de notas, certificados de seguros, un pendiente roto, una vieja cartilla de racionamiento, el medallón de plata [ver *nota al pie (XI)*], papeles de hipoteca, una pata de aspecto enmohecido, un viejo programa de teatro, un anillo de plástico. Al cabo de un rato llegué al testamento de George y a su certificado de defunción, a las notas de bachillerato elemental de Patricia (ahora Bunty tendrá dos fracasos académicos en la familia), al certificado de matrimonio de George y Bunty, al certificado de defunción de Gillian. Después, todos los certificados de nacimiento, sujetos con una goma: *Benerice Eileen, George Arthur, Patricia Vivien, Gillian Benerice, Rubí Eleanor*. Y el de Perla.

Allí lo tenía... Perla. Perla Ada Lennox. Nacida en el hospital de maternidad de Fulford... increíble... el mismo día, del mismo mes, del mismo año que... yo. El 8 de febrero de 1952. Leí el certificado de nacimiento de Perla una y otra vez y después lo comparé con el mío, mirando uno y otro durante una eternidad, como si estos fueran a

darme una explicación al fin. Pero solo había una explicación: «Perla Ada Lennox» era realmente mi hermana gemela. Sentí un latido en el estómago, terrorífico y amenazador, pues no guardaba ningún recuerdo de aquella hermana, ni una sola imagen acudía a mi mente. Tuve una extraña oleada de memorias —como capturadas por el *flash* de un fotógrafo—, tarjetas del alfabeto en forma de herradura: un perro, un elefante, un reloj, un limón, un avión, pero nada más. Quizá, como el gemelo de Elvis, Perla murió al nacer... quizá fuimos gemelas siamesas y ella tuvo que morir para salvar mi vida, y a eso se refería el señor Belling. Pero, por alguna razón, no lo creía. Seguí hurgando entre los papeles de la caja de zapatos sin zapatos hasta que, por fin, al fondo de todo, encontré lo que estaba buscando: otro certificado de muerte, este del 2 de enero de 1956.

Causa de la muerte: asfixia. Me hizo pensar en *La tempestad y esas perlas que eran sus ojos*, o en pescadores de perlas sumergiéndose en los mares de China, pero no me ayudó a recordar a nadie llamada Perla y sin duda no me devolvió la imagen de mi hermana gemela.

¿Ahogué a mi propia hermana? ¿Pudo suceder algo así? Ni siquiera fui capaz de ahogarme a mí misma. Abrí el medallón de plata y allí estaban de nuevo mis dos fotos de bebé, halladas tiempo atrás en la mesilla de Bunty. Tras largo rato contemplando esas imágenes idénticas en el díptico, comprendí al fin que una no era yo, ni mucho menos, sino mi hermana. Las escudriñé una y otra vez, hasta que los ojos me dolieron, tratando de averiguar cuál era yo y cuál no. Pero aunque una de las dos era el falso Rubí y la auténtica Perla, no habría podido decir cuál ni aunque me hubiese ido la vida en ello.

Devolví todos los papeles a la caja de zapatos y cerré la puerta del armario. Cuando el señor Belling trajo a Bunty de vuelta a casa yo ya estaba en la cama. Fingí dormir cuando Bunty se asomó para mirarme, como suele hacer últimamente, para comprobar que sigo respirando, supongo. Pero entonces algo me hizo cambiar de idea y me incorporé de golpe en la cama. Ella lanzó un pequeño grito como si yo fuese un zombi que, de repente, se hubiera levantado de la tumba. Encendí la lamparilla de noche y agité el medallón de plata ante ella:

—¿Por qué nunca me has hablado de esto?

El silencio de Bunty fue escalofriante, porque no sabía qué contenía. Por fin, la oí tragar saliva, nerviosa, y decir:

—Lo olvidaste.

—¿Lo olvidé? ¿Qué significa que «lo olvidé»?

—Lo borraste de tu mente. Amnesia —dijo brevemente. Aún se las arreglaba para sonar algo irritada, incluso al darme una información tan trascendente, tan decisiva—. El doctor Haddow dijo que probablemente era lo mejor... después de lo que había pasado.

La mitad de su cuerpo ya había desaparecido tras la puerta, pero algo detuvo su marcha.

—Todos pensamos que era lo mejor —añadió—. Después de todo, nadie quería recordar lo que había sucedido.

—Pero no se puede borrar algo de ese modo —chillé—. No puedes pretender que alguien nunca existió, no hablar de ello, no mirar sus fotos...

Bunty se había deslizado afuera casi por completo, ya solo era una mano y una voz.

—Hay fotografías —dijo—. Y, por supuesto, hablamos de ella; fuiste tú quien la borró, no nosotros.

—Siempre tengo yo la culpa, ¿verdad? —grité, y después un silencio cayó entre las dos. El silencio se alargó, se contrajo y se materializó en una especie de sustancia acuosa, atrapándonos, hasta que, en ese mar de silencio, dejé caer aquella pregunta ineludible y noté cómo las ondas se dirigían al exterior.

—¿Cómo maté a mi hermana?

Las ondas alcanzaron a Bunty, quien suspiró.

—La empujaste al agua —dijo sin rodeos—. Fue un accidente, no sabías lo que iba a suceder, solo teníais cuatro años.

—¿Un accidente? —repetí— Bernard Belling habló de ello como si la hubiese asesinado a sangre fría...

Mi madre tiene el don de sonar enojada.

—Bueno, no debería haberte hablado de ello...

Dudó.

—En aquella época, te culpé, pero, por supuesto, fue un accidente...

Su voz se fue desvaneciendo hasta que al fin dijo en tono fatigado:

—Fue hace mucho tiempo, no tiene sentido sacarlo a colación de nuevo.

Y, finalmente, se las arregló para desaparecer tras la puerta de la habitación.

Pero a los pocos minutos volvió a entrar y se sentó a los pies de mi cama. Me cogió el medallón, lo abrió y permaneció largo rato sentada sin decir nada.

—¿Cuál de las dos? —dije al fin, y ella señaló la fotografía de la izquierda y dijo:

—Mi Perla.

Y se echó a llorar.

Oh, no, ya estamos otra vez —abajo, más y más abajo— hacia parajes ignotos y abismos de tiempo. ¿Acabará algún día? Ahí va Sweep agarrado a Denise, seguido de la casa de muñecas de Rosa y Margarita, y pienso para mí, Rubí y Perla, Perla y Rubí, las gemelas joya, y al instante veo el cofre del tesoro de la bruja de *Hansel y Gretel*, rebosando ópalos tan grandes como huevos de pato, rubíes semejantes a corazones, diamantes como témpanos de hielo, esmeraldas como lagos de glaciación, zafiros como trozos de cielo estival y perlas: enormes e iridiscentes esferas ensartadas en grandes cordeles, que se derraman por los bordes del cofre. Alargo la mano e intento asir uno de los collares pero mis dedos se deslizan por las suaves esferas y yo sigo

zambulléndome en la oscuridad, envuelta en una lluvia de alfileres y una ducha de botones semejantes a meteoros. Paso junto a un Eamonn Andrews invisible que dice: «Rubí Lennox... ¡esta es su vida!», y después el loro grazna, directamente en mi oído y, como el Armario le ha concedido el don de la palabra, dice: «Callarubícalla rubícallarubí».

Después solo negrura, una profunda oscuridad sorda, muda y ciega que continúa por siempre y para siempre jamás mientras yo me sumerjo como un pescador de perlas... pero entonces... ¡Flash! Veo una luz en lo alto y pienso *La Luz del Mundo*, y sé que debo de haber llegado al fondo del armario. En medio de la luz hay una pequeña figura. Conforme me aproximo se va volviendo más brillante, de pie, como una Venus de Boticelli en una concha grande y reluciente hecha de madreperla, pálida y opalescente, y casi puedo tocar la figura ahora, mi gemela, mi doble, mi espejo, prodigando sonrisas, diciendo algo, extendiendo sus pequeños brazos hacia mí, esperándome, pero no puedo oír nada excepto un reloj que repica en mi cabeza *cuatro, cinco, seis* y el sonido de algo que gime y rasca la puerta; después, más oscuridad, una oscuridad semejante a un sudario de lana, una oscuridad que trata de introducirse en mi interior, materializándose en mi boca, nariz y oídos como gruesa y negra lana, y comprendo que me están enterrando viva. La tierra empieza a caer sobre mi ataúd y penetra en el interior a través de diminutas rendijas. Rendijas de luz...

—¿Rubí?

En una de las rendijas hay unos labios y unos dientes algo amarillentos, un ojo diente que destella dorado. La boca dice algo, una y otra vez. Con un terrible esfuerzo me concentro en la forma de los labios hasta que advierto, con cierta sorpresa, que están pronunciando mi nombre. «Rubí».

—¿Rubí? ¿Cómo te encuentras ahora, Rubí?

La boca sonrío y se retira. Ahora veo a una mujer de aspecto extraño, bastante mayor, con trenzas parecidas a auriculares alrededor de las orejas. De su cuello penden unas gafas alargadas, de montura dorada. No puedo hablar, me siento como si me hubieran lavado la garganta con grava, y la cabeza me palpita. Entorno los ojos para protegerlos de la luz solar que entra por la ventana del hospital y se derrama sobre el suelo verde formando grandes charcas geométricas.

—Hola Rubí... Soy la doctora Herzmark y me gustaría ayudarte, ¿te parece bien?

El ambiente en la sala de la doctora Herzmark es siempre muy cálido y sofocante. Creo que la mantiene así para que te sientas adormilada. Guarda pasteles en su gaveta, extraños y viscosos pasteles de canela y dulzones bollos de limón, y me sirve café amargo que yo bebo para mantenerme despierta. O chupo uno de los terrones de azúcar negro que tiene en un cuenco sobre el escritorio, parecidos a arena comprimida. Entonces, con su gracioso acento alemán, dice:

—¿Quieres tumbarte, Rubí?

Porque nunca me dice nada, solo me pregunta. A continuación me cubre con una manta —azul oscuro con pespuntos rojos, como la manta de un caballo— y dice:

—Ahora Rubí, debes imaginar que te envuelve uno de los colores del arco iris y después empiezas a contar hacia atrás desde diez...

Intento escoger un color diferente cada vez, para ver qué sensación me da, y puedo decir que el rojo es el color de los rubíes, por supuesto, y el naranja te hace sentir llena de luz. El amarillo produce una sensación efervescente, como si estuvieses respirando gaseosa en polvo, y el verde es el olor de la hierba después de una lluvia estival (un color melancólico). El añil es el color de la magia, y el violeta sabe a cachú florido. Rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil, violeta. *Rowntree de York le presenta las mejores ofertas*. Hasta la ventana de la doctora Herzmark llega el olor de la fábrica y el aroma de las mermeladas de fresa.

—Prefiero el olor a coco —murmuro, y la doctora Herzmark dice: «Mmm» en un tono muy extranjero y expresivo.

¿Y qué pasa con el azul? El azul es el color de los recuerdos. Y todas las flores más bonitas... campanillas, jacintos, y los nomeolvides del jardín de tío Tom, en forma de diminutas estrellas, pero hoy no, porque estamos en pleno invierno y están cubiertos de nieve. Estamos a 2 de enero de 1956... es la primera vez que la doctora Herzmark consigue hacerme retroceder a aquel día fatídico. De repente, aquí estoy, sentada a la mesa de la sala del tío Tom en su casa de Elvington, durante la visita familiar de rigor de Año Nuevo. Su mujer, Mabel, le está diciendo a Bunty:

—Estoy encantada de verte —y, volviéndose hacia Gillian y Patricia dice—: ¿Estáis deseando volver a la escuela tras las vacaciones de Navidad?

Patricia dice: «Sí», y Gillian dice: «No».

Tío Tom se vuelve hacia George y dice:

—Pensaba que os quedaríais atascados en la carretera... Ayer por la noche cayó una nevada de miedo.

George contesta:

—Ya lo sé. Ha sido toda una aventura llegar hasta aquí.

Tía Mabel ha preparado una intempestiva ensalada para comer, y la sola visión de las redondas hojas de lechuga y las heladas rodajas de pepino verde claro te hacen estremecer. Le digo a la doctora Herzmark:

—Tomamos ensalada de lengua.

Me río y le explico que Gillian se lanza con voracidad sobre la lengua fría que tía Mabel acababa de trincar —lengua de buey con la que tía Mabel ha preparado un embutido especial para la ocasión. Gillian toma un gran bocado y, tragándose lo rápidamente (creo que en una vida anterior murió de inanición), dice:

—¿Por qué no comemos esto en casa? Me gusta.

Y, acto seguido, mirando cómo tía Mabel corta otra loncha, añade:

—¿Qué es?

Tía Mabel sonrío:

—Lengua, Gillian.

Gillian frunce ligeramente el ceño mientras digiere la información —tanto literal como del otro tipo— y repite la palabra: «Lengua», para sí, y después: «Lengua», una vez más, menos convencida ahora, sintiendo la palabra en su propia lengua cuando le roza el paladar, antes de dejar el tenedor y el cuchillo en la mesa y quedarse mirando medio tomate que tiene en el plato. Patricia ríe con crueldad al ver la expresión desconcertada de Gillian y Perla se une a las carcajadas, aunque no sabe por qué se ríe Patricia. A Perla le gusta reír, es toda luz y alegría si la comparamos con mi lúgubre oscuridad.

—Ya basta —dice Bunty, porque el sonido de la risa la incómoda, toca una parte oculta y enferma de su alma.

—Podéis jugar en la nieve después de comer —dice George—. Os pondremos las botas de agua.

—¿Y hacer un gran muñeco de nieve? —pregunta Perla excitada.

Tío Tom se echa a reír y dice:

—Podéis coger carbón de la carbonera para ponerle ojos.

—Ya basta —le digo de pronto a la doctora Herzmark. Algo se desgarró en mi interior al ver a Perla con tanta claridad en mi mente y saber que está por completo fuera de mi alcance. La doctora Herzmark dice:

—Otro día, Rubí.

Y me ofrece un trozo de toffee, que ha partido de una tableta. Cuando lo levanto para mirarlo a la luz, el sol lo atraviesa haciéndolo brillar como ámbar, y el olor de las fresas me sigue todo el camino hasta casa.

Bunty y tía Mabel nos están abrochando los abrigos tres cuartos, bufandas y manoplas. Perla y yo llevamos gorritos de lana —el mío es rojo, el suyo azul— con pequeños pompones en la coronilla. Perla está tan ansiosa por hallarse en medio de toda esa nieve que empieza a dar saltos, impaciente, y apenas puede permanecer quieta el tiempo suficiente para ponerse las botas de agua.

—¡Estate quieta, Perla! —dice Bunty, introduciendo su pie en la bota con dificultad.

Bunty decide al fin que ya vamos lo bastante abrigadas y tía Mabel abre la puerta trasera. Nos precipitamos al frío. Nuestras voces resuenan como campanas en el límpido aire.

—¡Llevad cuidado, no os acerquéis al estanque de los patos! —grita tía Mabel a nuestras espaldas mientras nosotras correteamos por los campos vírgenes, y su voz resuena a través de la blancura.

—Ya basta.

—Otro día entonces —sonríe la doctora—. ¿Has visto los tanques en Praga en las noticias?

—Terrible —asiento, masticando un caramelo ruso. Suena una sirena en el tejado de Rowntree y ambas damos un respingo, pero la doctora Herzmark dice:

—Solo es una alarma de incendios.

Tía Mabel igual podría haber dicho: «¡Id directamente al estanque de los patos!», porque tan pronto como llegamos a los campos salimos disparadas hacia el gran estanque donde se congregan los patos y los gansos de tía Mabel. En primavera, tomamos los polluelos color amarillo yema de huevo y llevamos a casa enormes huevos azules de pato, preciosos a la vista aunque espantosos al gusto, pero nunca antes hemos visto el estanque de los patos en invierno. Durante unos instantes, nos detenemos y lo contemplamos atónitas, porque es un lugar mágico, un paisaje helado de un blanco deslumbrante. Y si agitásemos los árboles de la isla, cubiertos de nieve, bien podrían repicar, como los árboles de un cuento de hadas. El estanque de los patos está tan lleno de agua invernal que se ha desbordado por el campo, y en algunos lugares se puede ver el verde de la hierba bajo el hielo.

Unos pocos gansos anadean por la orilla y uno o dos patos nadan en lánguidos círculos, levantando cristales de hielo en la superficie del agua para no congelarse, pero la mayoría de las aves permanece al resguardo del hielo en la pequeña isla del centro. Cuando nos aproximamos, se levanta un revuelo de graznidos y chillidos.

—¡Oh, deberíamos haber traído un poco de pan! —se lamenta Patricia.

Gillian grita encantada cuando encuentra una capa de hielo sólido al otro lado del estanque y se pone a saltar sobre él como un conejo Disney enloquecido.

—Lleva cuidado, Gillian —le advierte Patricia y se aleja persiguiendo a una pareja de patos alrededor del estanque.

Perla echa a correr hacia Gillian. Salta arriba y abajo encantada de ver a nuestra hermana hacer realidad el milagro de caminar sobre el agua. Gillian casi ha llegado a la isla cuando se oye un escalofriante *¡Crack!*, y el hielo se desplaza ligeramente. Se ve cómo los bordes se deshacen y se convierten en líquido otra vez, debido al maratónico esfuerzo que hacen los patos para nadar. Perla ya tiene los dos pies en el hielo y Gillian ríe y le grita:

—¡Vamos! ¡Vamos, no seas cobarde! ¡Perla es una cobardica!

Sabe que es el único modo de conseguir que Perla haga algo. Le grito a Perla que vuelva. Gillian se enfurece conmigo y aúlla:

—¡Calla Rubí! ¡Eres una llorona!

Miro a mi alrededor desesperada buscando a Patricia, pero ha desaparecido tras un grupo de árboles escarchados y no puedo verla. Perla ya está en medio del hielo. Lo veo inclinarse, con el movimiento de un balancín, y me pongo a llorar. Mientras tanto Gillian sigue gritando:

—¡Vamos, vamos, Perla!

Y, de repente, el hielo sobre el que se encuentra Perla se inclina y, horrorizada, la veo deslizarse como si la hubieran empujado por un tobogán. Resbala hasta el agua, muy despacio, con los pies por delante, y su cuerpo se da la vuelta al caer, hasta quedar de cara a mí. Lo último que veo es su rostro, deformado por el horror, y sus postreras palabras, antes de que el agua negra se la lleve, quedan suspendidas en el aire helado mucho después de que el pequeño pompón blanco de su sombrero haya desaparecido, sonidos semejantes a cristales de hielo.

Solo puedo permanecer allí, con la boca abierta de par en par, mientras un chillido de histeria, prolongado y constante, surge del interior, y aunque soy consciente de que Gillian está en la isla, gritando a Patricia que se dé prisa, y de que Patricia rodea el estanque a la carrera, apresurándose hacia nosotras, a pesar de esa cacofonía —a la que ahora se unen gansos y patos— solamente oigo las palabras de Perla, encerradas en el interior de mi cráneo, rebotando como ecos espantosos: ¡*Rubí, ayúdame!* ¡*Rubí, ayúdame!*

Patricia se zambulle en el agua y vuelve a salir casi de inmediato, yerta por el frío y con el pelo en forma de cuerdas emplastadas contra su cabeza, pero parpadea como un extraño anfibio y se fuerza a sumergirse de nuevo en el agua. A estas alturas, la conmoción no solo ha llegado a casa de tío Tom sino también a la granja vecina y la gente acude corriendo de todas partes, sacudiendo la nieve blanda y blanca. Alguien arrastra a Patricia, ahora azul y temblorosa, fuera del agua, la envuelve en una vasta chaqueta y se la lleva. Uno de los trabajadores de la granja entra en el agua confiado pero tiene que ponerse a nadar casi de inmediato, boqueando de la impresión, pues el estanque de los patos está inesperadamente lleno.

Pero Perla se ha alejado flotando bajo el hielo y se niega a dejarse ver. Solo varias horas más tarde, cuando los hombres traen ganchos y largos palos para pescar a Perla, accede a salir de su escondrijo. Uno de los hombres, grande, con el rostro picado de viruela y fuertes mandíbulas, la lleva en brazos, sujetándola lejos de su cuerpo como si portara algo inmensamente frágil; así es, por supuesto, y durante todo el trayecto sobre la nieve pisoteada trata de contener los sollozos que sacuden su cuerpo.

Y mi corazón se rompe, se quiebra en grandes astillas de hielo desiguales. Respiro en ruidosos estertores porque me estoy ahogando en el aire. Si conociera un hechizo para detener el tiempo —dejarlo suspendido para siempre jamás, de modo que se formaran telarañas sobre mi cabeza y los patos dejaran de trazar sus círculos y sus plumas se inmovilizaran en el aire, a la deriva en el tiempo por siempre— lo lanzaría.

El flácido cuerpecito de Perla está tendido sobre la mesa de la cocina, pero tía Mabel nos hace salir de la estancia y nos conduce por el pasillo hasta la salita delantera. A Patricia ya se la han llevado al hospital. Gillian se sienta en un sillón y se mira los pies. La sala huele a alcanfor y madera vieja. Solo se escucha el tictac de un reloj de sobremesa que toca los cuartos con el tintineo de un carillón. No me apetece

sentarme en una silla y, en su lugar, me aovillo tras el sofá y me quedo allí, completamente entumecida, escuchando, no las terribles palabras de Perla, sino las de Gillian.

Cuando sacaron a Patricia del estanque, gritando y pateando, desesperada por volver al agua y encontrar a Perla, Gillian quedó varada en la isla (al final, tuvieron que llevar un pequeño bote de remos para sacarla). Mientras los hombres iniciaban la búsqueda de Perla, Gillian se puso a saltar arriba y abajo, como un salvaje de cuento ejecutando su propia danza tribal. Aterrada ante la idea de que la culparan por lo que había sucedido, me señaló y gritó hasta vaciar sus pulmones:

—¡Ha sido ella, ha sido ella, ha sido ella! ¡Rubí la ha empujado, ha empujado a Perla al agua, la he visto! ¡La he visto!

Y yo me quedé allí, pasmada, observando la hierba helada bajo el hielo, donde la pluma blanca de un ganso de tía Mabel había hallado un frío cobijo.

—¿Todo va bien, Rubí? —me pregunta la doctora Herzmark, sujetándome en sus brazos como un bebé y meciéndome adelante y atrás.

Al cabo de un rato me tranquilizo. Estamos sentadas, envueltas en una extraña complicidad, escuchando el *whizz whizz* de las ruedas de bicicleta; el turno diurno de Rowntree vuelve a casa. Después saca un pastelillo de chocolate Lyons de su gaveta y me lo alcanza. Yo lo separo del rígido soporte que lo acompaña.

—Mi madre me echó la culpa. Me envió a casa de su hermana, en Dewsbury, porque no podía soportar tenerme delante.

—Porque le recordabas a Perla, no porque te odiase —sugiere la doctora Herzmark.

Me encojo de hombros.

—Ambas cosas, supongo. Pobre Bunty... perder dos hijas. Y pobre Patricia también; esperábamos que hiciera algo, que salvara a Perla. Y no pudo. Y pobre Gillian —añado algo sorprendida—. Si alguien tuvo la culpa fue ella. Y está muerta. Y pobre Perla, porque también está muerta.

—¿Y quién más? —dice la doctora Herzmark con una sonrisa—. Podemos ir repasando todas las personas del mundo y decir «pobre tal» y «pobre tal», ¿pero llegaremos algún día a «pobre Rubí»?

Trato de articular las palabras solo para ver como suenan: «Pobre Rubí». Pero apenas se han formado en mis labios cuando empiezo a llorar, desconsolada, hasta que casi me ahogo en mi propio mar de lágrimas.

He estado en el fin del mundo y he vuelto, y ahora sé lo que pondría en mi ajuar. Pondría a mis hermanas.

Nota al pie (XI) - La vida equivocada

Sentada en su mecedora, en la cocina de la casa, Alice, iluminada por un rayo de sol de septiembre, mecía a la recién bautizada Eleanor. El bebé Nell se había dormido en su pecho y la propia Alice dormitaba tristemente, incapaz de afrontar la ropa sin lavar, los niños sin comer y el marido insatisfecho que constituían su destino en la vida.

Estaba pensando, de un modo metafórico y sombrío, que se sentía como si una gran piedra le oprimiese el pecho y la fuese ahogando poco a poco, como uno de los mártires de la antigüedad, aunque —mujer descreída en su mejor momento— no conseguía comprender por qué demonios sufría.

Oyó, adormilada y abstraída, el *creak-creak* de un carro y escuchó al perro ladrar su aviso. Sabía que eso significaba algo, pero ni aunque le hubiera ido la vida en ello habría podido recordar qué, y cuando oyó aquella voz peculiar decir algo a uno de los niños —*Bondyur*— casi deja caer al bebé dormido mientras, consternada, trataba de abrocharse la parte delantera de su vestido. ¡Jean-Paul Armand! Oscureció la entrada majestuosamente y, sin aguardar invitación, se sentó a la mesa de la cocina, diciendo un montón de extravagancias sentimentales sobre el insignificante bebé casi perdido en las profundidades de la cuna de madera.

—¡Qué feliz ratoncillo! —dijo con su exótico acento—. ¡Lástima que el más pequeño se haya quedado sin fotografía!

En cuanto a las fotografías, la mente de Alice se esforzaba por recordar. ¿Había firmado dando su consentimiento? ¿Se había comprometido a pagar un dinero que, posiblemente, no podría conseguir? (Toda su riqueza material se reducía a seis peniques de plata que guardaba en una cajita de té sobre la repisa de la chimenea). ¿Cómo podía responder a estas preguntas si su mente era una criba constante de amnesia materna?

De un gran maletín Gladstone de cuero negro, Monsieur Armand extrajo los frutos de su trabajo. Había enmarcado tres de las copias para demostrar a su cliente lo necesario que era pagar un extra por el enmarcado y poder así exhibir a su progenie en todo su esplendor —aunque una de las fotografías enmarcadas (en un marco mucho más caro que los otros dos, todo hay que decirlo) era la favorita de Monsieur Armand, y no representaba a su progenie en absoluto sino que mostraba a Alice escondiendo su voluminoso vientre tras la *chaise-longue* y mirando a la cámara con expresión enigmática.

—*Belle* —murmuró con admiración, empujando el retrato sepia por la mesa de pino. Alice contempló la foto con indiferencia, pero alargó la mano para examinar las de sus hijos; parecían mucho más atractivos congelados en posturas inmóviles. Sus ojos se humedecieron al contemplarlos y sorbió con delicadeza. Monsieur Armand hizo aparecer un enorme pañuelo de seda (limpio) de uno de sus bolsillos mágicos y se lo alcanzó con una reverencia. Alice se sonó de un modo no muy femenino. Tras

limpiarse la nariz, se levantó bruscamente de la mesa y fue a buscar la cajita de té que guardaba sobre la repisa, abrió la tapa y, con melodramático gesto, vació su contenido en la mesa, esparciendo las monedas sobre las imágenes de sus hijos.

—Ahí tiene —declaró con gesto trágico—. Esta es toda mi fortuna. Estoy a su merced —añadió y rompió a llorar nada más decirlo.

Monsieur Armand quedó perplejo unos instantes; a menudo tenía clientes insolventes, en realidad había adquirido la costumbre de esperar que así fuese pero, por lo general, ninguno de ellos se mostraba tan histriónico, tan emocional, tan, bueno... extraño... al respecto y transcurrieron algunos segundos antes de que reaccionase y tendiese la mano sobre la rústica mesa para tomar la de Alice, delgada y pequeña.

—Querida señora —dijo—. Querida, querida señora, no debe preocuparse, no tomaré su dinero.

Alice estaba estupefacta. No recordaba haber oído eso antes; por lo general, la gente se limitaba a agarrar el dinero de su monedero. Miró a Monsieur Armand con sospecha.

—¿Y qué tomará entonces? —preguntó, alzando la barbilla desafiante por si le pedía su virtud a cambio.

—Nada, querida señora... no quiero nada de usted excepto que «feliz sea».

La maestra que había en su interior la impulsó a corregir el fallo gramatical, pero aquella inesperada amabilidad fue superior a ella y cebó la bomba de sus emociones, haciendo surgir de su interior un torrente de sollozos y lamentos tan intensos que Monsieur Armand empezó a dudar de la cordura de la dama.

Aquel escándalo no pasó inadvertido y los vástagos tridimensionales de Alice rondaban ahora el umbral de la puerta, en silencio.

—Madre —se atrevió a decir Ada—, ¿te pasa algo?

Y Alice, al oír el acento rural de la mayor y más bonita de sus hijos, sobre todo comparado con el exótico rococó vocálico de Monsieur Armand, renovó la intensidad de su llanto.

Cedió la emoción al fin, los niños se dispersaron y Monsieur Armand se preparó para subir de nuevo a su crujiente carromato.

—Lo noto —dijo, golpeándose ligeramente la parte izquierda del pecho—, lo siento en mi corazón, su infelicidad, su pena. Usted —al llegar aquí barrió el aire con la mano, para señalar tanto la granja como todo el condado de Yorkshire—, ¿usted no está hecha para esta horrible vida!

Alice, con los ojos aún enrojecidos por el llanto, asintió con la cabeza en mudo acuerdo, pues él acababa de expresar sus pensamientos con toda exactitud. El viejo poni, aprisionado entre las varas de un carro igualmente viejo, enarcó el cuello y resopló. Monsieur Armand, ocultándose tras la inquieta bestia, se inclinó hasta que sus finos labios quedaron a solo una pulgada del oído de mi abuela y su bigote le hizo cosquillas en la mejilla. ¿Qué ocurrió entre ellos, en ese momento tan íntimo? Una

invitación al desastre, a la perdición, a mesarse el cabello, al pesar, a la ruina. Pero la tonta de mi bisabuela lo malinterpretó por completo y lo tomó por la oportunidad de volver a su ser —tan entumecido y ahogado por la rutina y las penurias—, de escapar y volar en libertad.

—Espero —dijo Monsieur Armand —al final del camino... a medianoche. Espero toda la noche a que venga conmigo y escape a un lugar mejor.

—*Esperaré* —Alice se sintió impulsada a corregir su construcción—. O, posiblemente, en este caso, «estaré esperando».

—Lo que sea.

A última hora de la tarde, si hubieseis estado mirando, habríais visto a Alice con la barbilla alta, arriba en el pajar, el marco de la ventana enmarcando su tiesa silueta, de pie como una figura pitagórica considerando las implicaciones en peso y altura de una caída. Se había vestido de negro, un color apropiado para la ocasión, una antigua prenda de gro con los volantes manchados de óxido, y miraba la tierra con cierto deleite malsano que no volvería a manifestarse en nuestra familia hasta el advenimiento de Patricia.

En cualquier caso, incluso una mujer en el estado mental de Alice era capaz de calcular que la distancia no era suficiente como para garantizar algo más que una extremidad rota —lo que, en lugar de proporcionarle una vía de escape, haría su vida aún más terrible. Había desechado pues la idea cuando Ada apareció en el jardín, con sus graciosos morritos abiertos de horror.

—¿Qué está haciendo, madre? —gritó, y su madre, un oxidado ángel negro, se limitó a suspirar y a encogerse de hombros, como diciendo que no tenía la más mínima idea de lo que hacía.

Algo más tarde, tras haber cenado un guisado, nada apetitoso, de col y patata y haber reñido, pellizcado, estirado y, en términos general, arrollado a Alice hasta dejarla hecha un guiñapo, los niños se fueron al piso de arriba a regañadientes. Alice se derrumbó en su silla junto al hogar sin fuego y cayó en un sueño pesado hasta que entró Frederick armando escándalo, tan bebido que se sobresaltó al entrar en la oscura cocina y ver a su mujer en la mecedora.

—¿Quién es? —dijo.

Parecía dispuesto al ataque, pero entonces ella encendió una vela y respondió:

—Soy yo, estúpido.

Él dijo:

—Ah, ya.

Y se derrumbó en el banco.

A la mortecina luz de la vela, Alice pudo ver una mancha roja y húmeda en el brazo de su marido.

—¿Te has vuelto a pelear? —preguntó con muy poco interés, y Frederick se

quedó mirando la sangre unos segundos tratando de recordar su origen.

Bufó y contestó:

—Un gilipolla en un carro al final del camino... He tropezao con él.

Su mujer no le devolvió palabra alguna de compasión, el comentario le había provocado una sacudida; había olvidado por completo a Monsieur Jean-Paul Armand... el guisado de patatas y col, las tentaciones suicidas, las exigencias de los niños... todas esas cosas habían conspirado para alejarle de su cerebro sobrecargado. Frederick subió dando traspies al piso de arriba y cayó —ella lo sabía sin necesidad de verlo— en un sueño muy, muy profundo, saturado de alcohol.

Alice se quedó en el piso de abajo, discutiendo consigo misma sobre el futuro a la melancólica luz de una vela de sebo. ¿Qué alternativas tenía? Sin duda podía suicidarse —esta posibilidad seguía ejerciendo una fuerte atracción sobre ella, a pesar del intento frustrado unas horas antes. Pero... ¿y las consecuencias? ¿No quedarían las vidas de sus hijos, en lo sucesivo, marcadas por el horror, el escándalo, el sentimiento de culpa? ¿No sería mejor para ellos si se levantaban una mañana y descubrían que su madre simplemente había desaparecido en la noche, en lugar de despertarse para descubrir su cuerpo desparramado por el jardín o echando espuma por la boca tras haber ingerido papel matamoscas envenenado?

El «lugar mejor» ofrecido por Monsieur Armand sería sin duda un camino repleto de obstáculos, lleno de problemas y de sorpresas, pero era sin duda preferible a morir por su propia mano.

Y, tras llegar a esta conclusión, fue solo cuestión de minutos empacar un pequeño maletín y darle a la pobre Nell un último abrazo. Después besó las suaves y húmedas frentes de Ada, Albert y Lillian, demorándose solo lo suficiente para acariciar la dorada y blanda mejilla de Albert y reprimir un sollozo, y para sacarse del cuello el medallón de plata de su madre y dejarlo bajo la almohada de Ada. Ada gimió en sueños y se frotó la mejilla con la mano, borrando el beso de adiós de su madre. Sin embargo, no se despidió de los pobres Lawrence y Tom, pues dormían en el ático, donde las tablas crujían terriblemente, y Lawrence tenía el sueño tan ligero que decidió no arriesgarse. Viviría para arrepentirse de esta omisión. En realidad, viviría para arrepentirse de casi todo. Lo último que hizo fue quitarse el anillo de bodas y depositarlo en la almohada, junto a la cabeza de su marido, que roncaba borracho. Cuando este se despertó a la mañana siguiente y encontró el anillo en lugar de su mujer supo, con una perspicacia poco frecuente en él, que se había marchado para siempre.

Alice encontró a Monsieur Armand esperando pacientemente al final del camino. Este no mostró sorpresa alguna cuando ella trepó a su lado y dijo: «Vamos allá», unas palabras muy poco inspiradas como inicio de una nueva vida.

Monsieur Armand, preocupado ante la perspectiva de ser perseguido por un marido

furioso, se dirigió directo al norte, y la pareja se estableció, o trató de establecerse, en Glasgow durante algún tiempo. Aunque *Monsieur Armand* se las había apañado para ir tirando como fotógrafo ambulante, no tuvo la misma suerte una vez instalado en un estudio fijo. En realidad, Glasgow estaba plagado de estudios en aquel tiempo y se las arreglaba muy bien sin el talento de *Monsieur Armand*. Como la empresa fracasó, tuvieron que trasladarse un año más tarde. En aquella época, ciertas dudas empezaban a asaltar el corazón de Alice. No obstante, accedió a largarse del país y viajar hasta Marsella, la ciudad natal de *Monsieur Armand*, pensando que se quedarían poco tiempo y después volverían a Yorkshire y... bueno, no estaba segura de lo que seguía al «y» de esta frase, pero de un modo u otro se las arreglaría para recuperar a sus hijos. Por supuesto, tenía las fotografías, porque *Monsieur Armand* conservaba las placas y, cuando estaban en Glasgow, logró convencerle de que revelase para ella todas las copias de nuevo. Le pidió que las enmarcara en caros marcos de piel labrada para resguardarlas y poder llevar a sus hijos —congelados para siempre en el tiempo— de acá para allá a través del continente.

Las cosas no resultaron según lo planeado y la estancia se prolongó años. Nada más llegar a Marsella, *Monsieur Armand* cometió el desafortunado error de invertir hasta el último penique que poseían en un negocio desastroso. No tenía ningún ojo para los negocios, como la empresa de Glasgow había demostrado, y si Alice hubiera sabido lo que planeaba se habría opuesto rotundamente y habría evitado el desastre: la condena de *Monsieur Armand* por insolvencia. Incluso pasó algún tiempo en la cárcel, y su pobre esposa quedó en la miseria (habían contraído un matrimonio bígamo con sorprendente facilidad; aunque para entonces Frederick había muerto, de modo que, técnicamente, Alice era viuda). Durante algún tiempo Alice se vio obligada a lavar y frotar los suelos sucios de la burguesía marsellesa, y preguntaba con amargura a un Dios inexistente por qué le había reservado una suerte semejante.

Cuando *Monsieur Armand* salió de la cárcel, bastante más animado de lo que cabría esperar, les sobrevino la desgracia de nuevo. Alice sucumbió a una neumonía y quedó débil y exhausta durante varios meses. Mientras cuidaba a su mujer, *Monsieur Armand* se las arregló para ganar algo de dinero como fotógrafo ambulante (llamar a las puertas se le daba bien) y acabó por llevársela al campo para que pasase allí la convalecencia. Alice hubiera preferido soportar la miseria urbana de Marsella a enterrarse de nuevo en un idilio pastoril pero, por una vez, *Monsieur Armand* se mostró inflexible. El dinero se les agotó de nuevo y permanecieron varados en el campo bastante tiempo, justo como Alice había temido. Más adelante, cuando regresaron a la ciudad, el infortunio siguió cebándose en ellos, tal como Alice había imaginado, y así iban las cosas.

La mañana que Alice cumplió cuarenta y siete años, salió de la cama, descorrió las cortinas de la ventana, haciendo que los rayos de sol inundasen el dormitorio y, mirando al exterior más que al bulto galo que había bajo las sábanas, declaró a *Monsieur Armand* que, definitiva, categóricamente, no podía más. Debían volver a

Inglaterra y recuperar a sus hijos en ese mismo instante, aunque se viera obligada a vender su cuerpo en las calles para cubrir los gastos. *Monsieur* Armand murmuró algo confuso acerca de que solo conseguiría vender su cuerpo si antes le cosían los labios, y ella, furiosa, arrojó a la cama el jarro y la jofaina.

Desgraciadamente, aquella fue también la hermosa mañana estival que el archiduque Franz Ferdinand y su esposa escogieron para tomar las calles de Sarajevo. Se desencadenaron así una serie de acontecimientos que conspiraron para mantener a *Monsieur* Armand y a su esposa en Francia otros cuatro años.

Durante la guerra, Alice tuvo una experiencia curiosa, del tipo que la gente consideraría prueba de trastorno mental; pero ella estaba tan acostumbrada a sentirse trastornada que ni se le ocurrió pensar algo semejante, y llegó a una conclusión aún más excéntrica: aquello demostraba la existencia de Dios. Esta experiencia trascendente sucedió en 1916, la noche del 1 de julio, cuando Alice se despertó súbitamente de un sueño muy profundo. Abrió los ojos, vio una figura a los pies de su cama; un ángel, o al menos una aparición cuyo aspecto concordaba con su idea de un ángel: ropas blancas y gaseosas, alas níveas, halo incandescente, rizos dorados, ojos azul nomeolvides. Esperó a que hablara, pero la aparición —o más bien el aparecido, pues sin duda era una figura masculina— no dijo nada, simplemente sonrió y alzó una mano hacia el cielo, con un gesto muy semejante al de los baratos iconos de yeso —santos, vírgenes y Cristos— tan frecuentes en Francia. Después desapareció. A la mañana siguiente, Alice registró cada rincón de la habitación para ver si podía encontrar algún rastro angélico. No había nada, ni siquiera una pluma, pero esta fugaz aparición fue suficiente para convertir a Alice al catolicismo e hizo de ella una ferviente devota, como les sucede a todos los conversos.

No obstante, rezar el rosario y encender velas no la hizo abandonar la búsqueda de sus hijos abandonados y, en cuanto sonó el armisticio por toda Europa, metió a *Monsieur* Armand en un tren con rumbo a Calais. Inició la batida en el lugar más lógico, la casa que tan a la ligera abandonó treinta años atrás, pero esta vez eran sus hijos los que se habían desvanecido en el aire. Después de Rachel habían vivido varias familias en la casa, y los dueños actuales no sabían nada de unos antiguos propietarios llamados Barker. En el pueblo —donde su reaparición provocó algún revuelo— los habitantes más viejos recordaban con bastante claridad a la familia; la muerte de Ada, la muerte de Frederick, el bebé de Rachel, la desaparición de Lawrence... todos aquellos acontecimientos le fueron narrados desapasionadamente a Alice. Después de todo, había pasado mucho tiempo, aunque, por desgracia, no para Alice, que escuchó acongojada el relato de tantos infortunios. ¿Y adónde habían ido? La respuesta a esa pregunta era siempre un gesto negativo. Ni aunque les hubiese ido la vida en ello habrían podido recordarlo.

Monsieur Armand y su esposa se dirigieron a la estación más próxima y cogieron un tren en dirección a Whitby, pues Alice conjeturó que Rachel muy bien podía haberse comportado como una paloma mensajera. Se pasó todo el viaje desvariando

acerca de cómo Rachel le había usurpado el puesto, lamentándose de la muerte de Ada y atormentándose por la desaparición de Lawrence, hasta que *Monsieur Armand* deseó de todo corazón no haber puesto nunca los ojos en su esposa. Hecho polvo, desmadejado y gordo, en opinión de *Monsieur Armand* la mujer le estaba cavando la tumba antes de tiempo. Ni su ánimo ni su humor mejoraron con su llegada a Whitby, donde Alice, flaca y despeinada, pasó varias semanas vagando de un lado a otro como una loca por las angostas calles preguntando a todos los viandantes si habían oído hablar de una tal Rachel Barker, o de tal una Rachel Torment (el nombre de soltera de Rachel, bastante apropiado). Recorrió cada kilómetro, gritando los nombres de sus hijos perdidos, *Tom, Albert, Lillian, Nelly*, pero no obtuvo respuesta. Por las tardes, se la podía ver en lo alto del Acantilado Oeste contemplando el mar tristemente, como la madre de un pescador ahogado, y después volvía a las baratas habitaciones que habían alquilado para maldecir a *Monsieur Armand* y el día que lo conoció. Tras una de esas diatribas, cuando le golpeó la cabeza con una jarra, él se puso el pijama, se tumbó en el delgado y maltrecho colchón de su cama doble y cerró los ojos con un suspiro para no volver a abrirlos nunca.

Ahora viuda por partida doble, Alice continuó su búsqueda por todos los lugares que se le ocurrieron: Scarborough, Hull, Leeds, Bradford, Middlesborough... Incluso lo intentó en su lugar de nacimiento, York, el último sitio que, en su opinión, habría escogido Rachel. Todos los parientes de Alice habían muerto ya y no conocía a nadie en York, de modo que solo se quedó un par de semanas antes de reanudar la busca en otra parte. Nunca supo que había pasado junto a Nell, con Clifford, Babs y Bunty a cuestas, sin ni siquiera verlos. Al final, tiró la toalla en Sheffield, sin un penique. Vivía en una casucha de los barrios bajos y, como no tenía otro remedio, se dedicaba, ya no a limpiar, sino a cuidar los niños de otras personas, aunque advertía la ironía del asunto.

Mi bisabuela murió en 1940, en Sheffield, durante uno de los peores ataques aéreos de la guerra; una vieja dama rodeada de sus fotografías y una colección de santos de yeso. Un policía y un vigilante la encontraron bajo un montón de escombros y, sujetas contra su cuerpo con gesto protector, hallaron la vieja fotografía de sus cinco hijos. El cristal ni siquiera se había roto. El policía la tomó tiernamente de sus manos muertas y dijo:

—Eh, se pondrán muy tristes cuando se enteren de que su anciana mamá ha muerto.

(Era un hombre muy sentimental, demasiado para la tarea que le esperaba esa noche).

Casualmente, el bombardeo de Sheffield fue presenciado por el mayor de los supervivientes de esa fotografía, Tom, quien seguía creyendo que su madre había muerto hacía cincuenta y cinco años. Estaba visitando a un amigo en Doncaster. Al volver a casa desde el *pub*, decidieron dar un largo paseo. Subieron a una colina para observar el ataque, visible incluso a esa distancia.

—Diablos —dijo su amigo—, Sheffield está ardiendo, chaval. —Y a continuación —: Pobre gente. —Y después—: ¡Maldito Hitler!

Pero Tom se limitó a menear la cabeza con tristeza y dio gracias a Dios por no estar en Sheffield esa noche.

Capítulo 12

1970

Inglés chapurreado

Kathleen prueba la cama de hierro en la celda de los condenados.

—¿Qué tal?

—Bastante incómoda. ¿Crees que a los condenados les daban un colchón o algo?

Estamos en la celda donde Dick Turpin pasó su última noche, sin colchón. Me tumbo junto a Kathleen en la dura superficie de hierro negro.

—«Incolchonado»... ¿crees que es una palabra?

—No sé.

Kathleen se encoge de hombros, algo bastante difícil en un lecho de hierro. Acabamos de terminar nuestros exámenes oficiales de bachillerato y matamos el tiempo haciendo de turistas. Pasamos las mañanas en el Museo del Castillo, entre los caballos disecados y los baldes para el fuego, los mosquetes y las tiendas de época que reconstruyen el pasado. Una vez soñé con el Museo del Castillo: era en mitad de la noche y yo estaba sola en el museo. Mientras miraba, todo cobraba vida. Los fuegos ardían en las chimeneas victorianas, los delicados clavicordios del siglo dieciocho se ponían a tocar solos y un carruaje empezaba a rodar por una de las calles empedradas. El museo secreto nocturno era mucho más interesante que el otro. De día, los visitantes no paran de arrastrar los pies por la celda de Dick Turpin y alteran la paz.

—Ya me he cansado —dice Kathleen, levantándose de repente de su lecho de condenada—. Vamos a tomar un helado.

En el exterior del museo, deambulamos sin rumbo por el terraplén cubierto de hierba donde se yergue la Torre de Clifford, comiendo nuestros helados de una bola y aspirando el aroma del césped recién cortado. Racine y Schiller siguen zumbando en mi cabeza, así como todas las desconcertantes preguntas del examen de Historia Europea, pero Kathleen tiene el pensamiento en otra parte.

—¿Por qué no trabajamos en un hotel en verano?

—¿Un hotel?

—Mm. Creo que sería bueno para nosotras adquirir algo de experiencia antes de enfrentarnos al resto de nuestras vidas.

(Solo que, cuando Kathleen lo dice, suena como El Resto De Nuestras Vidas).

—¿Qué clase de experiencia, exactamente?

Kathleen parece confundida.

—Bueno... de cualquier tipo, supongo.

Kathleen no va a ir a la universidad, trabajará en la Administración. A mí me han ofrecido la posibilidad de elegir entre varias universidades para graduarme en lenguas modernas y he escogido la más alejada en el mapa (Exeter) y si hubiera habido plaza en las Islas Sorlinga, allí hubiese enviado mi solicitud. Después de que la doctora Herzmark me devolviese el pasado, libre de oscuros temores, las cosas volvieron más o menos a la normalidad. Aprobé mis exámenes de bachillerato elemental en una segunda convocatoria y, durante un tiempo, Bunty me trató como si fuese una delicada pieza de porcelana china, pero poco después recuperamos nuestras antiguas costumbres, sin incluir a Bernard Belling, que salió precipitadamente de nuestras vidas tras mi flirteo con el mundo espiritual. Me sorprende lo obediente que me he vuelto, pero yo soy todo lo que le queda a mi madre y eso supone ciertas obligaciones.

En las aburridas fiestas navideñas o durante los horrendos cumpleaños maldigo a Patricia por haberse zafado tan hábilmente de sus responsabilidades.

Ahora que voy a ir a la universidad, Bunty empieza a mostrar algo más de interés en mis progresos académicos, y habla de mí en ese tono tan repugnante que ya conozco de otras madres: *¿Sabías que mi hija tiene plaza en la universidad?* Exactamente el mismo tono, de hecho, que la señora Gorman, la madre de Kathleen, adopta al decir: *¿Sabías que mi hija se va casar con un muchacho muy agradable?*

Subimos las escaleras de la Torre de Clifford y caminamos siguiendo sus blancos muros quadrifólium. De repente, nos hemos liberado de nuestras ataduras (la escuela) y nos hallamos en un extraño y apático limbo. Contemplamos el patio de abajo. En el siglo doce, cientos de judíos se encerraron aquí y prefirieron matarse prendiéndose fuego antes que enfrentarse a la multitud del exterior, que aullaba reclamando su sangre. Ahora, sus muros en forma de trébol están abiertos al cielo azul, pero siguen impregnados por el hedor de la inmolación y me hacen sentir incómoda. Hay tanta historia en York, el pasado ocupa tanto espacio que a veces uno se siente como si no quedara sitio para los vivos.

Deambulamos por St. George's Field y bajamos hasta el río. Aquí establecieron los vikingos en otro tiempo su capital mercantil, pero ya no hay comercio fluvial y los grandes y antiguos almacenes están ahora vacíos.

Mi futuro inmediato (Exeter) depende más de mis resultados en los exámenes de bachillerato que el de Kathleen, y El Resto De Su Vida parece definido por su matrimonio con Colín. Yo no estoy nada segura de que el juicio de la señora Gorman acerca de Colin sea correcto; no me parece un chico «agradable», en absoluto, y creo que Kathleen está cometiendo un grave error. En estas circunstancias, ayudarla a adquirir «alguna experiencia» sería lo más honrado por mi parte, y digo: «¿Por qué no?», con toda la despreocupación de alguien inconsciente de haber tomado una decisión trascendental y fatídica.

Creí que Kathleen se refería a un hotel de York, o quizá de Londres, donde solo hemos estado una vez, en una excursión con la escuela —tanto Kathleen como yo tenemos muy asumido que somos unas irremediables provincianas— así que me pilló por sorpresa cuando me informó de que había encontrado trabajo de camareras para nosotras en el Royal Highland Hotel de Edimburgo.

—¿Edimburgo?

—Sí, Edimburgo, ya sabes... historia, cultura, el Castillo, el Festival, nada, muchas cosas...

* * *

De modo que acabo de llegar a Escocia por segunda vez y si hubiera sabido cuánto tiempo iba a quedarme (para siempre) supongo que habría hecho algunas cosas de otra manera —me habría traído más ropa, por ejemplo. Pero no sé nada; mi futuro es una ventana, abierta de par en par a una tierra desconocida: El Resto De Mi Vida.

Edimburgo me sorprende en primer lugar porque hemos llegado a la ciudad sin pasar por el Puente Forth. Sigo esperando que haga aparición bajo las ruedas cuando el tren se detiene junto al andén en Waverley. Kathleen ya está bajando maletas de la rejilla de equipajes y preocupándose de abandonar el tren a tiempo, pero yo sigo sentada, perpleja ante la desaparición del Puente Forth. No me preocupa bajar a tiempo tanto como a Kathleen; me encantaría permanecer en el tren y averiguar a dónde va (*Haymarket, Inverkeithing, Kirkcaldy, Markinch, Ladybank, Cupar, Leuchars, Dundee, Arbroath, Stonehaven, Aberdeen*).

Edimburgo es todo colinas, segunda sorpresa. York es una ciudad plana donde el aire está siempre quieto, en suspenso, y el sol se pone tras las casas, nada de horizontes.

Deambulamos indecisas por el vestíbulo del Royal Highland Hotel, que huele a carne asada y *pudding* de arroz. El Royal Highland es en realidad una amalgama de varias casas en la parte renovada de la ciudad. La transformación se ha realizado cubriendo las uniones con contrachapados y disimulando los accesorios eléctricos, como una caja con doble fondo. Una figura aparece de la nada y habla con un acento extranjero que identifiqué (escocés):

—Hola muchachas, soy Marjorie Morrison, el ama de llaves, y espero que, en el futuro, uséis siempre la puerta trasera.

Marjorie Morrison es tan alta y recta como un lápiz. Tiene ojos de viuda, lleva su negro pelo trenzado y parece una pariente cercana de la señora Danvers.

Una vez nos han mostrado nuestra habitación en el ático, Kathleen empieza a desempacar metódicamente, pero yo trepo a una silla y saco la cabeza por el ventanuco del tejado, al sol del atardecer, y lleno mis pulmones de aire. La ventana

del ático es mejor de lo que resultará la cámara oscura del Royal Mile. El paisaje de Edimburgo resplandece al fondo como una acuarela plateada, se extiende hasta los riscos de Salisbury y las colinas de Pentland.

El trabajo de una camarera se parece mucho a las labores del hogar, aunque enmascarado con otro nombre, y en su mayor parte me parece de lo más innecesario. Nunca consigo dejar los espejos tan pulidos como Kathleen o quitar de las bañeras todos esos posos granulados. Mi aspirador se atasca, mis sábanas se arrugan, mis perchas desaparecen; sin duda, no he heredado los genes para el trabajo doméstico de tía Babs y Bunty. Paso mucho tiempo en habitaciones vacías, dormitando en las camas sin hacer, contemplando el enlucido ondulado y beige de las paredes del Royal Highland y atenta a los pequeños y puntiagudos tacones de Marjorie Morrison. Si esto es «experiencia», mejor renuncio a ella y me enfrento al resto de mi vida.

Cuando me aventuro por sus calles, Edimburgo es exótica y amistosa al mismo tiempo. Pero debo explorar sola sus encantos porque —aunque parezca increíble— he perdido a Kathleen. Nada más llegar parece olvidar por completo El Resto De Su Vida con Colín y empieza a salir con un estudiante llamado Martin que, durante las vacaciones, trabaja de portero en el mismo hotel. Martin lleva gafas con montura de alambre, armilla púrpura y una rala coleta de caballo. Marjorie Morrison insiste en que se la corte, y le amenaza con unas pequeñas tijeras plateadas que lleva sujetas por una cadena a la cintura. Martin estudia ingeniería electrónica, entiende mucho de drogas y de Marshall McLuhan, y ni aunque buscásemos por todo lo largo y ancho del país encontraríamos a alguien más distinto al desventurado ferretero Colin. Me hago amiga de dos chicas irlandesas que trabajan de camareras durante el verano. Niamh y Siobhan también se están preparando para enfrentarse a El Resto De Sus Vidas, pero son pobres sustitutas de Kathleen.

Pero mi futuro es aún tan prometedor como una vía de ferrocarril. Todavía no sé que Janet Sheriff, nuestra profesora de historia, me ha sentenciado. Se enamoró a principios de curso y olvidó enseñarnos largos fragmentos del programa de historia. Solo cuando nos presentamos al examen descubrimos que había terribles batallas y sangrientas revoluciones de las que nunca habíamos oído hablar.

Por las tardes, Niamh, Siobhan y yo nos sentamos en el Benedetti's, un café italiano en Leith Walk de aspecto cálido y acogedor, con sus mesas de fórmica roja y sus humeantes máquinas cromadas. Los propios Benedetti son una ópera viviente, una siniestra y melodramática familia italiana cuyo parentesco parece indescifrable; una interminable sucesión de abuelas, hermanas y primos va desfilando tras el mostrador y se lanzan palabras los unos a los otros como si se arrojasen flores. A veces, detrás de la barra hay un guapo muchacho de ojos grises y brillante pelo negro que lleva atado con un cordón de zapato, dejando a la vista sus pómulos tan afilados como hojas de cuchillo. Su piel tostada da la sensación de oler a olivas y limones. Es

Gian-Carlo Benedetti y, al verlo, nadie podría imaginar su verdadera personalidad.

Pósteres de Pisa, Lucca y Barga cuelgan en las paredes del café, carteles cuyas ilustraciones son enormes torres del quattrocento y azules cielos toscanos. A veces, cuando el viejo señor Benedetti está a cargo del café y aguarda ocioso la llegada de clientes, se queda mirando esos pósteres con la mirada perdida, y yo sé que está pensando en su hogar [ver *nota al pie (XII)*]. Más adelante, cuando tengamos el puesto de patatas fritas en Forfar, también colgaremos uno de esos pósteres en la pared, y a veces sorprenderé a Gian-Carlo Benedetti contemplándolo con la misma expresión distraída mientras espera que la freidora alcance la temperatura adecuada. Pero para entonces ya sabré que no está pensando nada en absoluto, y le gritaré en italiano palabras cuyo sonido sugiere bordados de sangre.

* * *

Kathleen y yo telefoneamos al Queen Anne para conocer los resultados de los exámenes y descubrimos que ambas hemos suspendido historia. Un telón cae sobre el vasto panorama que constituía mi futuro; de repente, no tengo ni idea de lo que va a ser de mí. *Que será, será* dice Kathleen con una sonrisa y se encoge de hombros. No le importa... está enamorada de Martin.

Pero eso no será. Colin debe de haber notado que Kathleen se estaba replanteando El Resto De Su Vida pues se presenta en Edimburgo hecho una fiera, golpeando el timbre de recepción y sacando a Marjorie Morrison de sus casillas. Se encierra en un cuarto ropero con Kathleen hasta que la convence y al cabo de pocas horas están en el tren de vuelta a Inglaterra. Les veo partir en Waverley y, mientras la oscuridad engulle la luz de cola de su tren, le deseo a Kathleen un futuro feliz, pero, desgraciadamente, sé que los buenos deseos no bastan para eso.

Kathleen tendrá más motivos que yo para guardarle rencor a Janet Sheriff, nuestra profesora de historia. Al fin y al cabo, el amnésico amor de la señorita Sheriff es el culpable de que hayamos suspendido nuestro examen oficial de historia y de que Kathleen se haga funcionaria con grado auxiliar en lugar de administrativo, lo que les obligará a contraer más deudas con el banco. Esto producirá tensión en el matrimonio y llevará a Colin a la bebida, quien acabará por perder el negocio, arruinado antes de los cuarenta y con el juicio trastocado. Así que, en cierto modo, tuve suerte de que mi mayor desgracia fuese casarme con Gian-Carlo Benedetti y administrar un puesto de patatas fritas en Forfar.

Martin está destrozado y deja Edimburgo al día siguiente. Seguiremos en contacto esporádicamente durante algunos años. Martin se dedicará a la informática y se trasladará a California, y no creo equivocarme si digo que la pobre Kathleen acaba de tomar la decisión equivocada.

Algo como una semana más tarde, estoy tan tranquila, mirando por la ventana de la habitación 21, cuando Marjorie Morrison entra en la habitación con paso

majestuoso y mira las camas gemelas que acabo de hacer.

—¡Parece como si tus almohadas hubieran participado en la batalla de Viena! — declara.

Esta afirmación, en lugar de suscitar mi arrepentimiento, provoca una tormenta de llanto incontrolable, me derrumbo en una de las camas mal hechas y entre hipidos y sollozos le digo que nunca he oído hablar de ninguna batalla de Viena. Quizá advirtiéndome que mi pena se debe a un motivo más grave que la mera ignorancia de la historia militar, Marjorie Morrison dobla su rígida figura y se sienta junto a mí en la cama. Como un insecto torpe y anguloso, extiende los brazos y rodea con cautela mi cuerpo desparramado.

—Lennox —murmura al cabo de un rato—, debes de tener sangre escocesa en las venas, querida.

Por encima de su hombro, ajado y escuálido, observo por primera vez una acuarela, colgada en la pared, donde aparece el Puente Forth, la oscuridad de sus vigas color sangre oxidada en contraste con el cielo azul.

—No —digo, sollozando y sacudiendo la cabeza—. No, no creo que la tenga.

Las chicas irlandesas están haciendo el equipaje, se preparan para ir a la vendimia en Francia; me invitan a ir con ellas, pero rehúso acompañarlas. Intento librarme de mi apatía trepando al Arthur's Seat. Hace una mañana cálida y agradable y cuando alcanzo la cima puedo ver puentes, agua y colinas en abundancia, y en lo alto vuela una bandada de pájaros negros y brillantes dibujando proféticas formas en el aire. Cuando entro en Benedetti el guapo muchacho que, en efecto, huele a olivas y limones, levanta la vista del suelo que está barriendo, me ofrece una inmensa sonrisa y dice:

—*Ciao, come sta?*

Esa misma noche, más tarde, cuando se cierra el café, se me declara ante un hirviente *capuccino* en un terrible y titubeante inglés. Obstinada, paso por alto todos los indicios y creo que un magnífico futuro se acaba de revelar ante mí (sin saber que su petición de matrimonio se debe a que solo es un primo lejano de Benedetti y está a punto de ser deportado; por culpa de este vago parentesco no podremos quedarnos con el café de Kirriemuir o la heladería de Dundee y tenemos que conformarnos con el puesto de pescado y patatas fritas en Forfar).

Antes de volver al Royal Highland, llamo a Bunty desde una cabina telefónica en el exterior de Princess Street Gardens, rodeada por juguistas de media noche que salen del festival. Responde en tono hastiado y me la puedo imaginar a la perfección, con sus rulos azules y su redecilla para el pelo rosa.

—¡Soy yo, Rubí! —grito a través del teléfono—. Adivina... ¡me caso!

El silencio agitado con que recibe esta información dura para siempre... al menos, hasta que se me acaba el dinero.

—¡Al fin he encontrado a alguien que me quiere! —grito por el teléfono, pero ya se oye el *bipbipbipbip* y mis palabras caen al vacío.

—Felicidades, tía —me dice un hombre cuando salgo de la cabina—. Espero que seas muy feliz.

Y tendré que conformarme con esa felicitación aderezada con *whisky*, pues la única persona que invitamos a nuestra precipitada boda en los juzgados es Marjorie Morrison y tenemos que tomar prestado un testigo de la boda anterior. Bunty se niega a hablarme durante todo un año y me horroriza descubrir que la echo de menos.

Así que me casé con Gian-Carlo Benedetti y al fin encontré el Puente Forth a mi paso en tren. Atravesé el Forth y después el Tay, y averigüé lo que habría sucedido si me hubiese quedado en el vagón (*Haymarket, Inverkeitbing, Kirkcaldy, Markinch, Ladybank, Cupar, Leuchars, Dundee*). Al hacerlo, me condené a mí misma a unos años terriblemente desgraciados, en el transcurso de los cuales los encantos de Gian-Carlo Benedetti se desvanecieron en el aire junto con sus hermosos pómulos y su radiante sonrisa. No solo eso, sino que, gracias a toda la grasa de las patatas fritas, se vuelve cada vez más gordo y desagradable, y huele tanto a *grappa* que a veces pienso en arrojarle una cerilla a ver si se incendia, como un *pudding* de Navidad bien cargado.

Una vez cogí un tren a Cardenden por error. Me dirigía a Forfar (sucedió a finales de mi matrimonio con Gian-Carlo Benedetti) y el tren estaba en el lugar incorrecto, junto al andén número 17, en Waverley, donde debería haber estado el tren a Dundee. El guarda ya estaba cerrando las puertas y levantando su silbato cuando yo llegué corriendo, con una niña pequeña, de piel aceitunada, debajo de cada brazo, sus rizos negros agitándose por la carrera, y salté a bordo. Observé que iba en la dirección equivocada cuando el tren ya había serpenteado hasta la mitad de Fife (mi estado mental no era muy bueno por aquel entonces). Al llegar a Cardenden bajamos y esperé el siguiente tren de vuelta a Edimburgo. Estaba muy cansada, y si Cardenden hubiera tenido un aspecto algo más prometedor creo que me hubiera limitado a quedarme allí. Si alguna vez habéis estado en Cardenden sabréis lo mal que debían de irme las cosas.

Eso fue justo antes de recibir una llamada telefónica que me cogió por sorpresa.

—¡Es el teléfono... tuyo! —gritó Gian-Carlo Benedetti (su inglés había mejorado muy poco a pesar de mi celosa instrucción), pero cuando levanté el auricular me recibió un silencio familiar... era el señor Nadie.

—Bueno, llevabas mucho tiempo sin llamar —le reprendí, pero no hubo respuesta, ni una palabra, ni una respiración pesada, ninguna respiración en absoluto de hecho, y yo escuché el silencio con gran atención por si contenía un mensaje en sí mismo. Descubrí que poseía un efecto relajante, como escuchar el mar en una caracola, lleno de ritmos invisibles, de olas, y podría haberme quedado allí sentada,

escuchando ese silencio por siempre, pero de repente mi interlocutor habló desde el fondo oceánico... un dudoso «¿Hola?». El misterioso sonido de éter espiritual se convirtió en ruidos estáticos de las antípodas, mientras la voz repetía:

—¿Hola? ¿Hola? ¿Rubí?

No era el señor Nadie, ni una sirena llamando a larga distancia, era Patricia.

—¿Dónde estás, Patricia?

Se oyó un ruido extraño e impreciso, como de alguien que estuviera aprendiendo a reír.

—¡Australia! —gritó—. ¡Estoy en Australia, Rubí!

(Forfar parece insignificante comparado con la distancia que recorrió Patricia para alejarse del quebrado círculo familiar).

—No podías haberte ido más lejos, ¿eh, Patricia? —la amonesté, pero ella se limitó a emitir de nuevo ese extraño ruido.

No mucho después de esa llamada, cuando estaba llenando la boca siempre abierta de la ruinosa máquina de pelar patatas, experimenté una epifanía personal: alzando la vista de un montón de deformes patatas King Edwards, vi un inmenso resplandor azulado y, por un instante, los pelos se me pusieron de punta. El pelador de patatas se había fundido y, en ese instante eléctrico, lo había visto todo claro: ¡estaba viviendo una vida equivocada! Esa no era mi vida... era la vida de otra persona y cuanto antes hallara la correcta, mejor, a juzgar por la mirada asesina de Gian-Carlo cuando le informé de lo que había sucedido con el pelador.

—Tienes la mujer equivocada —le murmuré por encima del montón de patatas que, trabajosamente, estaba pelando a mano. Agité el mondador ante él—: Sé, sin ningún género de dudas, que esto no es lo que yo debería estar haciendo.

Soy la niña encantada, soy la auténtica novia, soy Rubí Lennox, todavía.

Me fui a la mañana siguiente, temprano, mucho antes de que Gian-Carlo se hubiera levantado. No me llevé nada, excepto las niñas de piel aceitunada, y puse tanta distancia como pude entre mi persona y aquella vida perteneciente a otra persona —quienquiera que fuese— que yo había estado viviendo en falso hasta entonces. Rápidamente nos hicimos expertas en horarios: British Rail, autocares Bluebird y, por fin, un enorme *ferry* costero en el que navegamos hasta Ultima Thule. Aquel primer verano, durante las interminables noches de Shetland, hacía guardia mirando al mar, para asegurarme de que las negras cabezas que asomaban entre las olas pertenecían a las focas y no a los vengativos Benedetti.

Cuando Patricia, Bunty y yo nos convertimos en los tres vértices de un extenso triángulo, nuestra relación se estrechó. Fuimos todas a Australia —Bunty, yo y las dos niñas de piel aceitunada, cuyos nombres eran (y siguen siendo, por supuesto). Alice y Perla. Bunty se pasó todo el vuelo preocupada por si un Exocet argentino derribaba nuestro avión —estábamos en 1982, en plena guerra de las Malvinas— y

Alice tuvo que cogerle la mano durante casi todo el vuelo. Aterrizamos ilesas en suelo australiano y Patricia nos presentó su nueva vida: una casa de madera blanca con una higuera en el jardín en un buen barrio de Melbourne. Estaba casada con un apacible dentista judío, mucho mayor que ella, y tenía dos hijos, Ben y Naomi. Cuando llegamos, acababa de graduarse en la facultad de Veterinaria.

—Tus sueños se han hecho realidad, Patricia —le dije, pero ella respondió que no recordaba haber tenido ningún sueño. Creo que había olvidado el pasado.

Patricia se había convertido al budismo y meditaba cada mañana al alba bajo su higuera. Nos parecía casi imposible que aquella persona, resplandeciente de sol y energía, pudiera ser Patricia. Pero lo era.

Bajo los claros cielos del hemisferio sur Bunty es también una persona distinta; incluso permite a Louis hurgar con delicadeza en sus empastes y arreglar su puente dental. Al sol, rodeada por sus cuatro nietos medio ingleses, disfruta ese repentino matriarcado Lennox y lo siento por ella cuando la devuelvo a la casita de Acomb y la dejo allí. («Siempre podría venirse a vivir contigo, Patricia», le digo alegremente a mi hermana mientras aguardamos para embarcar en nuestro vuelo Qantas, y valió la pena esperar quince años para ver esa expresión en el rostro de Patricia).

Aquello sucedería en el futuro, al igual que El Resto De Mi Vida —pero eso es otra historia (*Rubí 2-Continuación, ¡Lo que fue de Rubí!*), así que cuando Gian-Carlo Benedetti dice en su inglés chapurreado: «Rubí... me casaré contigo, ¿sí?» asiento con la cabeza e, incapaz de pensar ninguna otra respuesta, digo: «¿Por qué no?». Durante siete años, tres meses y dieciocho días ostento un nombre singular, Rubí Benedetti, antes de recuperar, por gentileza de la Corte de Edimburgo y el llamado, de modo aún más singular, Lord Ordinario, mi verdadero yo.

De nuevo soy Rubí Lennox.

Nota al pie (XII) - 1914 Hogar

A la señal del silbido, Lawrence tiró del cabo mientras el pequeño vapor se aproximaba al embarcadero de madera. El capitán del barco, un hombre canoso y bonachón llamado Robert Jenkinson, gritaba en su portugués franco a uno de los hermanos de la Misión que estaba en el embarcadero, y Lawrence rio. El anciano llevaba casi toda su vida navegando arriba y abajo de aquel afluente del Amazonas, pero aún no sabía hablar lingo. Lawrence sí, a Lawrence le encantaban las armoniosas cadencias de aquella extraña lengua portuguesa.

—Tienes un don para eso, Lawrence —le había dicho el padre Domingo, y Lawrence, aunque pareciese absurdo, se había sentido orgulloso.

Una vez el barco estuvo amarrado, procedieron a desembarcar la carga: harina, café, petróleo, velas, anzuelos, tinta, azúcar, pesados rollos planos de calicó y media docena de wyandottes. Más allá del embarcadero, en una amplia explanada sin árboles, se erguía la Nueva Misión, blanca y recta. Pero no era tan atractiva como las

chozas de los nativos —filiformes construcciones abiertas con techos de paja. Lawrence dormiría en una esa noche, caras amistosas, una cena de pescado, arroz y harina y pasar las horas luchando con los mosquitos de río.

Cuando hubo acarreado el último saco hasta el carro de los hermanos, Lawrence se tomó un descanso. Se sentó en el embarcadero, se apoyó contra un poste y lio un cigarrillo.

Era avanzada la tarde y el sol calentaba más que en todo el día, destellando como oro entre los muchos verdes que ofrecía la vegetación a la orilla del río. El agua era de un negro brillante, reluciente, como carbón pulido. Lawrence dio una larga calada a su cigarrillo y aspiró el aroma a pescado, plantas en descomposición y calor procedente del río.

Lawrence pensaba en su casa. Últimamente pensaba mucho en su hogar... el frío y norteño hogar de su infancia. Los campos llanos y despejados, las colinas desnudas, donde plantas y animales debían esforzarse para crecer y sobrevivir, donde la fertilidad solo se obtenía trabajando, y no lo inundaba todo como un húmedo e hirviente cocido. Lawrence se estiró la parte delantera de su fina camisa de algodón y la agitó adelante y atrás para refrescarse. Había sido feliz allí mucho tiempo, pero de repente le invadía el deseo de volver a casa... al menos, de visita.

Pensaba en sus hermanas, Lily y Nelly, y se preguntaba en qué clase de mujeres se habrían convertido. Pensaba en sus hermanos, Tom y Albert, y en la malvada Rachel, y pensaba también en su hermosa hermana muerta, Ada. Pero, por encima de todo, pensaba en su madre, a la que había visto escapar, un fantasma entre las sombras nocturnas.

Había salido al retrete aquella noche, por culpa del terrible cocido de patata y col que su madre había hecho para cenar, y estaba a punto de atravesar el jardín para volver a la casa cuando la vio deslizarse por la puerta, ataviada con su vestido negro oxidado, una capa de viaje y una boina. En la mano llevaba un pequeño maletín Gladstone. ¿Qué hacía su madre con valija y boina a las tres de la mañana? Lawrence intentó seguirla para averiguarlo, pero iba descalzo y el camino estaba sembrado de piedras cortantes. Su madre, calzada con sus botitas negras, caminaba ligera, liviana, y Lawrence tuvo la extraña impresión de que avanzaba flotando a algunas pulgadas por encima del suelo. Desapareció tras la cima de una colina y cuando Lawrence, dando traspiés, consiguió alcanzar la cumbre, solo pudo ver un carro negro, más negro que la noche misma, que se alejaba rodando. Atisbo también la silueta de su madre, con boina, sentada en lo alto junto al francés.

Cuando se levantó a la mañana siguiente pensó que debía de haberlo soñado pues su padre dijo que ella había muerto.

—Yo la vi —le dijo más tarde a Ada (pálida, con penosas bolsas azules bajo los ojos, de tanto como había llorado).

—¿La viste?

—En el carro del francés.

—Sería su fantasma, Lawrence. Madre no nos habría dejado —dijo su hermana, y Lawrence pensó: «no, no haría algo así».

Lawrence arrojó la colilla del cigarrillo al agua negra donde crepitó una fracción de segundo y le hizo sentirse repentinamente acalorado. Se pasó un pañuelo por la nuca para secar el sudor. Lawrence, en ocasiones, aún veía a su madre en sueños: sus preciosos rizos rubios, sus pequeños dientes, puntiagudos como los de un gato. Cuando soñaba con su madre siempre se levantaba muy contento, como si le corriese azúcar tibia por las venas. Entonces recordaba que se había marchado y tenía ganas de llorar, lloraba a veces, como un afeminado, terribles sollozos que le hacían sentirse muy avergonzado.

—Me gustaría ir a casa —le dijo a Robert Jenkinson, que se acercaba por el embarcadero con una botella de *whisky* en la mano. El capitán se sentó junto a Lawrence, le pasó la botella y rio:

—Ni se te ocurra ir ahora a casa, chaval, se aproxima una guerra.

Lawrence se sacó una moneda plateada del bolsillo y la arrojó tan alto como pudo. Un pájaro graznó en la jungla y una veta plumosa de colores chillones pasó como un rayo entre lianas y parras. Lawrence, de repente, se dio cuenta de lo mucho que deseaba ver un avefría alzando el vuelo o escuchar el canto de la alondra mientras se eleva hacia un cielo pálido sobre las colinas de casa. La moneda plateada surcó el aire, girando una y otra vez y destellando a la luz del sol. Lawrence alargó la mano para coger la moneda y la plantó en el dorso de su otra mano. Se la alargó a Robert Jenkinson para que la examinase.

—A casa —dijo Lawrence—. Me voy a casa.

Capítulo 13

1992

Redención

He vuelto para ocuparme de los despojos de mi madre, aunque el hecho de que aún no esté muerta hace la tarea más complicada.

—Ha perdido su personalidad —susurra Adrian cuando abre la puerta frontal—. No conserva nada de su antiguo yo.

Bueno, supongo que cualquier cambio será para mejor. Adrian se ha ocupado del asunto mientras yo viajaba de vuelta a York. De nuevo en casa, aunque esta ya no es mi casa.

—¿Sabes algo de tu Pat? —dice Adrian alegremente, batiendo huevos con leche en un cuenco.

Se siente a sus anchas en la cocina de Bunty, mientras Bunty está ahora exilada de su propio reino. Sentada a la mesa, ordena una y otra vez los cuchillos y los tenedores pero, por alguna razón, no consigue disponerlos como desea. Parece sorprendida cuando me ve, y pregunta, muy educada:

—¿Quién es usted? (Cuando he llegado, me ha recibido con los brazos abiertos y un fuerte beso. Así me he enterado de que mi madre ya no era la misma).

Le respondo con una gran sonrisa tranquilizadora (su sonrisa) y digo:

—Soy yo, Rubí.

—Patricia está bien... no le he hablado de esto —digo, agitando la mano con gesto impreciso, pero Bunty me mira con una sonrisa de interés en el rostro, como si yo fuera una niña pequeña haciendo un encantador numerito en una fiesta.

Adrian se ofrece a quedarse unos días y yo acepto agradecida. Ahora tiene su propio salón y vive con un arquitecto llamado Brian. Tienen un perro, un chihuahua llamado Dolores, que se ha traído consigo. En estas circunstancias, Adrian es lo más parecido a una hermana; le gusta visitar las clínicas privadas conmigo, revisar los lavabos y los armarios, y revolotear por la casa con el segundo mejor delantal de Bunty, haciendo el trabajo doméstico con un aire alborozado que habría mortificado a mi madre si hubiera sido ella misma. Pero no lo es.

El pronóstico, según el joven doctor Haddow, una versión menos afable de su padre, es el siguiente: su demencia irá aumentando progresivamente, pero es probable que viva mucho tiempo porque posee una constitución singularmente robusta. Por eso no hay que preocuparse.

—¿Demencia? —repite Bunty confundida, con el ceño algo fruncido, pero el doctor Haddow y yo le dirigimos una sonrisa estoica y fingimos no haberla oído.

—¿Quién *era* ese hombre? —pregunta Bunty cuando se ha ido.

Gran parte de su confusión se centra en la identidad de las personas, como si de repente se hubiera convertido en una acérrima escéptica empírica. A veces sabe quién soy y a veces no. Esto me parece fascinante y paso mucho tiempo preguntándole: «¿Sabes quién soy?». Un día, tras oír la pregunta, Adrian, garboso plumero amarillo en una mano, chihuahua en la otra, me lanza una mirada perspicaz y dice:

—¿Sabes *tú* quién eres, Rubí? (Lo sé, soy Rubí Lennox).

Nuestros días juntos pasan rápido, abrumados por el trabajo doméstico, las compras, la cocina, cortas salidas al parque. Bunty y yo paseamos entre los setos, podados con esmero, y nos sentamos en bancos, pensativas, mirando cómo empujan a los niños pequeños en los columpios. A ella le encantaría pasarse allí todo el día, pero cuando yo digo: «Vamos», se levanta obediente y trota a mi lado.

Las tardes transcurren en un simpático ambiente doméstico, discutiendo cuál sería el mejor lugar para encarcelar a Bunty, revisando montones de folletos de clínicas privadas. Todas parecen tener *habitaciones con modernas instalaciones y vistas agradables*.

La segunda personalidad de Bunty es mucho más agradable que la primera. Su antiguo yo, incapaz de divertirse, se hubiera resistido a malgastar la cantidad de tiempo que perdemos cada día. He esperado cuarenta años para jugar con mi madre y ahora, por fin, pasamos largas tardes al sol representando personajes, uno tras otro, en el planeta Alzheimer. En su confusión, Bunty tiene alrededor de nuevo a toda su familia y, como soy la única niña corpórea disponible, debo doblarlas a todas, lista para responder en nombre de *Perla, Gillian, Patricia* (a veces incluso *Rubí*). Gillian sigue siendo la favorita de Bunty, por lo que parece. (*¿Quieres que te haga tu postre favorito para la cena, Gillian? ¿Te gustaría ir de compras con mamá, Gillian?, y cosas por el estilo*). Es bastante extraño estar rodeada por mis hermanas invisibles y a veces, cuando entro en una habitación, me sorprende descubrir que está vacía.

Una tarde, dejo a Bunty en la sala sin vigilancia algunos minutos y cuando regreso a la estancia la encuentro en medio de una ondeante nube de polvo gris, vaciando la bolsa del aspirador en la alfombra de la sala.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le pregunto.

Pero ella se limita a mirarme con una sonrisa serena y dice:

—Estoy esparciendo las cenizas de tu padre, por supuesto.

—¿Quería él que las esparciera en la sala? —le pregunto, y camino con pies de plomo por la alfombra (ni aunque me fuera la vida en ello podría recordar qué hicimos con ellas después de incinerarlo). Noto algo pegajoso en las suelas de los zapatos y me pregunto si serán trocitos de mi padre. Más tarde, George ya de vuelta al aspirador, Bunty me aborda con expresión desconcertada:

—¿No habrás visto a mi madre, verdad? No la encuentro por ninguna parte.

—Creo que la hemos encontrado —le susurro a Adrian mientras aparcamos frente a un impresionante edificio neogótico.

—¿Hemos encontrado qué? —se interesa Bunty. Ha desarrollado el oído de un murciélago como para compensar los escapes en su materia gris.

—¿Qué te parecería pasar unas pequeñas vacaciones aquí, tía Bunty? —le pregunta Adrian, sonriendo por el espejo retrovisor. Bunty no dice nada; quizá sabe que es una trampa. Pero cuando al fin reúno el valor necesario para volverme y mirarla, la veo contenta, sonriendo para sí. Nuestra inspección de Silverleas es satisfactoria. Los alrededores de la lustrosa caoba del gran vestíbulo principal no huelen a desinfectante ni a col hervida, solo a ambientador de lavanda y a pastas calientes.

—Es encantador, ¿no? —le pregunto a Bunty con entusiasmo, y ella asiente.

—Encantador... ¿Para cuánto tiempo hemos hecho las reservas?

Inspeccionamos las habitaciones, tanto individuales como compartidas, con sus colchas a juego, cortinas y alfombras de buena calidad; las salas, donde hay periódicos y juegos de mesa; las cocinas, donde la comida tiene un aspecto delicioso, y uno realmente pensaría que se trata de un buen hotel (algo entre dos y tres estrellas) si no fuera por los residentes; como las dos ancianas, cogidas del brazo y con cesta de la compra, que le dicen a la supervisora que no encuentran terliz de colchón *por ninguna parte*. Por poco me ofrezco a llevarlas a más tiendas, pero Adrian me detiene sujetándome el brazo con la mano.

Cuando llega la hora de irnos, Bunty pone mala cara. Adrian le promete que volveremos y que podrá quedarse una buena temporada. La supervisora nos da la mano con calor pero su voz se convierte en un murmullo cuando Bunty empieza a bajar las escaleras.

—Pero, por favor, no olviden que Silverleas solo puede aceptar a personas que no precisan cuidados médicos, de modo que si su madre se pone enferma no podremos tenerla aquí.

—Está bien —le digo animada—. Mi madre posee una constitución singularmente robusta.

—Muy bien, vamos a ponerte bien guapa y elegante para tus vacaciones, ¿de acuerdo?

Adrian sonrío, frotando la cabeza de Bunty con una toalla. Saca unas tijeras del bolsillo del pantalón y chasquea con destreza alrededor de su cabeza mojada. Advierto lo fino que es ahora su cabello. Tiene manchas hepáticas en el dorso de la mano y una extraña marca roja en la esquina de un ojo, como si un gato le hubiera clavado la uña. De repente, me invade la compasión y la detesto por despertar esos

sentimientos en mí.

Cuando nos acercamos a Silverleas para nuestra entrega final, Bunty parece menos conforme con la idea. Mientras atravesamos York, donde los embotellamientos son constantes, tiene un ataque próximo a la histeria. Cree que debemos tomar un tren y que llegamos tarde sin remedio. Y cuando pasamos de largo la estación deja escapar un formidable lamento.

Debemos obligarla a bajar del coche, y cuanto más nos acercamos a la enorme y aristocrática puerta frontal más lentos se vuelven sus pasos. Cuando empezamos a subir el primer tramo de escaleras me agarra la mano de repente y, por primera vez, observo que es más pequeña que yo. Aún recuerdo cuando era dos veces más alta; ahora parece una muñeca. ¿Cómo ha encogido tan rápido? Mi paso se vuelve vacilante, no estoy segura de que pueda hacerlo. Quizá podría llevarme a casa esta nueva muñeca-madre y cuidar de ella, al menos por un tiempo.

—Ni se te ocurra —murmura Adrian a media voz, pero de todas formas la supervisora ya ha tomado a Bunty del brazo y la conduce por el pasillo a la habitación con modernas instalaciones y vistas agradables. Justo antes de desaparecer se vuelve y agita la mano tristemente, como un niño en su primer día de colegio.

—Esa era mi madre —digo con un suspiro.

Adrian se esfuerza a reír y dice:

—Aún lo es, Rubí, aún lo es.

Sin embargo, cuando visitamos a Bunty al día siguiente, parece más contenta, y nos dice que el servicio de habitaciones es maravilloso.

—¿Cuánta propina debería dejar? —pregunta, frunciendo el ceño preocupada. La llevamos a dar un paseo por los parques, con Dolores mordisqueándonos los pies. Silverleas está situado en una zona verde poblada de hermosos árboles: sauces llorones y nogales, lustrosos arbustos de acebo y macizos de siniestros tejos. Es un buen asilo y las flores primaverales brotan por todas partes. La hierba se extiende hasta perderse de vista, verde y fresca. De repente, me asalta la idea de que es el lugar perfecto para jugar a los caballos y casi siento que Christine Roper no esté aquí porque creo que, en estos momentos, me apetecería jugar precisamente a eso. Hacemos una pausa en nuestro paseo y nos sentamos en uno de los muchos bancos, donados por personas agradecidas. Nuestro banco es en memoria de *Fred Kirkland 1902-1981*. Los tres nos acomodamos muy formales en el banco de Fred —la espalda recta, las manos sobre las rodillas— y contemplamos un pequeño grupo de fritillarias, que se agitan y ondean en la suave brisa como faldas de hadas.

—¿Te gustaría quedarte aquí? —pregunta Adrian, y todo el cuerpo de Bunty se crispa como el de un conejo espantado.

—¿Quedarme? —repite en voz baja—. ¿Para siempre?

—Bueno —objeto—, quizá no para siempre...

—¿Por qué no puedo ir a casa? —dice Bunty, lanzando a uno y a otro una mirada rápida, aterrada, que me hace desear estar en cualquier parte menos allí—. ¿Por qué

no puedo ir a casa?

Adrian y yo comemos bocadillos frente al televisor, con las bandejas de Bunty sobre las rodillas. Estamos viendo *Antiques Roadshow*, con la ferviente devoción de quien no tiene nada mejor que hacer. Mañana empezaremos a empaquetar la casa en cajas y nos desharemos de todo. Resulta extraño deshacerse de las cosas estando viva Bunty pero ya nadie va a utilizarlas. Entonces suena el teléfono.

Quizá sea el señor Nadie. No es él, es la supervisora de Silverleas diciéndome que Bunty ha sufrido una apoplejía.

—¿Cómo ha encogido tanto?

Patricia está pasmada ante el cambio sufrido por Bunty. Los tres —Patricia, yo y Adrian (cuatro si contamos a Dolores, que está aovillada dentro de la chaqueta de Adrian) estamos sentados alrededor de la cama de Bunty, en el hospital, y hablamos en suaves susurros. Patricia tomó el primer vuelo cuando se enteró de la inminente defunción. El lecho de Bunty está en una habitación secundaria del nuevo hospital del distrito, tras haber sido expulsada de Silverleas al sufrir la apoplejía (después de todo, no pudo dejar propina). Una hemorragia cerebral, no lo bastante grave como para matarla pero suficiente para enviarla a un limbo aún más profundo. Su cena ha llegado y se ha ido, intacta, aunque Dolores ha tomado algunos mordisquitos de la parte izquierda.

La enfermera del turno de noche, la enfermera Blake, se asoma por la puerta y nos pregunta si todo va bien. El tono de la enfermera Blake —solemne y compasivo — junto con esa habitación secundaria en lugar de la sala general, sugiere que Bunty no puede durar mucho más, y cuando se va discutimos sobre si deberíamos pasar la noche en casa o no. Corro las cortinas de la ventana, con grandes dibujos de colores, como si pertenecieran a la sala infantil. La habitación de Bunty da a la línea de Scarborough y un corto tren diésel silba al pasar por debajo. Patricia y yo decidimos preguntar a la enfermera Blake si conoce los detalles del horario terminal de Bunty. Son pasadas las nueve, los visitantes rezagados ya se han ido y las luces están bajas. Encontramos a la enfermera Blake y a una enfermera en prácticas en una de las salas con seis camas, tranquilizando a un anciano diminuto que intenta arrojarse de la cama con notable determinación. La enfermera Blake y la estudiante bregan a ambos costados de la cama mientras el anciano, no mayor que un escolar, profiere una feroz retahíla de invectivas contra ellas.

—Creo que está ocupada —dice Patricia insegura—. Vayamos a dar una vuelta.

Y vagamos por el laberinto de escaleras y pasillos, cogidas del brazo, como los heridos que vemos deambular en bata durante el día. Todos están ahora bien arropados, a salvo, y los pequeños trenes eléctricos que zumban de acá para allá con

bandejas de comida en el remolque no circulan ya. Recorremos los pasillos con muros de vidrio tras los cuales se ven patos que descansan alrededor de un estanque artificial, iluminado por pequeños focos. El ligero zumbido de un motor vibra suavemente en el aire, como si el hospital fuera un gran barco surcando tranquilo la oscuridad. Nos sentamos un rato en recepción, en las grandes sillas de vinilo. Miramos las puertas giratorias y decidimos salir a dar un paseo por el aparcamiento de las visitas, ahora vacío, cuyo trazado recuerda a una enorme cuña. Estamos a pocas yardas de donde nació Bunty. Y ahora va a morir. Más allá, al otro lado de la carretera, vemos brillar las luces de la fábrica Rowntree, el otro gran transoceánico.

Cuando volvemos junto al lecho de Bunty, la enfermera Blake está allí, sosteniendo una de las manos de Bunty. Adrian sujeta la otra. Adrian nos lanza una mirada preocupada y la enfermera Blake dice:

—Creo que ha dado un cambio a peor.

Nuestra vigilia junto al lecho dura toda la noche. Cuando uno espera la muerte en lugar de ser sorprendido por ella (como habitualmente sucede en nuestra familia), tarda mucho en llegar. La enfermera Blake (Tessa) anda cerca de los cincuenta y tiene dos hijos ya mayores llamados Neil y Andrew. Neil está casado y tiene una hija recién nacida llamada Gemma. La enfermera Blake nos cuenta esto (y muchas otras cosas) cuando intercambiamos historias ante el cadáver viviente de Bunty. Con sus cansados ojos azules y sus canosos rizos rubios, la enfermera Blake parece un ángel, rollizo y fatigado.

—Nunca conocí a mi verdadera madre —dice en voz baja—. Me adoptaron. No conocer a tu verdadera madre, eso es una buena faena, ¿saben?

Patricia da un respingo y pregunta:

—¿Intentó encontrarla?

La enfermera Blake dice:

—Oh, sí, lo intenté, pero ya había muerto. Procedía de Belfast, es todo lo que sé de ella en realidad, excepto que también era enfermera, qué coincidencia, ¿verdad? Fui una niña de la guerra.

—Todos fuimos niños de la guerra —dice Patricia enigmáticamente.

—Está pendiente de un hilo —susurra la enfermera Blake, y todos escudriñamos la cara de Bunty, sin desviar la vista ni un instante. No creo que nunca haya mirado tanto a mi madre como esta noche, y ahora que la examino de cerca me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo es. Patricia contempla a esa extraña postrada en el lecho con una singular expresión de violencia en el rostro y, por un instante, me recuerda a la antigua Patricia.

Siento un peso en mi interior que aumenta cada vez más. Me esperaba algo distinto en el tránsito de Bunty... esperaba oír de sus labios unas últimas palabras cargadas de sentido, perlas de sabiduría, una confesión en el lecho de muerte («No

soy tu verdadera madre») pero debo rendirme a la decepcionante evidencia: no va a decir nada, ni siquiera adiós.

—Creo que se ha ido —dice la enfermera Blake en voz muy baja, y menos mal que nos acompaña una enfermera, porque ninguno de nosotros hubiese advertido que Bunty ha muerto, ha traspasado el velo con la mayor discreción. Me gustaría ser el tipo de hija que se rasga las vestiduras y se mesa el cabello, pero no lo soy, ni tampoco Patricia. Está sentada junto al lecho con expresión aturdida, como si lo último que esperase encontrar en un lecho de muerte fuera la muerte misma. Adrian llora, y la única que parece saber cómo comportarse en estos casos es la enfermera Blake. Con cuidado, alisa las sábanas y toca la frente de Bunty, con el gesto de quien arropa a un niño que tiene miedo a la oscuridad. Me asalta la necesidad, por completo inadecuada, de sacudir a Bunty para devolverla a la vida y obligarla a ser nuestra madre de nuevo... pero haciéndolo mejor esta vez.

—Bueno, todo ha terminado —dice Patricia, cuando vamos sentadas en el asiento trasero de un taxi que nos aleja del hospital. York pasa ante nosotras a toda velocidad, un cambiante paisaje enmarcado por las ventanillas del taxi.

—Sabes, Rubí, en el fondo la queríamos.

—¿La queríamos? Yo no llamaría amor a eso.

—Tal vez no, pero de todos modos era amor.

Escudriño el rostro de Patricia, para asegurarme de que no se está marcando un farol o trata de decir algo sentimental, pero no, parece preocupada, así que refreno mi impulso de llevarle la contraria. Quizá tenga razón. Quizá mi concepto de amor —tan inmenso como el cielo— no sea lo bastante amplio como para abarcar los autistas cuidados maternos de Bunty.

Patricia y yo sujetamos anchas cintas negras a cada lado del ataúd y simulamos bajarlo a la tumba. Tío Ted, tío Clifford, Adrian y Lucy-Vida sujetan también cintas en este acto simbólico. Los puñados de sólida tierra golpeando la tapa del ataúd me ponen nerviosa. Hay algo oscuro y primitivo en un enterramiento. Casi espero ver a Bunty hacer saltar la tapa, irritada, incorporarse y decirnos: «¡Deberíais llevar cuidado, podríais enterrar a alguien vivo!». Pero no lo hace. Patricia y yo hemos discutido mucho sobre si deberíamos incinerar o enterrar a Bunty y al final, quizá porque aún conservamos recuerdos del incendio de la tienda, nos decidimos por el entierro. Ahora no estoy tan segura. En el fondo, no creo que le hiciera gracia. Si al menos una pareja de ángeles extendiera sus alas-chaqueta sobre ella...

El asunto del cementerio es rápido, al igual que la ceremonia del funeral. Bunty apenas ha pisado una iglesia desde que dejó la escuela dominical St. Denys, de modo que el vicario de la iglesia local no se esfuerza demasiado. A pesar de nuestras recomendaciones en contra, insiste en llamarla Benerice, y yo no consigo alejar la incómoda sensación de que estamos enterrando a la persona equivocada.

Después volvemos a casa. Adrian se ha pasado toda la mañana haciendo sándwiches, quiches y un pastel de frutas, y la recién divorciada Kathleen circula por la casa con bandejas de comida, como una camarera, el rímel corrido bajo los ojos porque no puede dejar de llorar. Llora por su divorcio, no por mi madre, pero, al no saberlo, mucha gente la toma por una hija afligida. Los ojos de las verdaderas hijas, mal que les pese, siguen secos. Hay un extraño vacío en el ambiente del funeral. Es como estar en una fiesta, pero sin ruido y sin esperar que algo suceda, porque ya ha sucedido. La persona alrededor de la cual gira todo el asunto está ausente.

Pensé que, tras su muerte, me quitaría un peso de encima, me sentiría liberada, libre de ella, pero ahora sé que siempre estará aquí, en mi interior, y cuando menos lo espere me miraré al espejo y veré su expresión, o abriré la boca y hablaré con sus palabras.

—Bueno, ¿sabes, Rubí? —dice Patricia, poniéndose un trozo de quiche de brócoli en el plato—. La gente tiene la madre que necesita para una encarnación en particular.

Pero nada más decirlo se encoge de hombros, indecisa, pues a ninguna de las dos se le ocurre para qué podíamos necesitar a Bunty.

—¿Creéis en esas cosas? ¿El karma y todo eso? —pregunta Lucy-Vida.

Estamos sentadas en las escaleras, compartiendo una botella de vino con Lucy-Vida. De tanto en tanto, nos apartamos a un lado para dejar paso a la gente que se dirige al piso de arriba, al lavabo.

—Patricia es budista —le digo.

—Yo me reencarnaré en un gato —dice Lucy-Vida. Extiende una pierna, absurdamente larga y felina, y el agujero de sus medias negras, contenido con esmalte de uñas rosa, se agranda de repente y se convierte en una carrera que se dispara por debajo de su falda. Ahora tiene cuatro hijos pero solo el mayor la acompaña. Wayne es un fornido chico de veinticinco años con muslos como jamones de York y luce orgulloso su uniforme militar. Es el mismo Wayne del que Lucy-Vida estaba embarazada en la boda de Sandra y la comparación con los dos esmirriados hijos de Sandra, Dean y Todd, no dice mucho en favor de estos últimos. Sandra ha engordado mucho durante estos años y lo utiliza como forma de intimidación.

—Vaca mandona —comenta Lucy-Vida tranquilamente cuando Sandra le grita a Tío Ted.

Tío Bill ha muerto pero tía Eliza, quien espera un trasplante de cadera, va cojeando de un lado a otro, ayudada por dos muletas, mientras Wayne le sujeta el vaso y le enciende los cigarrillos.

—Es un gran tipo —dice Adrian, ofreciéndonos quiche.

Desgraciadamente, Margarita y Rosa no han venido al funeral. Hace bastante tiempo que no las vemos; ninguna de las dos se ha casado y viven juntas en un rascacielos de Leeds. Tía Gladys dice que nunca salen de casa.

—Tendrán que salir alguna vez —dice Sandra sin hacerle caso—, ¿cómo comen

si no? (Es probable que Rosa y Margarita no necesiten comer).

—Bah —dice Wayne—. Mamá me mandó a visitarlas el año pasado... creen que los extraterrestres se comunican con ellas a través del televisor —hace girar un dedo junto a la sien—. ¡Están piradas que te cagas!

Lucy-Vida le golpea con fuerza al otro lado de la cabeza y dice:

—¡Esa lengua, Wayne!

En la cocina, Brian, el amante de Adrian, se ha puesto los guantes de goma rosa de Bunty y está allí venga a lavar. Tío Clifford, sin dentadura, está sentado a la mesa comiendo un pastelillo de cerdo y defiende con pasión la necesidad de repatriar a los «negros», a África, si es posible. Brian asiente y sonríe con la expresión tolerante de quien sabe que puede largarse a casa cuando le dé la gana y no ver al otro nunca más.

—Bueno —dice tía Gladys antes de irse—, ha sido una despedida estupenda; a vuestra madre le habría gustado.

—No, no le habría gustado —dice Patricia, cerrando la puerta tras el último invitado al funeral—. Odiaba este tipo de cosas.

Pasamos los días siguientes atendiendo los asuntos posteriores al funeral, ponemos la casa en venta, enviamos pólizas de seguro y separamos ropa para la tienda de la PDSA (dispensario popular para animales). Examinamos las joyas y las fotografías y nos las repartimos. Yo me quedo la foto de mi bisabuela, la que tenía Tom, y el medallón de plata; Patricia coge el reloj y —tras algunas dudas— la pata de conejo, que planea quemar en el jardín.

El día antes de su partida vamos a dar un paseo por el centro de York; la catedral domina el panorama por donde quiera que vamos. A partir de ahora, ya no habrá motivo para volver a York... quizá nunca regresemos. Parece una ciudad de mentira, una sucesión de llanos, decorados, almenas de cartón y casas medievales enmaderadas a medias, semejantes a maquetas ya cortadas y pegadas. Las calles están llenas de extraños: músicos ambulantes, grupos escolares, turistas y una interminable variedad de extranjeros.

Pasamos bajo el gran cartel de madera anunciando La Antigua Posada Starre que se extiende desde un extremo de la calle al otro. La *via praetoria* romana. Todo el lugar se ha convertido en un centro comercial de lujo; ya no hay Richardson's que valga, ni Hannon's, se acabaron los Walters y los Bernards, no hay más barberos o panaderos, ni tampoco vidrieros artesanos; parece una gran tienda de *souvenirs*, muy, muy cara.

Lenta pero inexorablemente llegamos a la tienda. Hace diez años que Bunty la vendió y ahora el local está ocupado por una cara *boutique* de ropa masculina. Un riel de *tweed* Harris pende donde en otro tiempo estaban las jaulas de conejos; un carrusel de corbatas de seda ha ocupado el lugar del loro. No hay ni una sola viga, ni un solo listón, ni una hoja de vidrio reconocible, no queda ni un átomo, ni una molécula. En el piso de arriba, «sobre la tienda» hay ahora un café —un «salón de té»— y Patricia y yo tardamos mucho en decidir si echamos o no un vistazo. Pero al final subimos,

nos sentamos a una mesa con mantel de puntilla y bebemos té a un precio exorbitante en el mismo lugar que antaño ocupaba nuestro televisor.

—¿No es escalofriante? —dice Patricia estremeciéndose.

Hay más mesas en el piso de arriba y, al salir, nos entretenemos al pie de la escalera largo rato pero ninguna se atreve siquiera a poner un dedo en la barandilla. El tintineo de las cucharillas en los platos y el educado murmullo de voces extranjeras, americanas, alemanas, japonesas, se desliza escaleras abajo. Cierro los ojos. Si me concentro, acierto a oír un murmullo más antiguo, igual de extranjero pero menos educado —latín, sajón, normando, francés. Siguen aquí, silbando y golpeando. Y entonces sucede algo increíble... el edificio empieza a temblar como si el valle de York fuera el epicentro de un pequeño terremoto. La calle vibra y todos esos delicados platos y tazas traquetean y castañetean sobre las mesas del salón de té. Por una de las ventanas, recientemente encortinadas con refinadas puntillas, puedo ver una fantástica escena en las calles: la disciplinada marcha de cientos de pies; un ejército romano sube desde el río, atraviesa la *porta praetoria* y continúa calle arriba. Las plumas se agitan en los cascos de los centuriones, los portadores sujetan los estandartes bien alto, orgullosos. Y al frente, bruñida y reluciente a la luz del sol, está la magnífica águila de bronce, emblema de la Novena Hispana. Quizá si sigo mirando los vea desaparecer, pero en ese instante un camarero deja caer una jarrita llena de leche y la Novena Legión queda reducida a un eco de pisadas que se alejan.

—¡Rubí, Rubí! —Patricia me sacude ligeramente—. Rubí, ¿qué estás mirando? Vamos, es hora de irse.

Nos reponemos en la calle.

—¡Qué horror! —dice Patricia, haciéndose oír por encima de un cuarteto de cuerda *al fresco* que toca en la acera—. Un salón de té, por el amor de Dios.

El cuarteto de cuerda alcanza un hermoso crescendo y la gente arroja dinero en una funda de violín vacía. Pero nosotras no, nosotras salimos corriendo, pasando por St. Helen, la iglesia de los tenderos, a lo largo de Blake Street, hacia los Jardines del Museo, seguidas todo el camino por la charla, guasona y cruel, de los fantasmas domésticos.

En los Jardines del Museo, ahora abiertos al público —gratis, ya no hay que pagar seis peniques— enfilamos entre los pavos reales, las ardillas y los turistas que ensucian la hierba y bajamos por el sendero paralelo al río, caminamos desde el puente Lendal hasta Queen Anne y damos la vuelta. Nos detenemos a los pies de Marygate y miramos cómo un tren cruza el puente Scarborough. El nivel del agua en el Ouse es muy bajo en esta época del año, deja al descubierto los distintos estratos de tierra y fango que lo alinean. Todo el mundo ha perdido algo allí: las tribus sin nombre, los celtas, los romanos, los vikingos, los sajones, los normandos y todos los que llegaron después, todos han dejado sus objetos perdidos: botones y abanicos, anillos y tuercas, *bullae* y *fabullae*. La margen del río titila un instante, cientos, miles, millones de alfileres. Una ilusión óptica. El pasado es un armario lleno de luz, basta

encontrar la llave que abre la puerta.

* * *

Y al fin nuestro último adiós: el cementerio. Compramos ramos de flores primaverales en un puesto de Newgate Market y reemplazamos por narcisos las marchitas coronas en el terraplén, aún sin marcar, de Bunty. Dejamos grandes tulipanes amarillos para Gillian, algunas hileras más allá, pero a Perla le llevamos lirios, blancos como la nieve recién caída. La tumba de Perla está en medio de un grupo de pequeñas lápidas infantiles que asoman como dientes de leche rotos en una esquina del cementerio. Como Gillian, Perla está «A salvo en los brazos de Jesús». Patricia y yo convenimos en que eso es altamente improbable y, de todas formas, preferimos pensar que está en otra piel, en otra vida —quizá la del petirrojo que vuela de una lápida a otra mientras caminamos hacia la puerta, deteniéndose de tanto en tanto hasta que llegamos a su altura. Aunque el modo en que ladea la cabeza sobre el hombro recuerda más al loro. La brisa agita la hierba del cementerio y empuja las nubes por el extenso lienzo de cielo en lo alto. Patricia vuelve el rostro hacia el pálido sol y, por un instante, parece casi hermosa.

—De todas formas, no creo que los muertos desaparezcan para siempre, ¿y tú Rubí?

—Nada desaparece para siempre, Patricia, todo está en alguna parte. Hasta el último alfiler.

—¿Alfiler?

—Créeme, Patricia. He estado en el fin del mundo. Sé cómo funciona.

La brisa se vuelve glacial de repente; nos subimos los cuellos del abrigo y enlazamos los brazos mientras desandamos el camino entre muertos durmientes.

Nos separamos en la estación de York, en medio de una violenta tormenta, muy apropiada para la ocasión. Patricia no volverá directamente a Australia, su familia y sus prácticas de veterinaria tendrán que esperar, pues se dispone a emprender una búsqueda: quiere encontrar a su niño perdido, aquel de quien se separó tanto tiempo atrás, en Clacton. Hemos contado los años:

—Piénsalo, Patricia... podrías ser abuela y ni siquiera saberlo.

Y Patricia emite ese extraño ruido que ahora reconozco como risa. Se lleva el reloj de nuestra bisabuela (acolchado por su panda, recuperado al fin) en la vieja bolsa de la compra de Nell. Aunque procurará no desequilibrar sus mecanismos, cuando regrese al fin a Melbourne se habrá parado definitivamente.

Patricia me abraza en el andén de la estación.

—El pasado es aquello que dejas atrás en la vida, Rubí —dice con una sonrisa de lama reencarnado.

—Tonterías, Patricia —le digo mientras salto a bordo de mi tren—. El pasado es aquello que llevas contigo.

Estoy a punto de rehacer mi viaje, tomar el tren, el avión y los dos barcos que me trajeron a York en sentido contrario. Tengo una vida a la que volver. Ya llevo demasiado tiempo lejos. Vuelvo al lejano Shetland. Más allá no hay nada excepto mar, hasta llegar al casquete del polo norte. Mi sangre pertenece a este país extranjero. Lo sé porque Patricia (quién si no) encargó la confección de nuestro árbol genealógico: una enorme y caótica arboleda que ha sacado a la luz la autenticidad de la sangre escocesa de los Lennox. A Patricia le ha entrado pasión genealógica y se ha ocupado de escribir a las ramas cortadas: correspondientes a la hija de tía Betty, Hope, en Vancouver y a Tina Donner, una prima segunda por matrimonio, en Saskatchewan. Tina vino el año pasado y descubrió en York el nombre de Edmund Donner grabado en el famoso espejo, en el piso inferior del Betty's Bar, junto al lavabo de mujeres. Tina Donner fue también a visitarme. Me trajo una copia de la foto donde aparecían Ada y Albert, la que Lillian se había llevado con ella en el transatlántico *Minnedosa* tantos años atrás. Tengo la copia, enmarcada, sobre mi escritorio, y me gusta mirarla y preguntarme sobre mis vínculos con esas personas. Las fotografías de Monsieur Armand están dispersas por todo el mundo ahora —con Hope, con Tina, con Patricia. Adrian tiene la de Lawrence y Tom con Lillian de bebé, pero yo tengo la de Alice... la madre necia, la esposa desaparecida, la mujer perdida en el tiempo.

Aquellas niñas de piel aceitunada, mis propias Alice y Perla, ya han crecido. Las dos están en la universidad, una en Glasgow, la otra en Aberdeen, y yo vivo sola, en una isla donde los pájaros superan en número a las personas. Donde yo vivo se puede ver al petirrojo y al pato de flojel, al zarapito y al chorlito. Aquí, hay frailecillos y alcas negras, cuervos y palomos de roca que anidan en los riscos estivales, mientras el merlín y el gran págalo sobrevuelan los páramos.

Y aquí estoy yo, también. ¿Y qué fue de mí? Me dedico a traducir libros técnicos del inglés al italiano, así que mi matrimonio con Gian-Carlo Benedetti no fue del todo inútil. Me gusta este trabajo, metódico y misterioso al mismo tiempo. También podría reivindicar mi condición de poeta —mi primer volumen de poemas, publicado por una pequeña editorial de Edimburgo, ha recibido buenas críticas— y un día de estos me pondré a trabajar en mi gran proyecto: un ciclo de poemas basado en el árbol genealógico. Todos tendrán cabida en él: Ada y Albert, Alice y Rachel, Tina Donner y Tessa Blake, incluso las vidas contingentes de Monsieur Jean-Paul Armand y Ena Tetley, Minnie Havis y la señora Sievewright, pues todos ellos tienen un lugar entre nuestras ramas, ¿y quién se atreve a decir cuáles fueron reales y cuáles de ficción? Al fin y al cabo, o al menos eso creo, solo las palabras son capaces de construir un mundo que tenga sentido.

He cogido aquel tren tan lento, ese que para en todas partes: Darlington, Durham, Newcastle, serpenteando por la costa de Northumberland hasta Berwick. Mientras cruzamos el río Tweed, el aire parece aligerarse, el cielo se reseca y, al cruzar la frontera, como una filigrana, el pálido brillo de un arco iris da la bienvenida a nuestro tren. Estoy en otro país, aquel que llamamos hogar. Estoy viva. Soy una piedra preciosa. Soy una gota de sangre. Soy Rubí Lennox.



KATE ATKINSON (York, 1951) es una escritora británica. Estudió Inglés y Literatura en la Universidad de Dundee y tras graduarse, realizó un postgrado en Literatura Americana. Fue profesora en Dundee y allí comenzó a escribir cuentos cortos en 1981, además de colaborar con revistas femeninas. Desde 1986 ha recibido diversos premios por sus cuentos.

Recibió el Whitbread Book Award con su primera novela, *Entre bastidores*. En 2004 salió *Expedientes*, la primera novela protagonizada por el expolicía e investigador Jackson Brodie. Unos años más tarde se publicó *Incidentes* y *Esperando noticias es la tercera del ciclo*.

Una y otra vez es la novela que marca la vuelta de la gran autora a la ficción pura y dura, un paso más en su carrera que ha sido aplaudido por el público y la crítica.

Actualmente vive en Edimburgo y colabora ocasionalmente en periódicos y revistas.